

MANUEL PEREZ LEDESMA, *ed.*

La
HISTORIA 93
en el

ha seguido inmersa en el debate entre el ya clásico paradigma de la historiografía *científica* y las nuevas formas de reconstrucción del pasado. La atracción de la narrativa y la tendencia a integrar conceptos y teorías de las ciencias sociales, son los dos polos entre los que parece moverse una disciplina cada vez más amplia en su temática pero también más diversa y fragmentada.

AYER

14*1994

La
HISTORIA
en el **93**

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea* ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0°. Fijar nuestra posición en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en una serie de estudios, *monográficos* por que ofrecen una visión global de un problema. Como complemento de la colección se ha previsto la publicación, sin fecha determinada, de libros individuales, como anexos de *Ayer*.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista. Cada publicación cuenta con un editor con total libertad para elegir el tema, determinar su contenido y seleccionar sus colaboradores, sin otra limitación que la impuesta por el formato de la serie. De este modo se garantiza la diversidad de los contenidos y la pluralidad de los enfoques. Cada año se dedica un volumen a comentar la actividad historiográfica desarrollada en el año anterior. Su distribución está determinada de forma que una parte se dedica a comentar en capítulos

separados los aspectos más relevantes del trabajo de los historiadores en España, Europa y Estados Unidos e Iberoamérica. La mitad del volumen se destina a informar sobre el centenar de títulos, libros y artículos, que el editor considera más relevantes dentro del panorama histórico, y para una veintena de ellos se extiende hasta el comentario crítico.

Los cuatro números próximos son:

Manuel Redero San Román	<i>La transición política en España</i>
Alfonso Boti	<i>Italia, 1945-1993</i>
Guadalupe Gómez Ferrer	<i>Historia de las relaciones de género</i>
Ramón Villares	<i>La Historia en el 94</i>

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de enero, abril, junio y octubre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cms. El precio de venta, incluido IVA, y las condiciones de suscripción, son:

Precios España:

suscripción anual: 7.100 pts.

Precios extranjero:

suscripción anual: 8.600 pts.

MANUEL PEREZ LEDESMA, *ed.*

La
HISTORIA 93
en el

Manuel Pérez Ledesma
Antonio Morales Moya
Carlos Serrano
Francis Lannon
José Álvarez Junco
Marta E. Casaus Arzú

toda JHistoria, la Historia

MARCIAL PONS
Madrid, 1994

Números publicados:

- 1 Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
- 2 Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
- 3 Javier Tusell, *El sufragio universal*.
- 4 Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
- 5 I. I. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
- 6 Antonio Morales, *La historia en el 91*.
- 7 José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XX*.
- 8 I. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
- 9 Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
- 10 Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
- 11 Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
- 12 Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
- 13 Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones deben dirigirse a la Secretaría de ABC, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, Cantoblanco, 28040 MADRID.

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons
Agencia de suscripciones
Tamayo y Baus, 7
Tel. 319 42 54 - Fax 319 43 73
28004 MADRID

© Asociación de Historia Contemporánea.
Marcial Pons. Librero

ISBN: 84-87827-14-4

Depósito legal: M. 8.333-1994

Fotocomposición e impresión: Closas-Orcoyen, S. L.
Polígono Igarza. Paracuellos de Jarama (Madrid)

Indice

<i>Introducción.....</i>	11
Manuel Pérez Ledesma	
<i>Formas narrativas e historiografía española</i>	13
Antonio Morales Moya	
<i>La historiografía francesa en 1993</i>	33
Carlos Serrano	
<i>Tendencias recientes en la historia social británica</i>	45
Frances Lannon	
<i>Ciencias sociales e historia en los Estados Unidos: El nacionalismo como tema central.....</i>	63
José Alvarez Junco	
<i>Historia y Ciencias sociales en América Latina.....</i>	81
Marta E. Casaús Arzú	
<i>Criticas.....</i>	107

Noticias:

A) Obras generales.....	181
B) Historia de los países europeos.....	200
C) Historia de España. Economía, instituciones, evolución política	212
D) Historia de España. Cultura y mentalidades.....	236
E) Historia regional.....	249
F) Historia de América. Historia del mundo árabe e islámico.....	286

Introducción

Manuel Pérez Ledesma

Continuar la serie de volúmenes dedicados por la revista Ayer al análisis de la producción historiográfica supone una tarea tan atractiva como de difícil realización. No es fácil seleccionar, del conjunto de obras que aparecen a lo largo del año, las que merecen ser recogidas en el reducido espacio disponible: no sólo por las limitaciones en la información al alcance del compilador, sino también por la escasez de tiempo para valorar la importancia de las distintas aportaciones. Tampoco resulta sencillo cumplir con el objetivo general que en la presentación de la revista se plantea: es decir, comentar a través de varios artículos los aspectos más relevantes del trabajo de los historiadores tanto en España como en el resto de Europa, e incluso en el continente americano. En este caso, el problema no se encuentra sólo en las limitaciones de espacio y la premura de tiempo, sino sobre todo en la dificultad para encontrar colaboradores con información suficiente sobre territorios tan amplios.

A pesar de esas evidentes dificultades, el presente número ha tratado de ajustarse en el mayor grado posible a los objetivos mencionados. Bien es verdad que para ello ha sido necesario dedicar los artículos a algunos países especialmente relevantes por su proximidad e influencia en nuestra historiografía; y también limitar su contenido a aquellas cuestiones que en el último año han ocupado un lugar relevante -al menos, en opinión del compilador- en el debate historiográfico de los países respectivos. El resultado de esta doble se-

lección, espacial y temática, son unos trabajos -redactados por los profesores Antonio Morales Moya, Carlos Serrano, Frances Lannon, José Álvarez Junco y Marta Casaus- que, sin aspirar a una casi imposible visión universal, al menos permiten tomar el pulso de la historiografía contemporánea en el año que acaba de terminar.

U/ay, por supuesto, importantes vacíos en este recorrido. Las críticas y noticias servirán, al menos en parte, para paliar tales limitaciones. Se ha procurado dar cabida en ellas a publicaciones dedicadas a países europeos (Italia, Portugal) o a territorios extra-europeos (Argentina, el mundo árabe e islámico) de los que no se hacía mención en los artículos. Con el fin de facilitar la consulta, críticas y noticias aparecen ordenadas en grandes bloques temáticos, tal como se indica en el índice con relación a las segundas. Dentro de cada bloque, se ha seguido en la medida de lo posible el orden cronológico. El editor habría deseado incorporar un índice de títulos de las obras comentadas, pero las limitaciones de espacio lo han hecho imposible. Al lado de las obras aparecidas durante el año al que se refiere el volumen, se han incorporado excepcionalmente algunos libros publicados en 1992, pero que al haber sido distribuidos en fechas muy tardías de dicho año, o incluso en 1993, no quedaron recogidos en el tomo anterior de esta serie.

Como en los años precedentes, el presente volumen es el fruto de un trabajo colectivo de un alto número de historiadores, que han dedicado parte de su tiempo y su esfuerzo no sólo a la redacción de artículos, críticas y noticias, sino también a suministrar al compilador información que sin su ayuda difícilmente habría conseguido. Quede constancia aquí de mi agradecimiento por tantas y tan desinteresadas ayudas.

Formas narrativas e historiografía española

Antonio Morales Moya

El historiador «representa» la realidad de variadas maneras, según trate de describir situaciones, analizar procesos históricos o «contar historias»¹. En síntesis, la historiografía actual muestra dos formas o paradigmas de investigación: las llamadas «historia tradicional» e «historia científica», cada una de las cuales «posee un grupo de tradiciones que define los criterios de excelencia y un conjunto de problemas considerados las materias apropiadas de investigación; cada uno posee su propia metodología y su propia colección de conceptos intelectuales»².

La «historia tradicional», para Furet, obedece a la lógica del relato de una narración con principio y fin, que organiza los hechos a partir de una escala temporal en la que lo anterior explica lo que viene a continuación, siendo su modelo la «historia política», ámbito por excelencia de la libertad y el azar³. La «historia científica» es aquella que al centrarse en las estructuras, recurriendo a lo serial, lo estadístico, lo informático, ya no produce narraciones sino análisis abstractos, siendo su expresión, por consiguiente, analítica, integrando fórmulas y cifras, definiendo modelos y estableciendo generalizaciones. Por su parte, Fogel, amplía el concepto de «historia tradicional» que, desbordando el universo de Ranke, centrado en el carácter par-

¹ WHITE, *El contenido de la forma*, Barcelona, 1992, p. 18.

² FOCEL y ELTON, *¿Cuál de los caminos al pasado?*, Méjico, 1989, p. 67.

³ Cfr. FURET, «En marge de "Annales"», *Le Jébat*, 17 (diciembre 1(81)), p. 118.

ticularista de la historia, incluye la obra de quienes -marxistas, «an-
nalistas»...- aspirando a recoger el conjunto de la experiencia hu-
mana encuentran el «marco conceptual para ordenar el todo» en la
interpretación económica de la historia o en las concepciones socio-
lógicas y culturales derivadas de las ciencias sociales. La «historia
científica» se reduce entonces, teniendo en cuenta la materia, los ti-
pos preferidos de testimonio, las normas de prueba, el papel de la con-
troversia, las actitudes ante la colaboración y la comunicación con el
público interesado, a la «cliometría», caracterizada por aplicar «los
métodos cuantitativos y los modelos conductuales al estudio de la his-
toria». Este enfoque conduce en ocasiones «a representar el compor-
tamiento histórico mediante ecuaciones matemáticas y luego a bus-
car la prueba, generalmente cuantitativa, capaz de verificar la apli-
cabilidad de estas ecuaciones o de contradecirlas» 4.

Desde la perspectiva «científica», cualquiera que sea la forma en
que la entendamos, la explicación histórica, dejando a un lado la
narración por considerarla «metodológicamente deficiente» (White),
tiende a articularse sobre el modelo del «saber matematizado» del po-
sitivismo lógico, del modelo nomológico, siquiera sea «debilitado»:
«leyes», generalizaciones, modelos, conceptos, es decir, un cierto or-
den regular de hechos, fundamenta la verdadera tarea del historia-
dor, la explicación ⁵.

Hace ya bastante tiempo que ambas tradiciones, sin abandonar
del todo «su guerra cultural», tienden a confluír y a complementarse.
Nadie afirma que las leyes generales cumplan análogas funciones en
las ciencias naturales y en la historia y se abandona el «Convering
Law Model» de Hempel, fundado en el empirismo lógico, para el que
todo fenómeno histórico se explica como un supuesto concreto de una
ley general. «Explota», en términos de Ricoeur, el «modelo nomoló-
gico-deductivo» de explicación, abandonado ya por Dray y superado
definitivamente por Danto, quien, consciente de que la narración his-
tórica organiza y al mismo tiempo interpreta, lleva la *Analytical Phi-*

⁴ FOCEL y ELTON, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁵ Cfr. CHARTIER, «Débat sur l'histoire», *f.sprit. Paul Ricoeur*, 7-8 (julio-agosto 1988), p. 261; MECILL, «Relatando el pasado: Descripción, explicación y narrativa en la historiografía», *Historia social*, 16 (primavera-verano 1993), pp. 72 Y ss.; MORALES MOYA, «Biografía y narración en la historiografía actual», *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, p. 235, Y «La epistemología histórica de Paul Veyne», *Arbor*, 487 (julio 1986), pp. 82-84.

losophy Of History, en opinión de Habermas, al «umbral mismo de la hermenéutica». Explicación y comprensión no tienen por qué ser excluyentes. Estos cambios van acompañados de intentos de establecer la peculiaridad narrativa del discurso histórico (Gallie, Hayden White...), así como por las teorías postempiristas de la ciencia (Hanson, Kuhn, Toulmin...) que, poniendo fin a la separación contexto de descubrimiento/contexto de justificación, «introducen la relevancia de la comprensión en las ciencias naturales». Finalmente, la tradición hermenéutica, «representante principal de la tradición reflexiva del pensamiento contemporáneo», se abre, después de Heidegger, con Ricoeur, Habermas o Gadamer, a nuevos supuestos que rompen con su versión romántica e historicista, rectificando el «dualismo ciencias naturales/ciencias del espíritu», insistiendo en «la mediación simbólica de la comprensión frente a su caracterización psicológica» y rechazando «la autoconciencia objetivista en las ciencias humanas» 6.

La nueva situación epistemológica corresponde, cabe decir, al fin de los «metarrelatos», es decir, de los «grandes relatos» que han caracterizado la modernidad. Las grandes teorías, los métodos abstractos no pueden aplicarse a la complejidad de la realidad social, eliminando al individuo con sus pasiones, su subjetividad, a la riqueza, hondura y complejidad de la vida, incluyendo «lo cotidiano»: «ese espacio donde se manifiesta “el peso del mundo”, la necesidad de una existencia que siempre va por delante de lo que podamos pensar sobre ella» (Juan Insúa). Elton ha mostrado, en este sentido, los riesgos -10 que no significa, ciertamente, su invalidación- de la aplicación de los métodos de las ciencias sociales a la historia, refiriéndose especialmente a la «protopografía» 7.

La posmodernidad resulta ser, así, la época del cambio constante, de la aceleración temporal, de la cultura dispersa. Concluida la idea de una racionalidad central de la historia, las «visiones del mundo» se multiplican, versando los análisis sobre espacios culturales

6 Cfr. MORALES MOYA, «Historia y posmodernidad», *Ayer*, 6 (1992), p. 18; VON WRIGIT, *Explicación y comprensión*, Madrid, 1980, p. 55; VÁZQUEZ CARERA, «La transformación contemporánea de la hermenéutica y el estatuto epistemológico de la historia», *Fragmentos de filosofía*, 2 (1992), p. 165; RODRIGUEZ, *Hermenéutica y subjetividad*, Madrid, 1993.

7 Cfr. MORALES MOYA, «Historia y posmodernidad», pp. 15-16; BERTALIX, «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», en MARINAS y SANTA-MARÍA, *La Historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, 1993, p. 169; FOGEL y ELTON, *op. cit.*, pp. 173 y ss.

fragmentados. Desde esta perspectiva, como se señaló en otro momento, los más amplios conjuntos sociales, las naciones, los países, las sociedades globales se «rompen». En primer lugar, en elementos que adquieren ahora plena, total relevancia: ciudades, barrios, «lugares de la memoria», del placer, del dolor, o de la marginación, instituciones. En segundo lugar, en élites -«decaen» las clases sociales- y en individuos, cuyas vidas, derechos, raza, cuerpos, lenguajes, memoria, sentimientos, valores, profesiones, costumbres, infracciones, actividades y ocios son objetos de análisis pormenorizado, más o menos autónomo. En cuanto a los acontecimientos, a veces insertos en sistemas, de los que son una forma de cristalización, acentuando otras su especificidad y lo que suponen en orden al cambio de los propios sistemas, vuelven a merecer la consideración de los historiadores, cuya atención se ve también suscitada por las invenciones, por las fuerzas materiales, sin las que el mundo actual sería incomprendible 8.

La nueva concepción de la realidad explica, para Vattimo, «el éxito reciente que en los debates entre historiadores y sociólogos han conquistado la noción de narratividad y la investigación sobre los modelos retóricos y narratológicos de la historia»⁹. Retorna, pues, con fuerza, la narración en sociología, antropología, filosofía, historia 10... llegando a convertirse en el problema fundamental de la teoría de la historia, por cuanto, señala Vázquez Carcía, «el discurso no es tan sólo un medio utilizado por el investigador para exponer las explica-

⁸ Cfr. JIMÉNEZ, *Cuerpo y tiempo. La imagen de la metamorfosis*, Barcelona, 1993; JULIÁ, «¿La historia en crisis?», «Babelia», *El País*, jueves 29 de julio de 1993; MORALES MOYA, «Historia y posmodernidad», pp. 22 Yss.

⁹ VATTIMO, *La sociedad transparente*, Barcelona, 1990, p. 108. Del mismo autor, *Elogio del pudor*, Barcelona, 1991, *Yética de la interpretación*, Barcelona, 1991.

¹⁰ Cfr. BERTAUX, «De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica», en MARINAS y SANTAMARÍA, *op. cit.*, pp. 33-34; BASTIDE, «L'ethnologie et le nouvel humanisme», *Revue Philosophique* (octubre-diciembre 1964), p. 447; DANTO, *Analytical Philosophy of History*, Cambridge University Press, 1965, cuyos capítulos I, VII y VIII se han publicado en español bajo el título de *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona, 1989, y *Narration and Knowledge*, Columbia University Press, Nueva York, 1985; RICOEUR, *Temps et Récit*, 3 vols., Senil, 1983-1985 (hay traducción española de los dos primeros), y *La metáfora viva*, Madrid, 1980; WOOD, *On Paul Ricoeur: narrative and interpretation*, Londres, Routledge, 1991; CRUZ, *Narratividad. La nueva síntesis*, Barcelona, 1987, y *Filosofía de la Historia*, Barcelona, 1991; LOZANO, *El discurso histórico*, Madrid, 1987.

ciones del pasado; la misma estructura discursiva utilizada -**la** narración- determina el modo de organizar el pasado y de producir su inteligibilidad»: el enfoque epistemológico retrocede ante el enfoque semiótico o retórico¹¹.

La vuelta a la narración, el auge de la «historia con personas» es, primariamente, un hecho producido por la demanda del público. Para Marc Fumaroli, el lector de historia quiere héroes, intriga, carácter, sentimientos, acción. Literatura, en definitiva, al no haber sido ésta en los últimos tiempos un espejo de la sociedad, al no contar, desanimada por teóricos e ideólogos de la literatura, convertida en un ejercicio de estilo, «historias». Braudrillard ha acuñado el término de *segunda revolución individualista*, refiriéndose a la pérdida de la ilusión escénica y a la abolición del secreto que se ha adueñado de la vida colectiva: todo se integra instantáneamente en los canales de comunicación, todo se «cuenta», todo se «relata». Lipovetsky considera que la ausencia de grandes debates ideológicos, el «fin de las ideologías», desplaza el interés político hacia las personas que ocupan los puestos destacados en la vida pública: en estas narraciones biográficas, razón de Estado y vida cotidiana se conjugan. Mas esta realidad tiene su fundamentación, en primer lugar, *filosófica*. Como ya se ha apuntado, «ciertos filósofos analíticos anglonorteamericanos (Walsh, Gardiner, Dray, Gallie, Morton White, Danto, Mink) (...) han intentado establecer el estatuto epistemológico de la narrativa, considerado como un tipo de explicación especialmente apropiado a la explicación de los acontecimientos y procesos históricos frente a los naturales». Desde la hermenéutica, Gadamer o Ricoeur consideran la narrativa como la «manifestación en un discurso de un tipo específico de conciencia temporal o estructura del tiempo»¹². La teoría de la *razón histórica*, en fin. Influído por Dilthey, Ortega centrará en la historia el conocimiento *en sí mismo* del hombre. La historia, afirmará, es «ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida». Y también, «el razonamiento esclarecedor, la razón consiste en una narración. Frente a la razón pura físico-matemática hay, pues, una razón narrativa. Para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal

¹¹ «Los problemas de la explicación en historia de las mentalidades», Ponencia presentada al Congreso «A Historia a debate» (en curso de publicación). Debo el texto a cortesía del autor.

¹² WHITE, *El contenido...*, pp. 47-48.

cosa y es así porque antes hizo tal otra y fue de tal modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente antes de la razón histórica». De una u otra forma, parece perdida la fe en los modelos deterministas de explicación. Popper ha mostrado el carácter abierto del Universo, rechazando las tesis que niegan una libertad humana, evidente para el sentido común ¹³. Desde la *teoría de la literatura* -Barthes, Todorov, Eco...- los semiólogos han estudiado la narrativa en todas sus manifestaciones, considerándola simplemente un código discursivo, entre otros, que puede ser o no apropiado para la representación de la realidad. Finalmente, pero no en último lugar, la propia práctica de muchos historiadores, defensores de una noción artesanal de los estudios históricos y que consideran a la narrativa como una forma perfectamente respetable de «hacer» historia (como lo expresa Hexter) o «practicar» la historia (como lo expresa Geoffrey Elton). Samuel precisa los límites que en historia tienen las síntesis y el razonamiento abstracto, reivindicando la narrativa, la descripción, como parte ineludible del trabajo del historiador ¹⁴. Y para Caro Baroja, la vida debe estudiarse como relato, como narración ¹⁵.

La esencia del relato es la *trama*. Veyne, para quien el historiador, al no tener la historia una articulación natural, escoge, dispone las tramas con la más absoluta libertad, consideran que éstas «no son cosas ni objetos consistentes, ni sustancias, sino un fragmento libremente desgajado de la realidad, un conglomerado de procesos, en el cual cosas, hombres y sustancias en interacción se comportan como sujetos activos y pasivos» ¹⁶, siendo la estructuración de la trama ¹⁰ que constituye a un hecho como histórico. También para Ricoeur, nada puede ser considerado como acontecimiento si no puede ser integrado en una historia, en una trama consistente en una «operación configurante» o «mediadora» que dota tanto a la historia como a la ficción de inteligibilidad y establece entre ellas una fundamental ana-

¹³ *El universo abierto*, Madrid, 1984.

¹⁴ *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984, p. 61.

¹⁵ GREENWOCK, «Julio Caro Baroja: sus obras e ideas», *Ethnica*, revista de antropología, 2 (1971), pp. 77-79.

¹⁶ VEYNE, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, 1982, p. 39. Cfr. MORALES MOYA, «La epistemología de Paul Veyne», pp. 79-95, Y «Notas críticas a la epistemología histórica de Paul Veyne», *Revista de Filosofía*, 2.ª serie (julio-diciembre 1986), pp. 159-180.

logía 17. La trama de la narración «toma juntos» e integra en una historia —o ficción— total y completa acontecimientos, agentes, medios, fines, interacciones, circunstancias, azares..., realizando la «síntesis de lo heterogéneo». De forma semejante, White entiende por trama «una estructura de relaciones por la que se dota de significado a los elementos del relato al identificarlo como parte de un todo integrado», fundado en un «tema común», en un «tema central» 18.

El problema se plantea entonces en los siguientes términos: ¿constituye la narración una estructura ontológica, un universal humano «sobre cuya base pueden transmitirse mensajes transculturales», una de las condiciones fundamentales de la existencia humana? 19. De otra forma, ¿la historiografía es siempre narración?, ¿adopta todas las representaciones de la realidad histórica la forma narrativa? Entiendo que debe distinguirse, con White, entre «un discurso que narra y un discurso que narrativiza, entre un discurso que adopta abiertamente una perspectiva que mira al mundo y lo relata y un discurso que finge hacer hablar al propio mundo y hablar como relato» 20.

Quizás conviniera, a fin de hacer frente a una generalizada confusión, diferenciar *relato* y *narración* para referirnos a discursos claramente diferenciados: ¿*La bruja de Jasmin* y *Pensar la Revolución* pertenecen al mismo género historiográfico? ¿O *The Great Cat Massacre* y *The World we have lost*?

Corresponde a Paul Ricoeur el más riguroso análisis de la *narración histórica*. ¿Qué es, para el filósofo, un relato histórico? En *Tiempo y narración* se plantea la hipótesis de una unidad funcional, basada en su común carácter temporal, entre los diferentes géneros narrativos. El tiempo se convierte en «tiempo humano» en la medida en que se articula sobre una forma narrativa y, a su vez, el relato alcanza su plena significación cuando deviene una condición de la experiencia temporal. Un relato histórico es algo que se fecha según un calendario, construido a partir de un modelo astronómico de tiempo, en cuyo interior se inscriben acontecimientos vividos por hombres

17 MACEIRAS, Presentación a Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. I. Configuración del tiempo y del relato histórico*, Madrid, 1987.

18 WHITE, *El contenido...*, p. 24. Para un ejemplo de construcción de una trama, cfr. THOMPSON, «Historias de vida en el análisis del cambio social», en MARINAS y SANTAMARÍA, *op. cit.*, pp. 66 Y ss.

19 Cfr. CARRERAS, «Teoría y narración en la historia», *Ayer*, 12 (1993), p. 27.

20 WHITE, *El contenido...*, p. 18.

·mortales. La historia sería así una permanente articulación entre dos perspectivas enfrentadas: el tiempo del mundo y el tiempo de los hombres. Cercano a la metáfora el relato, relacionando sucesos, crea una trama, produciendo, construyendo el «sentido». Entre la historia y las demás ciencias humanas sigue habiendo una diferencia profunda, radicada en que aquella mantiene su dimensión temporal, siendo el relato el «guardián del tiempo» 21.

La historiografía moderna, en especial la francesa, ha desdeñado el relato, desplazando el objeto de la historia del «individuo actuante» al «hecho social». La narración resultaba ser «una forma demasiado elemental de discurso para satisfacer, incluso temporalmente, las exigencias de la científicidad planteadas por el modelo nomológico de explicación» 22. Ricoeur, por el contrario, sostiene el carácter narrativo, en definitiva, de la historia, sin cuestionar las pretensiones científicas de los historiadores. Toda historia es relato, siquiera no se puede contar cualquier cosa, al tener que ser la narración coherente, tanto internamente cuanto con respecto a la documentación en que se apoya. Así, relato será, incluso, la *longue durée* de Braudel. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* no es, en el fondo, sino el relato de la muerte del «Mare Nostrum», que se convierte en un héroe colectivo, a la vez realidad geográfica, realidad histórica y entidad sociológica, un «semipersonaje», cuyo final es un «semiacontecimiento». La noción de «tendencia secular» (*trend*) ocuparía entonces el lugar de la intriga clásica. La «larga duración» terminaría siempre por contarnos, como la crónica de acontecimientos, una historia, ayer la retirada del Mediterráneo de la «gran historia», hoy la mundialización de la economía. En ambos casos, dirá Ricoeur, «es de nuevo la fragilidad de las cosas humanas lo que pasa al primer plano y con ella la dimensión dramática de la que la *longue durée* había intentado librar a la historia». La *longue durée* vendría a ser, así, un «artificio de la narratividad» (Vigne) 23.

²¹ Cfr. RICOEUR, *La metáfora viva*, Madrid, 1980; BOIHÉAU, *L'événement sans fin. Hécit et christianisme au Moyen Age*, Les Belles Lettres, 1993.

²² RICOEUR, *Tiempo y narración. I. Configuración del tiempo histórico*, p. 213.

²³ RÜSSEN, «La historia, entre modernidad y posmodernidad», en *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una nueva Historia*, p. 131; VIGNE, «L'Intrigue, mode d'emploi», en *Esprit. Paul Ricoeur*, pp. 249-256, Y «Un problème de temps», en *Magazine LiUeraire*, 212 (noviembre 1(84)).

Concluyendo: la «interpretación narrativista» de la historia está lejos de cualquier forma de escritura «ingenuamente narrativa». En cierto modo, toda narración se explica por sí misma, «en el sentido en que contar lo que ha sucedido es ya explicar por qué ha sucedido» y, en este aspecto, «la historia más pequeña incorpora generalizaciones, sean de orden clasificatorio, causal o teórico. Por tanto, nada se opone a que generalizaciones y explicaciones cada vez más complejas y tomadas de otras ciencias vengan a insertarse y, en cierto modo, a interpolarse en la narración histórica». Por tanto, hay que pensar, frente a Hayden White, que no hay acontecimientos o procesos que no se presten a representación histórica, insertos, por supuesto, en una trama. Más, en otro sentido, ninguna narración histórica se explica por sí misma, debiendo el historiador, cuando el texto o la interpretación recibidos resultan discordantes ante nuevas realidades, reordenar el detalle para hacer de nuevo inteligible al conjunto. En definitiva, la concepción de Ricoeur supone la afirmación de que «la cualidad propiamente histórica de la historia sólo se preserva por los lazos, por tenués y ocultos que sean, que continúan uniendo la explicación histórica a la comprensión narrativa, a pesar del corte epistemológico que separa la primera de la segunda». La historicidad viene a ser así un *contenido* del que la *narratividad* es la forma ²⁴.

Entendemos, sin embargo, que el problema de la historia narrativa no se agota -digamos, de paso, que la reflexión de Ricoeur se apoya en las obras fundamentales de Braudel, Chaunu, Coubert, Le Coff, Ariès, Furet, Vovelle...- en su «dimensión filosófica» o «esen-

²⁴ RICOEUR, *op. cit.*, pp. 263 y 374. En *Tiempo y narración*, Paul Ricoeur -resume Roger Chartier- ha mostrado que «toda historia, hasta la menos narrativa o la más estructural, se construye a partir de unas fórmulas que gobiernan la producción de las narraciones. Las entidades manejadas por los historiadores (sociedades, clases, mentalidades) son “quasi personajes”, dotados de propiedades que son las de los héroes singulares o las de los individuos normales que componen los colectivos que designan categorías abstractas. Por otra parte, las temporalidades históricas mantienen una gran dependencia del tiempo subjetivo; a lo largo de unas magníficas páginas Ricoeur muestra cómo *El Mediterráneo en tiempo de Felipe II* se basa, en el fondo, en una analogía entre el tiempo del mar y el del rey, y cómo su larga duración no es más que una modalidad derivada de la narración novelada del acontecimiento. Finalmente, los procesos explicativos de la historia siguen ligados a la lógica de la imputación causal singular, es decir, al modelo de comprensión que, en lo cotidiano, permite dar cuenta de las decisiones y de las acciones de los individuos», «Narración y verdad», *El País*, jueves 29 de julio de 1993. Sobre la explicación causal en historia, v. POPPER, *La miseria del historicismo*, Barcelona, 1981, especialmente pp. 158-159.

cial». Afirmar que toda la historia -incluso la «menos narrativa»- es un *relato*, no significa que no existan relatos diferentes. ¿Qué quiere decir Rüssen cuando habla de «contar una buena historia»? ²⁵. El verdadero problema, que desborda los límites del presente trabajo, sería preguntarse entonces, como señala Chartier, por los tipos de inteligibilidad ligados a la elección de relatos diferentes: «Comment des récits different produissent-ils des modes de compréhension différents?» ²⁶. Hay que afrontar, no obstante, el tema, denominado por Carreras «de tejas abajo», de la historia narrativa. Junto al *relato*, que puede ser muy escasamente *narrativizante*, *la narración*, propiamente tal.

La concordancia entre los historiadores a la hora de definir la *narración* es manifiesta. Así, para Stone, «la narración consiste en organizar la materia según el orden continuo de la cronología y en poner la imagen a punto de tal manera que, por la convergencia de los hechos, lo narrado se presenta sin solución de continuidad, aunque haya intrigas secundarias (...). La clase de narración en la que yo pienso no es la del simple relator de antigüedades o del analista. Es una narración orientada por un *principio pregnans* y que posee un tema y un argumento. El tema de Tucídides eran las guerras de Peloponeso y sus funestos efectos sobre la sociedad griega y su política (...). El historiador narrador, en nuestra definición, no evita nunca el análisis, pero no es esa la armazón alrededor de la cual levanta su obra. En resumen, éste puede interesarse por los aspectos teóricos de la presentación de los hechos, pero lo que es seguro es que tiende a la elegancia del estilo, a la vivacidad de ingenio, al aforismo». Paul Veyne, preguntándose qué hacen los historiadores desde Tucídides a Marc Bloch, responde: «narran acontecimientos verdaderos que tienen al hombre por actor, la historia es una novela verdadera», siendo la explicación histórica la claridad que emana de la narración suficientemente documentada. Hayden White insiste en las dimensiones cronológica y estructural: «los acontecimientos no sólo han de registrarse dentro del marco cronológico en el que sucedieron originariamente, sino que además han de narrarse, es decir, revelarse como sucesos dotados de una estructura, un orden de significación que no poseen como secuencia». Rüssen resalta cómo «Narración se eleva

²⁵ RÜSSEN, «La Historia...», p. 131.

²⁶ CHARTIER, «Debat sur l'Histoire», *Esprit. Paul Ricoeur*, pp. 259-260.

frente a explicación, descripción viva frente a análisis abstracto, o -para usar una renovada dicotomía metafórica- cálida empatía frente a teoría fría» 27. Morton White entiende que «una narrativa consiste primariamente en enunciados explicativos singulares» 28. Santos Juliá subraya cómo el *revival* narrativo, fundado en «la detallista indagación en las cosas, que pueden ocurrir a gentes, salvo excepción, comunes», ofrece «un producto que guarda una relación en ocasiones clamorosa con la novela, con el cine o con ambas cosas a la par» 29. Para Marías, «ningún suceso histórico interesa profundamente si no está referido a la vida afectiva, es decir, a la realidad palpitante, estremecida, de las vidas singulares; dicho en otras palabras, *si no le pasa a alguien* lo colectivo como tal no interesa, no conmueve, no apasiona; a última hora no es inteligible, carece de sentido, nos deja indiferentes. Es menester la proyección en vidas concretas, insustituibles, para que sintamos interés y para que podamos, simplemente, entender» 30. Chatman define la narrativa como el resultado de la interacción de cuatro elementos: acción (llevada a cabo por un agente), suceso (un efecto sobre un personaje) personaje (que actúa) y escenario (que causa un efecto). Dos de los elementos (acción y suceso) ocurren, los otros dos (personaje y escenario) simplemente están. A los dos primeros les llama «acontecimientos» y a los dos últimos, «existentes», limitando el énfasis puesto sobre cada uno de los elementos la atención prestada a los otros, idea que expresa mediante la fórmula $(AS) \times (PE) = k$. «Es simplemente la tradición, cuando no el prejuicio desinformado -resume McGill- lo que insiste en identificar la historia narrativa con las acciones y sucesos, ya que los personajes y escenarios también pueden servir como centro de atención» 31.

²⁷ STÜNE, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (noviembre 1979). Citamos por la versión española, *Débats*, 4, p. 95; VEYNE, *op. cit.*, pp. 6-7; WHITE, *op. cit.*, p. 21; RÍSEN, *op. cit.*, p. 131.

²⁸ Cfr. *Foundations of Historical Knowledge*, Nueva York, 1965. Cito por MEGILL, «Relatando el pasado: Descripción, explicación y narrativa en la Historiografía», *Historia Social*, 16 (primavera-verano 1993), p. 83.

²⁹ JULIÁ, «De la cultura popular al relato histórico», *EL País*, domingo 25 de noviembre de 1984.

³⁰ «La elave de los episodios nacionales», *ABE*, 27 de noviembre de 1987.

³¹ CHAPMAN, *Story as Discourse: Narrative Structure in Fiction and Film*, Ythaca, Nueva York, 1978. Hay traducción española, Madrid, 1990. Cito por MEGILL, «Relatando...», p. 88.

La *narración*, así entendida, resulta ser manifestación de una *tendencia a la individuación* -traducida en el auge de géneros como la biografía, la historia oral, el tratamiento del acontecimiento o la microhistoria-, reviste diferentes formas y plantea una serie de problemas ³².

Distintas/ormas. Junto a la *narración tradicional* -tal sería la definida por Furet o por Stone, con su riguroso orden cronológico y su excesivo componente *narratológico*- nada se opone, más bien lo contrario a que la *narración* altere el ritmo lineal de la cronología (lo posterior puede iluminar lo anterior) o a que incluya disertaciones o análisis. «La *narración* histórica sin análisis es banal y el análisis histórico sin *narración* es incompleto» (Peter Cay). Por otra parte, la *narración* puede -si es que no debe- tener una dimensión *literaria* relevante. Sin perjuicio de referirme después a la «forma», hay que destacar la importancia que la escritura tiene para expresar conceptos, imágenes o emociones, de donde la apasionada defensa de la buena prosa histórica por parte de historiadores del relieve de Le Roy Ladurie, Vernant, Colo Mann o Georges Duby. Ejemplos notables de esta «literaturización» de la historia pueden ser el «dramatismo» de Richard Cobb, el «impresionismo» de Peter Brown o el «puntillismo» de Théodore Zeldin. y Jörn Rüssen se refiere, como rasgo de la historiografía posmodernista, a la presentación del pasado «con calidad estética» ³³.

Los *peligros* de la *narración*. Vázquez Carcía define como «tentaciones del narrativismo contemporáneo» una serie de tendencias: la consideración «de una continuidad sin fisuras entre las narraciones del sentido común y las de la historia», el debilitamiento de la diferencia entre *narración* histórica y relato de ficción y la vuelta a la «vieja historia episódica», a la *narración* tradicional.

Por último, y en relación con lo anterior, las *cuestiones* () *problemas* que la historia narrativa suscita. Ante todo, vuelvo sobre ello, su presunto déficit teórico. No tiene por qué existir. Las teorías pueden

³² MORALES MOYA. «Biografía y *narración*», pp. 234 Yss.; RENAIrr, *La era del individuo*, Barcelona, 1993; SERNA YPONS, «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer*, 12 (1993), pp. 93-133, y MORALES MOYA, «Algunas consideraciones sobre la situación actual de los estudios históricos», *La(s) otra(s) historia(s)*, año 1, núm. 1 (junio 1987), UNED de Bergara (Guipúzcoa), pp. 35-36.

³³ Cfr. MORALES MOYA, «Biografía y *narración*», pp. 248 Y254-255; RÜSSEN, «La historia...», p. 132.

subyacer – y no pocas veces así ocurre – a las narraciones. Y ¿cómo prescindir de los conceptos? ³⁴. Es cierto que un «exceso de teoría» puede «desequilibrar» una narración. Se trata de un problema, la lucha por la escritura, que habrá de resolver el historiador. Así, las «historias de vida», expresión de una historia viva, presente, han de reescribirse – Oscar Lewis elaboró *Los hijos de Sánchez* a partir de las transcripciones – y ello supone un «estilo», una «calidad de expresión» ³⁵. Mas las «historias de vida» se fundamentan, por supuesto, en una teoría: no se trata de una práctica empírica nueva, sino de superar, en definitiva, las tradiciones sociológicas vigentes – la positivista de la sociología empírica, la funcionalista o la marxista – para acceder a un conocimiento de la realidad social que no puede hacer abstracción del individuo, ni de su conciencia crítica y de voluntad de acción sobre lo socioestructural ³⁶. No cabe ocultar que, desde una perspectiva posmoderna, se habla en ocasiones – bajo la influencia de la *thick description* de Clifford Geertz ³⁷ – de la renuncia a la utilización de conceptos teóricos. Ahora bien, las mejores «historias narrativas», como precisa Santos Juliá – *El regreso de Martín Guerre, Guillermo el Mariscal, ¿Quién rompió las rejas de Monte Lupo?* – nunca aceptan su consunción en el caso individual o en el puro acontecimiento, al tratar de alcanzar una realidad social más amplia.

Debe, en definitiva, concluirse con este autor que el mantenimiento de «la tensión entre el caso y el modelo, la narración y el análisis, la representación simbólica y el orden social, la cultura popular y la teoría de la sociedad parece el único camino para que la gratificante renovación del relato no sucumba en pura escenografía».

La operación histórica consiste – señala Michel de Certeau – en «una serie de transformaciones» que cambian textos o «pre-textos» (los documentos) en otros textos (las obras históricas). El discurso mismo es definible en términos de «reglas» características y toda adecuación a un referente (lo real) es en historia como en la novela «rea-

³⁴ Cfr. MORALES MOYA, «Notas críticas a la epistemología de Paul Veyne», p. 174.

³⁵ Cfr. BERTAIJX, «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», en MARINAS Y SANTAMARÍA, *op. cit.*, pp. 165 Y ss.

³⁶ Cfr. THOMPSON, «Historias de vida en el análisis del cambio social», en MARINAS Y SANTAMARÍA, *op. cit.*, pp. 65-80.

³⁷ Geertz propone, como forma de aproximación metódica al pasado, capaz de darle su propia significación, evitando su subyugación por estructuras genéticas, la *thick description* o «descripción densa».

lista» un modo de decir propio de un género literario: «On passe ainsi d'une réalité historique (L'Histoire ou Geschichte) reçue dans un texte, à una réalité textuelle (L'Historiographie ou Histoire) produite pour une opération dont les normes sont à l'avance fixées»³⁸. La historia narrativa se abre, pues, a los problemas de la *forma*, del lenguaje, a la teoría literaria, a una perspectiva semiótica. Una narración supone un código discursivo, un tipo de discurso con rasgos lingüísticos y retóricos específicos. El contenido de la representación no es indiferente a la forma, pues lo propio de ésta es la *producción de significados*. Con el discurso narrativo el historiador no se limita necesariamente a *comunicar*, a informar, por cuanto puede intentar emociones, sentimientos o, incluso, impulsar a la acción, debiendo adecuarse la forma a aquello que queremos representar³⁹. La atención al lenguaje, «casa del Ser», para Heidegger, «condición de la existencia del mundo», para Gadamer⁴⁰, material del historiador en cualquier caso, *no supone*, necesariamente, una apuesta por el «idealismo hermenéutico»: para Habermas, la vinculación del lenguaje con los procesos sociales, con la lucha y dominación de clases «lo convierte en instrumento ideológico operando en una comunicación sistemáticamente distorsionada, pero enmascarada bajo consensos aparentes». La pregunta sería entonces: «¿qué funciones ideológicas y efectos de poder desempeñan los discursos históricos?» 41.

Me he referido ya a la preocupación formal y literaria de muchos historiadores, lo que supone el cuidado tanto de la estructura u organización del texto como del lenguaje. Así, Paul Thompson fundamenta su *The voice of the Past* en una muestra representativa de historias de vida. Ahora bien, señala, «el testimonio de cada historia de

³⁸ CERTEALJ, «Une épistémologie de transition: Paul Veyne», *Annales ESC*, 27 Année, 2 (noviembre-diciembre 1972), p. 1324.

³⁹ Cfr. WHITE, *op. cit.*, pp. 57 Yss. CIATMAN, *op. cit.*, define la narrativa como una estructura semiótica. En cuanto a la estructura narrativa y a la naturaleza y formas de la narración, v. WELLEK y WARREN, *Teoría literaria*, Madrid, 1985; ALBADALEJO, *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*, Alicante, 1986; BAL, *Teoría de la narrativa. Una introducción a la Narratología*, Madrid, 1985; LINVELT, *Essai de typologie narrative. Le point de vue. Thème et analyse*, París, 1981; MACKSEY y OONATO (eds.), *Los lenguajes críticos y las creencias del hombre. Controversia estructuralista*, Barcelona, 1972; POZUELO YVANCOS, *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, 1989; ACUIAR E SILVA, *Teoría de la literatura*, Madrid, 1984.

⁴⁰ Cfr. GADAMER, *Verdad y método*, Salamanca, 1977.

41 Cfr. VÁZQUEZ GARCÍA, «La transformación...».

vida sólo puede ser plenamente estudiado como parte de la totalidad de vida; pero para hacer generalizaciones sobre un tema social particular debemos extraer los testimonios sobre esta cuestión del conjunto de entrevistas, para observarlos y volverlos a reintegrar desde un nuevo ángulo, de una forma horizontal mejor que vertical y, haciéndolo así, dotarlos de *un nuevo significado*»⁴². Un libro reciente, *Les Crématoires d'Auschwitz*, de Claude Pressac, rigurosa obra que demuestra la técnica de funcionamiento, la ingeniería, del campo de exterminio, merece el siguiente comentario a Claude Lanzman: «L'Insistance sur la seule technique nous ramene à l'abstraction, à une vérité évidée d'elle même (...) Si les morts pouvaient parler, on les disqualifierait, parce que trop émotifs sans doute». Un lenguaje analítico, cifras, presupuestos, planos, esquemas de montaje... ¿es suficiente para mostrar el horror del Holocausto? Por el contrario, *La page n'est pas encore tournée* de Henri Amouroux, fundado más en las palabras que en los textos, se centra, comenta Nobécourt, en los hombres y no en las estructuras y considera que la verdad de los acontecimientos que sucedieron en aquellos meses en la Francia liberada tuvo «carne y sangre»⁴³.

Un último asunto, merecedor de un tratamiento específico. Ricoeur habla, como se ha visto, de la «unidad funcional entre los diversos géneros narrativos» y de la «fundamental analogía entre ciencia y ficción»: ¿se confunden en una indiferenciada *narración* la historia y la literatura?

Hay que comenzar por la consideración del llamado «giro lingüístico» o «giro deconstruccionista». Si por tal entendemos la «reducción del pensamiento a lenguaje y del lenguaje a un sistema de signos sin sujeto ni significaciones que vayan más allá del propio lenguaje», con su conversión consecuente de la historia en una «imagen ficticia», en una creación subjetiva del historiador, es manifiesta la distancia que quien escribe estas líneas mantiene respecto de tales planteamientos⁴⁴. Uno cree, por el contrario, que si lee *La sociedad*

⁴² THOMPSON, «Historia de...», p. 68. La cursiva es mía.

⁴³ PRESSAC, *Les Crématoires d'Auschwitz*, París, CNSREA, 1993; AMOUROUX, *La page n'est pas encore tournée. Janvier-octobre 1945*, París, Laffont, 1993. Véase también la crítica de NOBÉCOURT a FRIEDLANDERS, «Les signes du nazisme», *Le Monde*, 8 de abril de 1982.

⁴⁴ Cfr. OLÁBARRI GORTÁZAR, «La "Nueva" Historia, una estructura de larga duración», en *New History...*, p. 60. Véase especialmente BARTHES, «Introducción al aná-

feudal, de Bloch, sabe más acerca de la *realidad medieval* que antes de la lectura —si no, para qué tomarse el trabajo—; aunque, claro es, ni sepa todo ni con carácter definitivo. En fin, las palabras son signos que nos permiten, mejor o peor —depende de las que elijamos— *decir, contar* de las cosas ⁴⁵.

Retornemos entonces al problema inicial: ¿cómo diferenciar *historia y literatura*? ¿Es cierto, como resume, desde una posición crítica para tal supuesto Chartier, que la historia «no aporta más (ni menos) verdadero conocimiento de lo real que una novela, y es totalmente ilusorio pretender clasificar y jerarquizar las obras de los historiadores en función de criterios epistemológicos indicando su mayor o menor relevancia a la hora de dar cuenta de la realidad pasada»? ⁴⁶. Sin duda, la literatura tiene en ocasiones una dimensión testimonial que le acerca a la historia: ¿se puede llamar «novela» a una obra como *Las cosas que llevaban los hombres*, de Tim O'Brien? ⁴⁷. *Elogiemos ahora a hombres famosos*, de James Agee y Walker Evans, impresionante reportaje sobre los algodóneros de Alabama, publicado en 1941, muestra «la estatura de una porción de existencia ini-

lisis estructural de los relatos», en AAVV, *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, 1974; DERRIDA, *L'écriture et la difference*, París, Seuil, 1967; NORRIS, *Deconstruction. The OLY and Practice*, Londres, 1982.

⁴⁵ Recientemente, Enrique Moradiellos, comentando un trabajo mío, «Historia y posmodernidad» (*Ayer*, 6, 1992, pp. 15-38), considera que «en él se invocan las tesis de Derrida y Vattimo como marcos regulativos para orientar la actividad historiográfica» (*Historia Social*, 16, primavera-verano 1993, p. 104, nota 9). ¿Cómo osar pedir a quien le lee a uno que vuelva a hacerlo?: «Ars longa, vita brevis». Si el profesor Moradiellos llevara su condescendencia a hacer tal cosa, observaría, creo, que lo que considera identificación con el «deconstruccionismo» es fundamentalmente descripción, así como mi postura crítica a dicha corriente (v., especialmente, pp. 18-22 Y37-38). Otra cosa es, sin embargo, el interés por el «deconstruccionismo» en lo que tiene de rechazo de los «grandes relatos» metafísicos, de «pictas» (Vattimo) hacia lo viviente y a todas sus huellas y manifestaciones, y aun de orientador de algunas obras que, a mi juicio, revisten un interés innegable. Cfr. sobre estas cuestiones STONE, «History and Posmodernidad», *Past and Present*, 13, mayo 1991; los comentarios de JOYE y KELLY en dicha revista (núm. 133, noviembre 1991, pp. 204-213); la réplica de S'ONE y el comentario de SPIEGEL, también en *Past and Present* (núm. 135, mayo 1992, pp. 189-208). Asimismo, HEXTEH, «La implosión de la deconstrucción: un réquiem», en *New History...*, pp. 103-117.

⁴⁶ CHARTIER, «Narración y verdad», p. 3.

⁴⁷ Anagrama, Barcelona, 1993. No sólo trata de hechos reales, vividos, sobre la guerra del Vietnam, sino que induce una dimensión metanarrativa al describir el proceso de escritura del texto.

maginada», utilizando un material documental al que se trata «con la mirada del creador literario» 48. Dos Passos intercala noticias de prensa y breves biografías --entre ellas, una excelente de Veblen en *The Big Money*. Y ¿qué son exactamente *El Danubio*, de Claudio Magris, o *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (17.50-1840)*, de Alain Corbin? ¿Asistimos, quizás, al fin de los géneros? Veamos cómo Alvarez Junco nos manifiesta su enfoque historiográfico: «En la primera parte del libro me he permitido hacer incursiones más que narrativas, casi noveladas. No sólo la biografía se presta a ello más que otros subgéneros de la historia, sino que Lerroux, verdaderamente, era un filón, dada la riqueza anecdótica y picaresca de su historia personal (...) Pero, aparte de esas razones y de un gusto o tendencia personal difícil de reprimir, hay en estas páginas un propósito consciente de no abandonar viejas técnicas y pretensiones literarias que me parecían injustamente despreciadas por el árido estructuralismo del historiador social. Creo que la historia es una ciencia social, y debe adoptar, en la medida en que los datos lo consientan, las técnicas y modelos de las ciencias sociales (...), pero también es, en palabras de Georges Duby, un arte literario. El historiador necesita una cierta capacidad evocadora, y sólo con recursos literarios se puede movilizar la nostalgia y la fantasía necesarias para reconstruir idealmente una realidad desaparecida» 49. Yautobiografía, crónica de nuestro tiempo --decadencia de una cierta burguesía catalana en el marco de unos cambios colectivos-- y ficción, se entremezclan y confunden en un libro como *Estatua con palomas*, de Luis Goytisolo. Historia, literatura y filosofía se confunden en las obras de los grandes novelistas centroeuropeos: Kundera nos revela que los grandes temas abordados por Heidegger en *Sery Tiempo* fueron «revelados, expuestos, iluminados por cuatro siglos de novela»; y refiriéndose a la intención «polihistórica» de Herman Broch, subraya después que ni la poesía, ni la filosofía, ni las ciencias humanas pueden integrar la novela, pero la novela sí puede integrarlas. La novela es, por ello, la ocasión de una suprema síntesis intelectual. «La historia --concluye el escritor checo-- ha destruido la Europa Central. La gran

⁴⁸ Seix Barral, Barcelona, 1993. V. la crítica de CUEL BENZU, en «Babelia», *El País*, 4 de diciembre de 1993.

⁴⁹ ALVAREZ JUNCO, *El f. mperador deL ParaLelo. Lerroux y La demografía popuLis-ta*, Madrid, 1990, p. 13.

novela de la Europa Central ha destruido la historia»⁵⁰. La relación entre historiografía y literatura es, para Hayden White, «tan tenue y difícil como la existente entre la historiografía y la ciencia»⁵¹.

¿Será la «verdad», como postula Veyne, el criterio diferenciador: «la historia es una novela verdadera»⁵²? No parece: ¿cómo apreciar el grado de *verdad* de una narración ficticia? Dejando a un lado la novela realista, ¿Roa Bastos, Heinrich Boll, Toni Morrison, Vargas Llosa, y tantos otros, no nos muestran unas realidades profundas a las que difícilmente accede el historiador? ¿Hay en la obra de Vázquez Montalbán, *Autobiografía del general Franco*, más «verdad» que en los historiadores *objetivos* de los que el novelista parece desconfiar? Charles Reich ha escrito que «la intuición más profunda de la sociedad americana estaba en el arte popular de los años treinta, en las películas de gangsters y en las novelas de detectives (...) Las inolvidables novelas de Raymond Chandler, de James M. Cain y de Dashiell Hammet, ¿no están más próximas de la verdad que la mayor parte de la literatura de las ciencias sociales?»; y, para Norman Birbaum, «los cineastas hacen más por la comprensión de la sociedad contemporánea que cualquier otro»⁵³. Martínez Bonati afirma que en el proceso de lectura, la narración «desaloja nuestra percepción de la realidad, para sustituirla por otra, de carácter imaginario, que es vivida transitoriamente como verdadera aún con la plena conciencia de su carácter ilusorio»: resulta ser así una realidad esencial en la existencia humana⁵⁴.

La diferencia de la narración histórica con la ficticia reside, a mi juicio, en la sumisión de la primera a la práctica de los historiadores, a las reglas de un oficio. Se trata de la aplicación del *método histórico*, que, en rigor, impide la identificación con el tipo de conciencia histórica postulado por Gadamer: aceptemos «el privilegio del hombre moderno de tener plena conciencia de la historicidad de todo presente»; no así «la relatividad de todas las opiniones»⁵⁵. La historia, para Marrou, es una aventura espiritual, en lo que la personalidad del historiador se compromete por entero, ajustándose a unas únicas normas «elaboradas por los eruditos europeos entre los siglos XVI

⁵⁰ KJINDERA, *El arte de la novela*; Barcelona, 1987.

⁵¹ WHITE, *El contenido...*, p. 62.

⁵² VEYNE, *Cómo se...*, p. 10. La cursiva es mía.

⁵³ eit. por MARINAS y SANTAMARIA, *op. cit.*, p. 32.

⁵⁴ *La ficción narrativa (su lógica y ontología)*, Murcia, 1993.

⁵⁵ GADAMER, *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, 1993, p. 41.

y XIX, Y que siguen siendo esenciales, indispensables, pero no definen una ciencia, sino un oficio»⁵⁶. Son las operaciones específicas de la disciplina: «construcción y tratamiento de los datos, producción de hipótesis, crítica y verificación de los resultados, validación de la adecuación entre el discurso cognitivo y su objeto (...) Dependencia del archivo y, por tanto, del pasado de que éste es huella»⁵⁷. Y de todas ellas, ninguna es, seguramente, más importante, como señala Elton, que «la escrupulosidad en la indagación del testimonio y el cuidado que se ponga en la acreditación, el dominio y lo fidedigno de dicha evidencia»⁵⁸. Así actúa el historiador; no, claro es, el creador de ficciones. Y este quehacer, nunca concluido, siempre revisable, es la única garantía de *objetividad*.

Esteban de Vega, comentando --en el número 6 de *Ayer. La Historia en el 91*-- la historiografía española contemporánea aparecida en ese año, hacía una serie de consideraciones críticas que, en líneas generales, podríán reproducirse en 1993: limitada recepción de la nueva historiografía, surgida a finales de los setenta, a partir de la crisis de la convencionalmente llamada «historia científica», escasa atención a la «historia con personas», la historia comparada o la historia de otros países.

No faltaban entonces, sin embargo, ni faltan ahora, obras de calidad cierta, homologables a las que, en una línea semejante, se producen en los países de historiografía avanzada, y que aportan conocimientos nuevos o rectifican puntos de vista establecidos en nuestra historiografía. Se trata, en la mayor parte de los casos, de *relatos* en cuyas *tramas* la dimensión *analítica* predomina abiertamente sobre la *narrativa* a la hora de organizar el material y en las que, en términos de Stone, «interesan más las causas y las consecuencias que el qué y el cómo»: de tales obras hay abundantes comentarios en este número de *Ayer*. Por el contrario, resulta extremadamente difícil encontrar textos en los que la dimensión *narrativa* ocupe el primer plano. Nada semejante a, por ejemplo, *San Nicandro. Histoire d'une conversion* de Elena Cassin, o a *La caída de París*, de Herbert Lottman, por citar dos obras recientes⁵⁹.

⁵⁶ Cito por OLÁBARRI, *op. cit.*, p. 80.

⁵⁷ CHARTIER, *op. cit.*, pp. 3-4.

⁵⁸ FOCEL y ELTON, *¿Cuál de los...?*, p. 196.

⁵⁹ CASSIN, *San Nicandro. Histoire d'une conversion*, Quai Voltaire, París, 1993; LOTTMAN, *La caída de París. 14 de junio de 1940*, Tusquets, Barcelona, 1993.

Debe señalarse, no obstante, el auge de la biografía, la ola de la *historia personal* que empieza a consolidarse en España. Caracteriza a una serie de biografías recientes, como señala el autor de una de ellas, Salvador Forner, el examen de «un aspecto o período de nuestra realidad histórica tomando como eje la trayectoria de un determinado personaje» y «la combinación del enfoque biográfico con métodos de análisis social y político (lo que) permite un tratamiento narrativo y a la vez estructural en el estudio de las individualidades históricas», haciendo así posible una renovación del género sin pérdida de sus valores clásicos. Tal carácter tiene, en efecto, *Canalejas y el partido liberal democrático* de Forner, al situar al político español-junto a los Asquith, Waldeck-Rousseau, Combes o Giolitti- en el proceso de renovación del liberalismo europeo que tiene lugar entre 1900 y 1914. Cuando Canalejas accede al poder en 1910 -fecha en que concluye el libro—, era «el único político español capaz de hacer frente a la gobernación del país, con el menor riesgo para la estabilidad política de la monarquía»). Vicent Llombart y Luis Perdices escriben, respectivamente, *Campomanes, economista y político de Carlos Uf* y *Pablo de Olavide*, aportaciones sustanciales al conocimiento de la Ilustración española, en cuyos proyectos está el origen de nuestra contemporaneidad, vista desde las ideas y la praxis política de dos de sus más destacadas figuras. En fin, el régimen del general Franco y la personalidad del dictador adquieren nuevas precisiones con los libros de Payne, *Franco. El perfil de la Historia*; Paul Preston, *Franco. A Biography*, narración ejemplar, ampliamente documentada, «gran ejercicio de demolición de todo lo que en su día pudo constituir el mito de Franco» (Fusi); y *Franco en la guerra civil. Una biografía política* de Tusell, respuesta basada en material inédito, de archivo, burocrático, testimonial, a la pregunta inicial del libro: ¿cómo se convirtió Franco en dictador? A la fecundidad de este historiador se debe también *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, análisis -basado, como es habitual en Tusell, en importantes fuentes no utilizadas hasta ahora, entre ellas el archivo privado del propio almirante- del carácter y de las contribuciones al régimen franquista de quien fue una de sus figuras claves⁶⁰.

⁶⁰ Los libros de FORNER, PRESTON y TUSELL, son objeto de comentarios más detallados en este mismo número.

La historiografía francesa en 1993

Carlos Serrano

Con pie de imprenta de 1992, pero del mes de diciembre y, por tanto, sin repercusión efectiva en librerías y prensa antes del año nuevo, el acontecimiento historiográfico de 1993 es, sin duda alguna, la salida del último tomo de la imponente serie de los *Lieux de mémoire* dirigida por Pierre Nora ¹. Este volumen, de algo más de mil páginas, se inserta como tercer tomo -con título «De l'archive à l'emblème», después de «Conflits et partages» y «Traditions»- de la tercera parte del conjunto, titulada a su vez «Les France», después que las dos primeras se compusieran, respectivamente, de los dos tomos dedicados a «La République» y de los tres de «La Nation». Para los autores, «después de los lugares descriptivos de la división, después de los lugares constitutivos de la tradición», se trataba de abordar ahora «los lugares demostrativos de la identidad».

Esta «identidad», francesa y de los franceses, se aborda entonces aquí en una triple dimensión: inscripción material, que supone unas instituciones (la genealogía, el notariado, los archivos nacionales, respectivamente examinados por A. Burguière, J.-P. Poisson, K. Pomian) e inscripción narrativa (el relato de vida, esencialmente el de las «vidas obreras», en el que Michelle Perrot recoge en particular la singular historia de *Fils du peuple*, la «autobiografía» compleja del que fue

¹ NORA, PIERRE, *Les lieux de mémoire*, París, Gallirnard (<<Bibliothèque illustrée des Histoires>>), 8 vols., 1984-1992.

el secretario general del PCF, Maurice Thorez); inscripción, finalmente, de un presente acaso moribundo, designado aquí como «l'âge industriel» (L. Bergeron) y que se esfuerza por determinar las diversas modalidades de inscripción de la memoria industrial, a través de las vías francesas de esa *industrial archaeology* que da nacimiento a los ecomuseos o a las rehabilitaciones de naves industriales desviadas hacia otras finalidades. Fieles, sin embargo, al espíritu general de la obra, los autores no se limitan al examen de unas *instituciones* materiales de esta índole. Tras el examen de los elementos deliberadamente destinados a preservar la memoria-identidad -como es un archivo, por ejemplo--, se pasa entonces al estudio de 10 que se denomina aquí «les hauts lieux», esto es, el examen de unos lugares en que espacio y monumento convergen en una tradición, para engendrar un proceso de significación simbólica: desde Lascaux y Alesia (Demoule, Buchsenschutz-Schnapp) hasta el Sacré-Coeur de Montmartre y la torre Eiffel (Loyer, Loyrett), pasando por Vézelay y Notre-Dame de París (Lobrichon, Erlande-Brandeburg), se trata menos del imposible inventario de los monumentos ilustres que de un recorrido por los tópicos de una conciencia nacional que busca los puntos sólidos donde anclar una identidad que acaso se perciba como amenazada.

El recorrido se acaba entonces precisamente con el apartado «Identifications»: imágenes, estereotipos, lemas y convenciones que de una forma u otra les han servido -**yen** gran parte les siguen sirviendo-- a los franceses para reconocerse y comulgar en una identidad simbólica común. En este conjunto pueden coexistir entonces a la vez el gallo supuestamente galo (animal-emblema nacido del juego de palabras bajo-latino Gallus-gallus, esto es Gallo-galo, según recuerda Pastoureau), Carlomagno y su barba florida (Morrisey), la inevitable Juana de Arco (Winock) y el no menos inevitable Descartes (de quien deriva ese «espíritu cartesiano» quintaesencia supuesta de un no menos supuesto «espíritu francés» -Azouvi-), París ciudad-mito (Agulhon) y el rey como categoría (Boureau). Pero no todo es pura imagen o encarnación, y la elasticidad del proyecto permite incorporar también esas abstracciones que son la noción de una Francia «hija mayor de la Iglesia» (a cargo de Rémond), «el genio de la lengua francesa» (Fumaroli) o la divisa «Liberté, Egalité, Fraternité», la que, sin duda, es el signo identificatorio por excelencia, para propios y para extraños, de Francia o, por 10 menos, de una cierta

La historiografía francesa en 1993

Francia, imaginada e imaginaria, que busca en su lejana ascendencia revolucionaria unos fundamentos a la vez siempre reivindicados y, sin embargo, siempre discutidos (Ozouf).

Esta larga peregrinación por el imaginario construido que una sociedad, la francesa, se ha ido forjando a lo largo de los siglos e inscribiendo en su patrimonio memorial no podía evitar el desembocar en una reflexión sobre el acto de *rememoración* por excelencia que constituye la «conmemoración». A modo de conclusión del tomo, pero a su vez también del amplio conjunto que ha venido dirigiendo durante cerca de diez años, Pierre Nora dedica un capítulo a «La era de la conmemoración». No se trata, sin embargo, de un capítulo más, similar a otro cualquiera de los que preceden. Si, por un lado, observa un elemento más de la práctica social en su relación con la memoria histórica, por otra parte, procura establecer el balance de la empresa, volviendo sobre ella, en un proceso meta-histórico, y dirigiéndole una mirada crítica. De entrada, la observación es entonces paradójica: ¿no se trataba, en efecto, de escapar con estos *Lieux de la mémoire* a una interpretación histórica fundada sobre el culto celebratorio al que son tan adictas las sociedades? ¿El propósito no era tomar una distancia crítica, que permitiera examinar el proceso mismo por el que una sociedad construye un discurso que le lleva a ofrecer diversos objetos a la veneración nacional? Y, sin embargo, Nora no puede menos de observar la paradoja: esta empresa, que tendía a distanciarse para analizar el proceso conmemorativo, se halla de lleno absorta en el mismo fenómeno que pretendía estudiar: «Entre una empresa que puso la conmemoración en el centro de sus intereses y este momento histórico habitado por la obsesión conmemorativa existe en efecto una relación. ¿Cómo no ver que estos *lugares* han salido a la luz en una Francia que había entrado en una fase de alta frecuencia conmemorativa?» Al fin y al cabo, parece que hay una relación entre este proyecto historiográfico y el momento histórico que lo sustenta y alimenta, de tal modo que el libro pasa a convertirse en un elemento mismo del objeto que examina: «Escasos son los libros de historia cuya historia es lo suficientemente larga para incluir su propia historia. Es la suerte que ha tenido éste», puede comentar entonces Pierre Nora. De ahí el autor pasa entonces a desarrollar un análisis agudo de las posibles distinciones entre «celebración» y «conmemoración», sintetiza el afán «conmemorativo» de los últimos años en Francia, en sus diversas y contradictorias manifestaciones (desde

el 68 hasta el bi-Centenario de la Revolución), observa la evolución misma del acto celebrativo que parece haber roto sus lazos con el modelo heredado de la Revolución y de la Tercera República. De unitarista y unificadora, la ceremonia conmemorativa o celebracionista pasa a convertirse en acto más o menos partidario, en todo caso arbitrario y siempre de dudosa legitimidad, a no ser que se convierta en mero espectáculo para una sociedad-espectáculo, símbolo acaso de un nuevo momento histórico. Como quiera que sea, sólo queda entonces observar el curioso destino, múltiple y a veces distorsionado, de esa misma expresión por él forjada de los «lugares de la memoria», instrumento de conocimiento y, corno tal, concepto operativo que puede, sin embargo, convertirse en su contrario al pasar a no ser más que una designación cómoda para el hipotético inventario general —babélico, en el sentido que un Borges pudiera dar a esta palabra— de todos los bienes «nacionales» reducidos al amontonamiento de todos los restos del pasado.

No está de más, en este itinerario extrañamente circular que va convirtiendo el instrumento de análisis en objeto de ese mismo análisis, recordar la definición que en 1984 daba el propio Nora de estos famosos «lugares de memoria», tal y como los recoge el diccionario (el *Robert* para el caso) que se reproduce, en un juego de espejos y de cajita china, en el presente volumen, quintaesencia, pues, de quintaesencia: «unidad significativa, de orden material o ideal que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo han transformado en elemento simbólico de una comunidad cualquiera». Pero a pesar de sus apariencias, la noción no es todo lo clara que parece, y ha dado lugar a no pocas ambigüedades que Nora ha resumido posteriormente, en particular en una larga entrevista para el suplemento «Libros» del periódico *Le Monde* (5 de febrero de 1993): desde un primer momento, comenta entonces, esos «lugares de memoria» han sido «a veces materiales y siempre inmateriales puesto que de orden puramente simbólicos». Sin rechazar el uso extensivo y «salvaje» que de la expresión se vino haciendo con posterioridad a 1984, Nora especifica entonces que para él la noción remite estrictamente «a cualquier sistema de signos en tanto que tenga una unidad orgánica y sea portador de memoria», lo que le conduce a hacer hincapié en la dimensión «inmaterial» de la noción así desarrollada, incluso cuando ésta sirva para designar un objeto material: se trata siempre de hacer resaltar la «dimensión simbólica, y por tanto, memorial, y por tanto, inme-

terial de objetos que pueden ser monumentos, lugares, paisajes, objetos palpables, pero también (...) fórmulas, divisas, representaciones, fiestas, etc.».

No se trata aquí de entrar a discutir la validez de un término que el uso parece haber consagrado ya -pero que no deja de plantear problemas: ¿por qué «lugares de memoria» y no «simbólicos», por ejemplo?-, ni mucho menos de resumir el contenido de una obra -colectiva- de amplísimas miras. Tampoco es posible abordar el trasfondo, metodológico y filosófico y, sobre todo, histórico, al que la obra remite. Baste entonces sugerir que esta empresa historiográfica, innovadora y de fuerte capacidad heurística, pretende romper, en su presentación misma como en la elaboración de sus temas, con una concepción lineal y totalizadora del discurso histórico. Dicho en otros términos, el modelo historiográfico aquí puesto en obra rompe con los sistemas explicativos globalizantes, los «grandes relatos» para hablar con los términos de Lyotard, y asume lo discontinuo y fragmentado como modo de conocimiento; si bien el proyecto final no deja de llegar a ser la fiel traducción, compleja pero completa, de «un momento de la mirada de los franceses sobre Francia». Elemento decisivo en este proceso: la reivindicación de lo simbólico, de lo imaginario, como elemento esencial en la comprensión del proceso histórico «real».

El interés manifestado por la historiografía francesa más reciente hacia los elementos simbólicos e imaginarios no se limita, evidentemente, a la colección hasta aquí reseñada. Por no tomar más que un ejemplo, derivado de la misma -en la que el autor, por lo demás, ha participado- pero que conquista ahora su propia autonomía temática y metodológica, vale la pena mencionar la salida del libro de Gérard de Puymège, *Chauvin, le soldat laboureur* ². La obra es, en este sentido, casi emblemática, puesto que, al tomar como objeto de estudio este personaje, de hecho explora los orígenes y el desarrollo de un verdadero mito de la cultura política y social de los franceses, que posteriormente se universalizó y, en su forma sustantiva, sirvió un poco en todo el mundo para designar esa desviación perversa del sentimiento nacional que se conoce bajo el nombre de *chauvinisme*. La investigación, entonces, es reveladora. Contra todo lo que se creía

² PUYMÈGE, G. de, *Chauvin, le soldat laboureur (Contribution à l'étude des nationalismes)*, París, Gallimard, 1993.

y venían diciendo los cronistas desde el siglo pasado, aparece ahora que ese «soldado Nicolas Chauvin» -antiguo *grognard* del ejército de Napoleón nacido en Rochefort, que se habría distinguido por su exaltación patriótica hasta el punto de que sus compañeros hicieran de él ese símbolo que iba a pasar a la historia y a la lengua...- no ha existido nunca como tal. Todo aquí es falso; o, mejor dicho, todo es elaboración a partir de una proliferación de imágenes más o menos fuertemente arraigadas desde el siglo XVIII en las mentalidades francesas, que asocian la representación del soldado y del labrador en tanto que parangón de las virtudes nacionales y que llegarán a culminar, por ejemplo, en la Francia de Vichy y del mariscal Pétain. Tras un amplio recorrido por unas fuentes originales, que van de las litografías populares de los años 1800 hasta las coplas de contenido más o menos verde que cantan las glorias, militares y eróticas, del robusto militar campesino, o las teatralizaciones del mismo tema que surgen en el primer tercio del siglo XIX, Puymège llega a la conclusión de que «el *chauvinisme* remite a un mito potente y expresa pulsiones violentas, pero no se ofrece como expresión pura y sencilla de una realidad ni como una *ideoLogía*, de la que no posee la coherencia ni la articulación teórica ni la pretensión explicativa o científica. Se asienta en las imágenes y no en las ideas, y se queda en el nivel de los relatos, de los símbolos, de lo emocional no racionalizado. Y, por tanto, no es posible ver en él un sinónimo del nacionalismo, que ha suscitado definiciones muy diversas y a veces contradictorias». Estas consideraciones le llevan a concluir: «El *chauvinisme* no es asimilable al nacionalismo francés, al que precede y del que constituye una de las fuentes, y la más original» (p. 276).

Más allá del resultado concreto de esta investigación precisa, lo que acaso aporte de más relevante el citado libro es un planteamiento y algunas sugerencias. Por un lado, en efecto, opta claramente por el recurso a unas fuentes literarias, iconográficas, etc., que no corresponden a los cánones tradicionales de la investigación histórica, y por otro, que de hecho es el determinante, postula que una investigación sobre el «nacionalismo» francés no es reductible a su mera dimensión política o institucional, sino que requiere la exploración de los sustratos afectivos e imaginarios de la sociedad. En este sentido, tanto este libro como, de manera más general, muchas de las investigaciones que se han venido haciendo desde perspectivas más o menos similares, con los *Lieux de la mémoire* a la cabeza, manifiestan una

evidente propensión a la interrogación sobre la «identidad francesa», abordada aquí desde su perspectiva histórica acaso porque se la siente de alguna forma «amenazada» desde la perspectiva de la política o de lo social. Como quiera que sea, toda esta literatura historiográfica reciente viene acaso a colmar un hueco del período anterior en el que la historia social, en particular, había dejado excesivamente vacante la temática nacional. De esta forma, en un enfoque acaso todavía muy galocentrista, esta historiografía francesa reciente parece querer responder al reto de su homóloga anglosajona, elaborando sus propias modalidades de investigación de esa «invención de la tradición» de la que hablaba hace poco Eric Hobsbawm (del que, dicho sea de paso, precisamente en 1992 se tradujo al francés *Nations and nationalism since 1780. Programme, myth, reality*).

Esta predilección -probablemente obligada por las propias circunstancias históricas- por los temas «identitarios», por sus efectos en el imaginario social y sus proyecciones simbólicas tiene entre otros efectos el de poner especial énfasis en la dimensión «cultural» de la historia contemporánea. De hecho, parece prolongarse en la actualidad una vía de investigación bastante rica de la historiografía francesa, en torno al mundo de los «intelectuales», considerados desde diversos ángulos y perspectivas. En este tema, los investigadores agrupados en los seminarios del «Institut du temps présent» por Racine y Trebich han adoptado esta vez una deliberada orientación comparatista, abordando sucesivamente ámbitos territoriales muy diversos (tanto europeos como americanos, etc.), y van dando lugar a publicaciones, pero que de momento son más bien para el uso interno de la propia investigación. Otras dimensiones tienen, pues, necesariamente los trabajos ya más acabados, que dan a conocer el resultado de encuestas sectoriales centradas en el caso específico francés, como el libro de Dufay y Dufort, *Les Normaliens*³, que examina esa forma tan típicamente francesa de formación de las «élites» intelectuales que es la Escuela Normal Superior; o de una temática específica, como corresponde a la tesis que Christophe Prochasson publica hoy bajo el título de *Les intellectuels, le socialisme et la guerre*⁴, que abarca todo el período 1900-1938. La obra sigue de algún modo las hue-

³ DUFAY, F., y DUFOHT, P. M., *Les Normaliens*, París, Lattès, 1993 (prólogo de H. Debry).

⁴ PROCIASSON, Ch., *Les intellectuels, Le socialisme et la guerre*, París, Seuil, 1993 (prefacio de M. Rcb(Srioux)).

Has de los trabajos precursores de Ory, Sirinehi y algunos más, sin dejar de ser innovadora en su campo, tratando de recomponer las diversas secuencias que conducen en particular a la izquierda intelectual francesa desde el *affaire* Dreyfus y la primera guerra mundial (con la disyuntiva entre el pacifismo o la opción de defensa nacional) hasta las angustiosas interrogaciones frente a ese universo bipolar de referencia que a finales de los años treinta pasan a representar, por una parte, una Unión Soviética cuyo brillo utópico empiezan a empañar los procesos moscovitas y, por otra, una España en guerra, que parece imponer la ley de la máxima urgencia.

Estas investigaciones, más o menos sectoriales, que desde unos años a esta parte se han ido desarrollando en torno a lo que, globalmente, podría llamarse acaso la «historia cultural» encuentran en la producción historiográfica reciente una especie de momentánea culminación con el importante volumen *Les formes de la culture*, cuarto y último tomo (después de *L'espace français*, *L'Etat et les pouvoirs* y *L'Etat et les conflits*) de la *Histoire de la France* publicada en una orientación «más temática que narrativa y cronológica», como escribe en su introducción Burguiere, que ha dirigido con Revel esta amplia empresa⁵. Los diversos autores recorren la historia de las prácticas culturales, abordándolas a través de una sistemática que procura a la vez plantear las características estructurales de sus diferentes *tiempos*, así como las modalidades de las transiciones de unos a otros. La primera parte, más centrada sobre las permanencias e inscrita bajo el rótulo de «la herencia», examina entonces sucesivamente «los fundamentos de una cultura familiar» (Burguiere), «una cultura campesina» (Fabre) y «una Francia burguesa» (Plessis). La segunda parte, a la inversa, se ciñe más a las modalidades del cambio, anunciado por el título «Las opciones» («Les choix»), y enfoca las «trayectorias y tensiones culturales del Antiguo Régimen» (Chartier), así como las «rupturas y figuras contemporáneas» (Rebérioux y Prochasson). El conjunto desemboca, como era casi inevitable dado todo lo dicho hasta aquí, sobre «la memoria», considerada a través de «una pasión francesa: la historia» (Joutard). El objetivo declarado de la serie, más aún, de este último tomo, es aclarar la «génesis del fenómeno nacional», pero tratando de definir una postura propia, que rom-

⁵ BURGUIÈRE, A., y REVEL, I., *Histoire de la France*, vol. 4: *Les formes de la culture*, París, Seuil, 1993.

pa a la vez con el imperialismo mesiánico de una historiografía «nacional» que hacía de Francia el supuesto modelo universal, y con la tradición romántica alemana, plasmada en un *volksgeist* que postulaba al contrario una irreductible singularidad. En ese difícil reto, el universo de prácticas, de representaciones, de costumbres que examina el volumen viene entonces a ser como el principio motor del conjunto, cuya lenta y conflictiva plasmación es lo que se proponen determinar los autores aquí reunidos.

La atención puesta en los resortes culturales de la historia contemporánea francesa no excluye, por supuesto, un notable desarrollo de la historiografía propiamente política. Ese «retorno de lo político» que caracterizaba la historia contemporánea según un balance reciente de François Dosse ⁶, se ha prolongado indudablemente en 1993. Pero esa nueva e insistente aproximación a la historia política no se hace siempre en los términos más tradicionales, y son varios los autores que tratan de vincularla precisamente a los resultados alcanzados en otros campos. Así ocurre, en particular, en la parte dedicada a «las Francias» de los mencionados *Lieux de mémoire*: bajo el concepto genérico de «conflictos y repartos», los apartados correspondientes a los binomios considerados como fundadores de una cierta modalidad de vida política francesa, como «la derecha y la izquierda» (Gauchet) o incluso «gaullistas y comunistas» (Nora), están considerados aquí en función de su papel particularmente relevante en la «memoria» histórica de los franceses; pero en una memoria activa y actualizada en cada instante de la vida política del país, por lo menos desde 1945 hasta mediados de los setenta. Este acercamiento particular a los fundamentos culturales de la vida política francesa no excluye, sin embargo, que sigan desarrollándose por otra parte unas investigaciones que pueden ser calificadas acaso de más clásicas si no se atribuye a esta última palabra valor peyorativo alguno: en esta línea se sitúa entonces, por ejemplo, la *Histoire de l'extrême droite en France*, título sin duda algo excesivo para un volumen en el que Winock reúne una serie de estudios monográficos dedicados por sus autores respectivos (Azéma, Birbaum, Milza, Perrineau, Prochasson, Rioux, Winock) a diversos momentos específicos de la historia de esa extrema derecha francesa que va desde el legado contrarrevolucionaria-

⁶ DOSSE, F., «La historia contemporánea en Francia», *Historia contemporánea*, núm. 7, 1992, pp. 17-30.

rio en la Francia decimonónica hasta la implantación del *Front National* en la Francia de hoy ⁷.

Sea cual sea la metodología adoptada, una etapa obligada del itinerario de la historia política francesa actual es el «momento» crucial de la segunda guerra mundial y, más particularmente, del período de la ocupación alemana, con la consiguiente colaboración y constitución del régimen de Vichy, considerado por Burrin en la obra dirigida por Nora, o por Azéma en la de Winock, por no poner más que estos ejemplos. Esta presencia insistente constituye a la vez una evidencia -¿cómo hablar de la historia contemporánea, y más aún, de la historia del «tiempo presente» sin referirse a ese período crucial?- y una relativa innovación: hasta fecha muy reciente, la sociedad francesa no lograba enfrentarse a esa fase crucial de su historia desde la óptica de una historiografía científica. El silencio más o menos vergonzante sobre la colaboración o la idealización romántica de los resistentes fueron durante un largo tiempo la principal tónica de este terreno. Hoy, sin embargo, parece que las cosas están cambiando, de forma que Vichy o la Resistencia pasan a ser objetos de un debate favorecido por el paso del tiempo y la apertura progresiva de archivos y documentos. Sin embargo, los resultados de este proceso pueden ser todavía muy desiguales. Por una parte, es notable que, bajo la presión de los acontecimientos presentes, aparezca cada vez más necesaria la clarificación del pasado inmediato. Es a una preocupación de esta índole a la que responde la decisión adoptada por la jerarquía católica de abrir sus archivos a una comisión de historiadores, presidida por Rémond, para aclarar las nada claras relaciones entre Touvier, jefe de la milicia de Vichy, y los medios católicos que le protegieron y escondieron durante decenios en los secretos de unos cuantos conventos de filiación integrista: el resultado de las investigaciones de la comisión se publicó a finales de 1992 ⁸. Aunque de signo contrario, y de significado muy otro, a ese mismo esfuerzo esclarecedor sobre zonas oscuras de los años 1939-1945 corresponde la publicación en Francia de algunas investigaciones de origen ruso (o ex soviético) sobre la actuación del partido comunista francés en los primeros momentos de la ocupación alemana: tanto la revista *Communisme* (Courtois) como la del Institut de Recherches Marxis-

⁷ WINOCK, M. (dir.), *Histoire de l'extrême droite en France*, París, Seuil, 1993.

⁸ *Paul Touvier et l'Église*, París, Fayard, 1992.

tes (Martelli), dependiente del propio PCE, han publicado los documentos que parecen implicar directamente a Jacques Ducloux en la singular tentativa de lograr el permiso alemán para la edición del periódico *L'Humanité* en 1940, en el marco regido todavía por los análisis que habían conducido al pacto germano-soviético, y avalados de esta forma por la dirección comunista francesa.

Si de este modo se van perfilando las vías de un conocimiento más cabal de las complejidades de unos años turbios, no es oro todo lo que reluce, y el indispensable debate ha sido a veces seriamente distorsionado por fenómenos que, aunque puedan parecer periféricos, no dejan de tener un serio impacto. El caso más espectacular, por más sensible, es sin duda el que ha provocado la publicación reciente del libro de Thierry Wolton relativo a Jean Moulin⁹. A partir de una supuesta documentación original de procedencia rusa -poco controlable, poco o nada contrastable y de la que no se sabe bien cuál es el verdadero origen- se trata de acreditar la tesis espectacular de que el jefe de la resistencia interior francesa, representante del general De Gaulle, era nada menos que un agente soviético, así como por lo demás el ex ministro del aire Pierre Cot, de quien había sido jefe de gabinete en el gobierno de Frente Popular, y, de forma más general, todos los miembros del ala izquierda del partido radical. Obra de un historiador improvisado, y periodista real, el libro no parece presentar las características de rigor que pudieran esperarse para sustentar semejantes acusaciones y, por lo mismo, ha provocado un debate, no exento de polémica cargada de extraños resabios ideológicos: Furet salió a la palestra, en *Le Nouvel Observateur*, en defensa del libro de Wolton, muy atacado a la inversa por Jean Lacouture y, posteriormente, por el biógrafo de Jean Moulin, Daniel Cortier. Más recientemente todavía, el conjunto del asunto ha sido objeto de un análisis agudo, sumamente crítico para lo que representa la obra de Walton y, sobre todo, para el método y los mecanismos que ésta supone, que Vidal Naquet ha publicado bajo el título *Le traît empoisonné*¹⁰.

El repaso de este escueto muestrario de la más reciente producción historiográfica francesa tiende a mostrar que, acaso más que nunca, la historia sigue siendo esa «pasión francesa» de que habla

⁹ WOLTON, T., *Le Grand recrutement*, París, Grassct, 1993.

¹⁰ VIDAL NAQUET, P., *Le traît empoisonné (Réflexions sur l'affaire Jean Moulin)*, París, La Découverte, 1993.

Philippe Joutard en *Les formes de la culture*; o, dicho en otros términos, todo parece indicar que la situación histórica que vive Francia hoy conduce a revitalizar unas grandes interrogaciones -sobre la identidad, sobre los espectros del pasado reciente, sobre la actuación de sus más emblemáticas figuras...- , sin llegar todavía a abordar plenamente todos los temas conflictivos de los últimos decenios. La guerra de Argelia, sin ir más lejos, tal como la han vivido los reclutas (esos famosos *appelés* y *rappelés* de los años cincuenta y sesenta) o los inmigrados argelinos de París (con las matanzas de 1961), empiezan ahora a ser evocadas en películas o artículos, pero quedan todavía al margen de la investigación académica erudita, aunque ya no de la síntesis global y divulgativa con la publicación de la obra reciente de Miquel sobre el tema. Como quiera que sea, esta labor historiográfica, bastante notable en cantidad y calidad, señala de algún modo, y a pesar de todas las crisis ideológicas y de las muchas *contestaciones* metodológicas, la función cívica que sigue desempeñando la historia para la sociedad civil francesa, siempre y cuando logra preservarse de la desviaciones más preocupantes a las que las somete inevitablemente la presión de las diversas tribunas mediáticas.

Tendencias recientes en la historia social británica

Frances Lannon

El interés por la historia social llegó con retraso a los historiadores británicos. Aunque Marc Bloch y Lucien Febvre fundaron la revista *Annales d'histoire économique et sociale* en Francia en 1929, su equivalente británico más cercano, *Past and Present*, apareció mucho más tarde, en 1952. Además, la mayoría de los historiadores británicos consideran que fue durante la década de 1960, más que en la de 1950, cuando la historia social comenzó realmente a ocupar su puesto, junto con la historia política, en el estudio del pasado británico. Quienes han examinado el desarrollo de la historia social británica se refiere casi siempre a tres testimonios de su aparición de forma segura y definitiva en el escenario público y el debate académico.

El primero de esos testimonios fue la fundación del Grupo de Cambridge para el Estudio de la Población, con su ambicioso proyecto -ya concluido- de reconstruir la historia de la población de Inglaterra y Gales durante los trescientos cuarenta años que van desde 1541 a 1871. El segundo fue una obra fundamental de esta nueva especialidad, el libro de Peter Laslett *EL mundo que hemos perdido*, publicado en 1965. El tercero tiene un carácter muy diferente: se trata de una especie de manifiesto metodológico escrito por Keith Thomas, y que apareció en 1966 en un número especial del *Times Litera'Y Supplement*. Todo el número estaba dedicado a «Las nuevas orientaciones en la Historia», pero es el artículo de Keith Thomas, «The tools and the job», el que se recuerda. Era a la vez un llamamiento a favor de un nuevo tipo de historia social y una introduc-

ción a los métodos adecuados para realizarla, a través de la importación del vocabulario, los conceptos y los métodos de las ciencias sociales, incluyendo el análisis estadístico. La antropología social, la sociología, la demografía y la historia económica eran las disciplinas que debían ser estudiadas y utilizadas como instrumentos para investigar la sociedad del pasado.

En nuestros días podemos, por consiguiente, examinar el trabajo de toda una generación de autores conscientes de que estaban escribiendo una versión moderna de la historia social de Gran Bretaña. Desde mediados de la década de 1960, nuestro conocimiento de la sociedad del pasado se ha visto transformado en un gran número de campos por la nueva información y los nuevos métodos. La estructura familiar, las culturas locales y regionales, la salud y la enfermedad, la escolarización, el ocio, las relaciones sociales, los roles desempeñados en función del género, y las actitudes ante la religión, la autoridad, el cambio social o el mundo natural: todas estas cuestiones han sido objeto de investigación, gracias a una impresionante, pero a veces también algo desconcertante, colección de estudios de muy diferentes tipos. Saber que durante veinticinco o treinta años se ha recogido una cosecha abundante en un terreno cada vez más amplio, con algunos momentos cruciales claramente identificables, es probablemente una de las razones principales que explican el actual interés de los historiadores tanto por la síntesis como por la evaluación crítica. Es el momento de almacenar, de juntar lo aprendido, y de reconsiderar de nuevo lo que hay que hacer en el futuro.

No cabe duda de que la más ambiciosa obra de síntesis reciente es *The Cambridge Social History of Britain*¹. Los tres volúmenes, dirigidos por F. M. L. Thompson, reúnen textos de más de veinte historiadores, cada uno de los cuales trata de resumir en un capítulo los descubrimientos y debates especializados de mayor importancia sobre la cuestión de la que se ocupan. El mismo Thompson llama la atención en su prólogo sobre la cronología y el alcance de la transformación de la historia social británica. A su juicio, la historia social es

un territorio cuyos contornos han cambiado durante la última generación hasta resultar irreconocibles, un tema que rebosa de vitalidad gracias a una mul-

¹ THOMPSON, F. M. L., *The Cambridge Social History of Britain (1750-1950)*, Cambridge University Press, 1990 (ed. en paperback, 1993).

titud de monografías y artículos de revistas, una disciplina joven que carece del marco de una ortodoxia convencional o de una interpretación recibida, dentro de la cual o contra la cual puedan producirse nuevos puntos de partida o rebeliones abiertas.

Pero ¿qué se debe añadir a ello, y hacia dónde caminar? Tales son las preguntas que inevitablemente dominan las nuevas síntesis y las nuevas críticas.

La organización de los volúmenes dirigidos por Thompson es ilustrativa. En primer lugar, el análisis temático ha desplazado a la división cronológica como armazón fundamental, hasta el punto de que cada capítulo de cada uno de los volúmenes se refiere a todo el período de dos siglos al que está dedicada la obra. No se puede buscar un ejemplo más llamativo y completo del marco temporal característico de muchos textos de historia social, en los que la unidad temporal habitual corresponde a la vida de varias generaciones (tanto si los capítulos se refieren al mundo rural, a la cultura popular, a la vida cotidiana, al delito y la acción policial, o a cualquier otro de los temas analizados).

La segunda decisión fundamental que Thompson tenía que adoptar se refería a la relación entre cada capítulo y el conjunto de la obra. Eligió dedicar cada volumen a una cuestión general, indicada en los títulos respectivos: 1. *Regions and communities*. 2. *People and their environment*. 3. *Social agencies and institutions*. Tanto las corrientes establecidas como las nuevas tendencias de la historia social se hacen visibles en esta distribución.

Puede señalarse que en la historia social británica -como en la francesa, la española, la alemana o cualquier otra- los estudios locales o regionales han sido absolutamente fundamentales para nuestra comprensión en detalle del desarrollo de las sociedades del pasado. Por eso, el primer volumen de la *Cambridge Social History* incluye capítulos sobre Escocia, Gales, el Noreste y el Noroeste, así como sobre Londres y la zona en torno a la capital inglesa; de la misma forma que una obra colectiva equivalente sobre la historia social de España incluiría capítulos sobre Cataluña, el País Vasco y Galicia, además de Madrid. Pero el problema habitual en estos casos es, por supuesto, lo que queda excluido. Si se estudia Escocia y Gales, ¿por qué no Irlanda?; si aparecen el Noreste y el Noroeste de Inglaterra, ¿por qué no Devon y Cornwall o Yorkshire? De la misma forma que, si aparecieran el País Vasco y Cataluña, se podría preguntar: ¿por

qué no Andalucía?; y si se estudiara a Galicia, ¿por qué no a Extremadura, Aragón o Cantabria? Una de las ambiciones definitorias de la historia social ha consistido en ser una historia total, la historia de toda la sociedad en todas sus diferentes manifestaciones, la historia global del pasado, en contraste con los objetivos más concretos de la historia política, militar o eclesiástica. Pero si la historia total significa la historia de todas las regiones, y dentro de ellas la de todas las localidades, con todas sus particularidades, ¿cómo puede excluirse la historia de cualquier región o localidad? Ahora bien, si hay que incluirlas a todas, ¿cómo se puede recoger de forma coherente la historia social de cualquier Estado moderno dentro de los límites de una obra coherente, por muchos volúmenes de que conste?

La solución a este problema, en el primer volumen del libro que comentamos, consiste en la incorporación de dos capítulos iniciales notablemente diferentes al resto, dedicados uno al mundo urbano y el otro al mundo rural, y en los que utilizan categorías aplicables a todo el conjunto de Gran Bretaña. Es una útil solución, pero no cierra el debate. Antes al contrario, obliga a plantear la cuestión de si se han utilizado zonas concretas como casos a estudiar, y si es así, de cuál ha sido la razón de la elección. ¿Se trata de ejemplos dentro de una variedad indefinida y por ello han podido ser elegidos al azar? ¿O se entiende que de alguna manera resultan representativos, en cuyo caso habría que preguntar por qué, y en qué medida? Este es el fondo del dilema en que se encuentra la historia social: o bien es una historia total, capaz de incluir toda la realidad dentro de un esquema interpretativo, o bien, en el extremo contrario, es la historia de las diferencias irreductibles y los detalles idiosincrásicos que no se pueden incluir en un esquema común satisfactorio.

Mientras este dilema no resuelto, y quizás insoluble, es un rasgo constante de la historia social, el tercer volumen de la *Cambridge Social History* se dirige por un camino nuevo que trata de responder a otro conjunto de críticas reiteradas. El volumen («Social agencies and institutions») examina al gobierno tanto como a los gobernados. El capítulo referido al delito, por ejemplo, analiza también la otra cara del fenómeno estudiando las formas de mantenimiento del orden. El poder y la autoridad aparecen al lado del comportamiento de quienes la rechazan y rompen sus códigos. En el mismo sentido, hay capítulos dedicados no sólo al cambio en la percepción popular de lo que es y lo que debería ser el gobierno, sino también a cómo el go-

bierno y sus instrumentos configuraron la sociedad británica. Durante muchos años ha existido una fuerte corriente crítica en la historiografía británica --en especial entre historiadores más cercanos a las ideologías de izquierda que a las de derecha--, contraria a un tipo de historial social que, a los ojos de sus críticos, prescindía de la política, a una historia desde abajo que ignoraba la existencia de las instituciones políticas y del poder político. El ejemplo más famoso y devastador de esta crítica fue el artículo de Tony Judt, «A clown in regal purple»². En el tercer volumen de la obra que comentamos se puede descubrir de inmediato la conciencia de esta posible limitación, y la decisión de evitarla examinando juntos a la sociedad y al Estado, y poniendo de manifiesto la complejidad de sus múltiples interacciones.

Otra característica digna de mención de este tercer volumen es la incorporación de estudios sobre las asociaciones voluntarias, no gubernamentales, que han sido consideradas con tanta frecuencia un rasgo especialmente rico y llamativo de la sociedad británica, tanto de la actual como de la pasada. La sociedad británica no resultaría reconocible sin la extraordinaria variedad de asociaciones -filantrópicas, deportivas, de ayuda mutua, para la realización de campañas- que han dejado tantas huellas en su evolución. Entre las organizaciones gubernamentales y las asociaciones voluntarias existe también, y este volumen lo recoge, un nivel intermedio de organizaciones que tienen que ver en parte con aquéllas y en parte con éstas: como las iniciativas cívicas y eclesiásticas en terrenos como la salud y la educación, que se oponen a las regulaciones gubernamentales, intentan adueñarse del poder o se organizan para apoyar al gobierno. Los capítulos incluidos en este volumen ponen de relieve con frecuencia la utilidad de este enfoque nuevo e interesante en la historia social británica: mientras se solía considerar hasta ahora que el gobierno ha ido desplazando progresivamente a la acción voluntaria, en la medida en que el Estado moderno ha extendido de forma inexorable el ámbito de sus competencias y su ambición, en estos momentos existe una conciencia creciente de la importancia y continuidad de las asociaciones voluntarias. No es del todo sorprendente que los historiadores que han realizado su trabajo en la Inglaterra de la señora That-

² JUDT, TONY, «A down in regal purple: social history and the historian», *History Workshop*, núm. 7, 1979.

cher hayan adquirido una aguda conciencia de los límites y las inadecuaciones de la actuación del Estado, tanto en nuestros días como en el pasado, y que por ello insistan en lo engañosa que resulta esa concepción lineal del desplazamiento progresivo por el Estado de la acción voluntaria.

El volumen intermedio («People and their environment») se apoya, en un grado muy superior a los otros dos, en métodos sofisticados de análisis estadístico para explicar el cambio demográfico, la familia, el trabajo, la comida y la bebida, la cultura y el ocio. Alguno de estos temas será examinado más adelante en el presente artículo. Como en los otros volúmenes, cada capítulo tiene carácter independiente; en este caso el lector echa en falta, aún más que en los otros tomos, una visión general que pusiera en relación las distintas contribuciones. Sólo existe una Presentación Editorial breve (cinco páginas) y descriptiva que se refiere a los tres tomos. El profesor Thompson no explica cómo anudar los distintos hilos, ni señala el interés o la utilidad para futuras investigaciones de los distintos temas o métodos. Lo que resulta un extraño rasgo de timidez en un proyecto de tanta envergadura. Se ha omitido también cualquier explicación sobre la selección de los temas tratados en la obra. El lector puede sorprenderse ante la ausencia, por ejemplo, de un capítulo que trate de forma específica de la historia de las mujeres o las relaciones de género. Quizá la conclusión general que se extrae de esta obra es que es tal la proliferación y la amplitud de la historia social en Gran Bretaña que resulta extremadamente difícil considerarla como un conjunto. Tendría gracia que un resultado de la exhuberancia y variedad de la investigación reciente en este terreno fuera que nos quedásemos con una visión fragmentada, compartimentalizada, de la forma en que nuestros antepasados vivieron el pasado.

Es difícil encontrar un mayor contraste que el que existe entre esta empresa de grandes dimensiones y muchos autores y el sucinto análisis de la sociedad británica entre 1870 y 1914 ofrecido por Iose Harris en su libro *Private Lives, public spirit*³. Se trata de una elegante visión sintética, aunque completada con ejemplos concretos en cada cuestión, procedentes habitualmente de fuentes primarias y a

³ HARRIS, I., *Private Lives, public spirit. A social history of Britain, 1870-1914*, Oxford University Press, 1993.

los que da vida la aguda percepción de los rasgos particulares e idiosincrásicos que posee la autora. No se trata, de todas formas, de una introducción a la historia social del período, en la medida en que los lectores necesitan conocer la última fase de la era victoriana y el período eduardiano para entender las alusiones de la profesora Harris y seguir con comodidad el texto. Como sugiere su título, el libro está dedicado a la multitud de vidas y experiencias separadas que de alguna manera constituyen la «sociedad», así como a la inagotable red de asociaciones que integran a la gente no en un cuerpo social orgánico, pero sí ciertamente en la vida civil y pública.

Jose Harris cita un estudio francés, publicado en 1870, que calculaba que la mayoría de los adultos británicos pertenecían al mismo tiempo a cinco a seis asociaciones voluntarias: «sindicatos, sociedades de amistad, sociedades literarias, científicas o filosóficas, clubs de ahorro, cooperativas, y otras innumerables asociaciones, grandes o pequeñas, creadas para alcanzar una multitud de objetivos» (p. 220). Al igual que esta fuente francesa, y como otros muchos observadores e historiadores, la autora llama la atención sobre el contraste entre este rasgo del comportamiento británico y la situación de otras sociedades europeas, en las que los espacios intermedios entre el Estado y los particulares estaban mucho más vacíos. Una preocupación de esta obra, como de otras investigaciones actuales sobre la historia social tanto en Gran Bretaña como fuera de ella, se refiere a los límites. ¿Dónde acaba la esfera pública y comienza la privada? ¿Dónde se juntan el nivel estatal y el civil? ¿Cómo se unieron las cuatro culturas nacionales de los ingleses, los irlandeses, los escoceses y los galeses para producir una cultura británica, si es que de hecho se produjo esa fusión? ¿Cómo se relacionan las identidades religiosas con las de clase, o las de género, de ocupación o localidad? En su conclusión, la profesora Harris reconoce que «el problema de las fronteras -culturales, geográficas e institucionales- ha quedado en gran medida sin resolver»; pero señala también que puede que no tenga solución. La cuestión de las fronteras ha cobrado en los últimos años una gran importancia tanto para los historiadores de la sociedad y la cultura como para los historiadores políticos británicos; buena prueba de ello es la elección de este tema en una reciente conferencia organizada por *Past and Present*. Con mucha frecuencia, lo mismo que en este libro, no se pone el acento en una demarcación rígida y excluyente, sino en la permeabilidad y la mutabilidad de las fronteras

sociales, así como en las múltiples vías de intersección. Al tiempo que insiste en lo relativas y cambiantes que resultan las características de la formación social y las relaciones sociales, este libro –de forma llamativa– no cuenta con tablas estadísticas ni gráficos de ningún tipo, ni siquiera en la sección dedicada a la demografía. Tras el notable desarrollo de las técnicas de cuantificación durante los últimos veinte años, quizá se trata de señalar ahora que la precisión aparente de las estadísticas debe dejar paso a la más personal y más matizada imprecisión consciente de las palabras y los ejemplos particulares. Los historiadores de la sociedad británica han aprendido los métodos y conceptos de las ciencias sociales, pero a menudo los han encontrado deficientes. Al comentar en su prólogo las tendencias de la última década, la profesora Harris escribe:

Hace diez años, muchos historiadores estaban influidos todavía por la visión de la historia social como «historia total», como una disciplina que aspiraba a ubicar, explicar y encapsular la realidad objetiva, estructurada y ajustada a un modelo. Diez años después, las percepciones del pasado se han vuelto mucho más matizadas, idiosincrásicas, privadas y relativistas. Los textos, los artefactos y el lenguaje han sustituido a las instituciones, los movimientos y las fuerzas sociales en el papel central de la historia social.

La concepción de la autora se sitúa en una posición intermedia entre la confianza de la primera concepción, según la cual el pasado puede ser reconstruido y comprendido, y la convicción de los historiadores influidos por el posmodernismo de que el pasado es diverso y elusivo, y se sitúa más allá de cualquier comprensión. Desde esta perspectiva, la autora recoge muy bien el recorrido intelectual de la última década.

La obra editada por Adrian Wilson pone de manifiesto un objetivo más valorativo que la *Cambridge Social History* o el libro ya comentado de Iose Harris. Se ve de inmediato en su título, *Rethinking social history* 4. El editor tiene en la cabeza todo el recorrido de los escritos modernos sobre historia social. Y comienza su libro con la siguiente observación, que define sus intenciones:

† WILSON, ADRIAN (ed.), *Rethinking Social History. English Society 1.570-1920 and its interpretation*, Manchester University Press, 1993.

Tendencias recientes en la historia social británica

La historia social inglesa se ha consolidado durante un cuarto de siglo aproximadamente como un sector fundamental de la disciplina histórica. Los ensayos recogidos en este libro tratan de reflejar sus logros y de reflexionar sobre ellos; es decir, de captar tanto la fuerza como las debilidades de lo que ya es un campo notablemente amplio.

Sin embargo, el libro -como el mismo editor reconoce de inmediato-- se concentra sobre todo en el siglo XVIII y deja de lado la historia económica y muchos otros aspectos de la sociedad del pasado. Aparte de que se limita a la historia inglesa, dejando fuera de manera deliberada la historia de Escocia, Gales e Irlanda. Con ello se sitúa a contrapelo de la tendencia actual a analizar la historia de Gran Bretaña, y no sólo de Inglaterra, y, por tanto, a investigar la construcción histórica de una sociedad nacional y una cultura nacional específicamente británicas.

Los lectores españoles se sentirán probablemente interesados por dos capítulos de este libro, en la medida en que plantean cuestiones fundamentales para la historia social del siglo XVIII inglés. Uno es la contribución de Joanna Innes y John Styles sobre el delito y la justicia penal, un campo que sigue produciendo nuevas ideas. Innes y Styles revisan el desarrollo de la historia de las acciones ilegales, la elaboración de las leyes y la imposición de las mismas en el siglo XVIII, así como la obra creativa e interdisciplinar de los sociólogos históricos, los criminólogos y los historiadores del Derecho, la sociedad y la política. Los autores llaman la atención hacia la forma en que la *historia desde abajo* --orientada hacia la ruptura de la ley y la apelación a la ley para la protección de personas y propiedades- ha provocado la aparición de una *historia desde arriba*, dirigida a las instituciones que elaboran la ley, obligan a su cumplimiento y castigan a los infractores. Al igual que en el tercer volumen de la *Cambridge Social History* («Social Agencies and Institutions»), también con esta obra el lector adquiere un sentido muy preciso de la importancia de unir estas dos perspectivas para comprender la interacción entre el pueblo y las instituciones. Innes y Styles concluyen su capítulo con algunas observaciones pertinentes en torno a la forma en que ambos polos han sido enfrentados con demasiada rapidez, y también con algunas sugerencias sobre cómo superar la polarización; en especial, a partir del reconocimiento de que las propias instituciones -que incluyen tanto a los humildes consejos parroquiales, en el nivel inferior, como a los parlamentos en el superior- se encontraban inter-

gradas en la red de relaciones sociales y gestionadas por un amplio conjunto de individuos, la mayoría de los cuales no procedían en absoluto de la reducida élite situada en el nivel social más alto.

El otro capítulo que se ocupa de un debate fundamental, y en este caso bien reñido, es el de Patrick Curry, «Towards a post-Marxist social history: Thompson, Clark and Beyond». Como indica el propio título, Curry trata de dar luz sobre el estado actual del debate en torno al cambio social en el siglo XVIII inglés. Examina por ello el ataque frontal de Clark a la historiografía *Whig* y al *establishment* historiográfico marxista -incluyendo a E. P. Thompson y a *History Workshop-*, y su deseo de expulsar del siglo XVIII la teleología constitucional y la revolución burguesa, sustituyéndolas por la deferencia, la religión y el *ancien regime*. Curry presenta una valoración matizada de los estudios controvertidos de Clark, *English Society 1642-1832* (1985) y *Revolution and Rebellion* (1986), al tiempo que considera que el camino a seguir no debe apoyarse sólo en los autores marxistas ni en sus críticos de la nueva derecha, de los que Clark representa el ejemplo más destacado. En lugar de ello, Curry insiste en la necesidad de una cierta pluriformidad histórica en los estudios futuros sobre los diferentes grupos sociales y culturales que unidos forman la «sociedad», y sobre las múltiples construcciones sociales del poder, y sus limitaciones, en las sociedades del pasado. Desea que la historia social no esté sometida a la tiranía de un solo concepto dominante, sea éste la clase, la nación o el desarrollo económico. A esta pluriformidad la considera una historia nueva y democrática, relacionada con la nueva realidad social «fragmentada y desarraigada, no teorizada ni reconocida» (pp. 188-189) que se puede ver en las calles de la Gran Bretaña del período posterior a Thatcher.

No está claro cómo se puede relacionar esta visión con la predicción de Adrian Wilson -al final del último capítulo, más bien oscuro, dedicado a la metodología histórica- sobre el surgimiento de una historiografía integradora y «totalizadora» (p. 324). El libro, con su combinación un tanto extraña de ensayos, nos deja de nuevo un tanto a la deriva entre la ilusión de una historia total y el reconocimiento de su inevitable fragmentación.

De todos los sectores de la historia social británica, ninguno ha progresado más que la historia de la familia. Desde el punto de vista de la demografía, el Grupo de Cambridge para el estudio de la historia de la población ha emprendido un amplio análisis de la estruc-

tura de la población en Inglaterra y Gales desde el momento en el que aparecen informes adecuados para esta tarea, en la década de 1340, hasta los comienzos del período contemporáneo de documentación oficial masiva, en la década de 1870. Otros historiadores han estudiado las redes de parentesco, la composición y el funcionamiento económico de los hogares, y la vida afectiva y las relaciones en el seno de las familias. Las investigaciones han ido hacia atrás, en busca de las generaciones anteriores a la década de 1340, y hacia adelante hasta nuestros días. Se han analizado familias de todas las clases sociales, situadas en medios rurales y urbanos a lo largo de todo el país. Los documentos utilizados incluyen censos, registros parroquiales, documentos señoriales, testamentos, asignaciones de impuestos, contabilidades familiares, estadísticas de empleo, niveles salariales, sermones, cartas y diarios. Es evidente que en parte la atracción de la historia de la familia procede de su complejidad y variedad. Ofrece la posibilidad de situar a los individuos del pasado no sólo dentro de un contexto específico de lugar, parentesco y familia, sino también y al mismo tiempo en el seno de sus relaciones económicas, culturales y afectivas.

Es además uno de los campos en los que el trabajo profesional de los historiadores coincide en parte con el enorme entusiasmo y actividad de los aficionados. Miles de británicos se han visto últimamente implicados en la tarea de reconstruir la historia de su propia familia. *The Oxford Guide to Family History*, de David Hey, es una obra escrita para estos entusiastas⁵. Se trata de un libro bellamente editado, con muchas ilustraciones, destinado evidentemente a un público más amplio del que podrían alcanzar la mayoría de las historias académicas. Ofrece consejos sobre cómo investigar los apellidos familiares y los árboles genealógicos, y difunde entre sus lectores algunos de los recientes hallazgos de los historiadores profesionales de la familia. En este último aspecto, el profesor Hey efectúa una selección estricta, insistiendo en la obra de los demógrafos, genealogistas e historiadores locales, al tiempo que ignora por completo e incluso excluye de su bibliografía las investigaciones de Lawrence Stone sobre la historia íntima de las relaciones matrimoniales (quizá porque le parecieron demasiado especulativas, o demasiado alejadas de los

⁵ BEY, DAVID, *The Oxford Guide to Family History*, Oxford University Press, 1993.

objetivos de reconstrucción del pasado familiar de sus probables lectores). En todo caso, Hey llama la atención sobre dos aspectos cruciales que han convertido a la historia de la familia en un terreno lleno de satisfacciones tanto para los profesionales como para los aficionados británicos: en primer lugar, la extraordinaria riqueza de la documentación original que aún subsiste, y cuyas dimensiones no tienen probablemente rival en otros países; y en segundo lugar, la facilidad de acceder a ella, favorecida por iniciativas como la del grupo de Cambridge, que informatizó enormes cantidades de información, o la creación de una red nacional de archivos municipales.

La más firme conclusión que puede extraerse del trabajo de una generación sobre la familia británica se refiere a la continuidad durante un largo período de tiempo de algunos factores decisivos. Recientemente los ha resumido así Michael Anderson:

Al menos desde la época medieval, la mayoría de los hogares eran pequeños (por término medio, de menos de cinco miembros) y simples en cuanto a sus lazos de parentesco (habitualmente sólo el 10 por 100 incluía algún pariente del cabeza de familia, aparte de la familia «conyugal» inmediata formada por los padres y sus hijos). Durante varios siglos, hasta la década de 1960, la edad media a la que se casaban mujeres y hombres ha sido más bien tardía (en torno a los veintisiete años para los hombres, y veinticinco para las mujeres), y aproximadamente un 10 por 100 de los hombres y las mujeres no se casaron nunca⁶

Aparte de éstas, han existido también otras continuidades. Aproximadamente un tercio de los matrimonios celebrados en Gran Bretaña en 1980 durarán, de acuerdo con las tendencias actuales, menos de veinte años. La cifra correspondiente a los matrimonios contraídos hace ciento cincuenta años, en 1826, es prácticamente la misma. Por supuesto, las causas del fin del matrimonio son diferentes en las dos fechas: mientras los celebrados en la década de 1820 acababan con la muerte de uno de los contrayentes, el final de los de la década de 1980 se deberá en la inmensa mayoría de los casos al divorcio. Pero es interesante señalar que los cambios radicales de la mortalidad y la posibilidad de divorciarse han dado lugar a un porcentaje similar de matrimonios que duran menos de veinte años. En

⁶ ANDERSON, MICHAEL, «New Insights into the History of the Family in Britain», en *New Directions in Economic and Social History*, vol. 2.

esta perspectiva a largo plazo, la excepción se encuentra en la generación de las décadas de 1920 a 1940, período en el que la caída de la mortalidad no se había visto compensada todavía por la facilidad para obtener el divorcio.

Los medievalistas se han referido al predominio, en un período tan temprano como el siglo XIII, de las familias nucleares en vez de las extendidas, de la movilidad de la población rural en lugar de la existencia de fuertes lazos con la tierra de origen, de los lazos débiles de parentesco y de los matrimonios tardíos. La línea de continuidad que va del presente al pasado parece estirarse cada vez más hacia atrás con cada nueva investigación. No es probablemente una sorpresa que al menos algunos aspectos relativos a la fase inicial de esta continuidad empiecen a ser discutidos en nuestros días. La puesta en cuestión ha quedado reflejada en un artículo de Zvi Razi ⁷. Razi utiliza los documentos de un señorío llamado Halesowen, en el oeste de las Midlands, para demostrar que, al menos en Halesowen —y, por extensión, quizá también en las Midlands, en el centro-sur y en el norte de Inglaterra—, tuvo lugar un proceso significativo de cambio desde el siglo XIII hasta el XV. Este proceso incluyó la conversión continuada de la familia extensa en nuclear, que había empezado en fechas anteriores, así como un notable debilitamiento tanto de los lazos de parentesco como de la vinculación a la tierra; un cambio que se aceleró en gran medida como consecuencia del impacto desestabilizador, desde el punto de vista demográfico, de la peste negra. Sería interesante ver si otros medievalistas están de acuerdo con esta insistencia en el cambio, y no en la continuidad de la estructura de la familia y del hogar.

No hay duda, sin embargo, de que la continuidad es en estos momentos el tema dominante en las interpretaciones de muchos aspectos de la historia social y económica británica. Lo que resulta evidente de inmediato en los dos volúmenes de *New Directions in Economic and Social History* que han aparecido hasta ahora ⁸. Los ensayos allí recogidos confirman de nuevo algunas de las tendencias en historia social ya examinadas en este artículo: por ejemplo, la impor-

⁷ RAZI, ZVI, «The Myth of the Immutabl English Family», *Past and Present*, núm. 140, agosto de 1993.

⁸ *New Directions in Economic and Social History* (Londres, Macmillan). El vol. 1 ha sido editado por DIGBY y FEINSTEIN (1989), y el vol. 2 por DIGBY, FEINSTEIN Y JENKINS (1992).

tancia de la coexistencia de la ayuda voluntaria con la asistencia social estatal en Gran Bretaña durante el siglo XX⁹. En historia económica, el socavamiento de las interpretaciones anteriores, basadas en el cambio y la discontinuidad, es aún más espectacular. Como señalan los editores en su Introducción al volumen segundo:

Las valoraciones tienden a desplazarse desde el enfoque tradicional sobre las revoluciones del pasado hacia una interpretación más gradualista y matizada que insiste en la continuidad tanto como (o incluso más que) en el cambio.

Dejemos fuera «la discontinuidad y el progreso», sustituidos por «la continuidad y la relatividad» (p. 7). La revolución industrial, la revolución keynesiana, incluso la Gran Depresión de la década de 1930 aparecen relativizadas y contextualizadas de una forma que convierte a expresiones como «despegue industrial», «crisis» o la misma «revolución» en muy inapropiadas y equívocas. El primer capítulo del primer volumen abre el camino al poner en cuestión desde su mismo título («Agricultural Revolution? England 1540-1850») la idea tradicional de un cambio decisivo. Interrogantes similares pueden encontrarse también en algunas de las contribuciones al libro *The Industrial Revolution and British Society*, aunque el propio editor, Patrick O'Brian, refuta con vigor a los revisionistas en su capítulo introductorio, e insiste en la «causa de la discontinuidad»¹⁰.

Este amplísimo, aunque no universal, cambio de acento debe mucho, por supuesto, a la nueva información y los nuevos métodos. Pero también parece proceder del malestar y la insatisfacción con las interpretaciones anteriores que en nuestros días experimentan los historiadores de una generación influida por el colapso del marxismo y el penetrante relativismo de la cultura posmodernista. Incluso Lawrence Stone -que ha sido criticado muy a menudo por la más que entusiasta visión teleológica de sus estudios anteriores sobre las relaciones afectivas en el seno del matrimonio, y por su confianza extrema en la afirmación de que se produjo un cambio a lo largo del tiempo desde los matrimonios basados en el interés económico a los que se basan en el afecto-- parece contagiado por la enfermedad del re-

⁹ TANE, PAT: «The British Welfare State: Its Origins and Character», *New Directions...*, vol. 2.

¹⁰ O'BRIAN, PATRICK, y QUINNILL, RONALD (eds.), *The Industrial Revolution and British Society*, Cambridge University Press, 1993.

lativismo. En su estudio sobre el matrimonio en Inglaterra antes de la reforma de la legislación matrimonial en 1753 ¹¹ señala:

Si se considera al matrimonio en el terreno social más que en el legal, se trata de un proceso complejo y a menudo prolongado, y no sólo de un único acontecimiento público y formalizado.

Además de que

como resultado de los clamorosos defectos de las leyes sobre el matrimonio, un muy amplio número de personas perfectamente respetables no podían estar del todo seguros, durante el siglo XVII y a comienzos del siglo XVIII, de si estaban o no casados.

Tanto en este libro como en su obra *Road to divorce*, Stone emplea con asiduidad las fuentes legislativas y los documentos judiciales para ilustrar, en el primer caso, la normalización legal del matrimonio y, en el segundo, la aparición del divorcio como una manera accesible, y aceptada por la sociedad, de poner fin al mismo. Al final de *Road to divorce* revisa la «revolución del divorcio entre 1960 y 1987», uno de los cambios más radicales experimentados en cualquier momento en la vida social inglesa; pero reconoce también, como hizo Anderson en el artículo ya comentado, que

desde el punto de vista estadístico, el matrimonio simplemente ha vuelto en nuestros días a la pauta existente antes del agudo declive en la mortalidad adulta de fines del siglo XIX y comienzos del XX ¹².

Las continuidades, aunque de tipo muy distinto, se encuentran también en el centro del fascinante texto polémico de W. D. Rubinstein, *Capitalism, Culture and Decline in Britain* ¹³. Su blanco es una tesis muy famosa, asociada en particular con los nombres de Anthony Sampson (*Anatomy Of Britain*, 1962), Corelli Barnett (*The Collapse Of British Power*, 1972, y *The Audit Of War*, 1987) y Martin 1. Wie-

¹¹ STONE, LAWRENCE, *Uncertain Unions. Marriage in England 1660-1753*, Oxford University Press, 1993, pp. 3 y 12.

¹² STONE, LAWRENCE, *Road to divorce. EngLand 1580-1987*, Oxford University Press, 1992, p. 410.

¹³ RUBINSTEIN, W. D., *Capitalism, Culture and Decline in Britain, 1750-1950*, Routledge and Kegan Paul, 1993.

ner (*English Culture and the Decline of the Industrial Spirit, 18.50-1980*, 1981). Cada uno de estos autores ha argumentado, aunque de diferentes maneras, que Gran Bretaña sufrió un declive económico radical en el siglo XX, y que este declive se debía en parte a factores sociales y culturales, como su anacrónica estructura de clases y la cultura contraria a los negocios de su élite reaccionaria. Si las clases medias hubieran dedicado más tiempo y empeño a la obtención de beneficios y la innovación -afirma esta argumentación- y menos a tratar de absorber los valores y el estilo de vida de la aristocracia terrateniente, en ese caso Gran Bretaña se habría manejado mejor en el mundo moderno del capitalismo competitivo.

Muchos críticos se han enfrentado hasta ahora con la obra de estos tres autores, tanto en el nivel de la metodología y las pruebas como en el de la interpretación. Pero Rubinstein va mucho más lejos. Afirma con energía que Gran Bretaña no ha experimentado ningún declive económico profundo que requiera una interpretación cultural o de otro tipo, y que por ello la crítica cultural está mal planteada de raíz. En su lugar, Rubinstein arguye que las medidas convencionales de crecimiento económico son engañosas, porque no toman suficientemente en cuenta la prolongada importancia -antes, durante y después de la revolución industrial- de los sectores comercial, financiero y de servicios en la economía británica. En otros términos, aunque haya disminuido la producción industrial, en especial en la industria pesada, en relación con otros países, la economía en su conjunto ha seguido funcionando bien y sosteniendo el crecimiento a largo plazo del nivel de vida. El resumen del autor es bien claro:

La concepción que se defiende en este texto es que Gran Bretaña *nunca* fue fundamentalmente una economía industrial y manufacturera; antes al contrario, fue *siempre*, incluso en los momentos culminantes de la revolución industrial, una economía basada sobre todo en el comercio, las finanzas y los servicios, cuya ventaja comparativa se encontró siempre en el comercio y las finanzas. El aparente declive industrial de Gran Bretaña fue simplemente una consecuencia de este proceso, que se hizo cada vez más visible a partir de 1890, aproximadamente, y que coincidió con toda claridad con un aumento continuado del nivel medio de vida en Gran Bretaña, más que con una caída del mismo (p. 24).

En tal interpretación, el mantenimiento de ciertos valores humanos, no competitivos, en la sociedad británica es sólo un indicador del éxi-

to de Gran Bretaña a la hora de combinar la racionalidad económica con la cultura humanística.

Estas ideas representan expresiones de aliento en la Gran Bretaña de la década de 1990, en la que el estado de ánimo nacional tiene más de tristeza y pesimismo que de confianza y autosatisfacción. Quizá pueden ampliarse estas actitudes alentadoras si consideramos, como conclusión de este trabajo, dos contribuciones recientes a la incipiente historia del deporte en la vida social británica. Derek Birley elige claramente un título lleno de confianza para su libro, *Sport and the making Of Britain*, en el que pasa revista a la actividad deportiva desde la Bretaña romana hasta fines del siglo XIX, la época en que los ingleses exportaban el deporte junto con el imperio por todo el mundo. Al autor no le caben dudas de que el balance es positivo: el deporte se encontraba «del lado de los ángeles», ejerció una influencia conservadora, e incluso «ayudó a evitar las revoluciones políticas que experimentaron otras naciones europeas» 14. ¿Debemos concluir de ello que, si el deporte hubiera desempeñado un papel más destacado en el siglo XVII del que de hecho ocupó, los ingleses no se habrían tomado la molestia de combatir en una guerra civil contra el rey Carlos I, y de acabar ejecutándolo? La interacción entre el deporte y los valores sociales parece requerir un análisis más sutil del que se encuentra en este libro.

Rogan Taylor está más interesado por los hinchas y los espectadores que por quienes practican actividades deportivas en el libro *Football and its Fans* 15. Se trata de un tema importante, tratado en esta obra de forma un tanto estrecha, enfocada en las organizaciones de hinchas deportivos. Pero como los historiadores sufren la influencia de 10 que ocurre en su propia sociedad, sería sorprendente que no viéramos el crecimiento a partir de ahora de la historia del deporte y el ocio, que representan fenómenos tan cruciales en la experiencia social de la Gran Bretaña moderna. De nuevo, y a pesar del enorme éxito del fútbol como espectáculo de masas durante los últimos cien años, parece que sería una equivocación insistir demasiado en un cambio espectacular. Las quejas en torno a que demasiadas personas se limitan a contemplar, mientras demasiado pocas participan, no son

¹⁴ BIRLEY, D., *Sport and the making Of Britain*, Manchester University Press, 1993, pp. 339-340.

¹⁵ TAYLOR, R., *Football and his Fans. Supporters and their relations with the game, 1885-1985*, Leicester University Press, 1993.

nuevas; desde **luego**, no son sólo una característica de la moderna sociedad de consumo. En el capítulo sobre el ocio y la cultura de la *Cambridge Social History* (vol. 2), Cunningham nos recuerda que en el período que va de 1750 a 1850 Gran Bretaña «era ya una sociedad de espectadores» (p. 310).

En la medida en que los historiadores se han apropiado de la investigación de los últimos treinta años sobre la historia social británica, el gradualismo y la coexistencia han **desplazado**, al menos durante algún tiempo, al cambio revolucionario y a las teleologías espectaculares, tanto en lo que se refiere a la economía como a las estructuras familiares, a la asistencia social o al disfrute del tiempo libre*.

* Traducción de MANUEL PÉREZ LEDE8MA.

Ciencias sociales e historia en los Estados Unidos: El nacionalismo como tema central

José Alvarez Junco

Ante la imposibilidad de comentar en un artículo la producción sobre ciencias sociales e historia en el mundo norteamericano, limitaré estas páginas a tratar del tema del nacionalismo, que no sólo ha gozado de un bien ganado protagonismo dentro de la producción académica de los últimos dos años, sino que es un excelente nexo de unión entre la historia y otras disciplinas y enfoques intelectuales.

Pocos problemas histórico-políticos habrán experimentado en las últimas décadas una revolución en su tratamiento científico comparable a la sufrida por el nacionalismo. Todavía en los años cincuenta y primeros de los sesenta, Carlton Hayes o Hans Kohn -los «padres fundadores gemelos» del estudio académico del nacionalismo, según los llamó Eric Hobsbawm- situaban sus trabajos dentro del campo de la *historia de las ideas* políticas. Se trataba de determinar los orígenes intelectuales de la teoría de la soberanía popular (Rousseau) y del concepto mismo de nación (Herder), así como las elaboraciones de artistas o ideólogos que habían cantado las características culturales y diseñado las exigencias políticas de cada grupo nacional concreto. El fenómeno peculiar del mundo contemporáneo, por tanto, se suponía que había sido el surgimiento de la *conciencia* del hecho nacional y de los derechos políticos derivados del mismo.

Por debajo de ello latía la presunción de que la humanidad se hallaba y se había hallado siempre dividida de manera natural en pueblos o naciones, correspondientes a los grupos raciales o lingüísticos reconocibles por rasgos externos patentes. A partir de ahí, se su-

ponía, nacían espontáneamente sentimientos de solidaridad interna y diferenciación externa y, con el despertar moderno de la conciencia de derechos políticos, exigencias de un marco estatal propio. La nación era, pues, lo «natural», el dato previo, y el Estado lo artificial, la creación humana. Una falta de ajuste entre una y otro constituía la clave de los problemas contemporáneos. Lo que implícitamente conducía a una propuesta obvia: sólo la adecuación de las fronteras de los Estados a las «realidades» étnicas evitaría, a largo plazo, conflictos enconados, potencialmente violentos. Este fue el planteamiento que llevó a la consagración del principio jurídico-político de la autodeterminación de los pueblos, uno más en la lista de los derechos «humanos» (idea muy expresiva de la asimilación de las naciones a unidades orgánicas) defendidos por liberales y progresistas del mundo entero en los últimos ciento cincuenta años.

La sencillez y fuerza lógica de la fórmula, y su intento de universalización, han llevado a infinitos y en ocasiones trágicos problemas derivados del imposible ajuste de la compleja y abigarrada red de culturas humanas a compartimentos políticos nítidamente correspondientes a pueblos o naciones puros. Quizá fuera esta imposibilidad práctica lo que obligó a repensar muchos de los presupuestos en que se basaba la visión clásica del problema. Por poner una fecha arbitraria, el inicio del giro podría situarse en 1961, con el libro de Elie Kedourie *El nacionalismo*¹. Kedourie partió de la introducción académica tópica sobre la dificultad de determinar los ingredientes cruciales que componían las identidades nacionales (raza, lengua, religión, territorio, pasado histórico común), lo que le llevó a la inevitable conclusión de que ningún «factor objetivo» era universalizable ni suficiente por sí mismo para fundamentar el hecho nacional. Nada nuevo hasta ahí; muchos autores habían llegado a ese punto, sin abandonar por ello la creencia en las «naciones». En general, salían del apuro añadiendo un componente irracional o misterioso, una referencia a lo que los románticos habían llamado el «espíritu del pueblo» y Renan democratizó como el «plebiscito cotidiano» (lo que Ortega, de manera más rebuscada, reformuló como «proyecto sugestivo de vida en común»). En definitiva, eran naciones aquellos grupos humanos cuyos miembros expresaban la voluntad de ser una nación;

¹ KEDOURIE, ELIE, *Nationalism*, Londres, Hutchinson, 1961 (trad. al castellano: Centro de Estudios Constitucionales, 1985).

una interpretación democrática de la identidad que los fascistas, menos dados a vincular voluntariamente a la gente a sus proyectos, habrían de volver a irracionalizar y convertir en «destino» providencial.

Pero la dureza lógica de Kedourie no se conformaba con recurrir al factor subjetivo aportado por Renan. El plebiscito cotidiano -seguía- era, para empezar, una base excesivamente volátil para cimentar unidades políticas estables; en segundo lugar, era una mera ficción, pues ningún Estado aceptaría que su autoridad fuese diariamente cuestionada por sus ciudadanos. Los Estados, por el contrario, se cuidaban muy mucho de asegurarse la adhesión de la población, o el resultado de ese informal plebiscito diario que era la base de su legitimidad, por medio de una constante tarea de *educación* de la voluntad de la colectividad, es decir, imprimiendo en los ciudadanos desde la más tierna infancia la identidad nacional y, con ella, el deseo de ser miembros de la entidad política que la representaba.

Ello contradecía las bases mismas de la reivindicación nacionalista. Un sentimiento que tenía que ser inculcado no podía ser «natural»; y si era el Estado el encargado de inculcarlo, no eran las naciones las que precedían a los Estados, sino a la inversa. Más aún: no sólo los Estados eran previos a las naciones, sino que, como escribió Wallerstein unos años más tarde, eran un prerequisite para el surgimiento de éstas²; lo político, en resumen, precedía a lo étnico.

A este vuelco del planteamiento en el mundo de la historia política y de las ideas se añadió la evolución que venía produciéndose en el terreno de la sociología; una ciencia que, influida sin duda por los nuevos fenómenos nacionalistas en los Estados poscoloniales, despertó al fin al problema y comenzó a arrebatarlo a los historiadores y a sacarlo del marco europeo. Ya en los cincuenta, Karl Deutsch había relacionado el surgimiento del sentimiento nacional con los nuevos procesos de comunicación social desarrollados a partir de la modernización, esto es, con la ruptura de los lazos de lealtad a las comunidades tradicionales (tribu, pueblo, comarca)³. Anthony Smith, que publicó en 1971 el primero de sus varios libros sobre el tema⁴,

² WALLERSTEIN, IMMANUEL, *The Modern World System*, Nueva York, Academic Press, 1974, I, 145 (trad. al castellano: Madrid, Siglo XXI, 1979).

³ DEUTSCH, KARL, *Nationalism and Social Communication*, Cambridge, M.I.T. Press, 1954.

⁴ SMITH, ANTHONY D., *Theories of Nationalism*, Londres, Duckworth, 1971, (trad. al castellano: Barcelona, Península, 1971). Obras posteriores: *Nationalism in*

insertó también el fenómeno nacional en el proceso de modernización. Según este autor, se trataría de una respuesta de las élites culturales ante la contradicción entre las identidades y la cosmovisión religiosa tradicionales, por una parte, y el Estado «científico» o moderno, por otra (definido como organización política que administra los asuntos públicos de forma racional y calculada con el fin de elevar el nivel de vida del conjunto social, y para ello centraliza y homogeneiza culturalmente). En esta situación de *impasse* o «legitimación dual», la *intelligentsia* reformista ofrece, con el nacionalismo, una mezcla de eficacia modernizadora y reafirmación en la identidad tradicional.

A comienzos de los ochenta, también desde Inglaterra, Benedict Anderson volvió a relacionar nacionalismo y procesos de comunicación e interacción social, pero esta vez proyectándolo hacia una etapa histórica anterior⁵. Para Anderson, serían procesos culturales tales como la invención de la imprenta y la reforma protestante los que habrían posibilitado la creación de nuevas identidades colectivas -«comunidades imaginarias» según su afortunada expresión- mucho más amplias que las anteriores.

Pero si Anderson consagró el término, la explicación de mayor éxito fue la que, en la misma época, ofreció Ernest Gellner, politólogo centroeuropeo también afincado en Inglaterra. Aparte de la brillantez, el modelo de Gellner tenía el atractivo de la monocausalidad: el nacionalismo sería un producto directo de la industrialización y la modernización⁶. El intenso intercambio mercantil y la estandarización de la producción industrial requirieron, por una parte, amplios espacios culturalmente homogéneos; por otra, ese mismo proceso industrializador y las relaciones de mercado crearon una nueva estratificación social y una nueva organización política, «no naturales», es decir, carentes de legitimidad tradicional. Ante todo ello, los Estados y las élites dirigentes encontraron en el nacionalismo el instrumento que facilitaba el crecimiento económico, la integración social y la le-

the Twentieth Century, New York University Press, 1979; *The Ethnic Origins of Nations*, Nueva York, Blackwell, 1987; *National Identities*, Londres, Penguin, 1991.

⁵ ANDERSON, BENEDICT, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1983.

⁶ GELLNER, ERNEST, *Nations and Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983 (trad. al castellano: Madrid, Alianza, 1988). Previamente le había dedicado larga atención en obras como *Thought and Change*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1964, especialmente cap. 7.

gitimación de la estructura de poder. Exactamente al revés de lo que Marx pensaba (que el mundo industrial capitalista terminaría con los sentimientos nacionales y generaría exclusivamente enfrentamientos basados en el interés de clase), ahora la sociedad entera pasó a organizarse alrededor de la cultura nacional, base a la vez del crecimiento económico, de la autoridad del Estado y de los derechos políticos de la mayoría de los ciudadanos. El nacionalismo no era, pues, sólo una «invención» -término usado por Kedourie, y más tarde consagrado por Hobsbawm-, sino una invención interesada, funcional, consecuencia de, y respuesta a, un cambio estructural en el papel de la cultura.

Es obvio que no todas estas líneas de investigación apuntaban en la misma dirección. Pero sí coincidían en algunos rasgos comunes. En primer lugar, todas tendían a *relativizar el nacionalismo*, a reducir su lugar en la historia humana. Las naciones, frente a la clásica aseveración de Walter Bagehot de que eran «tan viejas como la historia», se veían ahora como un producto, bastante reciente, de la modernidad. La mayor parte de la historia humana había conocido muy diferentes tipos de organizaciones políticas (desde las pequeñas unidades tribales hasta los imperios burocráticos centralizados, pasando por las ciudades estados, el feudalismo o las monarquías patrimoniales) cuyas fronteras no coincidían con «naciones» o unidades étnicas. Como tampoco coincidía con éstas la identificación de los súbditos, que solía proyectarse hacia comunidades mucho más pequeñas (parroquias, aldeas, comarcas, gremios, barrios), insertas a su vez en mundos culturales mucho más grandes (la Cristiandad, el Islam). El hecho de que el monarca o el noble fueran «extranjeros» no parece haberse considerado tan contrario al orden natural de las cosas como pasó a verse en el mundo contemporáneo. Sólo el romanticismo se inventó el «principio de las nacionalidades», ¹⁰ que significó, además de un intento de adecuar las fronteras políticas a las unidades étnico-culturales, toda una reinterpretación de la historia anterior en términos nacionales.

La segunda contribución de las investigaciones recientes se relaciona con la *artificialidad* de las identidades nacionales. Como escribió James Anderson en 1986, «las naciones han sido creadas, y creadas en una época relativamente reciente, por el nacionalismo y los na-

cionalistas» 7. Los sentimientos nacionales, lejos de surgir espontáneamente, son inculcados intencionadamente con un propósito político, bien sea por el Estado (al que es útil su función integradora del cuerpo social) o bien por élites políticas rivales, interesadas en alterar las estructuras existentes.

La «etnicización» de la *polity*, es decir, la difusión por parte del Estado de pautas culturales y lingüísticas oficiales entre sus ciudadanos, ha sido un programa explícito de los gobernantes de los Estados-nación creados en los siglos XIX y XX. En Europa, Massimo D'Azeglio lo dijo en 1870: «ya tenemos Italia; ahora hay que crear italianos». Algo semejante se planteó e hizo en países de inmigrantes como Argentina o Estados Unidos (donde todavía hoy se canta el himno nacional o se jura diariamente la bandera en las escuelas primarias) o recién descolonizados. Es comprensible. Pero 10 interesante, y que realmente altera nuestras presuposiciones sobre la antigüedad de los pueblos, es que un proceso de etnicización semejante se produjo en los Estados europeos procedentes del Antiguo Régimen. En toda Europa, en el siglo XIX, se inventaron banderas y fiestas nacionales, himnos patrios, ceremonias y ritos colectivos que sustituyeron a los viejos rituales reales, se crearon instituciones culturales que cultivaban la idea de lo «nacional»... Sólo las entidades políticas que supieron llevar a cabo tal proceso con éxito consiguieron sobrevivir. Otras, como el imperio de los Habsburgo, o el otomano, o la república veneciana, pese a una tradición histórica de muchos siglos, desaparecieron.

Francia suele presentarse como el caso de mayor «éxito», en términos de construcción de una fuerte identidad cultural por parte del Estado. De acuerdo con los estudios, verdaderamente apasionantes, de historiadores como Eugen Weber, Theodore Zeldin o el propio Charles Tilly⁸, sabemos hoy cómo los gobiernos, desde el jacobinismo hasta la Tercera República, consiguieron convertir a «campesi-

7 ANDERSON, JAMES, *The Rise of Modern State*, Nueva York, Harvester, 1986, p.115.

8 WEBER, EUGEN, *Peasants into Freemen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford University Press, 1976; ZELDIN, THEODORE, *France 1848-1945. Myths and Pride*, Londres, Clarendon Press, 1977; TILLY, CHARLES, *The Contentious French. Four Centuries of Popular Struggle*, Harvard University Press, 1986; cfr. de WEBER también *France, Fin de Siecle*, Harvard University Press, 1986 (trad. al castellano: Madrid, Debate, 1991).

nos» en «franceses», principalmente por medio de la educación estatal y el servicio militar obligatorio. En cuanto a Gran Bretaña, también Eric Hobsbawm o Ralph Samuel han analizado la invención de tradiciones nacionales desde finales del siglo XVIII y durante todo el XIX⁹. Para Alemania, Georg Mosse ha investigado y expuesto con envidiable finura el proceso de «nacionalización de las masas» que terminaría en el nazismo: el sentido de pertenencia a la comunidad se lograba, en ese caso, por medio de la participación en desfiles, manifestaciones, mítines, o por la incorporación al paisaje urbano de monumentos patrióticos; toda una «participación» que nada tenía de institucionalizada ni de democrática, pero que, según parece, satisfacía suficientemente al público al que iba destinada¹⁰.

A comienzos de la década de los noventa, pues, los historiadores -que nunca, en realidad, habían abandonado el tema 11_ se habían sumado al esfuerzo investigador de sociólogos y politólogos por renovar los términos del problema. La tendencia, sin embargo, a encerrar el nacionalismo en marcos estructurales, excesivamente rígidos, dominados por un número mínimo de variables independientes, contradecía la vitalidad del fenómeno -demostrada contundentemente en la prensa diaria- y su carácter proteico, su capacidad de servir de vehículo para las más variadas reivindicaciones y en contextos de ningún modo ligados necesariamente a procesos de modernización y fortalecimiento del Estado. Ha habido que seguir trabajando, pues, y diversificando las líneas de investigación, tanto en historia como en ciencias sociales. Comentaremos aquí algunos de los resultados recientes.

Puede que el primer ejemplo no sea muy justo. Se trata de una obra con pretensiones psicológicas, y la psicología es una ciencia de la que es legítimo esperar mayores y mejores resultados en relación

⁹ HOBBSAWM, E. y RANGERS, T. (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, 1983; HOBBSAWM, ERIC, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge University Press, 1990 (trad. al castellano: Barc., Crítica, 1992); SAMUEL, RALPH (ed.), *Patriotismo The Making and Unmaking of British National Identity*, 1989, 3 vols.

¹⁰ MOSSE, GEORGE L., *The Nationalization of the Masses*, Nueva York, Fertig, 1975.

¹¹ Recuérdese CARR, *Nationalism and After*, Londres, Macmillan, 1945; o COBBAN, ALFRED, *The Nation State and National Self-Determination*, Nueva York, Crowell, 1970; especialmente importante es la tardía obra de SETON-WATSON, HUGH, *Nations and States. An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, Londres, Methuen, 1977.

con el tema que nos ocupa ¹². La nación es una de las múltiples y entrecruzadas identidades compartidas (edad, profesión, género, religión, etc.) que todos poseemos. Explicar qué resortes psíquicos moviliza y qué necesidades satisface podría ser útil para comprender cómo y por qué en determinados momentos pasa a dominar sobre cualquier otra fidelidad y vinculación, o incluso se convierte en incompatible con miembros de identidades alternativas con quienes la coexistencia ha sido posible durante siglos.

No será el libro de Endre B. Gastony *La ordalía del nacionalismo en la Europa moderna, 1789-1945* (expresivo título; la renuncia a la asepsia científica es ya mal comienzo) el que satisfaga estas expectativas ¹³. Este autor propone distinguir dentro de la «mentalidad nacionalista» una serie de «fases» o niveles psíquicos en la evolución del sentimiento, que corresponden a la vez a las etapas del desarrollo histórico de los movimientos que responden a tal nombre.

El primero de estos niveles o fases sería el *durmiente-elemental*, en que el sentimiento nacional no significa más que lazo afectivo con el grupo étnico y proclividad instintiva a defenderlo. La segunda fase es denominada *emocional-cultural*, y correspondería a lo habitualmente conocido como «nacionalismo cultural»: la exaltación de la historia, lengua, tradiciones, instituciones del grupo. La tercera, *racional-doctrinal*, es aquella etapa en que los individuos asocian deliberadamente su bienestar y seguridad con los de la colectividad; ahí es cuando el nacionalismo adquiere una dimensión política, y puede convertirse en un movimiento de liberación nacional o en un impulso hacia la modernización socioeconómica, la expansión territorial o la marginación de minorías. En un cuarto momento, llamado *ideológico*, el nacionalismo, convertido ya en doctrina oficial, adquiere primacía, e incluso exclusividad, sobre cualquier otro sistema de creencias y lealtades; ocurrió bajo los fascismos. Por último, Gastony propone un nivel de completa *irracionalidad* en el nacionalismo, cuando éste, bajo circunstancias extraordinarias, inspira una agresividad incluso autodestructiva para el grupo en cuestión, como ocurrió con

¹² Como antecedentes, v. D008, LEONARD, *Patriotism and Nationalism: Their Psychological Foundations*, Yale University Press, 1964; o SHAFER, BOYD C., *Faces of Nationalism: New Realities and Old Myths*, Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1972.

¹³ CASTONY, ENDRE B., *The Ordeal of Nationalism in Modern Europe, 1789-1945*, Lewiston, N. Y., Edwin Mellen, 1992.

Hitler durante la Segunda Guerra Mundial, en que se fue enfrentando progresivamente con todas las grandes potencias del globo. Alemania es, en efecto, el «estudio de caso» que sirve a Gastony para demostrar la aplicabilidad histórica de su teoría: nacionalismo elemental en el siglo XVIII, emocional-cultural entre las guerras napoleónicas y 1848, racional-doctrinal en los años de la unificación y hasta la Primera Guerra Mundial, ideológico durante el ascenso del nazismo y completamente irracional en 1941-45.

En la elaboración conceptual de este conjunto de niveles o estadios de desarrollo, Gastony recurre a etólogos, psicólogos conductistas, antropólogos, sociobiólogos, psicólogos (ensayistas, más bien: Erich Fromm y Arthur Koestler) e historiadores como Louis Snyder. Parte de una explicación muy elemental del cerebro humano, desde el núcleo reptil a las circunvoluciones propias del mamífero evolucionado; a partir de ahí, distingue «niveles operativos», como la predisposición genética, las emociones, lo racional y el aprendizaje. Y como, según advierte al lector, «varios estudios sociológicos –por ejemplo, los de Durkheim, Weber, Simmel, Znaniecki y Bendix– han mostrado el indiscutible interés que tiene prestar atención a los factores sociales que influyen la historia moderna», hace una rápida incursión por la industrialización y la urbanización, y sus consecuencias alienantes y despersonalizadoras, especialmente para los trabajadores y las masas urbanas anónimas. Estos grupos son, según el autor, quienes recurren al nacionalismo en búsqueda de seguridad y de identidad.

Pero, frente a Gellner o Anderson (a quienes Gastony no menciona), el nacionalismo no nace de la modernidad. Los profetas nacionalistas no han podido crear un sentimiento que es en realidad eterno; se limitaron a impulsar un ascenso desde el nivel durmiente hacia el cultural-doctrinal-ideológico; y la promesa de una utopía comunitaria, junto con los intereses del «complejo militar industrial», lo elevaron al de la irracionalidad. El nacionalismo, pues, es una «fuerza impulsora elemental de la historia», un sentimiento básicamente irracional, justificable a veces como instinto defensivo de la propia cultura y del territorio, pero en conjunto más propio de la animalidad que de la civilización. Una conclusión tan general que hace inútil el esfuerzo y el tiempo que autor y lector hayan dedicado a este libro. En él se engloban demasiadas cosas bajo el nombre de «mentalidad nacionalista»; hay algo más que una diferencia de nivel entre

la conciencia de «identidad» o pertenencia a un grupo humano dotado de un conjunto de rasgos físicos y culturales, el «patriotismo» (sentimiento de lealtad y afecto hacia tal grupo), los impulsos xenófobos o racistas, el nacionalismo como ideología legitimadora de los Estados, y la política gubernamental agresiva o belicista. Y de poco sirve considerar que todos ellos son los impulsos eternos o constantes del ser humano cuando lo que queremos explicar es por qué se ha convertido en un problema político en los últimos dos siglos.

Mayor interés parecen tener en este momento obras provenientes del terreno sociológico. Desde esta perspectiva, el factor fundamental a estudiar son hoy los agentes político-culturales que crean y fomentan la movilización nacionalista. No basta con hablar del «Estado»; hay que especificar. Para empezar, porque los Estados se encuentran bajo el control de grupos de funcionarios y políticos, con diferentes ideologías e intereses según las épocas o circunstancias. En segundo lugar, porque no siempre es el Estado el «inventor» del nacionalismo, ya que hay nacionalismos que cuestionan los Estados existentes; en ese caso, hay que estudiar las élites con aspiraciones políticas, decididas a construir y controlar un marco de autoridad distinto a aquel en que viven.

Esto es lo que apuntaron Smith y Gellner, y ha sido la línea desarrollada por Miroslav Hroch en los años ochenta ¹⁴. Es también el enfoque seguido por el reciente volumen coordinado por Andreas Kappeler sobre *La formación de las élites nacionales*, sexto de la serie de estudios comparados sobre gobiernos y grupos étnicos no dominantes en Europa, patrocinada por la European Science Foundation ¹⁵. El estudio sigue fielmente las fases ideadas por Hroch, que, salvo la primera, nada tienen que ver con las de Gastony. Se trata aquí de fases de expansión de la movilización nacionalista: la primera, o fase A, corresponde al llamado «nacionalismo cultural», es decir, al desarrollo de los estudios sobre temas lingüísticos e históricos del grupo en cuestión (no dominante, siempre, en esta obra), que ni salen del ámbito de las élites cultas ni conducen a reivindicaciones

¹⁴ HROCH, MIROSLAV, *Social Pre-Conditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, Cambridge University Press, 1985.

¹⁵ KAPPELER, ANDREAS (ed.), *The Formation of National Elites. Comparative Studies on Governments and Non-Dominant Ethnic Groups in Europe, 18.50-1940*, Dartmouth, New York University Press, European Science Foundation, 1992.

políticas; la fase B es de agitación o expansión de la conciencia particularista y patriótica hacia temas políticos, fuera ya de ambientes académicos e intelectuales; y la fase C es la de construcción de un auténtico movimiento popular o de masas. Un esquema ciertamente sencillo, y de excesiva rigidez, pero que puede ser útil como marco general para plantearse preguntas ulteriores. Así lo ha hecho este equipo, que además, y por fortuna, se ha distanciado de herencias conceptuales que pesaban sobre la obra previa de Hroch, como la búsqueda de clases sociales y revoluciones burguesas; pocos problemas, en verdad, se resisten con más éxito que el nacionalismo a emparejamientos con intereses de clase y transiciones entre modos de producción.

A partir de este esquema, pues, el estudio dirigido por Kappeler se plantea cuestiones tales como: ¿A qué llamamos propiamente élites, y cuál es la diferencia entre ideólogos, activistas y dirigentes políticos? ¿Quiénes fueron estas élites: a qué grupos sociales pertenecían, cuál era su procedencia geográfica y su profesión? ¿Cómo se habían formado y cuál fue la parte que tuvieron en esa formación las instituciones educativas convencionales? ¿Cómo se organizaron durante la pugna por la liberación nacional, qué estrategias adoptaron y qué objetivos persiguieron? ¿Cuáles fueron los canales y redes de comunicación entre ellos y con el resto del grupo étnico? ¿Qué mitos colectivos crearon y cómo los integraron en un argumento o ideología que condujera a reivindicaciones nacionalistas coherentes?

Un buen conjunto de preguntas, que el grupo de investigadores aplica de manera sistemática a distintos casos europeos: polacos, irlandeses, checos, ucranianos, macedonios, daneses en Alemania y alemanes en Dinamarca. Tras el estudio de casos, el libro compilado por Kappeler termina con una serie de trabajos comparativos (dos de ellos, a cargo de Hroch y Brunn, verdaderos coeditores del libro), mucho más sugestivos aún, que tratan de sintetizar y responder globalmente a las preguntas previas: procedencia social y geográfica de los grupos activistas, papel de las instituciones de enseñanza y de los canales de comunicación, rasgos de las organizaciones nacionales, proceso de creación de mitos históricos y su papel en el surgimiento de una coincidencia nacionalista.

España está representada por el estudio de Gerhard Brunn sobre las élites catalanas desde mediados del siglo XIX a comienzos del XX. Algún especialista local se sentirá feliz descalificando el trabajo por

pejiguerías tales como el hecho de que llame *Josep* a Cambó. Pero lo cierto es que el artículo de Brunn, que sigue otros publicados con anterioridad y poco conocidos en España, es de muy considerable interés: en vez de limitarse a la historia institucional del catalanismo intenta penetrar en la composición sociológica de las élites activistas, desde las últimas décadas del siglo XIX y la formación de la Lliga hasta la UFNR (en la que, por ejemplo, descienden notablemente los abogados y también la burguesía industrial y financiera y aumentan los comerciantes, periodistas, intelectuales y profesionales no juristas).

Desde el ángulo de la ciencia política histórica llega una obra más de Charles Tilly, no exactamente centrada en el nacionalismo, sino en el Estado y la movilización social, preocupaciones habituales de este autor, pero con importantes aportaciones sobre nuestro tema¹⁶. En su conocida línea weberiana¹⁷, el punto de partida es la necesidad de competir bélicamente, que llevó a los Estados a organizar ejércitos y flotas permanentes, reclutados entre, y financiados por, la población que caía dentro de su jurisdicción. En su necesidad de intensificar los sistemas de control sobre las actividades y recursos de sus súbditos, se vieron obligados a utilizar también la cultura. El poder se identificó con una tradición lingüística, artística e histórica, la que tenía más cercana o le resultaba más funcional, a la que otorgó prioridad sobre las restantes culturas existentes dentro de la unidad política; el sistema educativo estatal, las subvenciones públicas, las instituciones culturales y los símbolos colectivos se pusieron al servicio de la cultura «nacional». Así surgieron los «Estados consolidados» (interesante cambio de terminología de Tilly, que previamente hablaba de los «Estados nacionales»; nunca del «Estado-nación», término confuso porque expresa un programa, más que una realidad); «Estado consolidado» es «un poder amplio y especializado sobre territorios heterogéneos a cuyos ciudadanos se impone un sistema unitario fiscal, monetario, judicial, legislativo, militar y cultural».

El nacionalismo se convierte así en un doble fenómeno: por un lado, un esfuerzo del Estado, en proporciones hasta entonces desconocidas, por imponer una lengua, cultura, sistema educativo y, en de-

¹⁶ TILLY, CHARLES, *European Revolutions, 1492-1992*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1993.

¹⁷ Renovada por POGGI, GIANFRANCO, *The Development of Modern State*, Londres, Hutchinson, 1978; o BREJILLY, JOHN, *Nationalism and the State*, Manchester University Press, 1982 (trad. al castellano: Barcelona, Ed. Pomares-Corredor, 1990).

finitiva, una lealtad uniformes; por otro, una relegitimación de ese mismo Estado en función precisamente de la existencia de esa población integrada en una cultura homogénea. Pero este segundo aspecto lleva a una consecuencia contradictoria con el primero: dado que el poder del Estado se incrementa de forma espectacular en los dos últimos siglos de la historia europea y que verse excluidos de tal poder representa una desventaja muy superior a lo que había significado en épocas anteriores, las élites políticas, económicas o culturales de culturas minoritarias o periféricas no se conforman ya con su anterior posición de *brokers* o intermediarios, sino que reclaman una parte del pastel estatal, o un Estado completo para ellos solos. De ahí que frente al nacionalismo dirigido por el Estado (*state-Led nationalism*) surjan los nacionalismos secesionistas, o aspirantes a crear un Estado (*state-seeking nationalisms*). El principio de la correspondencia entre un «pueblo» y un poder político proporciona tales ventajas al grupo que controla ese poder (y lleva a tales esfuerzos de asimilación e intolerancia respecto de las culturas minoritarias) que da lugar a la movilización contra el mismo por parte de minorías culturales excluidas de esas ventajas. «El *state-Led nationalism* generó el *state-seeking nationalism*.»

El planteamiento de Tilly no es nuevo, pero es claro y potente, especialmente desde el punto de vista de la movilización social y de los fenómenos revolucionarios. Aunque la unilinealidad del esquema deja al margen, como suele ocurrir en este autor, fenómenos culturales y simbólicos complejos; por lo demás, se aplica con dificultad a casos particulares, como demuestran las decepcionantes páginas que dedica a España.

Lo contrario, es decir, más exactitud en el estudio de procesos particulares pero menor potencia explicativa global, muestran historiadores más tradicionales, como los autores del volumen sobre la cuestión nacional en Europa ¹⁸, editado por Mikulas Teich y Roy Porter. Se trata de un buen conjunto de ensayos sobre los diversos países europeos (con un interesante capítulo sobre España, en que Simon Harton contempla el panorama desde la discusión intelectual del 98), pero curiosamente desinteresado por cualquier implicación generali-

¹⁸ TEICH, M., y PORTER, R. (eds.), *The National question in Europe in Historical Context*, Cambridge University Press, 1993.

zadora, como demuestran la pobre introducción y la inexistente conclusión.

Terminaremos, pues, con una referencia a la obra más ambiciosa de las aparecidas recientemente, que se presenta como continuadora de la fructífera escuela de sociología histórica que en su día se ligó al nombre de Barrington Moore: se trata del libro titulado *El nacionalismo. Cinco vías hacia la modernidad*, de Liah Greenfeld¹⁹, que promete convertirse en la obra de la década sobre este tema, como el libro de Theda Skocpol fue el libro de los ochenta sobre revoluciones. En la introducción la autora no menciona a Moore ni Skocpol, pero declara que su obra se sitúa en la tradición sociológica de Durkheim, Weber, Toennies, Marx y Tocqueville, es decir, aquella que pretende entender y explicar el surgimiento de la sociedad moderna. La idea de la nación, añade –y ya es una toma de posición fuerte–, es en su opinión «el elemento constitutivo de la modernidad»; en vez de definir el nacionalismo por su modernidad, es la modernidad la que debe definirse por el nacionalismo: no sólo porque éste precedió el surgimiento de cualquier otro de los componentes de aquella, sino porque se ha convertido en el modelo cultural que ha guiado a la humanidad en el trance de la modernización, y por tanto el que ha hecho posible la integración social y la cooperación necesarias para la preservación de la especie humana durante esta etapa.

El enfoque es, como se ve, ambicioso. Quizá en exceso, y doble o triplemente. Pues, por un lado, y siguiendo una vieja costumbre, se toma por universal un modelo europeo. Por otro, se abarcan muy diversos fenómenos bajo el ambiguo término «nacionalismo»; según explica la autora, utiliza esta palabra como «paraguas» o concepto englobador en el que incluye la formación de la identidad nacional, su expansión entre el conjunto social, la ideología nacionalista (proadquisición o fortalecimiento de un Estado), el patriotismo como lealtad al país, e incluso la xenofobia. Por otra parte, el período abarcado es también excesivo: desde el siglo XVI hasta la actualidad, en principio. Y, por último, la amplitud del enfoque obliga a recurrir a niveles y fuentes muy variados: el vocabulario político usado en documentos oficiales y testimonios literarios, los datos básicos de la estructura social, los relatos históricos tradicionales, los análisis psicoló-

¹⁹ GREENFELD, LIAH, *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Harvard University Press, 1992.

gicos de la propia autora sobre el «resentimiento» -concepto clave- de las élites autóctonas...

Afortunadamente, todas estas pretensiones se reducen cuando se acude a los capítulos concretos del libro. Se trata, en realidad, de estudiar cinco casos (Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania, Estados Unidos), lo cual no es poco, y, aunque no se diga explícitamente, sólo en el período de formación de la *identidad nacional* (siglos XVI-XVIII) y fundamentalmente a través del vocabulario político. Es, todavía, una tarea enorme, pero más abarcable. Para enfrentarse con ella, Liah Greenfeld utiliza una inmensa cantidad de fuentes, en cuatro lenguas, y demuestra poseer una capacidad de síntesis propia sólo de los grandes autores.

El caso inglés (no británico aún) se presenta como la primera identidad nacional europea, conectada a la tradición parlamentaria medieval, la revolución religiosa del siglo XVI y la política del XVII. Greenfeld estudia sólo el origen de la identidad inglesa, como hemos dicho, y en este caso se ven los inconvenientes. Porque justamente en 1992 ha aparecido también la obra de Linda Colley *Britons* 20, dedicada a la formación del patriotismo británico durante el siglo XVIII y primer tercio del XIX; época en la que las guerras y la lealtad a la dinastía son los factores cruciales. Pero al añadir estos datos a la obra de Greenfeld se comprende que habría que variar de manera importante algunas de sus optimistas conclusiones sobre la identidad inglesa; no todo era tolerancia y sentido de la libertad: también había mucho de xenofobia (antifrancesa, en la era de Colley; antiespañola y antiholandesa en la de Greenfeld), de orgullo imperialista y explotación mercantil de las colonias.

Francia merece un largo capítulo, en el que la autora sigue -en un relato realmente seductor- la evolución de la conciencia de la identidad francesa en tres etapas: como «hija mayor» y preferida del Dios cristiano; como «Estado» identificado con la monarquía absoluta de los Borbones y sus ministros-cardenales; y, finalmente, en los años de la revolución, como vía colectivista-autoritaria hacia la modernidad (opuesto al modelo individualista-libertario británico). Es especialmente sugerente el análisis del papel de la aristocracia a lo largo del siglo XVIII, en la preparación de la revolución; frente a la

20 COLLEY, LINDA, *Britons. Porging the Nation 1707-1837*, Yale University Press, 1992.

tesis, todavía dominante en ambientes historiográficos españoles, de la «revolución burguesa», Greenfeld expone la reconversión de las élites nobiliarias hacia la revolución nacional, como manera de asestar el golpe de la monarquía absoluta y de competir eficazmente con el vecino británico (del que, sin embargo, habían importado las ideas que sirvieron de base a la revolución misma). Una vez más, el lector se queda con la sensación de que el capítulo necesita continuación: el verdadero nacionalismo francés llega con la Tercera República, con la expansión colonial, las escuelas británicas, el *affaire* Dreyfus, la Primera Guerra Mundial. De nuevo, afortunadamente, tenemos las obras de Eugen Weber o Theodore Zeldin que han cubierto este período, pero sus conclusiones no siempre coinciden con lo que podría esperarse a partir de los presupuestos de Greenfeld.

El capítulo sobre Rusia es más breve, pero no menos atractivo. En este caso se trata de estudiar una zona europea periférica a la modernidad, cuyos dirigentes (políticos e intelectuales: los grandes zares reformadores del XVIII; la *intelligentsia* revolucionaria del XIX) intentan construir una identidad que saque al país del atraso. Es la ambivalencia ante la Europa avanzada, el «resentimiento» frente a Occidente, los debates entre eslavófilos y occidentalistas (tan familiares para españoles: casticistas y europeístas alrededor del 98)... La ausencia de los últimos dos siglos se deja notar con particular intensidad al final de este capítulo (quedan abiertas preguntas tales como el modo en que la revolución soviética enfocó el problema de la occidentalización o el eslavismo, y cómo logró prolongar durante setenta años más el sueño imperial zarista); y no hay, que yo sepa, libro que cubra la laguna.

Tanto como le seduce Inglaterra, parece molestar a Liah Greenfeld Alemania, y eso se deja sentir en el capítulo correspondiente. De esas cien páginas, es particularmente agudo su seguimiento de los intelectuales, como grupo social que también encarna el «resentimiento», pero esta vez dentro de su propio país: contra el dominio social de una aristocracia y contra la división y la impotencia política del conjunto. De ahí la ilustración y el romanticismo, la exaltación desmesurada de la razón y del genio artístico. La invasión napoleónica habría de catalizar ese resentimiento, y llevaría a los intelectuales alemanes a formular teorías claramente antioccidentales. Incluso el marxismo no sería, según la interpretación de Greenfeld, sino una culminación e inversión de toda esta evolución de la intelectualidad ger-

mánica, en el que la clase sustituye a la nación, el proletariado a Alemania y el capitalismo a Occidente. La interpretación, no hace falta decirlo, es unilateral, y de nuevo el lector piensa en su continuación (nazismo, antisemitismo), que de ningún modo se deduce de los planteamientos de la autora: si el contramodelo para la intelectualidad nacionalista alemana había sido Occidente, no se entiende, por ejemplo, por qué el chivo expiatorio en el momento de la culminación del proceso fueron los judíos, estereotipo de lo «oriental».

Por último, un capítulo más breve se dedica a Estados Unidos. Tiene menor interés, y se deriva en cierto modo del británico, lo cual quiere decir que es un nacionalismo de tipo individualista-libertario. La revuelta contra los ingleses se hizo en nombre de su propia ideología del respeto a la dignidad del individuo libre, que se extendió más tarde a los inmigrantes. Versión un tanto rosa del nacionalismo americano, no entra en aspectos tales como el racismo o las persecuciones de activistas «antiamericanos» durante la Guerra Fría. La discusión más interesante del capítulo se centra en el papel de los intelectuales en los Estados Unidos, aunque la conclusión de la autora, contraria a la conocida y hasta ahora bastante aceptada tesis de Eric Hofstadter sobre el antiintelectualismo típico de aquel país, contradice muchos de los datos a nuestro alcance.

A pesar a las objeciones expuestas -inevitables en una obra de tanta ambición- el libro de Liah Greenfeld reúne todos los ingredientes para convertirse en un clásico sobre el tema. Pese a acumular y comparar una cantidad abrumadora de material histórico, está tan bien trabado e inspirado por ideas tan brillantes y apasionadas que se disfruta sin cesar con su lectura. Pero no responde, a decir verdad, a su título. Su verdadero tema no es el nacionalismo, sino el *inicio* de las *identidades nacionales*; y sólo *en Europa*, con lo que deja de lado la importante cuestión del atractivo del modelo nacionalista sobre ex colonias que buscaban, precisamente, modernidad. Y es que la modernidad apenas aparece. Pese a proclamarse heredera de las más importantes líneas sociológicas, Liah Greenfeld en realidad presenta una tarea muy personal, en la que no tiene en cuenta muchas de las líneas de investigación comentadas al comienzo de este artículo: ni el Estado (y su papel en la formación de las identidades nacionales y las ideologías nacionalistas) ni la sociedad (procesos de industrialización y urbanización, creación de mercados culturales homogéneos, etc.) desempeñan un papel central en la obra; sí lo hacen,

en cambio, las élites intelectuales. En definitiva, es un trabajo de historia de las ideas, más que de sociología histórica, aunque en una línea, eso sí, colectiva -no de autores individuales-, comparativa y enormemente sofisticada.

Las sugerencias para el caso español brotan de cada capítulo, si no de cada página, de la obra de Greenfeld. Pero formalmente España está ausente. Una ausencia que es común a este y a casi todos los libros comentados ²¹, excepto en lo referente a nacionalismos periféricos de los últimos veinticinco años, que sí han suscitado la atención mundial. Pero hay también un nacionalismo español (sobre el que, quizá, unos no trabajan porque no reconocen su existencia y otros porque la reconocen tanto que lo consideran «natural» y no producto histórico), que mejor o peor ha servido de fundamento ideológico para uno de los Estados del Antiguo Régimen que consiguieron sobrevivir al choque de la modernidad. El libro de Greenfeld, pese a centrarse en la época en que la monarquía española era una potencia europea y mundial nada despreciable, no sólo no dedica un capítulo a España, sino que ni siquiera hay una entrada con tal nombre en el índice temático. La culpa no es de la autora, a la que no se puede pedir que maneje más de cuatro lenguas, sino de quienes no ponemos nuestro producto intelectual en el mercado internacional al alcance de los que, sin conocer el castellano ni, menos aún, otras lenguas hispánicas, desearían sin duda incluir datos sobre la Península Ibérica en sus análisis comparados.

21 Otras obras recientes sobre las identidades nacionales y sus causas son COAKLEY, JOHN, *Social Origins Of Nationalist Movements*, Nueva York, Sage Publications, 1992; MACDONALD, SHARON (ed.), *Inside European Identities*, Nueva York, Berg, 1993; y NELSON, BRIAN, *Idea Of Europe. Problems Of National and Trans-National Identity*, Nueva York, Berg, 1993.

*Historia y Ciencias sociales en América Latina **

Marta E. Casauús Arzú

1. Introducción

Coincidimos con Morner en que la renovación de la Historia en América Latina procede, en su mayor parte, de pensadores foráneos o de aquellos investigadores y científicos sociales que cursaron sus estudios en Europa y Estados Unidos, recibiendo en estos países la influencia de las nuevas corrientes historiográficas ¹. Estas empiezan a incidir a partir de la década de 1950, especialmente en los años sesenta, cuando los historiadores latinoamericanistas y los latinoamericanos empiezan a modificar la forma de hacer historia de América.

Las dos corrientes de renovación de la historia más influyente en América Latina hasta 1970 se constituyeron en torno al marxismo y *Annales*; ambas influyeron decisivamente en la historiografía latinoamericana.

Florescano, a pesar de reconocer que la otra gran renovación de la Historia fue la llevada a cabo por *Annales*, considera que el mar-

* Deseo agradecer a Teresa Careña Ciráldez, Sonia Alda Mejías y Rolando Castillo Quintana su valiosa colaboración para la realización de esta revisión historiográfica. Estoy en deuda, además, con Pedro Pérez Herrero, Antonio Pérez y Manuel Alcántara por la bibliografía específica que me han proporcionado.

¹ MORNER, M., «La sociedad (siglos XVIII y XIX), balance de la historiografía», *Actas de las cuartas conversaciones internacionales de Historia*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1989, pp. 557-591.

xismo continúa constituyendo la corriente de mayor vigencia para analizar América Latina. Sin embargo, el marxismo no superó el marco global de la historiografía latinoamericana, quedando en muchos casos rezagado al ámbito universitario, hasta que la teoría de la dependencia lo generalizó como teoría y método de análisis en toda la región. El estructuralismo marxista también jugó un papel importante, aunque *a posteriori* haya supuesto una visión reduccionista y esquemática de la realidad.

La influencia de *Annales* en América llega a través de los historiadores latinoamericanos, que estudian en Francia en torno a la Escuela de Altos Estudios de París. La Historia económica fue la primera en llegar a América Latina. Sin duda los historiadores que introdujeron a *Annales* en América Latina fueron Ciro Cardoso y Héctor Pérez Brignoli. Ambos estudiaron en Francia y se vieron influidos por Braudel y, en especial, por la corriente de Historia económica y demográfica.

La renovación se produjo en varios aspectos: la innovación de técnicas y métodos en la Historia, sobre todo en la Historia económica y demográfica y en la Historia social; la inclusión de nuevas categorías de análisis y la apertura hacia nuevos campos de estudio, como la Economía política, la Econometría, la Historia social y de las mentalidades. Esta renovación consolidó una práctica metodológica que ya era común en América Latina, debido a la diversidad y complejidad de la realidad latinoamericana y a la ausencia de compartimentación entre las Ciencias sociales y la Historia. Nos referimos a la complementariedad entre estas últimas. Es ello algo que, en Europa, surge como una renovación metodológica y, en España, aún sigue siendo una práctica poco común. Sin embargo, en América Latina resulta un elemento casi consustancial a cualquier investigación social, independientemente de la escuela de pensamiento a la que se halle adscrito.

La teoría de la dependencia, en los años sesenta, logra aglutinar varias corrientes historiográficas y convertirse durante dos décadas en el punto de confluencia entre historiadores, economistas, sociólogos y politólogos. La contribución de este colectivo a la renovación de la Historia en América Latina fue:

Haber encontrado una nueva forma de interpretación histórica a la problemática latinoamericana y generar en torno al

concepto de dependencia y subdesarrollo toda una interpretación novedosa de la realidad socioeconómica.

Haber realizado investigaciones de carácter interdisciplinario, en las que la Historia y las Ciencias sociales se funden como un todo indivisible, fruto del mismo concepto de dependencia histórico-estructural.

Haber puesto el acento en la Historia contemporánea y en los estudios del presente y del pasado, como un todo indivisible.

América Latina, en las últimas décadas, no escapa a la fragmentación de la Historia en múltiples disciplinas y al debate interno acerca de la Historia. No obstante, son tres las tendencias dominantes: la primera es el retorno a la narrativa y el interés por aspectos culturales, psicológicos y de vida cotidiana. La segunda se vincula al binomio modernidad-modernización, como elemento central para la explicación de los cambios políticos y sociales. La tercera, de mayor alcance y perspectiva en toda la región, muestra el interés por la Historia social, que se ha visto reflejado por el volumen de las obras escritas y por el peso que ésta ha alcanzado en menos de dos décadas.

En el presente trabajo nos detendremos en un estudio más pormenorizado sobre el desarrollo de la Historia social y política latinoamericana en la última década, mencionando a aquellas investigaciones que han sido referentes fundamentales de cada tendencia y tratando de incorporar los trabajos más novedosos, que han significado una renovación de la historia contemporánea de la región. Iremos enmarcando la bibliografía más reciente, aparecida entre 1992 y 1993, en las distintas disciplinas históricas desde una perspectiva multidisciplinaria.

2. La Historia social

Acogiéndonos a la temática planteada por Hobsbawm y seguida por Mörner, con algunas variaciones incorporadas de la *New Social History*, analizaremos las distintas temáticas y su reflejo en la bibliografía más relevante en los dos últimos años.

2.1. Clases, parentesco, familia y élites de poder

La bibliografía sobre la estructura social de América Latina es inmensa; una buena parte de ella se ha centrado en la elaboración de ensayos generales sobre la estructura de clases de América Latina o en realizar análisis minuciosos sobre la estratificación social de la región. De los análisis de carácter general se pasó a establecer las relaciones que las clases o los estratos establecían con el poder y el papel que éstos jugaron en los procesos políticos. Probablemente, desde la perspectiva marxiana, los libros más significativos de los años setenta fueron: *Las clases sociales y la crisis política en América Latina*, y *Latinoamérica. Medio siglo de historia*; desde la perspectiva funcionalista, el de Solari, Franco y Juzkovits, *Teoría, acción social y desarrollo*, y el de Di Tella, *Sociología de los procesos políticos*.²

Durante la década de 1980 se empieza a cuestionar la validez de estos dos enfoques considerados excesivamente abstractos, esquemáticos y reduccionistas, que no permitían un análisis más minucioso y exhaustivo de la realidad social, ni incorporaban variables fundamentales para la comprensión de los distintos actores sociales y políticos que configuraban la pirámide social.

A partir de 1983, coincidiendo con el auge de la Historia social y con el artículo de Magnus Mórner sobre la estratificación y las élites en la América española³, son innumerables los trabajos que se han realizado en esta dirección. Algunos de los más relevantes han sido los de Brading, *Mineros y comerciantes en el México Borbónico*,

² AA.VV., *Las clases sociales y la crisis política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1977. GONZÁLEZ, P. (coord.): *América Latina: Medio siglo de Historia*, vol. I: *América del Sur*, 1977, y vol. II: *Centroamérica y el Caribe*, Siglo XXI, México, 1981. SOLARI, A.; FRANCO, R., Y JURKOWITZ, J., *Teoría de la acción social y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1976. DI TELLA, T., *Sociología de los procesos políticos*, Ed. Buenos Aires, 1988. Una visión renovada de esta corriente es el libro de JORRAT, I. R., Y SARRI, R., *Después de Germani, exploraciones sobre estructura social argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

³ MÓRNER, M., «Economic factors and stratification in colonial Spanish America with regard to elites», en *Hispanic American Historical Review*, 68:2, 1983, pp. 335-369. Mórner propone la búsqueda de nuevas variables y sugiere la incorporación de nuevos conceptos como *status*, poder, élites y el estudio de las familias para una mejor comprensión de la estructura social latinoamericana. A partir de este texto han sido innumerables los trabajos que se han realizado en esta dirección.

y Balmori, Voss y Wortman, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina* 4. Este último por centrarse en el estudio de las redes familiares y de las alianzas matrimoniales como unidad básica de análisis para la comprensión de la estructura política y social latinoamericana.

Esta nueva línea de investigación, en parte basada en la aplicación de la prosopografía⁵, en la parametrización de las distintas élites de poder y en la consideración de una o más variables en el análisis de la estructura social, como puede ser el factor socio-racial, el poder, el prestigio o las relaciones de género, ha dado lugar a múltiples investigaciones, según se dé prioridad a una u otra variables. Entre los que confieren mayor importancia al aspecto socioeconómico y sus relaciones con el poder están: los estudios de élites de Angel Bahamonde y Cayuela sobre Cuba; Roderic Camp sobre México; Frederic Langue sobre Venezuela; F. Durand sobre Perú; Lacoste y Halperin Donghi en Argentina 6. Entre los que priorizan el factor socio-racial, las alianzas matrimoniales y su relación con el poder podemos mencionar a Samuel Stone para Costa Rica, Carlos Vilas para Nica-

⁴ BRADING, D., *Mineros y comerciantes en el México Borbónico*, FCE, México, 1980. BARMORI, D.; VOSS, S., y WORTMAN, M., *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*, FCE, México, 1990. Estos dos libros representan el estudio más novedoso y completo sobre el análisis de las redes familiares como élites de poder.

⁵ La aplicación de la prosopografía como el estudio de las biografías de un grupo social, básico para el estudio de las élites de poder, ha sido aplicado de forma brillante por GUERRA, F. X., *México, del Antiguo Régimen a la revolución*, FCE, México, 1988; y por ROUSSEAU, I., «La prosopografía: un método idóneo para el estudio del Estado», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 52, núm. 3, 1990.

⁶ BAHAMONDE, A., y CAYUELA, I., *Hacer las Américas, un estudio de élites coloniales en Cuba*, Alianza América, Madrid, 1992. CAYUELA FERNÁNDEZ, L., *Bahía de Ultramar. España y Cuba en el siglo XIX. El control de las relaciones coloniales*, Siglo XXI, Madrid, 1993. AL CAMP, R., *Who's Who in México Today*, Westview Press, Londres, 1993. LANGUJE, F., «Las élites en América española, actitudes y mentalidades», *Boletín Americanista*, núm. 42-43, Universidad de Barcelona, 1993, pp. 123-139. DURAND, F., *Business and politics in Perú*, Westview Press, Londres, 1992. ALMECÍJA, J., *La familia en la provincia de Venezuela*, Madrid, 1992. GERDES, Ø., *Éliten und fortschritt. Zur Geschichte des Lebensstiles in Venezuela, 1908-1958*, Iberoamericana III, núm. 40, 1992. LACOSTE, P. A., «Lucha de élites en Argentina: la Unión cívica radical en Mendoza, 1890-1905», *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 50, Sevilla, 1993, pp. 181-212. DONAGHI, T. H., «Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires, 1820-1930», *Cuadernos de Historia Regional*, Luján (Argentina), vol. V, núm. 15, 1992, pp. 11-47.

ragua, Marta Casaús y Teresa Garda para Guatemala, Gaillavet y Minchom en su conjunto 7.

Por último, entre quienes hacen hincapié en las relaciones de género en la configuración de la estructura social y de la élite de poder se encuentran los libros de Lavrin para México, Kusnesof para Brasil, y los trabajos de Radcliffe y Westwood, Hareven, Stephan, Centeno y Maxfield 8.

Para algunos autores, como Guerra, Balmori, Wortman, Socolow, Peire, existe una clara contraposición entre el concepto de clase y el análisis de las relaciones interpersonales como élites de poder; para otros, como Tutino, Brading, Vilas, Casaús, Euraque, no existe tal contraposición, sino que pueden ser conceptos complementarios, ya que la variable socioeconómica sigue siendo importante en la jerarquización de la pirámide, pero es insuficiente para explicar la estructura social, la movilidad interna y las relaciones entre los distintos actores políticos y sociales 9.

7 STONE, SAMUEL, Z., *The Heritage of the Conquistadors. Ruling Classes in Central America from the Conquest to the Sandinistas* (Foreword by R. E. Greenleaf), Londres, 1990. VILAS, E., «Asuntos de familia: clases, linaje y política en la Nicaragua contemporánea». *Polémica*, núm. 18, septiembre-diciembre 1992, pp. 6-31. CASAÚS ARZÚ, M., *Guatemala: linaje y racismo*, Flaeso, San José de Costa Rica, 1992. GARCÍA GIRÁLDEZ, T., *La emigración vasca a Centroamérica, 1750-1800. Las redes familiares como estructuras de poder en Guatemala* (tesis), Universidad Autónoma de Madrid, 1993. CAILLAVET, CH., y MINCHOM, M., «Le métis imaginaire: idéaux classificatoires et stratégies socio-raciales en Amérique Latine (s. XVII-XX)», *L'Homme*, vol. XXXII, abril-diciembre, 1992, pp. 115-132.

8 LAVRIN, A. (comp.), *Las mujeres latinoamericanas, perspectivas históricas*, FCE, México, 1985. KUSNESOF, E., «Household economy and urban development: São Paulo, 1765-1836», *Boulder Westview Press*, 1985. STEPHAN, N., *The hour of the Eugenies, race gender and nation in Latin America*, Cornell University Press, 1992. HAREVEN, T., «The history of the family and the complexity of social change», *HAAR*, núm. 96, 1991, pp. 95-123. CENTENO, M. A., Y MAXFIELD, S., «The marriage of finance and order: Changes in Mexican political elite», *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University Press, febrero 1992, pp. 57-85. BERMÚDEZ, B., *Hijas, esposas, amantes. Género, clase, etnia y edad en la historia de América Latina*, Colombia, 1992. PFEIFFER, E. (ed.), *Entrevistas. Diez escritoras mexicanas entre bastidores*, México, 1992.

9 GUERRA, F. X., *op. cit.*; BALMORI, D., *op. cit.*; WORTMAN, M., *op. cit.*; PEIRE, I., «La manipulación de los capítulos provinciales, las élites y el imaginario sociopolítico colonial tardío», *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 50, Sevilla, 1993. El artículo de TUTINO, «Power class and family: men and women in the Mexican elite, 1750-1810», y los de VILAS, CASAÚS y EURAQUE apuntan hacia la convergencia entre los conceptos de clase, familia y élite de poder.

2.2. Etnicidad, género y nuevos actores sociales

El estudio de las relaciones étnicas, de las identidades básicas y de los nuevos actores sociales emergentes resulta uno de los temas más abordados en la historiografía de América Latina en los últimos tiempos. Los pioneros en el estudio de la cuestión étnica fueron León Portilla, Bonfil Batalla, Aguirre Beltrán ¹⁰, y en el campo de la nueva antropología latinoamericana, Ribeiro, Díaz Polanco y Barre 11.

Sin duda la aportación de Carmagnani, Stavenhagen y Morner ¹² ha sido definitiva en la incorporación de la variable socio-racial para la comprensión de la estructura social latinoamericana. El trabajo de Carl Smith ¹³ sobre la relación entre la comunidad indígena y el Estado supone un aporte novedoso aunque no exento de dificultades teóricas y de manipulaciones ideológicas.

La conmemoración del Quinto Centenario y el Premio Nobel de la Paz a una mujer indígena guatemalteca, Rigoberta Menchú, colaboraron a que la temática indígena ocupara un lugar relevante en 1992, desapareciendo como tema en 1993. En relación a los indígenas y el Quinto Centenario, la bibliografía fue polémica y estuvo bastante politizada ¹⁴. El premio Nobel de la Paz hizo que salieran nue-

¹⁰ AGUIRRE BELTRÁN, e., *Obra antropológica*, vols. I, II, IV, VIII, IX y XV, FCE, México, 1990-1992. BONFIL BATALLA, e., *Utopía y revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*, Ed. Nueva Imagen, México, 1981.

¹¹ DIAZ POLANCO, H., «Cuestión étnico-nacional y autonomía», *Estudios Latinoamericanos*, CELA-UNAM, México, núm. 8, enero-junio de 1990. RIBEIRO, D., *Indianismo y venutopías*, FCE, México, 1988. POZAS, R. e l., *Los indios en las clases sociales de México*, FCE, México, 1971. BARRE, CH., *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, Siglo XXI, México, 1985.

¹² CARMAGNANI, M., *El retorno de los dioses, el proceso de reconstitución de la identidad étnica en Oaxaca*, FCE, México, 1988. MÓRNER, M., *Estado, razas y cambio social en la Hispanoamérica colonial*, Septentas, México, 1974. STAVENHAGEN, R., *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, Siglo XXI, México, 1976.

¹³ SMITH, C., *Cuatemalan Indians and the State, 1540-1988*, University of Texas Press, 1992.

¹⁴ ZEA, L. (comp.), *Quinientos años de historia, sentido y proyección*, FCE, México, 1991. AA.VV., *500 años después ¿el fin de la historia?*, Escuela para el Desarrollo, Lima, 1992. AA.VV., 1492-1992. *La interminable conquista, emancipación e identidad en América Latina*, Ed. euayamuras, Tegucigalpa, 1992. Véase el número extraordinario de *Journal of Latin American Studies*, coordinado por Halperin Donghi, «The colonial and postcolonial experience», Cambridge University Press, 1992; y también AA.VV., *Reconquista, Conquista y Consecuencias*, 1492 (vols. I y II). *Cahiers de Recherche*, núm. 3, Saint Denis, 1993.

vas ediciones del excelente libro de Elisabeth Burgos¹⁵. Otros libros, como los de Bastos y Camus, Gómez Parra y Martínez Miguélez y Solares, plantean las reivindicaciones étnicas de los indígenas en los últimos tiempos¹⁶.

Pero sin duda la obra más rigurosa y completa sobre identidad, relaciones étnicas y la imagen del otro corresponda a los tres volúmenes de Portilla, Gutiérrez Estévez, Gossen y Klor de Alva, *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*¹⁷.

Las relaciones de género continúan ocupando un lugar relevante en la bibliografía de los últimos años. En los dos últimos Congresos de LASA, más del 40 por 100 de los paneles abordaban la temática de la mujer latinoamericana. Cabe destacar el libro sobre *La mujer latinoamericana ante el reto del siglo XXI*, por estar elaborado con ponencias de 40 mujeres latinoamericanas en torno a aquellos problemas que ellas consideraban más relevantes. Los trabajos de Bermúdez, Portocarrero y Fisher¹⁸ analizan el papel de las mujeres en los movimientos sociales y populares.

Los libros de Beneria y Feldman y de Khane y Giele analizan los problemas de la mujer ante la crisis económica y la estrechez del mercado laboral¹⁹. Otras temáticas de índole teórica o antropológica podemos encontrar en los trabajos de Acosta y Bose, y de Gallin y Fer-

¹⁵ BURGOS, E., *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Ed. Paidá, Sevilla, 1992.

¹⁶ GÓMEZ PARRA, R., Y MARTÍNEZ MIGUÉLEZ, A., *Los indios a la reconquista de América*, Fundamentos, Madrid, 1992. SOLARES, I., *Estado y Nación: Demandas de los grupos étnicos*, Flasco, Guatemala, 1993.

¹⁷ GUÑERRER ESTÉVEZ, M.; LEÓN PORTILLA, M.; GOSSEN, G., y KLOR DE ALVA, I., *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, Siglo XXI y Enclave 92 (3 vols.), Madrid, 1992 y 1993.

¹⁸ BERMUDEZ, B., *Hijas, esposas, amantes. Género, clase, etnia y edad en la historia de América Latina*, Colombia, 1992. PORTOCARRERO, P. (comp.), *Estrategias de desarrollo: Intentando cambiar la vida*, Flora Tristán, Lima, 1992. BENERIA, L., Y ROLDÁN, M., *Las encrucijadas de clase y género, trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, FCE, México, 1992. FISHER, I., *Out of the shadows, women resistance and politics in 80outh America*, LAB, Londres, 1993. CANTÓ, P., Y CASALS, M. (coord.), *La mujer latinoamericana ante el reto del siglo XXI*, Ed. UAM, Madrid, 1993.

¹⁹ BENERIA, L., Y FELDMAN, Sil., *Unequal burden, economic crisis, persistent poverty and women's work*, Westview Press, Londres, 1992. KAIINE, B., Y GIELE, I.A., *Women's work and women's lives, the continuing struggle worldwide*, Westview Press, Londres, 1992.

gusson 20. Sin duda uno de los libros más significativos del 1993 es el de Helen Safa, *The Myth Of the Male Breadwinner*, que aborda los efectos de la industrialización en las mujeres trabajadoras y su participación en la política 21. Otros actores emergentes, como jóvenes, niños o pobladores, empiezan a ser sujetos de estudio 22.

2.3. Modernidad, modernización e industrialización

En relación a los trabajos sobre modernidad, modernización e industrialización, el *boom* corresponde a las obras de los historiadores y científicos sociales desarrollistas y dependentistas: los primeros vinculados a las tesis de la modernización y del desarrollo (Einstadt, Germani y Etzioni) 23, y los segundos, defensores de las tesis del desarrollo por sustitución de las importaciones y de la industrialización tardía 24. En la última década los estudios se trasladan hacia el análisis del nuevo modelo de acumulación, de las exportaciones no tradicionales y, sobre todo, del nuevo orden mundial y del proceso de globalización de las economías 25.

20 ACOSTA, B., y BosÉ, C., *Researching women in Latinoamerica and the Caribe*, Westview Press, Londres, 1992. CALLIN, R., y FERGIJSSON, A., *The women international development annual*, Westview Press, Londres, 1992.

21 SAFA, H., *The myth of the male breadwinner, women and industrialization in the Caribbean*, Westview Press, Londres, 1993.

22 MORENO MARTIN, F., *Infancia y Guerra en Centroamérica*, Flacso, San José de Costa Rica, 1991. CASTELLANOS, E.; POITEVIN, R., y CONZÁLEZ, C., *Mujeres, niños y ajuste estructural*, Flacso, San José de Costa Rica, 1993. JOHNSTON, E., y Low, S., *Children of the urban poor*, Westview Press, Londres, 1993. Véase el núm. 59, monográfico, de la *Revista de Estudios Sociales de Costa Rica*, sobre «Niñez y Sociedad», marzo de 1993.

23 ETZIONI, A. y E., *Los cambios sociales. Fuentes, tipos y consecuencias*, FCE, México, 1992. JORRAT, R., y SAUTIJ, R., *Después de Germani, exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1992. EINSTADT, S. N., *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*, Amoitortu, Buenos Aires, 1968.

24 AA.VV., *La dependencia político-económica de América Latina*, Siglo XXI, México, 1969. CARDOSO, F. H., y FALETTO, E., *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1977.

25 IANNI, O., *A sociedade Global, Civilização Brasileira*, Brasil, 1992. SLATER, R.; SCHILTZ, B., y DORR, S. (ed.), *Global transformation and the Third World*, Linne Rienner, Londres, 1993. MORALES, A. (comp.), *Cambio y orden mundial*, Flacso, San José de Costa Rica, 1993.

Dada la profunda crisis económica de la década perdida de 1980 y del fracaso de los procesos de industrialización tardíos, surgen nuevas interpretaciones y nuevas soluciones de corte neoliberal y, por ende, nuevos problemas de índole político y social que obligan a repensar y replantear las grandes interrogantes históricas con nuevas perspectivas ²⁶.

Sobre los procesos de industrialización existe un acuerdo casi común en los historiadores económicos de derivar el tema hacia la terciarización y hacia la integración, por lo que los trabajos en este campo han sido escasos y de poca relevancia ²⁷.

El debate de la modernidad, entendida como los cambios de mentalidad y las mutaciones culturales y políticas de los grupos dirigentes de la sociedad, a partir del siglo XVIII, vuelve a tener vigencia en los últimos años. La modernidad, entendida como progreso y desarrollo frente a lo antiguo y tradicional, vuelve a ser un punto de arranque metodológico de algunos historiadores ²⁸, Y un punto de desencuentro entre algunos científicos sociales, por la imprecisión del concepto y por los efectos del mismo ²⁹.

No obstante, parece existir un acuerdo tácito sobre la necesidad de modernizar las estructuras económicas, las instituciones públicas y el Estado, entendida ésta desde la óptica de desarrollo económico con democracia política. En esta línea se encuentran gran parte de las publicaciones más recientes ³⁰.

²⁶ GOROSTIAGA, I., *Los cambios en el mundo*, Istmo, San Salvador, 1993. GALLOWAY, J., «¿Industrias globales?», *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio 1992, pp. 75-191. SKLAIR, L., «Las maquilas en México: una perspectiva global», *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio 1992, pp. 163-185.

²⁷ BRESSER PEREIRA, L. C.; MARAVALL, J. M., Y PREZEWSKI, A., *Economic reforms in new democracies: a social democratic approach*, Cambridge University Press, 1993. CARDOSO, E., y FISHLOW, A., «Latinoamerican Economic Development: 1950-1980», *Journal of Latinoamerican Studies*, 24 (supl.), pp. 197-218.

²⁸ Véase GUERRA, F. X., *Modernidad e Independencias*, Mapfre, Madrid, 1992. ANNINO, A., «Nuevas perspectivas para una vieja pregunta», en *El liberalismo en México*, AHILA, Münster-Hamburgo, 1993. BRUNNER, I. T., «Tradicionalismo y Modernidad en América Latina», en *Modernidad y cultura en América Latina*, Flacso, San José de Costa Rica, 1992.

²⁹ TOURAINÉ, A., *Crítica de la modernidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1993. IANNI, O., *A idea do Brasil Moderno*, Ed. Brasiliense, São Paulo, 1992. QUUANO, A., «Modernidad, identidad y utopía en América Latina», en *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna*, Clacso, Buenos Aires, 1989.

³⁰ Véase «Políticas educativas y modernización», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, abril-junio 1992, pp. 3-74. STAVENHAGEN, R., «Democracia, moderniza-

2.4. Conflicto social, protesta social y revolución

América Latina ha sido explicada casi siempre en clave de conflictos, rupturas y revoluciones, debido a que los procesos de cambio político y social casi siempre han sido bruscos y violentos. Las secuelas se han dejado sentir durante mucho tiempo y las interpretaciones de esos cambios han sido diversas y contrapuestas³¹. Echamos de menos una Historia política y social que explique más las continuidades y que analice con mayor detenimiento las estructuras de larga duración.

Lo que resulta evidente es que el conflicto, como categoría de análisis en América Latina, no es la excepción, sino la regla, y lo que denominarían los estructural-funcionalistas la anomia resulta ser la norma. Este elemento permanente de cambio en las sociedades latinoamericanas ha generado abundante bibliografía estructural-funcionalista, marxista y neomarxista, que trata de explicar la articulación entre la sociedad civil y el Estado y las articulaciones y desarticulaciones entre las diversas formas históricas del Estado y de la Nación³².

Un elemento común a todos estos conflictos políticos es la crisis de legitimidad y de dominación, que suele generar un vacío de poder y una movilización social de distintos sectores policlasistas, que finaliza en una recomposición o ruptura del bloque de poder³³.

ción y cambio social en México», *Nueva Sociedad*, Caracas, enero-febrero 1993.

³¹ MONTOYA, R.; BOCKLER, C. G., y ESTEVAN, A., *América Latina, dominación y resistencia. Textos para un debate crítico*, Madrid, 1992. BOOTH, J., y WALKER, T., *Understanding Central America*, Westview Press, Londres, 1993.

³² Los teóricos de la revolución como DEBRAy (*La crítica de las armas y Las pruebas de fuego*, Siglo XXI, México, 1974 y 1975), así como los análisis neomarxistas de MIREs (*Las revoluciones sociales en América Latina*, Siglo XXI, México, 1988) y HARNECKER (*América Latina, Izquierda y crisis actual*, Siglo XXI, México, 1990), explican los procesos revolucionarios como un cambio radical de estructuras y como consecuencia de la lucha de clases. Autores estructural-funcionalistas como EISENSTADT (*Modernización, movimientos de protesta y cambio social*, Amorrortu, Montevideo, 1992) o ETZIONI (*Los cambios sociales*, FCE, México, 1984), aplican la teoría del cambio funcional de Parsons y el concepto de modernización y de desorganización social para explicar las revoluciones.

³³ Véanse los trabajos de ROUQUIE, A., *Les forces politiques en Amérique Central*, Karthala, París, 1992; y TORRES-RIVAS, E., «Democracias de baja intensidad» y «Los mecanismos de la ilusión», en *Centroamérica. BaLance de la década de los 80. Una*

Haciendo un repaso histórico, observamos cómo la independencia americana continúa siendo un tema debatido. Las últimas investigaciones de Lynch resultan bastante reveladoras. El libro de Prados de la Escosura y Amaral aporta una serie de datos novedosos sobre las causas económicas de la emancipación; el trabajo de Luis Navarro sobre la Independencia de Cuba, así como el libro de Guerra sobre *Modernidad e Independencia*, resultan bastante representativos³⁴.

En el siglo XX, la revolución más estudiada, y que continúa siendo debatida, ha sido la mexicana. Tal vez el estudio más novedoso sea el de Guerra, quien plantea su análisis desde la óptica de los distintos actores políticos y las élites de poder³⁵. Un segundo momento de inflexión histórica, que sacudió todo el continente, fue la revolución cubana. Sobre su génesis, el desarrollo y las consecuencias no se han dejado de escribir. La bibliografía más reciente sobre el tema resulta bastante controvertida y polémica³⁶. Otros intentos de transformación estructural, que acabaron en revoluciones fallidas y que siguen siendo objeto de análisis, han sido: la revolución de 1944 en Guatemala y la vía pacífica hacia el socialismo de Chile³⁷. Sin duda,

perspectiva regional, Cedeal, Madrid, 1993. MONTALVO, A., *Los acuerdos de paz un año después*, CINAS, San Salvador, 1993.

³⁴ LYNCH, I., «Las raíces coloniales de la Independencia Hispanoamericana», en X Congreso de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (Leipzig, 21-24 de septiembre de 1993). PRADOS DE LA ESCOSURA, L., y AMARAL, S., *La Independencia Americana, Consecuencias Económicas*, Alianza, Madrid, 1993. NAVARRO, L., *La Independencia de Cuba*, Mapfre, Madrid, 1992. GUERRA, F. X., *Modernidad e Independencia*, Mapfre, Madrid, 1992.

³⁵ GUERRA, F. X., «La Independencia de México y las revoluciones hispánicas», en *El Liberalismo en México*, de ANNINO, A., y BLIVE, R., AHILA, Münster, 1993. RIJZ, R. F., *Triumphs and tragedy. A history of the Mexican people*, Nueva York, 1992. GILBERT, M. I., *Revoluciones desde afuera. fucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, FCE, México, 1992. TARACENA, A., *La verdadera revolución mexicana, 1901-1931* (8 vols.), 1992. RODRÍGUEZ, I. (ed.), *The evolution of the mexican political system*, Wilmington, Delaware, 1993. GIJTIÉRREZ, L., *De Carranza a Salinas. Otras razones en el ejercicio del poder en México*, México, 1992. GUERRA, F. X., *México, del Antiguo Régimen a la Revolución*, FCE, México, 1988 (2 vols.).

³⁶ MONTANER, C. A., *Vispera del final. Fidel Castro y la Revolución Cubana*, Edic. Marymar, Buenos Aires, 1993. OROZCO, R., *Cuba Roja*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1993. GEYER, G. A., *El patriarca de las guerrillas. La historia oculta de Fidel Castro*, México, 1993. OPPENHEIMER, A., *La última hora de Castro*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1992.

³⁷ MELLER, P., et al., *Chile. Evolución macroeconómica, financiación externa y cambio político en la década de los 80*, Madrid, 1992. SIGMUND, P. *The United States*

la revolución nicaragüense es la que mayor atención ha despertado en la última década y continúa siendo objeto de diversas interpretaciones³⁸. Los procesos revolucionarios no triunfantes de Guatemala, El Salvador y Perú ocupan un lugar relevante en la bibliografía de los últimos dos años³⁹.

En este marco, los agentes políticos del cambio han sido los sujetos históricos más debatidos y estudiados. Entre la bibliografía más reciente sobre el tema podemos citar dos importantes aportaciones, el libro de Wickham-Crowley⁴⁰ y el de Ivon Le Bot⁴¹. Ambos analizan los movimientos revolucionarios, el primero como agentes de cambio y transformación, cuya opción triunfa allí donde existe una debilidad estructural del Estado y una rigidez de las estructuras políticas, que impide dar juego a una oposición nacional. Le Bot, por su parte, plantea el surgimiento de la guerrilla vinculado al proceso de modernización en el campo y señala la incapacidad de ésta para ser una alternativa de cambio y emancipación de la población indígena.

and Democrac in Chile, John Bopkins Press, Baltimore, 1993. GONZÁLEZ MANRIQUE, *La encrucijada peruana. De Alán Garda a Fujimori* (2 vols.), Cedeal, Madrid, 1993. GLEJESES, P., *Shattered Hope*, Princeton University Press, 1992. PÉREZ BRIGNOLI, B. (ed.), *Historia General de Centroamérica: De la Posguerra a la Crisis*, Sociedad Estatal Quinto Centenario y Flacso, Madrid, 1993 (6 vols.).

³⁸ VILAS, C. M., «Revolución, contrarrevolución, crisis: Nicaragua en la década de 1980», en *Centroamérica. Balance de la década de los ochenta. Perspectiva regional*, Cedeal, Madrid, 1993; y también, «Después de la revolución: democratización y cambio social en Centroamérica», en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, México, 1992, pp. 3-45. HOUTART, F., y LEMERCIENER, G., *El campesino como actor social, sociología de una comarca de Nicaragua*, Edic. Nicarao, Managua, 1992. SMITH, B., *The Nicaraguan Revolution, selfdetermination and survival*, Westview Press, Londres, 1993. HIGGINS, I., y COEN, T., *¡Oigame, Oigame!, Struggle and social change in Nicaraguan urban community*, Westview Press, Londres, 1992.

³⁹ GONZÁLEZ MANRIQUE, L. E., *La encrucijada peruana, de Alán Garda a Fujimori*, Cedeal, Madrid, 1993. ELLACURÍA, I., *Veinte años de Historia de El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*, UCA, San Salvador, 1993. SJUNDARAN, A., y GELBER, G. (ed.), *A decade of war: El Salvador Confronts the future*, Monthly Review Press, Londres, 1992. CASAÚS ARZÚ, M., y CASTILLO QUINTANA, R. (coord.), *Centroamérica: Balance de la década de los 80. Una perspectiva regional*, Cedeal, Madrid, 1993. FALLA, R., *Masacres de la Selva*, Ed. Universitaria, Guatemala, 1992. V. STRONG, S., *Sendero Luminoso*, Buenos Aires, 1993.

⁴⁰ WICKHAM-CROWLEY, T., *Guerrillas and revolution in Latin America: a comparative studies of insurgents and regimes since 1956*, Princeton University Press, 1993.

⁴¹ LE BOT, Y., *La guerre en terre maya, Communauté, violence et modernité au Guatemala*, Karthala, París, 1992.

En el ámbito de la sociedad civil y debido a las múltiples crisis de legitimidad y vacío de poder emergen, a partir de la década de 1960, nuevos actores sociales y políticos, que cuestionan la legitimidad del Estado y plantean nuevas formas de lucha alternativa frente al mismo, pero sobre todo se convierten en redes de poder informal en busca de una identidad colectiva. A nivel teórico, el artículo de Pérez Ledesma: «Cuando lleguen los días de la cólera», hace un repaso general de todas las tendencias y líneas de investigación sobre los movimientos sociales. Los trabajos de Tilly y Skocpol resultan básicos para la comprensión de los procesos revolucionarios desde la perspectiva de la sociología histórica 42.

El estudio más completo sobre movimientos sociales en América Latina es el de Touraine 43. Según el autor, los movimientos sociales suplantando a las clases y las despojan de su carácter político. Estos nuevos sujetos sociales buscan la recuperación de su pasado histórico y se enfrentan al Estado en busca de identidades colectivas y de reivindicaciones económicas, étnicas y culturales. El libro más reciente sobre el tema es el de Escobar y Alvarez 44, que aborda las distintas estrategias de los movimientos sociales en su búsqueda de identidad y en su afán de articular su lucha frente al Estado.

Contrapuestos a esta tendencia se encuentran los trabajos de Acuña, Camacho y Menjívar 45, para quien el fin último del movimiento social es la transformación del Estado y la creación de un proyecto alternativo. A su juicio no existe una contraposición entre clases sociales y movimientos populares, sino que hay que analizar a éstos en relación con las clases sociales. Los trabajos de .Tonas y Harnecker se encuentran en la misma línea 46.

⁴² PÉREZ LEDESMA, M., «Cuando lleguen los días de la cólera», en *Problemas actuales de la Historia*, Ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993. SKOCPOL, TH. (comp.), *Visions and method in historical sociology*, Cambridge University Press, 1984. TILLY, CIL., *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

⁴³ TOLJHAINE, A., *América Latina. Política y sociedad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989.

⁴⁴ ESCOBAR, A., Y ALVAREZ, S., *The making o/social movements in Latin America*, Westview Press, Londres, 1992.

⁴⁵ CAMACHO, D., y MENJIVAR, R., *Los Movimientos Populares en América Latina*, Siglo XXI, México, 1989. ACUÑA, V., «Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica, 1870-1930», *Historia General de Centroamérica*, vol. IV, Flaco, Quinto Centenario, Madrid, 1993. ACUÑA, V., YMOLINA, I., *Historia social y económica de Costa Rica (1750-1950)*, Ed. Porvenir, San José de Costa Rica, 1991.

⁴⁶ HARNECKER, M., *Indígenas cristianos y estudiantes en la revolución*, Taller Po-

El campo de la antropología cognitiva y la antropología social ha dado importantes frutos en el análisis de los movimientos sociales, sobre todo de índole mesiánica y milenarista o religiosos fundamentalistas. Las investigaciones de Carcía Ruiz sobre la interpretación de los textos indígenas, y las de Sanchiz Ochoa sobre el papel de las iglesias neopentecostas son un buen ejemplo⁴⁷.

3. Historia política

En el campo de las ideas políticas se produjeron importantes aportaciones que no pueden catalogarse de historicistas, como las de Reyes Heróles, Rodríguez, Lynch⁴⁸. Sin embargo, estos trabajos se vieron eclipsados por el *boom* de la Historia socioeconómica, que produjo resultados espectaculares. No obstante, para algunos autores esta «explosión de Historia económica y social» no ha desembocado en una visión histórica más global, en la medida en que no ha incorporado lo político, lo cultural y lo religioso, debido a que resultaba difícil articular las estructuras sociales y económicas con el campo de la política y con el de las influencias de las ideas en la configuración del imaginario político. Por ello algunos historiadores latinoamericanistas europeos y latinoamericanos reivindican el retorno a la Historia política, así como a la confluencia de la Historia con la Sociología política y con la Ciencia política.

Otra línea reciente de investigación en el ámbito de la Historia política da primacía a la reconstrucción de los universos mentales de

pular, Lima, 1992. JONÁS, S., «Dialéctica de la revolución y contrarrevolución guatemalteca», en *Centroamérica: Balance de la década de los 80*, Cedeal, Madrid, 1993.

⁴⁷ GARCÍA RUIZ, J., *Historias de nuestra Historia*, IRIPAZ, Guatemala, 1992. SANCHIZ OCHOA, P., «Influencia de las sectas protestantes en las comunidades indígenas en Centroamérica», en *Centroamérica: Balance de la década de los 80. Una perspectiva regional*, Cedeal, Madrid, 1993, pp. 467-485; Y también, «Afirmación y reivindicación de la identidad étnica. Los movimientos socio-religiosos en la actualidad», en *Conquista y Resistencia en la Historia de América*, Barcelona, 1992, pp. 387-396. SCHAFER, B., *Protestantismo y crisis social en América Central*, DEI, San José, 1992. SAMANDJI, L. E. (comp.), *Protestantismo y crisis social en Centroamérica*, Educa, San José de Costa Rica, 1992. TORT, M., *El pentecostalismo en la Argentina. Un estudio de caso*, IDISCO, Universidad de Salvador, Buenos Aires, 1993.

⁴⁸ REYES BEROLES, I., *El liberalismo mexicano*, FCE, México, 1982. RODRÍGUEZ, M., *El experimento de Cádiz en Centroamérica*, FCE, México, 1984. LYNCH, J., *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Ariel, Barcelona, 1989.

los distintos actores sociales, al mundo de los valores, al imaginario y al pensamiento político latinoamericano. Los trabajos de Brading, Besave y Zea resultan bastante representativos de esta tendencia 49.

3.1. *La historia de las instituciones contemporáneas en América Latina. El Estado-Nación*

La historia institucional de la América Latina contemporánea resulta muy escasa. La afirmación de Clavero de que el estudio del Estado contemporáneo español es el gran ausente en la historia de las instituciones políticas es válida para el caso de América Latina. Siendo el Estado la institución más presente y debatida por su naturaleza y por su articulación con la sociedad civil, no obstante ha sido escasamente estudiada desde la perspectiva institucional. Son pocos los estudios sobre constituciones, naturaleza del Estado, sobre las instituciones públicas, la división de poderes, el funcionamiento de los mismos, aparecidos en los últimos años 50. Uno de los estudios más completos sobre el Estado es el de Lechner, que analiza la formación del Estado moderno en América Latina desde la perspectiva jurídico-individualista y desde la concepción económico-clasista 51.

El tema que más polémica ha causado en los últimos tiempos, y que sigue constituyendo un punto central de debate para los latino-

⁴⁹ BRADING, D., *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, ERA, México, 1985; y *The first América, the Spanish monarchy creole patriots and the liberals state, 1492-1867*, Cambridge University Press, 1991 (traducido al castellano como *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla*, FCE, México, 1992). BESAVE BENÍTEZ, A., *México mestizo, análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, FCE, México, 1992. ZEA, L., *El positivismo en México*, FCE, México, 1984; y también *Filosofía de la historia latinoamericana como compromiso*, FCE, México, 1988. SILVA HERZOG, J., *El pensamiento económico, social y político de México*, FCE, México, 1964.

⁵⁰ COLOMER VIANDEL, A., *Introducción al constitucionalismo iberoamericano*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1990. SOBERANES FERNÁNDEZ, J. L. (ed.), *El primer constitucionalismo iberoamericano*, Ed. Marcial Pons, Madrid, 1992. MAESTRE, J. (comp.), *Las constituciones Latinoamericanas*, CSIC, Sevilla, 1989. *El constitucionalismo en las postrimerías del siglo XX: Las constituciones latinoamericanas* (2 vols.), UNAM, México, 1988. SERRAFERO, M. D., *Movimientos institucionales y modelos constitucionales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993.

⁵¹ LECHNER, N. (ed.), *Estado y política en América Latina, Siglo XXI*, México, 1988.

americanistas, es el del proceso de formación del Estado y de la Nación. Es decir, el tránsito del imperio español a la constitución de las naciones latinoamericanas, la configuración de la Nación moderna como algo inacabado, así como la caracterización del tipo de Estado que se ha ido perfilando a lo largo de la Historia.

Ultimamente con el resurgimiento de conflictos locales y el auge de los nacionalismos se ha reanudado la polémica acerca de la existencia de la nación y de su génesis. Guerra, Annino e Ianni, desde distintas perspectivas, se cuestionan la existencia de la nación en América Latina. ¿Cómo y cuándo se configuró en cada país? Y lo que resulta más significativo aún: ¿Cómo se vincula un proyecto nacional con las identidades colectivas de los distintos grupos a lo largo del territorio?

Las respuestas a esta pregunta dan origen a una variada y extensa bibliografía. Tal vez la posición de Ianni sea la más radical, al afirmar que el Estado-Nación desaparece por obsoleto y porque no obedece ya a la dinámica del desarrollo del capitalismo mundial y al proceso de globalización⁵². Frente a esta posición surge la de aquellos que consideran que el auge de los nacionalismos obedece a un mecanismo de resistencia de los pueblos frente a la integración en este proceso de mundialización, y consideran la opción nacionalista como una respuesta positiva de los pueblos frente a este nuevo orden mundial.

Otros historiadores, como Annino, Guerra, Buve y Bunshnell, se centran en la comprensión de este fenómeno y retornan al estudio del siglo XIX, para explicarse la problemática de lo nacional-liberal, el rol de la modernidad y de los cambios de ideas e imaginarios políticos en la configuración de la Nación y el papel de las élites criollas en la construcción de una identidad propia⁵³.

Un buen número de científicos sociales continúan debatiendo acerca de la formación histórica del Estado, desde la Independencia hasta nuestros días. El primer desencuentro resulta en la tipificación acerca de la naturaleza del Estado reduciendo, en muchos casos, su

⁵² IANNI, O., *O laberinto latinoamericano*, Voces Ltda., Sao Paulo, 1993.

⁵³ ANNINO, A., y BUVE, R., *El Liberalismo en México*, AHILA, 1993. CHIARAMONTE, I., y BUCHBINDER, P., «Provincias, caudillos, nación y la historiografía constitucionista argentina (1853-1930)», *Anuario IEHS*, núm. 7, 1992, pp. 7-27. BUNSHNELL, D., *Colombia: A Nation in spite of itself*, University of California Press, Los Angeles, 1993.

estudio al aparato estatal y analizando solamente las funciones del mismo 54.

Desde esta perspectiva se analiza la génesis del Estado oligárquico, fruto del proyecto de una clase que ejerce el poder de forma patrimonial y autoritaria. Carmagnani, Ianni y Torres Rivas son sus máximos exponentes. Otros historiadores prefieren la denominación de Estado liberal moderno, que incorpora los conceptos de representación y soberanía, propios del liberalismo español, como elementos constitutivos del nuevo tipo de Estado. Peña, Halperin, Trade y Taracena son representativos de esta tendencia 55.

El Estado populista desde 1940 a 1960 ha sido definido por algunos como un Estado policlasista, que combina la movilización de las masas urbanas con el desarrollo del capital nacional 56. Sin embargo, para otros autores no se puede hablar de Estado populista, ya que estos regímenes no pretendieron alterar la naturaleza del Estado, y debe hablarse de un Estado capitalista desarrollista o Estado de compromiso o postoligárquico, que pretendió crear una burguesía nacional frente a las oligarquías, con el apoyo de sectores medios y grupos asalariados urbanos 57.

⁵⁴ CONNAUGHTON, B., «América Latina, 1700-1850: entre el pacto colonial y el imperialismo moderno», en *Cuadernos Americanos*, núm. 38, marzo-abril de 1993, pp. 38-69.

⁵⁵ HALPERIN DONGHI, T., *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*, Alianza América, Madrid, 1985. PEÑA, O., *Estados y Territorios en América Latina y el Caribe*, ERA, México, 1989. TARACENA ARRULLA, A., «Liberalismo y poder político en Centroamérica, 1870-1929», en *Historia General de Centroamérica*, vol. IV, Quinto Centenario-Flaco, Madrid, 1993. TRIDAÑO, H., *Construcción de la ciudadanía y representación política. Lógica liberal y praxis autoritaria*, Ponencia en el Congreso «La agenda abierta de la democracia en América Latina» (Córdoba, Argentina, septiembre de 1993). BETHELL, L. (ed.), *Chile since Independence*, Cambridge University Press, 1993.

⁵⁶ IANNI, O., *El estado populista*, ERA, México, 1980. AORIANZEN, A., y BALLOÑ, E., *Lo popular en América Latina, ¿una visión en crisis?*, Desco, Lima, 1992. HÖROWICZ, A., *Los cuatro peronismos: Historia de una metamorfosis trágica*, Buenos Aires, 1991. LARRIQUETA, D. E., *La Argentina renegada*, Buenos Aires, 1992. DORNBUSH, R., y EDWARDS, S., *The macroeconomics of populism in Latin America*, Chicago University Press, 1991. Russo, I. J., *¿Qué es el peronismo?*, CEPA, núm. 2, Universidad Complutense, Madrid, 1993. CUATERNIC, E., *El menemismo. Reflexiones sobre el centro, la derecha y el populismo*, IDICSO, Buenos Aires, 1992.

⁵⁷ MARTNER, G. (comp.), «América Latina hacia el 2000, opciones y estrategias», *Nueva Sociedad*, Caracas, 1986. LECHNER, N., *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política (Chile, 1988)*, FCE, México, 1990. MALAMUO, C., *América Latina. Siglo XX. La búsqueda de la democracia*, Síntesis, Madrid, 1992. CIERENSKY, I.,

Respecto a la experiencia revolucionaria y al proyecto alternativo socialista hubo más consenso entre los propios actores políticos y algunos teóricos de la dependencia, al hablar de un Estado socialista, democrático y popular⁵⁸. La construcción de un Estado nuevo se convierte en la meta de todos los movimientos revolucionarios y se inspira en el modelo cubano, chileno y nicaragüense.

El Estado desarrollista basado en una estrategia de modernización, considerada como el progreso fundado en el desarrollo económico y en la democracia política, fue la estrategia de la CEPAL para toda la década de 1960 y generó abundante bibliografía, que continúa publicándose por la revitalización del desarrollismo neoliberal⁵⁹.

El retorno a regímenes autoritarios planteó una nueva definición de los Estados burocrático-autoritarios, Estados contrainsurgentes o de excepción, cuyos exponentes más claros fueron Ü'Donnell, Torres-Rivas y Aguilera⁶⁰.

Las consolidaciones democráticas, la reestructuración del sistema capitalista mundial y las estrategias neoliberales en la región traen nuevos intentos de configurar una nueva propuesta de Estados neoliberales o Estados democrático-liberales, cuyos presupuestos serían una liberalización al máximo de la economía, una reducción del Es-

«Argentina: una democracia en búsqueda de institución», *Estudios Sociales*, núm. 4, Santa Fe, 1993, pp. 9-21.

⁵⁸ LA HONDA DE DAVID, «Cuba y el nuevo orden. Conversaciones con Fidel Castro», *Siempre*, Ed. Tafalla, 1992. RABKIN, R., «El socialismo cubano: respuestas ideológicas frente a la era de la crisis del socialismo», *Cuban Studies*, vol. 22, 1992, pp. 27-53. PÉREZ STABLE, M., «Autoridad carismática, la política de un partido de vanguardia y la movilidad popular. Revolución y socialismo en Cuba», *Cuban Studies*, vol. 22, 1992, pp. 7-27.

⁵⁹ ÜROZCO, I. L., *Razón de Estado y Razón de mercado. Teoría y pragma de la política exterior norteamericana*, FCE, México, 1992. HORCASITAS MOLINAR, *El tiempo de la legitimidad*, Cal y Arena, México, 1991. BRESSER PEREIRA, L. C., «Economic reforms and economic growth: efficiency and politics in Latin America», en AA.VV., *Economic reform in new democracies: A social-democratic approach*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993, pp. 15-76. MÁRQUEZ, E., «Liberalismo social: disidencia y reencuentro», *Tace*, núm. 23, 1993.

⁶⁰ KRUIT, D., y TORRES-RIVAS, E., *América Latina. Militares y sociedad*, Flacso, San José de Costa Rica, 1992. RocK, D., *Authoritarian Argentina: The nationalist movement, its history and its impact*, University of California Press, Berkeley, 1993. ACUILERA PERALTA, G., «Función policíaca y transición a la democracia: el caso de Guatemala», *XIII International Congress LASA, 1992*.

tado, un modelo económico exportador y transnacionalizador y un predominio del capital financiero ⁶¹.

En cuanto a análisis de las Instituciones de Estado o de los actores políticos que participan en la arena política ⁶², la bibliografía más abundante está relacionada con los partidos políticos, sindicatos o redes formales de poder, siendo escasos los análisis sobre redes informales, grupos de presión o de interés y mucho menos trabajos sobre el Poder Legislativo y el Judicial. Existe una tendencia muy reciente a poner más énfasis en este tipo de trabajos ⁶³.

⁶¹ MUÑOZ, O., *Después de la privatización hacia el Estado regulador*, CIEPLAN, Santiago, 1993. TEITEL, S. (comp.), *Towards a new development strategy for Latin America: pathways from Hirschman's thought*, I Hopkins University Press, 1992. EPSTEIN, E. e. (comp.), *ThenewArgentina, thesearchforasuccessfullyformuLa*, Westport, Praeger, 1992. SMITH, W. C., «Reestructuración neoliberal y escenarios políticos en América Latina», *Nueva Sociedad*, julio-agosto 1993, pp. 2.5-40. SÁNCHEZ PARCA, I., «Ecuador en el engranaje neoliberal», *Nueva Sociedad*, Caracas, enero-febrero 1993, pp. 12-18. YANNIZZI, M. A., «El modelo neoeconservador en la crisis de los partidos en Argentina», *Estudios Sociales*, núm. 2, Santa Fe, 1992, pp. 7-21.

⁶² BERINS COLLIER, R., y COLLIER, D., *Shaping the political arena. Critical junctures, the labor movement and regime dynamics in Latin America*, Princeton University Press, 1991. WIARDA, P. I., *Politics and social change in Latin America, still a distinct tradition*, Westview Press, Boulder, 1992 (reedición). FORMI, P., *Vandonismo: sindicalismo de resultados. La Unión Obrera Metalúrgica en 1954-1956*, IDIE SO, Buenos Aires, mayo de 1992. SAAVEDRA, M., *Argentina dentro del sistema interamericano, entre 1945-1955*, IDIE SO, Buenos Aires, 1992. CAETANO, C., y RILLA, I., «Crisis y restauración de la república moderada, 1955-1990», *Estudios Sociales*, núm. 2, Santa Fe, 1992, pp. 23-45.

⁶³ ALCÁNTARA, M., y CRESPO, I., *Partidos políticos y procesos en Uruguay (1971-1990)*, Cedeal, Madrid, 1992. ALCÁNTARA, M., «Transiciones políticas y transformaciones económicas. ¿Qué tipo de relación? Un análisis del comportamiento de las finanzas gubernamentales en situaciones de cambio en América Latina», *XVII International Congress LASA*, Los Angeles, 1992. *Partidos y elecciones en América Latina. Guía bibliográfica*, Madrid, 1992. PFEFFER, I., *Organizaciones y teoría de las organizaciones*, FCE, México, 1992. SCULLY, T. R., *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, CIEPLAN, Santiago, 1992; y *Rethinking the center: party politics in nineteenth century and twentieth century Chile*, Stanford University Press, Stanford, 1992. WOLF, D. H., «ARENA in the arena: factors in the accommodation of the Salvadorean right to pluralism and the broadening of the political system», *XVII International Congress LASA*, Los Angeles, 1992. RODRÍGUEZ, I. M., «El movimiento sindical ante los procesos de la integración», *Nueva Sociedad*, Caracas, julio-agosto 1993, pp. 144-156. Como, I., «Reestructuración del mercado laboral y estrategia sindical», *Nueva Sociedad*, núm. 124, Caracas, marzo-abril 1993, pp. 104-114. DÍAZ CORVALAN, E., «Nuevo sindicalismo, viejos problemas. La concertación en Chile», *Nueva Sociedad*, núm. 124, Caracas, marzo-abril 1993, pp. 114-122. CATALANO, A. M., «La crisis de la representación de los sindicatos. Del esencialismo de clase a la función

3.2. *Transición y consolidación democrática en América Latina: la crisis de gobernabilidad*

A partir del resurgimiento de los regímenes militares en América Latina en 1973 y por la forma peculiar que éstos adquieren en toda la región, se inicia el estudio sistemático de los mismos. Collier, junto con una serie de científicos sociales norteamericanos y latinoamericanos --entre ellos, Ü'Donnell, Cardoso, Cotler--, publica *The new Authoritarianism in Latin America* en 1979, denominando este tipo de regímenes como burocrático-autoritarios y elaborando modelos que permitieran comparar distintos países de la región ⁶⁴.

Juan Linz, Diamond y Lipset presentaron una excelente aportación sobre la importancia del retorno a sistemas democráticos en América Latina ⁶⁵. Una década más tarde, Ü'Donnell, Schmitter y Whitehead realizaron una investigación en el Woodrow Wilson Center, en la que analizan el proceso de transición y consolidación democrática, haciendo un análisis comparado entre las transiciones latinoamericanas y las europeas meridionales ⁶⁶.

Los presupuestos básicos de Ü'Donnell y Schmitter para la transición y consolidación democrática desde regímenes autoritarios ha tenido diversas aplicaciones y contraargumentaciones a lo largo de la década ⁶⁷; pero sin duda han englobado gran parte del debate y continúan siendo un caballo de batalla en la historiografía más reciente,

comunicativa», *Nueva Sociedad*, núm. 124, Caracas, marzo-abril 1993, pp. 122-134. KORZENIEWICZ, R. P., «The Labor Politics of Radicalism: The Santa Fe Crisis of 1928», *HAHR*, vol. 73, núm. 1, febrero 1993, pp. 1-33. STAHLER-SIOLK, R., «Labor/Party/State dynamics in Nicaragua: Union Responses to austerity under the Sandinista and UNO governments», *XNI Congress International LASA*, Los Angeles, 1992.

⁶⁴ COLLIER, D. (ed.), *The new Authoritarianism in Latinoamerica*, Princeton University Press, 1979.

⁶⁵ DIAMOND, L.; LINZ, J., y LIPSET, M., *Democracy in developing countries*, Lynne Rienner, Colorado, 1984.

⁶⁶ O'DONNELL, G.; SCHMITTER, P., y WHITEHEAD, L. (comp.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Paidós, Buenos Aires, 1988. ROLDÁN, D., «De la démocratie en Amérique Latine», *Esprit*, núm. 188, Francia, 1992, pp. 103-122.

⁶⁷ FRANK, A. G., «Marketing democracy in an undemocratic market», en BARRY, K.; GILLS, T., y RocAMoRA, *Low intensity democracy. Elite democracy in the third world*, Pluto Press, Londres, 1993. AA.VV., *Los problemas de la democracia*, Flacso, Guatemala, 1993.

sobre todo en lo relacionado con el tipo de transición, que se ha producido en cada uno de los países y con la participación de la sociedad civil en el proceso.

Uno de los puntos más debatidos se refiere a los actores políticos que hicieron posible la transición y al tipo de pactos que se establecieron. El libro de Richard Gunther y John Higley, *Elites and democratic consolidation in Latin America and Southern Europe* 68, plantea que el tránsito fue posible gracias al asentamiento de las élites y a los pactos interelitarios que se establecieron. Para estos autores el consenso y la unidad entre las élites es una de las precondiciones para la consolidación democrática. En esta línea de investigación se encuentran otros trabajos, como los de Baurricaud, Torres-Rivas, Villagrán Kramer 69, que analizan el rol de las distintas élites y los pactos interelitarios en los procesos de transición democrática.

El retorno de la teoría pactista o contractual trata de explicar los términos en los que se produjo la transición y de estudiar el nivel de participación de la sociedad civil. Ello permitiría valorar la mayor o menor estabilidad democrática y la legitimidad de la misma en función del consenso de los distintos actores políticos y sociales. Los estudios de Shugart y Valenzuela, Oppenheim y Weisman 70 estarían dentro de esta línea de investigación.

El replanteamiento de la teoría contractualista, en la forma constituyente o constitucional elaborada por N. Bobbio en sus últimos trabajos 71, se refleja en la historiografía latinoamericana en los traba-

68 GUNTHER, R., y BIGLEY, I., *Elites and democratic consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge University Press, 1992.

69 BAURRICAUD, FRANÇOIS, «Governance at the center and at the periphery», en ALBALA-BERTRAND, LUIS (coord.), *Democratic culture and Governance*, UNESCO/Bis-pamerica, Gaithersburg, 1992. TORRES-RIVAS, E., «La democracia y la metáfora del buen gobierno», *Polémica*, enero-marzo 1993, pp. 33-44. VILLAGRÁN KRAMER, F., *Biografía política de Guatemala, los pactos políticos de 1944 a 1970*, Flaeso, Guatemala, 1993.

70 SHUGART, M.; SOBERG y CAREY, I., *Presidents and Assemblies. Constitutional Design and Electoral Dynamics*, Cambridge University Press, 1992. VALENZUELA, A., *Politics, society and democracy Latin America*, Westview Press, Londres, 1992. WAIMAN, CARLOS B., «Capitalism, the Market and Democracy», en MARKS, GARY, y DIAMONO, LARRY (eds.), *op. cit.*, pp. 140-155. OPPENHEIM, L., *Politics in Chile, Democracy, authoritarianism and the search of development*, Westview Press, Londres, 1993. LE BOT, Y., «Développement, acteurs sociaux et acteurs politiques (le mode de développement latino-américain)», *L'Année Sociologique*, núm. 42, Francia, 1992, pp. 193-206.

71 BOBBIO, N., *El futuro de la Democracia*, FCE, México, 1991. *Thomas Hobbes*, FCE, México, 1993.

jos de Fissflish y en la obra de Lechner 72. Todos ellos abordan la necesidad de un nuevo pacto democrático, pero desde distintas reglas del juego.

El planteamiento del pacto en el plano utópico, que trata de recuperar el término de utopía como un concepto límite o como un referente trascendental en el lenguaje de lo imaginario, es otra de las perspectivas más abordadas en América Latina en la última década. El consenso aparece como referente colectivo en el que la sociedad se identifica y se reconoce. En esta línea se hallan los trabajos de Robotnikof y Coufignal 73.

Otro de los elementos que se derivan de la transición y consolidación democrática en América Latina es el tipo de democracia que se instaura en cada uno de los países de la región: ¿Es una democracia restringida? ¿De baja intensidad? ¿Es una democracia social y participativa o una democracia delegada? Los trabajos de Torres-Rivas, Cerdás y Rial, O'Donnell y Schmitter 74 apuntan hacia una caracterización del tipo de democracia que se instaura en la región a partir de la década de 1980.

Por último, conviene señalar que otro de los elementos de preocupación es el valor de los procesos electorales en el retorno a un sistema democrático, el estudio de los procesos electorales en la última década. El resultado de las mismas, así como el tipo de poliarquía

72 FISSFLISH, A., «Hacia un realismo político distinto», en *¿Qué es el realismo político?*, Buenos Aires, 1987. LECHNER, N., *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Siglo XXI, México, 1986, y *Ensayos políticos*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989. «Debate sobre el Estado y Mercado», *Nueva Sociedad*, núm. 121, septiembre-octubre 1992, pp. 80-90.

73 RABOTNIKOF, N., «El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una década», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1992, pp. 207-227. COUFIGNAL, C. (comp.), *Reinventer la démocratie: le défi Latino-américain*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1992.

74 TORRES-RIVAS, F., *El tamaño de nuestra democracia*, Ed. Istmo, San Salvador, 1993. CERDÁS, R.; RIAL, I., YZOVATO, D. (eds.), *Una tarea inconclusa: Elecciones y democracia en América Latina*, IIDII-CAPEL, San José, 1992. O'DONNELL, C., y SCIMITTER, P., «¿Hacia la democracia delegativa?», *Lasa Forum*, Pittsburg, 1992. SCIMITTER, P., «Lo que la democracia es y no es», *CEPA*, núm. 3, Madrid, 1993. PADGETT, STEPIEN, «Social Democracy in Power», *Parliamentary Affairs*, 46:1, 1992, pp. 101-121. RUESHEMEYER, D.; HUBE STEPHENS, F., y STEPIENS, J. D., *Capitalist Development and Democracy*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992. SCIMITTER, P., C., «Interest Systems and the Consolidation of Democracies», en MARKS, CARY, y DIAMOND, LARRY, *op. cit.*, pp. 156-181.

que se instaure a partir de las elecciones, ha sido uno de los temas más abordados. Los trabajos de Alcántara, Nohlen, Booth y Seligson, Goodman, Leogrande y Mendelson ⁷⁵ resultan clave para entender dicha problemática.

No obstante, la atención en la última década ha estado centrada en los procesos de consolidación democrática, en la legitimidad y en la gobernabilidad en sistemas políticos que transitaron del autoritarismo a la democracia. Según Alcántara, el término de gobernabilidad se encuentra ligado a la aparición o agudización de la crisis en los sistemas políticos y debe explicarse desde una perspectiva pluridimensional ⁷⁶.

Para Tomassini la gobernabilidad depende de ciertas variables: el fortalecimiento de la sociedad civil, la evolución de la cultura política y la orientación y comportamientos de la economía, así como la integración de sectores cada vez más amplios al sistema productivo. Para la mayor parte de los estudiosos, la gobernabilidad quedará asegurada en la medida en que un gobierno pueda mantener la legitimidad y promover el desarrollo socioeconómico ⁷⁷.

En América Latina, tanto los estructural-funcionalistas como los neomarxistas han tratado de dar respuesta a la problemática de la go-

⁷⁵ ALCÁNTARA SÁEZ, M., *Sistemas políticos de América Latina*, vol. 11: *México, los países del Caribe y de América Central*, Tecnos, Madrid, 1990. NOHLEN, D., *Sistemas electorales y gobernabilidad* (Working Paper 63, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona, 1992). NOHLEN, D., *Elecciones y sistemas de partidos en América Latina*, IIDH-CAPEL, San José, 1993. BOOTH 1, y SELIGSON, M., *Election and democracy in Central America*, North Carolina Press, 1992. HIJBER, E.; RAGIN, CH., Y STEPHENS, 1 D., «Social Democracy, Christian Democracy; Constitutional Structure and the Welfare State: Towards a resolution of quantitative studies». (Ponencia de la Conferencia *Comparative studies in Welfare State Development: Quantitative and Qualitative Dimensions*, International Sociological Association, Bremen, 1992.) GOODMAN, L.; LEGRANDE, W., y MENDELSON, 1 (ed.), *Political parties, and democracy in Central America*, Westview Press, Londres, 1992. GRAHAM, L., *The Portuguese military and the state, rethinking transitions in Europe and Latin America*, Texas University Press, 1992. SELIGSON, M. A., Y CORDOVA, R., *Perspectivas para una democracia estable en El Salvador*, IDELA, San Salvador, 1993.

⁷⁶ Sobre el tema de la gobernabilidad en los países en desarrollo, agradezco a Manolo Alcántara Sáez su colaboración al brindarme su manuscrito sobre *Gobernabilidad, crisis y cambio* (en prensa).

⁷⁷ TOMASSINI, L., *Estado, gobernabilidad y desarrollo*, Banco Interamericano de Desarrollo, Serie de Monografías, 9, Washington, 1993. ROCK, D., *Authoritarian Argentina: the nationalist movement, its history and its impact*, University of California Press, Berkeley, 1993.

bernabilidad. Según Coppedge⁷⁸, las causas hay que buscarlas no sólo en la sociedad, sino en las variables políticas y en el desequilibrio en las relaciones de poder entre grupos e instituciones. Para Mayorga, la crisis de gobernabilidad está en relación directa con la legitimidad de un sistema y con el desarrollo socioeconómico⁷⁹.

Lo que parece evidente es que este tema resulta ser uno de los más estudiados en 1992 y 1993. Según el «Informe de la Secretaría General de Flacso», realizado en México en junio de 1993, los problemas de la gobernabilidad y la necesidad de buscar principios éticos para un buen gobierno ocuparon la mayor parte de las investigaciones realizadas en América Latina durante los dos últimos años 80.

⁷⁸ COPPEDGE, MICHAEL, «Institutions and Democratic Governance in Latin America». (Ponencia para la Conferencia *Rethinking Development Theories in Latin America*, Institute of Latin American Studies, University of North Carolina, Chapel Hill, 11-13 de marzo de 1993.)

⁷⁹ MAYORGA, R. A. (coord.), *Democracia y gobernabilidad en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1992; y también, «Bolivie: le rôle des élections dans la phase de transition et de consolidation démocratique», *Problemes d'Amérique Latine*, núm. 7, Francia, 1992, pp. 39-61. MALLOY, JAMES M., «El problema de la gobernabilidad en Bolivia, Perú y Ecuador», en *Democracia y gobernabilidad en América Latina*, de R. A. MAYORGA (coord.).

⁸⁰ Informe del Secretario General de Flacso, E. TORRES-RIVAS, a la Asamblea de Flacso (junio de 1993). Otra bibliografía reciente sobre el tema: BRESSER PEREIRA, L. C.; MARAVALL, J., y PRZEWOHSKI, A., *Economic Reforms in New Democracies. A 80-cial-Democratic Approach*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993. LIMONGI, F., y PRZEWOHSKI, A., «Democracy and Development in South America, 1945-1988», University of Chicago (no publicado). LINZ, J. J., «Los problemas de las democracias y la diversidad de democracias» (*Discurso de investidura de Doctor Honoris Causa*, Universidad Autónoma de Madrid, 1992). STEICHEN, R. (comp.), *Democraciaydemocratización en Centroamérica*, Universidad de Costa Rica, San José, 1993.

Críticas

DE LA GHANJA, JOSÉ LUIS, YREIG TAPIA, ALBEHTO (eds.): *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, 533 pp.

Hay profesores que labran su magisterio sobre el prestigio intelectual, lo cual es innegablemente bueno; otros se apoyan, además, en su fuerza moral, lo cual sigue siéndolo; otros, por fin, unen a las dos cualidades anteriores la calidad humana y atraen a su lado a quienes están dispuestos a aprovechar, a la vez, el saber acumulado y el modelo personal; éste es un privilegio que sólo algunos alcanzan. Tal es el caso de Manuel Tuñón de Lara, quien por la conjunción de esa triple fuerza, intelectual, moral y personal, ha generado, casi sin proponérselo, algo importante a su alrededor, algo de lo que debe sentirse sinceramente orgulloso.

A la altura de 1993 resultaba casi una obligación que la comunidad científica, que tanto debe a Manuel Tuñón de Lara en el campo historiográfico, devolviera a éste en forma de balance, casi de rendición de cuentas, todo lo que le adeuda. Esta fue la idea que animó en su día a los editores de esta obra, que ahora han culminado con éxito. Reunir a quienes colaboran en el libro no ha sido difícil por lo dicho más arriba. La disposición favorable ha sido total, pero, con todo, el proyecto había que idearlo, organizarlo y realizarlo, y José Luis de la Granja y Alberto Reig lo han hecho, y lo han hecho bien.

No cabe olvidar este mérito ahora que el libro está ya en la calle.

De entrada hay que advertir que no se trata de un libro-homenaje al uso, con la inclusión de una serie de trabajos en el que cada cual escribe sobre su especialidad. Un libro así ya existía para Tuñón: se hizo en Santander, en el marco de la UIMP, en 1981. El balance que se pretendía no era *a propósito* de Tuñón sino *sobre* Tuñón; por eso, este libro-homenaje se centra en su vida y en su obra.

Aunque los autores de la biografía que abre el volumen han renunciado a llamarla así, prefiriendo la denominación de «trayectoria vital e intelectual», la indagación de Granja y Reig sobre la vida de Tuñón es auténticamente exhaustiva. No es algo menor: conocíamos la obra y cosas dispersas de su vida; ahora conocemos al personaje en toda su dimensión. El libro, que empieza ahí, sigue con una serie de ensayos historiográficos sobre su obra, a la que se añaden algunas semblanzas, para concluir con una selección de sus últimos –y poco conocidos– textos, desde el año 1980 hasta la última clase que impartió el 16 de junio de 1991; el libro se cierra con una cronología extensa y una bibliografía casi exhaustiva que incluye sus artículos periodísticos.

La parte central, y más importante, de la obra está dedicada al análisis historiográfico, el cual se realiza –de acuerdo con lo que siempre ha propuesto Tuñón– acudiendo a la interdisciplinariedad. Así, hay historiadores de la Edad Moderna (Pérez), de la Contemporánea (Aróstegui, Pérez Ledesma, Cardona, Bahamonde), de historia de la prensa (Devois) y de la cultura (Aubert), historiadores económicos (García Delgado, Bernal, Viñas), de los movimientos sociales (Juliá), del Derecho (Tomás y Valiente, Elías Díaz) ... y hasta un Premio Nobel de literatura, Camilo José Cela, viejo amigo personal de Tuñón. Los editores han tenido el acierto de solicitar colaboraciones en las que pudieran aparecer tanto la labor más global de Tuñón de Lara (caso del trabajo de Aróstegui, analizando el marco general de sus principales aportaciones a la historiografía, su metodología, etc.) como aquella otra más sectorial en la que también ha destacado nuestro autor (así, Pérez Ledesma, centrándose en el movimiento obrero; Devois y Aubert, en la prensa y la cultura, respectivamente; Bernal, en la reforma agraria y la problemática del campo español; Corcuera, en las élites y los bloques de poder), y también algunos períodos significativos, como la II República, que estudia Juliá en una breve e interesante visión de la interpretación general de Tuñón sobre la Re-

pública, o la guerra civil y el franquismo, que aborda Cardona con acierto bibliográfico.

Si hay algo en común en todos los análisis que configuran el libro es el reconocimiento general de que Tuñón supuso en la historiografía española de los años sesenta la renovación necesaria que conectaba nuestra disciplina con las corrientes imperantes en su momento en Europa, especialmente en Francia. Tuñón inauguró un camino (que institucionalizó en los Coloquios de Pau) que otros prosiguieron. A partir de él, la historia en España adquiere unas dimensiones que antes no tenía y discurre por unas trayectorias inéditas hasta entonces.

Otro de los aspectos en que coinciden los analistas de la obra de Tuñón es que éste ha incidido en la renovación (casi fundación) historiográfica fundamentalmente a través de la reflexión teórica y metodológica, haciendo por el «oficio del historiador» (Juliá) algo que resultaba imprescindible, esto es, poner la disciplina en condiciones de trabajar científicamente mediante la aportación de categorías e instrumentos de análisis de los que carecía hasta entonces en España. Como acertadamente sostiene Julio Aróstegui, «prácticamente ninguna de las obras de investigación o de síntesis producidas por él dejan de contener pasajes en los que se enfrenta siempre con la reflexión conceptual e instrumental». Quienes tenemos la suerte de disfrutar de su cercanía, sabemos que esto es cierto igualmente en cualquier conversación con él: en efecto, con Tuñón no hay ningún tema de análisis que no acabe propiciando reflexiones de método o precisiones teóricas fundamentales. Y esto ha constituido un aspecto tan crucial de su magisterio que ha acabado convirtiendo a Tuñón en uno de los grandes maestros de la reflexión historiográfica en España. Jover, en su día, lo calificó como «el historiador español de nuestro tiempo que más fecunda y tenazmente ha abordado el problema de los métodos de la historia social contemporánea»; Aróstegui, hoy, sostiene que «tiene un puesto claro entre los escasos proyectos coherentes que han pretendido formular suficientemente una teoría de la historiografía y contribuir a la fijación metodológica de sus campos». Tuñón de Lara, ese marxista «inaugural» de la historiografía española, ampliamente influenciado por la primera generación de *Annales* y por el estructuralismo francés, abrió las puertas de la historia simultáneamente a la reflexión y a la investigación empírica: la contemporaneidad española de los siglos XIX y XX podía discurrir, desde entonces, por caminos científicos.

El estudio del movimiento obrero es central en la trayectoria personal de Tuñón, pero del mismo importa subrayar -como hace Pérez Ledesma- su aportación metodológica, destacando su reflexión sobre el carácter autónomo, aunque no independiente, de la historia de la clase trabajadora. Tuñón defendió la validez de la historia del movimiento obrero como un «objeto de estudio específico», cuya referencia final era la «historia total» que reivindicaba como horizonte general. Su estudio del conflicto social, que hunde sus raíces en la desigualdad económica, da pie a su concepto de «conflictividad» (latente o manifiesta), y explica lo mismo los conflictos de clase inherentes a las contradicciones ligadas al proceso productivo como los momentos históricos que traducen en el tiempo corto las crisis estructurales: son etapas de «coyuntura conflictiva», como la II República (Juliá).

La interdisciplinariedad es necesaria a la Historia, diría Tuñón. Pues bien, en su caso no es mera formulación académica: es la realidad de su quehacer. Cuando se embarca en la historia de la cultura (como en su ambiciosa obra *Medio siglo de cultura española*), Tuñón aspira a presentar siempre el carácter dinámico y totalizador de la cultura. Su preocupación metodológica surge aquí también: su perspectiva es la de una sociología de la cultura; quiere ir más allá de una «mera historia de las ideas» (Aubert). Y cuando aborda esa historia de las ideas, y penetra en el carácter de su difusión, propugna una historia de las infraestructuras que se utilizan y se preocupa por el mercado de lo impreso, ¿cómo no reconocer que Tuñón ha inaugurado «una modalidad más de la historia de las fuentes» (Devois), la que define la historia de las mentalidades como el estudio simultáneo de sus condiciones y de sus lugares de producción?

Interdisciplinariedad también en el estudio de la política y de sus instancias: he ahí su magnífica *Historia y realidad del poder*. Sus estudios del *poder*, que vincula con la capacidad de aplicar decisiones, de los *bloques de poder*, analizando la específica articulación de los poderes actuantes en el Estado, y de las *élites*, a partir de los diferentes orígenes socioeconómicos del personal dirigente, supusieron un enorme avance para organizar el estudio del funcionamiento de los mecanismos políticos, económicos o culturales de un país, y la importancia de las fuerzas en presencia (Corcuera).

No hay duda, Manuel Tuñón de Lara merecía este libro; y lo merecía, entre otras razones, porque quienes conocen magníficamente

su obra podían quizá colmar la laguna que él, como algunos grandes maestros de la reflexión, nunca abordó de manera sistemática: esto es, la concreción de su pensamiento teórico y de sus propuestas metodológicas «como una dimensión autónoma y sostenida» (Aróstegui), tarea ésta que Tuñón nunca ha hecho, a pesar de su valiosísima *Metodología de la historia social de España* y de varios artículos aquí y allá. No me atrevo a asegurar que Tuñón de Lara haya creado escuela, pero sí creo poder decir que muchos historiadores nos reconocemos deudores de su magisterio, y que en nuestra manera de historiar están las huellas de lo que aprendimos con Tuñón, junto a él o/y leyéndole.

Que, para cerrar el libro, haya semblanzas sobre Tuñón de Lara de Elías Díaz, Angel Viñas y Camilo José Cela, que el prólogo sea de Laín y que Jover contribuya con un apunte personal da una idea, aunque sólo aproximada, de la variedad de ámbitos de la intelectualidad española a los que ha llegado Tuñón, indicando a las claras que su influencia ha sido la de un intelectual en el sentido más amplio de la palabra. Este es un tipo de libro nada usual, por lo menos en España; no hay apenas precedentes. Si ha sido posible es porque Tuñón de Lara no es un historiador más.

Ricardo Miralles

LLOYD, CHRISTOPHER: *The Structures Of History*, Blackwell, Oxford, 1993, 271 pp.

Christopher Lloyd es autor, entre otras publicaciones, de una anterior *Explanation in Social History* (Oxford, Blackwell, 1986), un excelente libro del que el presente es continuación en algún aspecto. Determinadas partes del texto comentado habían visto la luz previamente como artículos de revista, mientras que la publicación actual como libro se inscribe en la serie «Studies in Social Discontinuity» que dirige Charles Tilly.

Es patente que la obra de Lloyd enlaza precisamente con las orientaciones que representa la obra de Ch. Tilly, sobre todo en su propuesta de «historia estructural» a largo plazo, y la corriente historiográfico-sociológica que se desenvuelve en torno a ella. Aunque manteniéndose siempre dentro del ámbito vinculado a la Historia Social, la contribución de Lloyd, no obstante, desborda con mucho el

interés sectorial para adentrarse en terrenos de bastante mayor resonancia en el problema actual del conocimiento de lo social, a través de dos cuestiones importantes y, en definitiva, convergentes, que son las que queremos señalar de manera previa.

Lloyd hace una propuesta de articulación nueva de una «historia estructural científica» que contiene, en primer lugar, una definición metodológica, que había sido objeto, justamente, de alguno de sus escritos anteriores. El otro aspecto interesante, y de mayor alcance, es el que se refiere a la articulación de una ciencia social en cierto modo unificada y fundamentada también en una metodología estructural y con una prevalencia potente de lo histórico, en la línea de Charles Tilly.

La materialización de ambas propuestas se emprende con un intento claro de buscar fundamentos propios a nuevas formas de aproximación a lo social, que, en la línea ya propuesta desde otros campos científicos, fuesen válidos para superar en manera efectivamente operativa la solidificada dicotomización, no sólo de alcance metodológico, sino también ontológico y epistemológico —en la ciencia anglosajona especialmente—, entre *individualismo* y *holismo*, con todo el complejo sustrato teórico, metodológico y, más aún, sin duda, ideológico que se halla detrás de estas dos grandes presuposiciones explicativas de lo histórico-social. La superación de esta dicotomía, en efecto, se promueve aquí a través de la insistencia en la concepción que pretende tomar cuenta de la forma imbricada, o, mejor aún, inextricable, en que se presentan la *estructura* y la *acción social*, como realidades virtuales cuya relación dialéctica es la única que puede explicar lo social y su dinámica.

En este plano, por tanto, una aportación esencial de la obra de Lloyd es su exposición y defensa de lo que él ha llamado *methodological structurism*. Por otra parte, todo el trabajo insiste, y, en definitiva, en ello concluye, acerca de la necesidad de una forma de integración del conocimiento de lo social que, fiel en esto también al magisterio de Tilly, intenta resolverse por el camino de una aproximación teórica explícita entre lo sociológico y lo histórico, sin perjuicio de que en el terreno de la investigación empírica se proponga una flexible «división del trabajo».

La cuestión es, pues, que por el camino del «estructurismo» y de la ciencia social con una básica concepción estructural e histórica —pero, en cualquier caso, con una utilización de «estructura» que se

aleja, evidentemente, de las posiciones más utilizadas en los *estructuralismos*- y con una propuesta insistente también de «realismo epistemológico» en el estudio de lo social, Lloyd pretende enfrentarse con la ya conocida «crisis» actual del pensamiento social, en el que las ciencias sociales «se encuentran hoy en un estado de confusión metodológica y teórica enmascarada como pluralismo» (p. 1) y, en su seno, con la crisis paradigmática de la investigación histórica (estructural). A la vista, cuando menos, de las intenciones de la obra no es metafórico decir que su interés es considerable.

El texto se dispone en seis grandes capítulos, todos ellos asistidos de un excelente aparato crítico-bibliográfico, que, de manera poco usual, de otra parte, integra la bibliografía francesa reciente -pero no la alemana-, una prueba más de la influencia de Charles Tilly. De estos seis capítulos, los dos primeros tratan de la «Historia Estructural», cuya entidad se analiza (cap. 1.º) y de la que se ofrece un panorama crítico (cap. 2.º). La propia conceptualización de una Historia de las estructuras, el alcance de los intentos de hacer «científica» esa Historia, de las metodologías aplicadas -empiristas e individualistas, sistemático-funcionalistas, hermenéuticas (emplea el vocablo *interpretist*), estructuralistas y relacional-estructuralistas- ocupan unas páginas de gran interés como panorama en que luego se intentará encajar la propuesta propia.

Los tres capítulos siguientes están dedicados a desarrollar las concepciones fundamentales del *estructurismo* y a situarlo dentro de su campo epistémico y metodológico, en los que se estudian sucesivamente sus contenidos metodológicos en la explicación histórica, su conexión con el «realismo» metodológico para fundamentar una «ciencia de la Historia Estructural» -en otros pasajes del texto se habla de esta misma cuestión como «Historia Científica Estructural» o «Historia Estructural Científica»- y su relación con el materialismo histórico. Para llegar, en fin, a un último capítulo, recapitulativo y extremadamente atractivo, cuyo título prefiero dejarlo en la lengua original: «*Realism, Structurism and History as the Foundations for a Unified and Translormative Science of Society*».

El análisis más detallado de la posición defendida por Lloyd, que, de manera global, significa, a nuestro modo de ver, un llevar adelante las enseñanzas de la escuela de Tilly para plantear una propuesta muy completa de una ciencia sociohistórica, habría de partir, sin duda, en lo que en estas líneas breves es posible, de una primera con-

sideración de la aproximación insistente buscada por el autor a una concepción *científica* del estudio social, lo que en el panorama de hoy resulta especialmente reconfortante. Pero resulta aún de mayor interés el hecho de que muchos pasajes del texto -desde la cita inicial de la obra de Dudley Shapere sobre la significación de la ciencia hasta el último párrafo del libro, en el que se enjuicia el valor transformador del conocimiento científico-- estén dedicados a perfilar una concepción de la ciencia que además de rechazar el «cientificismo» hace explícitas todas las cautelas, matizaciones y enseñanzas adquiridas en el «pospositivismo» sobre la naturaleza de la ciencia y de la ciencia social [Introducción, pp. 31 y ss., con el concepto de «dominio (campo) científico» tomado de Shapere, cap. 4.º, y pp. 187 y ss.].

La segunda consideración tendría que referirse a la insistencia de Lloyd, no nueva, sin duda, en una posición teórica y un método capaces, como hemos dicho antes, de superar de manera convincente la dicotomía entre las visiones «individualistas» y las «globalistas» (holistas) mediante la instrumentación teórica y metodológica de un *dualismo dialéctico* entre *agency* y *structure*. Es sabido, desde luego, que desde que aparecen las primeras obras sobre la teoría de la acción de impronta weberiana -Buckley, Etzioni, Touraine-, desde los trabajos de Mandelbaum y alguna cosa de Mario Bunge hasta la «teoría de la estructuración» de Giddens, y los trabajos valiosos de Margaret Archer y algunos posteriores como los de Sztompka, hay un esfuerzo sociológico y sociohistórico continuado que pretende la superación de la fractura entre esas dos instancias, individualista y holista, acabando con una batalla en la que suenan nombres importantes de una y otra parte, como los de Popper, Von Mises, Homan, Habermas, Luhmann, etc. (por no hablar de los orígenes en los clásicos de esta dicotomía), para establecer que «estructura» y «agencia» individual no son más que realidades virtuales, ninguna de las cuales da cuenta por sí misma de la sociedad y proponiendo una visión «poliédrica» de la realidad social que ha adquirido ya una cierta tradición en la teoría social.

La propuesta de Lloyd, y del entorno científico en el que se ubica, es la del *estructurismo*, posición a la que intentan buscársele por el autor los más ilustres precedentes y los más variados practicantes (todo en el cap. 3.º, «*Methodological Structurism in Historical Explanation*»), entre los que se incluiría un espectro que va de Clifford Geertz a Ernest Gellner, de Giddens a Touraine, de Tilly a Le Roy

Ladurie y otros muchos. Hay que reconocer que la expresión inglesa *structurism* (que el autor afirma estar inspirada en la obra de Rom Harré *Architectonic Man: On the structuring of Lived Experience*, de 1978), como su obligada traducción, por el momento, como *estructurismo*, aplicadas para designar esta forma de entendimiento metodológico de la realidad social, resultan horribas. Sin embargo, se impone la necesidad de un vocablo que distinga sin ambigüedades esta propuesta de la del «estructuralismo», con la que no tiene concomitancia alguna si no es su relación, aunque bien divergente, con la idea de estructura, y del *structurationism* de Giddens.

Descripciones y definiciones del estructurismo abundan, como es natural, en todo el texto. De manera sintética, Lloyd habla de una concepción de la sociedad como «estructura con sujeto» y, de hecho, la propuesta se ubica sin dificultad dentro de las corrientes «estructuracionistas» que entienden las estructuras sociales como entidades «reales» que están generadas históricamente por la acción de los individuos, por la *agency*, y que, a su vez, constituyen tanto la condición de posibilidad de la acción social como la determinación o el constreñimiento más importante para ésta. De esta forma, la estructura social es definida como «el conjunto emergente de reglas, roles, relaciones y significados en cuyo seno nacen las gentes que las organizan y que es reproducida y transformada (la estructura) con su pensamiento y acción» (pp. 42-43). Individuo y estructura son, pues, realidades virtuales, la realidad objetiva sólo puede ser contenida por ambos a la vez. *Structurism* es, en definitiva, una concepción de la estructuración social como devenir, que hace que lo histórico ocupe el centro de todo el análisis social.

Las posiciones de Christopher Lloyd sintonizan hoy, sin duda, con una de las potentes corrientes que buscan una nueva estructuración -también- del conocimiento social, a partir de unas premisas teóricas en las que quepan concepciones tan diferentes en la interpretación de la cultura, la estructura y la dinámica histórica, como pueden ser la de Geertz y la de Giddens, por ejemplo, que encuentran su filiación más cómoda a partir de la obra de Marx obligatoriamente junto-con-la-de Weber y que consideran que la clave de la sociedad es la acción estructurante. Y ello le parece, y nos parece a nosotros, una buena base para propugnar una ciencia social diferente en la que la Historia tiene la palabra.

Julio Aróstegui

TILLY, CHARLES: *European Revolutions. 1492-1992*, Blackwell, Oxford, 1993, 262 pp.

Cuando diferentes coaliciones de actores encuentran grandes incentivos en desafiar de forma concertada al poder del Estado, intentan crear situaciones revolucionarias bajo condiciones cambiantes. Cuando no encuentran ningún atractivo para ello o no se sienten amenazados por el Estado emplean otros cauces para defender sus intereses. Pero los procesos revolucionarios y la política «normal» discurren por los mismos parámetros del conflicto colectivo. La diferencia radica en la «extensión y exclusividad de las demandas sobre el Estado».

Charles Tilly utiliza desde hace bastantes años un enfoque sociológico e histórico sobre las revoluciones que él mismo denominó *modelo político*, y que Michael S. Kimmel, en su reciente *Revolutions. A Sociological Interpretation*, ha caracterizado como de síntesis entre el enfoque estructural —de Skocpol, Goldstone, etc.— y el de la acción (de la movilización de recursos, economía moral, actor racional, psicosociales, etc.). Este modelo, esbozado ya en tres obras anteriores [*From Mobilization to Revolution* (1978), *The Contentious French* (1986), *Coercion, Capital and European States* (1990)], y que no pretende según el autor representar una teoría general de las revoluciones, permite abordar el fenómeno revolucionario en este último libro desde una óptica que aporta a la discusión sobre el tema las siguientes características:

1. Las revoluciones quedan definidas como una transferencia forzada de poder sobre el Estado (un resultado revolucionario), después de que al menos dos bloques distintos de contendientes formularan reclamaciones incompatibles para obtener el control del Estado, y alguna parte significativa de la población sujeta a su jurisdicción apoyara las reclamaciones de cada uno de ellos (una situación revolucionaria). Caben entonces procesos revolucionarios donde pueden producirse sólo situaciones sin resultados revolucionarios (p. e., rebeliones sin éxito, guerras civiles), y el contexto más frecuente de resultados sin situaciones revolucionarias (golpes de Estado, revoluciones desde arriba). Por fin, y es excepcional, situaciones y resultados revolucionarios, es decir, revoluciones completas.

2. La organización del Estado y las relaciones entre los Estados son los elementos fundamentales que influyen en la determinación de las revoluciones. Las relaciones sociales y las estructuras económicas afectan indirectamente, desde el momento en que contribuyen a conformar el carácter del Estado y nos hablan de quiénes son los principales actores y sus intereses. Las características de las revoluciones varían históricamente como un producto de los cambios en la organización del Estado y las relaciones entre los Estados. Tilly insiste en la importancia de los cambios en los mecanismos de sucesión, extracción de recursos, las condiciones para hacer la guerra, la resolución de los conflictos, etc. De esta forma parece difícil que las regularidades en las revoluciones descansen en un recital de condiciones universales, válidas para todos los tiempos.

3. Por otro lado, las revoluciones constituyen una parte o parcela más del conflicto colectivo. Entonces se necesitará observar las combinaciones de mecanismos que hacen posible los procesos revolucionarios; diferentes combinaciones de los mismos mecanismos que posibilitan otras formas de actuar colectivamente. Una explicación completa de cada proceso revolucionario requiere saber por qué aparecen los contendientes; por qué una parte de la población acepta sus propuestas, y por qué se produce la incapacidad o negativa de los gobernantes para rechazar a estos contendientes y sus formulaciones. Todo ello nos habla de cómo está agrupada la gente, de sus identidades sociales, sus intereses, creencias, oportunidades para actuar y el papel de la fuerza armada en relación a los gobiernos. Según las variadas coaliciones de actores, Tilly establece una tipología de revoluciones: comunitarias, clientelares, dinásticas, militares, nacionales y de coalición de clases. En Europa, durante los primeros siglos después de 1492 dominaron los tres primeros tipos y, posteriormente, las dos últimas formas, con las militares en la intersección entre ambos.

Tilly utiliza casos históricos a través de las amplias trayectorias revolucionarias (durante quinientos años) de algunos países como Francia, Gran Bretaña, Rusia, España y Portugal, los de los Balcanes, del Centro y del Este de Europa. Particularmente, Tilly no responde satisfactoriamente a cuestiones como la inexistencia de conflictos nacionales en Francia o la participación del ejército en la política francesa contemporánea, máxime cuando él mismo se pregunta por qué no jugó un papel más autónomo, con las experiencias de Napoleón, Mac Mahon, Petain y De Gaulle.

Tampoco estamos muy seguros de la utilidad del cambio en los términos de *Estado Nacional* por *Estado Consolidado*, y «fase de nacionalización» en la formación del Estado por «fase de consolidación». El contenido de este último concepto --circunscripción, control y asunción de obligaciones por parte del Estado-- difiere y no llega a abarcar el contenido del concepto anterior de nacionalización --estabilización del poder militar, del sistema fiscal y establecimiento del gobierno directo sobre la población. Por supuesto, Estado Nacional inducía a la confusión por tropezar con el hegemónico sentido nacionalista del término. Pero era más adecuado a lo que quería dar a entender Tilly.

Aunque quizá el principal problema que se vislumbra en las aportaciones de Tilly es el protagonismo de las identidades colectivas en los procesos revolucionarios. Creo que es la primera vez que Tilly conceptualiza el nacionalismo con tanta extensión y relevancia en la emergencia de las revoluciones contemporáneas europeas. Más genéricamente, Tilly también nos habla del papel destacado de las identidades sociales para reforzar la acción colectiva y, en concreto, de la amenaza potencial que pueden sufrir por parte del Estado como aglutinadora de la población y los contendientes en la creación de situaciones revolucionarias. Es, por tanto, una novedad digna de mención en los análisis del sociólogo-historiador norteamericano. Pero las identidades colectivas no están suficientemente desarrolladas en este análisis de las revoluciones y, quizás por ello, no está claro su papel en ellas: ¿Cuál es la relación entre identidades colectivas e intereses y divisiones sociales; cómo se traslada el campo de la identidad a la participación política en una revolución? Porque Tilly parece inclinarse por definir muchas de las revoluciones ocurridas como burguesas (Holanda o Francia), o de coaliciones de clase. Pero la clase social se define en los trabajos de Tilly, ¿por su identidad colectiva o por las relaciones de producción? Y sin embargo, en el mismo texto se hace hincapié en el papel de los aliados en una situación revolucionaria. Es decir, identidades sociales sí, pero en los momentos cruciales transformadas en distintas combinaciones de coaliciones definidas estrictamente como políticas (bolcheviques y socialrevolucionarios; republicanos y socialistas; comunistas y nacionalistas, etc.) ¿Es posible que varias identidades colectivas participen en las mismas coaliciones políticas dentro de una revolución? Además, de las identidades comunitarias, nacionales o de clase, ¿pueden resaltarse otras

relevantes en la historia de las revoluciones, como la popular o religiosa, estudiantil o gremial? Quizá Tilly sólo haya esbozado su interés por mostrar los casos más relevantes y recurrentes en la Europa de los últimos quinientos años, sin la pretensión -por la inabarcable extensión del período- de definir cada uno de los casos.

En todo caso, y al margen de estos problemas, nos parece muy útil el esquema de Charles Tilly sobre las revoluciones históricamente cambiantes y su modelo político de síntesis en el análisis de los procesos revolucionarios -de todos, no solamente de las grandes revoluciones con éxito. ¿Para cuándo entonces el estudio -sin ir más lejos- de las características de la Guerra Civil española desde esta perspectiva? Estoy seguro que ayudará a comprender mejor nuestra historia más reciente.

Rafael Cruz

BURGUIÈRE, ANDRÉ, Y REVEL, JACQUES (dirs.): *Histoire de la France*, vol. 4: *Les formes de la culture*, Seuil, París, 1993, 602 pp.

En octubre de este año ha aparecido, bajo la dirección de André Burguière, *Les formes de la culture*, cuarto y último volumen de la Historia de Francia dirigida por A. Burguière y J. Revel; los tres anteriores aparecieron en 1989-90, bajo los títulos de *L'espace française* (dirigido por Jacques Revel), *L'État et les pouvoirs* (dirigido por Jacques Le Goff) y *L'État et les conflits* (dirigido por Jacques Julliard). Los nombres de los directores de estos volúmenes revelan claramente la procedencia intelectual de la obra, que no es otra que la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, en donde trabajan los herederos actuales de la «escuela de los *Annales*». Dada esa procedencia, la obra no podía en ningún caso recorrer los caminos trillados de la narración secuencial de acontecimientos engranados en un esquema teleológico, es decir, forzosamente tenía que aportar al género de las «historias nacionales» la plural creatividad historiográfica y el espíritu de innovación y experimentación que han caracterizado a la casa desde su fundación hace veinte años.

Para empezar, se ha abandonado el esquema cronológico y, en consecuencia, se han evitado todas las arbitrariedades que conlleva la periodización que tal esquema exigiría. En su lugar, tenemos un índice temático, que hace que la obra esté constituida en realidad por

un conjunto de monografías centradas en *problemas* de la historia de Francia. Ese cambio en el índice general no es sólo una elección acertada en cuanto a la forma de organizar la información pertinente, sino que revela un cambio de paradigma con respecto a la narración secuencial: se trata de la historia-problema, la que no se pregunta por un acontecimiento o un personaje, ni por un período y un territorio definidos *a priori*, sino por un problema histórico, un interrogante lanzado desde la conciencia de la sociedad actual y al que se intenta responder con los métodos específicos de la historia.

La importancia de ese cambio de enfoque no se nos puede ocultar, dado que se aplica al más querido de los objetos de la historiografía tradicional, esto es, a la *nación*; y, en consecuencia, el cambio de paradigma afecta al género rey de esa historiografía tradicional, la historia del Estado-nación. Efectivamente, la obra que comentamos es una investigación sobre la identidad francesa, cuestión hoy más viva que nunca, cuando Francia se enfrenta a un tiempo a los retos de la integración europea y de la asimilación de los inmigrantes. Cuando en gran parte de Europa asistimos al resurgir de los nacionalismos clásicos de raíz cultural (lingüística, religiosa, incluso étnica), destaca la peculiaridad del sentimiento nacional francés, excepcional precisamente por negar su carácter singular, por no fundarse sobre una herencia racial o cultural que excluiría al «extranjero», sino sobre una voluntad política de convivir en torno a unos valores, valores que se preconizan como universales. Desde ese estado de ánimo, la historia de Francia no nos aparece ya como el recorrido necesario de un ente nacional que ha existido desde siempre y que ha ido ascendiendo hasta un destino de grandeza inevitable; no: es la historia de una construcción, una historia hecha de contingencias, de voluntades, de proyectos truncados... una Historia con todas las letras.

Con ese planteamiento no determinista, que niega el concepto mismo de «historia nacional» como género, el Estado aparece como centro de toda la problemática, por cuanto es la gran construcción histórica de los franceses, la empresa determinante de su identidad como pueblo. El Estado, que había sido el gran ausente de la historia de los *Annales*, es ahora la piedra angular de sus herederos; pero en torno al Estado escriben una historia política nueva, ya que la vieja historia política se ha enriquecido con métodos y conceptos procedentes de las ciencias sociales y ha ampliado su campo de nuevos te-

Críticas

mas, que afectan al contenido esencial de la definición y ejercicio del poder.

Desde ese punto de vista hay que interpretar el primer tomo de la serie, pues no constituye una simple introducción al modo tradicional sobre un «marco geográfico» inmanente, predeterminado para servir de escenario a los personajes de los tomos posteriores; por el contrario, el territorio aparece aquí como una construcción, mediaticada por las categorías de los agentes que lo diseñaron, por los poderes de las instituciones que lo definieron, por las capacidades técnicas y culturales para conocerlo y comprenderlo (así nos lo presentan Daniel Nordman y Jacques Revel en un espléndido capítulo sobre la formación del espacio francés). El espacio es también espacio vivido por los grupos humanos que lo convierten en paisaje (Patrice Bourdelais), es espacio del capital que lo define con sus redes (Louis Bergeron), espacio de la cultura que lo interpreta y lo comunica (Dominique Juliá y Daniel Milo) y, desde el siglo XVIII, un espacio pensado como material que puede y debe ordenarse, modificarse desde el Estado (Marcel Roncayolo).

El segundo tomo constituye un ejercicio de historia política de muy largo plazo, que cobra justificación por la precedencia en el tiempo de la monarquía francesa frente a la identidad francesa. El índice del volumen presenta un aspecto secuencial, en razón de las especializaciones profesionales de los diferentes autores: Jacques Le Goff (La Edad Media), Robert Descimon y Alain Guéry (la Edad Moderna), Pierre Léveque y Pierre Rosanvallon (la Edad Contemporánea). Pero eso no debe ocultar que el planteamiento del libro es tan poco secuencial como el del conjunto de la obra, pues cada uno de estos capítulos afronta la resolución de una serie de problemas históricos de gran envergadura. Por ejemplo, la cuestión crucial de las relaciones entre religión y poder político en la monarquía cristiana y el proceso de separación entre la religiosidad de los franceses y un poder público laico; o la evolución de los conceptos jurídicos con los que se pensaba el poder en el Antiguo Régimen; o la formación histórica de la figura del intelectual y sus relaciones con el poder político; o el protagonismo del Estado en la cohesión de la sociedad francesa y en el control de los flujos económicos. El tercer tomo de esta historia de Francia nos aporta aún otra dimensión, cual es la de los conflictos sociales: las múltiples manifestaciones de resistencia frente a la acción del Estado son otra forma de aproximarse al conocimiento del Esta-

do. Basten estos ejemplos para mostrar hasta dónde se puede llevar la multiplicación de los puntos de vista, y cuántos pueden enriquecer la aproximación histórica al tema del Estado en comparación con la esterilidad de repetir una y otra vez una narración de la vida política que difícilmente añadiría algo a la comprensión del pasado o del presente del país.

A estas alturas de la obra, el lector ha comprendido ya la impropiedad de la separación tradicional establecida entre sociedad civil y Estado, pues la sociedad es el campo de la acción política, de la misma manera que el Estado tiene una historia social; en definitiva, el Estado resulta ser una construcción de la sociedad para actuar sobre sí misma. Y entonces ¿qué pasa con la cultura?

Tres años después de publicarse el tercer volumen ha aparecido el cuarto, dedicado a las formas de la cultura. Podría parecer que esa postergación respondiera al esquema clásico que deja para el final los aspectos «subjetivos», mentales o culturales, de la historia nacional, como si fueran un subproducto de la historia «real», contada en clave de hechos positivos. Nada más lejos de la realidad, como se sienta expresamente en el prefacio. Respondiendo al espíritu general de la obra, las instituciones, como los documentos históricos que nos las dan a conocer, son fruto de una construcción y reflejan la cultura de sus constructores, al tiempo que contribuyen a conformarla. En el capítulo sobre las trayectorias y tensiones culturales del Antiguo Régimen, Roger Chartier despliega ese potente mecanismo epistemológico, que recuerda a la sociología de Pierre Bourdieu: observar a la vez el campo social y las condiciones sociales de su definición, cada objeto como estructurado y estructurante al mismo tiempo.

Finalmente, los temas de los que trata *Les formes de la culture* se nos aparecen como otros tantos componentes de la identidad francesa, con lo que vienen a constituir un recorrido perpendicular con respecto a las grandes líneas trazadas en los otros volúmenes: la familia (André Burguière), la cultura campesina (Daniel Fabre), la cultura burguesa (Alain Plessis), la herencia de la Revolución (Madeleine Rebérioux), la cultura de masas (Christophe Prochasson)... El último capítulo, de Philippe Joutard, está dedicado a la construcción de la memoria nacional a través del género literario de la historiografía, presentado como «una pasión francesa». El círculo, pues, se cierra en donde empezó, poniendo en conexión la reconstrucción histórica del pasado con la construcción de una identidad en el presen-

te. Dada la especificidad de esa «pasión» de los franceses por su historia, cabría preguntarse si una obra como ésta podría haberse escrito y publicado en algún otro lugar del mundo; queda claro, en cualquier caso, que lo que plantea es un programa de investigación, casi un paradigma historiográfico, y como tal abre un camino que puede ser explorado en otras regiones de la historia.

Juan Pro Ruiz

Û'BRIEN, P., YQUINAULT, R.: *The Industrial Revolution and the British Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, 295 pp.

Es bien sabido que los dos procesos revolucionarios con los que nace la época contemporánea, la Revolución Francesa, o mejor, las Revoluciones Atlánticas, y la Revolución Industrial, son los temas que han generado una mayor producción historiográfica. Una proliferación de estudios, que al haberse conjugado con la diversidad de enfoques metodológicos, ha hecho avanzar de manera muy notable nuestros conocimientos sobre el origen, las características y el alcance de ambas rupturas desde la perspectiva de la consolidación del capitalismo y la democracia.

El volumen editado por ù'Brien y Quinault se inserta en estas directrices. Es un ejemplo representativo de la fascinación que sigue suscitando esta segunda secuencia de cambios en los medios académicos anglosajones. Pero no se trata de otra aportación destacada de la nueva historia económica o de la historia social marxista. No hay lugar en este libro, concebido como un manual para alumnos de licenciatura y no como un conjunto de novedosas aportaciones para especialistas, para el exclusivismo en la selección de temas y enfoques. Por esa razón los once capítulos o «ensayos» —en palabras de P. O'Brien—, utilizando el tradicional pero no menos convincente estilo narrativo, constituyen una amplia y actualizada síntesis de algunas de las principales implicaciones económicas, sociales y políticas de la Revolución Industrial en Gran Bretaña. Y por el mismo motivo en su redacción han participado historiadores de cada uno de estos ámbitos, adscritos a escuelas muy diferentes.

Una marcada orientación interdisciplinaria de esta obra, poco habitual en la tradición historiográfica sobre este proceso de cambio socioeconómico, que constituyendo uno de sus rasgos innovadores más

destacados, aumenta a mi juicio su utilidad. Y es además compatible con el carácter integrador que la recorre. A este segundo mérito contribuye, de manera importante, la formulación por el historiador económico antes citado de dos interrogantes en torno a los cuales se articulan explícita o implícitamente los diferentes estudios. Por una parte, ¿hasta qué punto se produjo en el conjunto del territorio la ruptura rápida y profunda de la base productiva, de las estructuras sociales y del funcionamiento y la composición de las instituciones políticas? Y por otra parte, ¿en qué medida tuvo la Revolución Industrial un alcance transnacional?

Dos bloques de cuestiones cuyo desarrollo es sin embargo muy desequilibrado. De hecho al segundo sólo se dedica un capítulo: el noveno. Sin embargo, la búsqueda de respuestas al primero de ellos a lo largo de los diez restantes muestra una distribución interna casi equitativa: tres y cuatro estudios respectivamente para el análisis de las transformaciones económicas y sociales, y otros tres centrados en la esfera de las decisiones políticas. Pero sobre todo ofrece un balance interpretativo mucho más amplio y convincente.

En efecto, las conclusiones formuladas por O'Brien, Hawke y Tunzelman acerca de si se produjo o no entre mediados del siglo XVIII y la tercera década del siglo XIX una «gran discontinuidad» en la estructura económica, sustentada no en el hecho de que aumentara la cantidad de los factores de producción, sino fundamentalmente en la modificación de cómo pasaron a combinarse tierra, trabajo y capital, ratifican que el conjunto de cambios englobados bajo el término revolución industrial no fue un «mito». Y también confirman sus conocidas características. No se trató de una transición lenta, sino de una ruptura.

Así lo reflejan unos niveles de crecimiento económico espectaculares y nunca con anterioridad experimentados. Como pone de relieve G. Hawke, el producto nacional creció a un ritmo acelerado y continuado durante el período comprendido entre 1760-1780 y 1801-1831. Casi llegó a triplicarse entre estas fechas. La contribución del avance técnico, aplicado tanto a la forma de producir como a la organización del trabajo, es incuestionable. El trabajo del tercer autor citado lo analiza desde una doble perspectiva. Las innovaciones tuvieron un alcance revolucionario, por una parte porque se institucionalizaron. Su aplicación dejó de tener un carácter excepcional para convertirse en la norma. Y, por otra parte, porque motivadas en

su opinión por los cambios en la demanda, las nuevas tecnologías estimularon la producción en fábrica. Y, a su vez, como consecuencia la industria exigió elevados niveles de *output* para surgir y, sobre todo, consolidarse frente a otras formas de producir bienes industriales.

¿Cuál fue la relación entre los cambios económicos y los sociales? Muy significativa, como lo destacan las contribuciones de Stevenson, Bythell y Philips. Para empezar la estrecha relación entre desarrollo económico en el largo plazo y crecimiento demográfico —la población de Inglaterra y Gales se más que duplica entre 1751 y 1851— implicó la disminución de las tasas de mortalidad. Paralelamente el mundo urbano se impone sobre el rural. Un avance de la urbanización (en 1851 más de la mitad de la población total se concentraba en urbes y a finales del siglo XIX casi el 80 por 100) indisociable del arraigo y predominio del sistema fabril, que, por otra parte, va a verse acompañado en algunas de las principales ciudades industriales de algunas reformas en las condiciones de vida, cuya enumeración permite matizar la generalizada visión catastrofista acerca de algunas de las principales repercusiones sociales del binomio urbanización-industrialización. Frente a la incapacidad atribuida a la mano de obra asalariada de procedencia rural para adaptarse al «caos urbano» y poder recrear sus propios valores y comportamientos colectivos, lo ocurrido por ejemplo en la región de Lancashire es muy diferente. Supieron salvaguardarlos, articulando lazos y solidaridades personales, horizontales y familiares. La familia tradicional seguía intacta en 1851.

Una conclusión que la historiografía más reciente hace extensible al clásico balance sobre el empeoramiento de los niveles de vida. Existe un cierto grado de consenso respecto al aumento de éstos incluso antes de las décadas centrales del siglo XIX. Y no sólo porque existen evidencias de un crecimiento de la renta per cápita en el conjunto de Gran Bretaña, sino también por el aumento en Inglaterra del salario real de los obreros varones: sobre todo de algunos segmentos, y desde luego en algunas coyunturas. Sin embargo, para la fuerza de trabajo femenina, incorporada sobre todo a la industria textil y al servicio doméstico, muy pocas cosas cambiaron.

Por otra parte, la diversidad organizativa de la respuesta obrera es otra muestra significativa de la habilidad de esta clase para adaptarse a los cambios y no sólo para defenderse de sus efectos negati-

vos. Como destaca Stevenson, a las formas de articulación colectiva de carácter eruptivo -por ejemplo, las reacciones lúdicas- se sumaron desde muy pronto otras muy diferentes. Se configuraron localmente como una gran variedad de entidades políticas, económicas (el movimiento cooperativo es un ejemplo), religiosas y culturales dominadas por los trabajadores, y ayudaron a integrar progresivamente a este componente del cuerpo social en lugar de segregarlo.

La importante repercusión del avance de la urbanización, el crecimiento de la clase media y la consolidación del movimiento obrero en la sustitución de los viejos sistemas institucionales de persecución y castigo del delito dio como resultado, como recalca Philips, además de la reforma del sistema penitenciario, la creación de un único cuerpo de policía y también de la moderna legislación criminal. Para poder conseguirlo de los gobernantes y poder defender con mayor eficacia sus intereses, empresarios y comerciantes tuvieron que vencer las resistencias tanto de la aristocracia agraria como de los trabajadores.

Precisar en qué medida la industrialización impulsó la democratización es el objetivo de la contribución realizada por Quinault. Con ese fin presta atención a tres aspectos interrelacionados: cómo evolucionó en el largo plazo la demanda de reforma del sistema electoral; qué sectores sociales la impulsaron o la frenaron, y cuál fue el resultado. Cinco conclusiones son, a mi juicio, las más destacadas. Primero, que el mantenimiento inalterado del sistema de representación parlamentaria durante el período de la Revolución Industrial refleja, en no escasa medida, los intereses mayoritarios del comercio y de la industria. Antes de ampliarlo tenían que afianzarse frente al predominio de los propietarios de la tierra y a la marcada ascendencia de la Iglesia. Segundo, mientras los enclaves urbanos industriales del este de Lancashire y del West Riding carecieron de presencia política, los pertenecientes al East Midlands la tenían desde la Edad Media. Tercero, muchas de las ciudades sin representación estuvieron controladas por oligarquías adscritas al partido conservador, e identificaron las elecciones con la desintegración de los valores tradicionales y el desorden. Cuarto, la reforma electoral de 1832, que amplió la participación del número de ciudadanos varones, no se tradujo, sin embargo, en una modificación significativa de la procedencia social ni de las fuentes de ingresos de los votantes. Al mismo tiempo, las grandes familias de propietarios rurales siguieron dominando el

Parlamento. Y en último lugar se observa que la segunda ley de reforma electoral, la de 1867, a través de la cual se produce la incorporación de la aristocracia obrera, parece confirmar que, tras la experiencia del movimiento cartista, la integración en lugar de la exclusión acabó imponiéndose en el seno de las élites económicas y políticas. Buscaban conseguir con ello dos logros sociopolíticos con importantes efectos sobre el mundo de los negocios: reducir las tensiones sociales y preservar la estabilidad de la monarquía parlamentaria.

Por todas las cuestiones sugeridas por la lectura del libro editado por O'Brien y Quinault puede concluirse que las transformaciones directas e indirectas asociadas con la Revolución Industrial al erradicar el viejo orden económico, social y político y sustituirlo, de manera relativamente equilibrada, por otro nuevo se configuraron en una perspectiva a largo plazo como el primer y fundamental paso en la modernización de la sociedad inglesa.

Teresa Carnero Arbat

BLAKE, ROBERT, y LOUIS, WM. ROGER (eds.): *Churchill*, Oxford University Press, Oxford, 1993, 581 pp.

A Churchill le gustaba la Historia. Es más, se consideraba a sí mismo como un excelente historiador. Pero no se sintió tentado por las novedades historiográficas de finales del siglo XIX. No le interesaban los avatares de los distintos grupos sociales ni de los flujos económicos. «Los conocimientos ideales que forman nuestro mundo ¿se los debemos a unos gloriosos pocos, o a los pacientes anónimos, innumerables muchos?», se preguntaba Churchill en uno de sus primeros ensayos. «Yo no vacilo en colocarme entre aquellos que ven la pasada historia del mundo principalmente como la narración de los seres humanos excepcionales, cuyos pensamientos, acciones, cualidades, virtudes, triunfos, debilidades y crímenes han dominado los destinos de la raza.» Escribir sobre esos «seres humanos excepcionales» sería, pues, su primera tarea como historiador.

Los protagonistas de las primeras biografías redactadas por Churchill no procedían de los libros de historia, más bien estaban vinculados a su ámbito familiar. Primero fue su antepasado el primer duque de Malborough, el héroe de *Malborough: His Life and Times*; después fue su padre Lord Randolph, político inteligente, gran orador

que había llegado a ministro de Hacienda en 1886, pero que tenía fama de hombre raro y difícil. La reina Victoria escribió en su diario, comentando la designación de Lord Randolph para el puesto de ministro: «es un hombre tan loco y extraño, y además su salud es mala». Lord Randolph terminó de manera fulminante su carrera política al enfrentarse al líder de su partido, el conservador Lord Salisbury. Pero, sobre todo, destruyó su crédito político al entregar su carta de renuncia a *The Times* antes de comunicárselo a sus colegas de partido y a la reina. «La falta de respeto que me demostró y demostró a sus colegas ha agravado el mal efecto que esa actitud originó», escribía la reina Victoria sobre el padre de Churchill. Restaurar el crédito de Lord Randolph era una misión desde luego difícil, pero necesaria para Winston, quien ya tenía intención de formar parte del pequeño grupo de los «elegidos» como protagonistas de la historia. La biografía de Churchill sobre su padre no fue bien acogida. El *Daily Telegraph* encabezó la oleada de críticas que llovieron sobre la nueva obra, pero Churchill pensaba, y con razón, que había logrado mejorar algo la imagen pública de Lord Randolph.

Pronto razonó que era necesario comenzar la empresa autobiográfica. Con *My Early life* inicia lo que para muchos constituyen sus mejores páginas como escritor. Sus apuntes autobiográficos obedecen, como todas las autobiografías, a mostrar el personaje que uno quiere ser. Pero entre la realidad y el deseo se abren abismos que, por fortuna, son insalvables. El propio Churchill, con el sentido del humor que le caracterizaba, afirmaba: «a menudo caigo en la tentación de adaptar mis hechos a mis frases». Pero ocurría pocas veces. El personaje real, uno de los protagonistas de los hechos trascendentales que asolaron al mundo occidental en la primera mitad de este siglo, tenía muchas más aristas, era mucho más complejo y contradictorio de lo que él mostró a través de sus escritos. Esa es la primera conclusión que se obtiene tras terminar la lectura del excelente libro editado por Robert Blake y Wm. Roger Louis, *Churchill*.

En 1991 se reunieron en la Universidad de Austin, Texas, los mejores especialistas en la vida y obra de Churchill. Fruto de ese congreso son los veintinueve artículos que conforman el texto. Aunque aparentemente cubren temas dispares, sin embargo la organización del volumen consigue dotarlo de una cierta unidad.

Arrancando con un apunte biográfico escrito por David Cannadine, que pretende, desde una posición puritana, criticar el complejo

ambiente familiar donde creció Churchill, los siguientes capítulos cubren la primera etapa política de Winston Churchill. Desde que fue elegido diputado conservador por Oldham en 1900 hasta el fiasco de los Dardanelos en 1915, que le llevó a abandonar el gobierno, la carrera de Churchill fue intensa, pero sobre todo diversa. En 1904 abandonó el partido conservador uniéndose a los liberales. Ocupó con ellos el cargo de subsecretario de colonias, desde donde defendió una política de conciliación con los bóers y el *home rule* para Irlanda. Con el gabinete liberal de Asquith ocupó las carteras de Interior y de Comercio. Su función política desde esos ministerios es analizada con rigor por Peter Clark en el capítulo titulado «Las ideas económicas de Churchill, 1900-1930», y por Paul Adisson en «Churchill y la Reforma Social». Considerando a Churchill como uno de los fundadores del Estado de Bienestar, Adisson analiza las medidas reformadoras instigadas por los liberales entre 1908 y 1911. La relación de Churchill con las clases trabajadoras son examinadas con rigor por Henry Pelling en «Churchill y el movimiento laborista».

En 1911 Churchill fue nombrado primer lord del Almirantazgo, desde donde potenció el desarrollo de la marina británica, seguro de que se aproximaba una confrontación bélica. El estudio de sus ambiguas relaciones con Alemania constituye las páginas más brillantes de *Churchill*. El presidente de la Asociación Histórica América, Gordon A. Craig, afirma «que sin haber leído nunca a Leopold Von Ranke, Churchill era un “rankiano” en su visión del mundo. Nacido en un mundo en el que Europa continuaba siendo el centro político, él miraba al continente, como lo había hecho Ranke, como una aglomeración de naciones germanas y latinas, unidas por una herencia histórica y un desarrollo espiritual común y que ahora constituyen una comunidad en la que cualquier cosa que ocurra en una nación afecta a todas las demás». Esta concepción del mundo le llevó a Churchill, afirma Craig, a ser uno de los pocos estadistas que consideraban, tanto en 1918 como en 1939, que las acciones alemanas amenazaban «el equilibrio de poder y la seguridad de su propio país».

Al estallar la Gran Guerra, Churchill continuaba ocupando el cargo de primer lord del Almirantazgo y se había convertido en figura clave del gabinete. No sabemos si muy a su pesar, pero lo cierto es que el estallido de la guerra, si hacemos caso a Lloyd George, le produjo más que excitación: «se podía ver que él era realmente un hombre feliz». Por fin, como nos recuerda Michael Howard en «Churchill

y la Primera Guerra Mundial», había llegado el momento de agradecerle a Dios la posibilidad de demostrar su valía. Pero todas sus esperanzas se rompieron tras el fracaso de los Dardanelos. Churchill abandonó el gobierno y lo que entonces tuvo que mostrar fue su capacidad para ser un perdedor.

En 1917, incomprensiblemente para muchos, Churchill entró de nuevo en el gobierno como ministro de Armamento del gabinete de coalición de Lloyd George. La relación entre los dos políticos, iniciada en la Cámara de los Comunes en 1901, ha sido crucial para la primera parte de este siglo, afirma John Grigg. La ruptura de Churchill con los liberales, ocasionada por su radicalismo contra la Rusia bolchevique, le acercó de nuevo a los conservadores.

Desde el partido conservador se inicia su segunda etapa política. Fue canciller de Hacienda con el gobierno de Baldwin, alejándose del mismo tras la crisis de 1929. Al estallar la Segunda Guerra Mundial fue nombrado primero, de nuevo, lord del Almirantazgo, y después primer ministro en el gobierno de coalición con los laboristas. Desde esa posición su papel fue importante para la victoria aliada. Sus relaciones con De Gaulle fueron difíciles. «Detrás de las dificultades que existían entre dos personalidades excepcionalmente fuertes había importantes diferencias políticas», nos recuerda Douglas Johnson. Con Roosevelt fueron mejores, pero no tan extraordinarias como los protagonistas querían hacernos creer. Desde el final de la Conferencia de Casablanca, afirma Warren F. Kimball, las divergencias entre Roosevelt y Churchill eran evidentes. No estaban de acuerdo con el papel que la ahora aliada Unión Soviética debía jugar en el mundo después de la guerra. La relación entre Churchill y Stalin, mucho más compleja y desconocida, nos la cuenta Robin Edmonds.

Sorprendentemente para algunos ingleses, incluido el propio rey, Churchill perdió el poder en las elecciones de 1945. «Yo creía que era una muestra de ingratitud hacia ti -afirmaba Jorge VI- después de todo lo que habías hecho por ellos.» Sin embargo, en 1951 volvió al gobierno tras un nuevo triunfo conservador. Roy Jenkins analiza esta última experiencia política de Churchill, que concluyó en 1955.

Si una de las virtudes de *Churchill* es la multiplicidad de puntos de vista que toda obra colectiva tiene, también es su único defecto. Los historiadores que participaron en el congreso de la Universidad de Austin prepararon conferencias sobre distintos aspectos de la vida

y la obra de Churchill, pero todos introdujeron sus hechos y personajes. Era inevitable el solapamiento. Los hechos y las anécdotas se repiten a lo largo de estas páginas; pero no por ello deja de ser una gran obra sobre alguien que como Winston Churchill tuvo la voluntad de convertirse en uno de los «seres excepcionales» de este siglo.

Carmen de la Guardia

GENTILE, EMILIO: *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Laterza, Roma-Bari, 1993, 326 pp.

El autor, que se ocupa desde hace muchos años de historia italiana del siglo XX, analiza en este trabajo si y en qué medida el fascismo logró crear un sistema coherente de ritos, mitos y símbolos, utilizando también la experiencia del Estado unitario, que a partir de 1861 había tratado de instituir una «religión de la Patria».

Ya el Risorgimento, y particularmente el profeta místico Giuseppe Mazzini, había tratado de retomar la idea mítica de los jacobinos, italianos también, es decir, la de la revolución como «regeneración moral» de un pueblo que, después de siglos de divisiones y conflictos internos, hubiese debido encontrar una referencia común, antes en las luchas nacionales y luego en la pedagogía institucional de la escuela y del ejército. Después de la Unificación, señala Gentile, el literato y político Francesco de Santis había sostenido el objetivo fundamental de «hacer los italianos», proponiendo, de manera explícita, una forma de «religión civil» que diese sentido cívico unitario y moderna conciencia política a los varios pueblos de la península.

La clase dirigente liberal posterior a la Unificación apostó por la exaltación de la monarquía para fundar una «liturgia nacional de Estado», a través de las sociedades de los excombatientes *risorgimentali*, la conmemoración de los caídos, la proliferación de obras monumentales y la institución de fechas y lugares «sagrados a la Patria». Según Gentile, este proceso de movilización patriótica no consiguió grandes resultados por dos motivos: uno teórico, ligado a la concepción racionalista y elitista del poder, y otro político, derivado del miedo a los efectos incontrolables de un protagonismo de masas, hacia las que prevalecía una desconfianza de clase.

Gentile pone de relieve que antes de 1914 los nacionalistas de Enrico Corradini declaraban gran admiración hacia la «religión de los

héroes y de la naturaleza» difundida en Japón: en este país podía realizarse constantemente una especie de autocelebración llegando a fundir, o a disolver, al individuo en la colectividad nacional. Parecía ser justamente éste el sentimiento que le faltaba a los italianos para llegar a conseguir el rol de potencia europea. En este ámbito, los nacionalistas auguraron que una guerra, «la más gigantesca manifestación de vida», llevaría a través del sacrificio de los hijos a la consagración de la sangre.

En la primera posguerra retomaron en gran medida la edificación de monumentos y las repetidas celebraciones: el culmen fue el viaje por ferrocarril de los restos del «Milite Ignoto», que desde las trincheras de las fronteras nordorientales llegaron, con numerosas etapas, hasta Roma, donde fueron enterrados en el «Altare della Patria» con la presencia de las máximas autoridades y de la multitud. Como recuerda el autor, el clima patriótico provocado por las fuerzas conservadoras de la Italia todavía liberal contribuyó a favorecer la propaganda del fascismo, que de movimiento marginal pasó a ser en tres años el detentador del poder.

El gobierno Mussolini empezó pronto a emanar disposiciones con el objetivo de multiplicar lugares, símbolos y manifestaciones ligadas a los cultos de la «religión política» del nuevo poder, que absorbió en poco tiempo la «religión civil» de la tradición liberal: el *Fascio Littorio* fue impuesto como emblema del Estado al lado del blasón sabauda. El volumen ofrece una información puntual sobre el significado de la nueva efigie oficial: se quiso retomar su sentido religioso presente en la tradición sagrada de la romanidad y exaltarla como símbolo de unidad, fuerza, disciplina y justicia. El Littorio estuvo presente en cada localidad italiana, también pequeña, pero su reproducción se limitó exigiendo una especial autorización gubernamental; análogamente el *duce* limitó las frecuentes celebraciones de las glorias nacionales para ahorrarles tiempo a las instituciones públicas y, síntoma interesante, para «evitar el sentido de saciedad a las poblaciones» como afirmó él mismo en 1927. Ya había asumido el fascismo el control total de la sociedad, y su «espíritu religioso» podía pasar de la fase espontánea y casi pagana de la primera «comunión» escuadrista, bajo el lema del sacrificio y de la sangre, a la fase de la fe reglamentada por instituciones y dogmas codificados.

El autor examina también con atención las cuestiones internas de la «religiosidad fascista». Se comienza por el «estilo», constituido bien

por un traje visible, bien por una actitud de fidelidad, incluso vulgar, para llegar a la «romanidad», fundada sobre la misión universal e imperial del cristianismo. Se consideran además el «destino», en el sentido de deber histórico otorgado por una entidad suprema a la Italia fascista, y la «liturgia de masas», en cuanto momento de participación popular subordinada y basada sobre una adhesión fanática a los ritos oficiales. Gentile dedica capítulos importantes a la arquitectura fascista, que proyectó los «templos de la fe», y al culto de la personalidad del «nuevo Dios de Italia», culto recordado sin duda como el elemento más de relieve de la liturgia del régimen.

En la conclusión del trabajo, el fascismo es considerado como un fenómeno de modernización e insertado, de pleno derecho, en la época de la sacralización de la política, es decir, en este siglo que vio afirmarse regímenes totalitarios de izquierda y de derecha, todos con un fuerte contenido religioso de tipo secular.

elaudio Venza

REIS, JAIME: *(O)Atraso Económico Portugues em Perspectiva Histórica: Estudos sobre a Economia Portuguesa na Segunda Metade do Século XIX, 1850-1930*, Imprensa Nacional/Casa da Moeda, Lisboa, 1993, 253 pp.

Los estudios que contiene este libro estaban dispersos en diversas publicaciones (revista *Análise Social*, en particular); pero existe entre todos ellos una unidad temática: la economía portuguesa de la segunda mitad del siglo XIX. Y, también, un análisis común que se asienta en la cuantificación de las variables que pretenden mostrarse y en los presupuestos teóricos que se manejan, que son los de la «New Economic History». Precisamente el autor es uno de los más destacados cliómetras portugueses, junto con otros nombres como los de P. Lains, D. Justino, A. Nunes, M. E. Mata y N. Valerio, quienes ya han dado muestras de su revisión de la Historia Económica Contemporánea de Portugal en trabajos valiosos.

La razón de elegir este período viene dada porque es precisamente en él donde hay que ir a buscar buena parte de las raíces del atraso económico portugués, y no en los tiempos más recientes. Caso constatable bien en el período de entreguerras, donde las tasas de crecimiento de todos los sectores de la economía excedieron a los regis-

trados en Europa o América, bien en la aceleración que se produce desde la década de 1950 (Nunes, A.; Mata, E.; Valerio, N.: «Portuguese Economic Growth, 1833-1985», *Journal of European Economic History*, vol. XVIII, núm. 2, 1989, pp. 291-330. Lains, P., y Reis, J.: «Portuguese Economic Growth, 1833-1985: Some Doubts», *Journal of European Economic History*, vol. XX, núm. 2, 1991, pp. 441-453).

Las primeras hipótesis sobre las causas del atraso portugués comienzan a establecerse a finales del siglo XVIII en las *Memorias* de la Academia Real das Ciências de Lisboa y se continúan las reflexiones en el siglo siguiente a través de las obras de A. Herculano, Oliveira Martins, Rento Carqueja, Antero de Quental, etc., entre los más notables y conocidos. Precisamente entre 1970 y 1980 los factores del atraso económico lusitano volverán a marcar la pauta de las investigaciones en el campo de la historia económica.

Por otra parte, desde una perspectiva moderna y comparada, única a partir de la que tiene sentido abordar la problemática del atraso económico, la época que abarca la segunda mitad del ochocientos resulta paradigmática por cuanto a Portugal se refiere. Pues es precisamente aquí en donde se observan las mayores disonancias respecto al entorno externo que le rodea. ¿Por qué no se aprovecharon los impulsos externos que el contexto económico internacional le deparaba para crecer? Fue, además, una época poco convulsa desde el punto de vista político, de cierta estabilidad social y de importantes modificaciones operadas en el mercado y en los factores de producción: Desamortización; Ley de Sociedades Anónimas; establecimiento de infraestructuras -carreteras, ferrocarriles- e instrucción pública. Hasta el momento existen tres grandes hipótesis interpretativas, consideradas clásicas, que han sido utilizadas para dar una aplicación sobre este «atraso»:

- 1) Dependencia externa. Portugal fue forzado a especializarse en productos procedentes del sector primario (vino, pieles, sal, etc.), una buena parte de los cuales iban destinados a un mercado dominante, como era el inglés, que tenía un tratado muy beneficioso para sus productos industriales desde 1810. La ausencia de una política arancelaria (Portugal importaba productos industriales ingleses), que resguardara el mercado interior para los productos manufactureros propios, impidió el desarrollo industrial portugués (Sandro Sideri,

Comércio e Poder. Colonialismo Informal nas Relações Anglo-Portuguesas, Cosmos, Lisboa, 1978).

2) La estructura de la propiedad de la tierra. La distribución de la propiedad del Antiguo Régimen es alterada y consolidada con modificaciones sustanciales tras las reformas liberales. En el Sur se concentró la propiedad en pocas manos (*montados* = latifundios), a la par que en el Norte persistió una fragmentación y dispersión excesiva. Consecuencias en uno u otro caso: bajos rendimientos por hectárea cultivada, fragmentación del mercado, escasa capacidad innovadora en los métodos de cultivo, descapitalización, y, por tanto, exigua renta campesina. La industrialización, en estas circunstancias, sólo podía arrancar con profundos desequilibrios económicos y sociales (Miriam Halpern Pereira, *Livre-Cambio é desenvolvimento Económico: Portugal na segunda Metade do Século XIX*, Cosmos, Lisboa, 1971).

3) Las estructuras sociales y mentales de la época no eran las adecuadas para propiciar las profundas transformaciones que requerían las innovaciones agrícolas, industriales y de transportes. A pesar de las reformas efectuadas en el poder de los grupos dominantes anteriores, todavía su profunda influencia perduró durante largo tiempo. La burguesía, por otro lado, era escasa, estaba dividida, y también permanecía indecisa para cambiar las actitudes y comportamientos adquiridos junto a la aristocracia tradicional, con la que, por lo demás, había pactado para realizar la transición. La fracción más importante dentro de esta clase social estaba ligada al comercio exterior y ni quería ni le interesaba promover la industrialización (Joel Serrão e Gabriela Martins, *Da Indústria Portuguesa: Do Antigo Regime ao Capitalismo*, Horizontes, Lisboa, 1978).

Sin excluir ninguna de estas interpretaciones generales se llama la atención, tomando como base las temáticas analizadas en los seis apartados de que consta el libro, sobre el problema de las limitaciones del mercado interno portugués y los límites que éstas imponían al crecimiento industrial. La escasez de la industria transformadora ligada al sector primario (conservas, corcho, vinos); los efectos del proteccionismo cerealista en la capacidad de compra de los económicamente más débiles; la difusión de la maquinaria agrícola en la región de la gran propiedad (Alemtejo); la influencia de la escasez de capital humano en el atraso industrial; la optimización de los bene-

ficios a través de José María Eugenio de Almeida, un capitalista de la *Regeneração* (1851-1890).

En definitiva, siempre resulta saludable ver discutidas y analizadas desde otros supuestos unas hipótesis que, tras un establecimiento muy prolongado, a veces se tornan en tesis sin haber mostrado su virtualidad en un determinado proceso histórico.

Joaquín del Moral Ruiz

ARTOLA, MIGUEL (dir.): *Enciclopedia de Historia de España*. Volumen 6: *Cronología. Mapas. Estadísticas*. Volumen 7: *Fuentes. Índice*, Alianza, Madrid, 1993, 1.241 y 853 pp.

Entre los años 1988 y 1993 han aparecido los siete volúmenes que componen esta magna obra de consulta que ha proyectado, alentado y dirigido el profesor Miguel Artola. Nos corresponde aquí hacer unos comentarios críticos sobre los volúmenes aparecidos en el año 1993, es decir, los dos últimos, que han visto culminar la publicación. Para el lector que no haya tenido contacto anterior con la obra no será inútil advertir que su composición se reparte de forma que sus tres primeros volúmenes constituyen una verdadera enciclopedia de grandes temas historiográficos; los volúmenes cuarto y quinto se dedican a Diccionario Biográfico y Diccionario Temático, respectivamente. Por fin, los volúmenes sexto y séptimo, a los que vamos a prestar atención aquí, llevan los títulos de *Cronología. Mapas. Estadísticas*, el primero de ellos, y *Fuentes. Índice*, el segundo. Son aquellos en los que el carácter instrumental, «de consulta», adquiere una preeminencia casi absoluta, como es obligado. Son los que han de prestar, sin duda, mayores servicios a los especialistas y estudiosos en general que al público meramente interesado, al que seguramente le resultará más útil, por menos especializada, la información de los volúmenes anteriores.

El volumen correspondiente a la *Cronología. Mapas. Estadística* contiene primero una *Cronología* de unas 560 páginas, que cubre desde los primeros restos humanos encontrados en España hasta 1988, en que se cierra el trabajo. Una segunda y amplia parte de este volumen se dedica a lo que se llama en él *Estadísticas y Gráficos*. Se trata de 250 páginas más en las que se ofrecen tabulaciones, cuadros estadísticos y representaciones gráficas que se refieren a muy varia-

dos fenómenos y conjuntos de variables. Una idea de la variedad de las actividades y las magnitudes que se representan en estas estadísticas la dará el hecho de que se reúne en nueve grupos temáticos que van desde la Población, Salarios y Precios hasta la Iglesia Católica, pasando por diversas actividades productivas, finanzas, comercio y medios de comunicación política, lo que se titula «Medios del Estado», y, en fin, servicios públicos. Una tercera sección es la de *Mapas*, situada en este lugar del tomo a pesar de lo que indica el título, tratándose de una amplia colección de representaciones cartográficas de asuntos históricos que van desde el poblamiento hasta la representación territorial de entidades políticas, localización geográfica de instituciones, localización de hechos puntuales relevantes, etc. El orden seguido en la presentación de la cartografía es también el cronológico. Un apartado más es el titulado *Política: Personas e Instituciones*, que reúne desde genealogías de casas reinantes hasta listas de grandes cargos, desde los Presidentes de Consejo en el Antiguo Régimen hasta la composición de gobiernos y Cortes en los siglos XIX y XX. Una breve sección final es la dedicada a *Monedas, Pesos y Medidas*, que nos presenta el asunto referido, sobre todo, a su realidad antes de la adopción del sistema métrico decimal. En todo caso, la parte comienza con una somera exposición de diferentes calendarios.

El volumen 7 y último de la serie contiene dos grandes partes: una dedicada a las *Fuentes* para la Historia de España, y otra de casi doscientas páginas, las finales de la obra, al *Índice* general. La parte dedicada a fuentes tiene, a su vez, una completa estructura que separa en capítulos independientes los *mapas* y la *cartografía* conservada de tiempos anteriores, la *documentación* que guardan los repositorios del Estado, los de la Iglesia, las fuentes del Derecho español, las *fuentes estadísticas*, *libros y bibliotecas* y *prensa*. El último capítulo está destinado a presentar una breve *Historia de la Historiografía española* que ha sido compuesta por Antonio Morales Moya en cien páginas. La presencia de este trabajo no consta, pues, en el título del volumen.

A la vista de la somera descripción que precede, cualquiera puede tener una idea de la variedad y la utilidad de los servicios que al profesional de la historiografía, al estudiante o al simple, pero culto, curioso han de proporcionarle estos volúmenes y la *Enciclopedia de Historia de España* en su conjunto. Sin embargo, creo que no sería suficientemente ilustrativo referirnos al valor utilitario inmediato, a

la riqueza de la información ofrecida, sino que es preciso encuadrar todo ello en alguna coordenada más. En efecto, una obra de este tipo es además -esté plenamente conseguida o no lo esté tanto, contenga lo que debe tener o deje fuera algo importante- una muestra de madurez en el propio estado de la disciplina a la que sirve. La cantidad de medios auxiliares puesta a disposición del deseoso de evacuar una consulta rápida, del investigador, del especialista de materias afines, está en razón directa del desarrollo de la ciencia, y por ello esa cantidad de medios, presentes además en todas las bibliotecas de mediano porte, es muy notable en países de ciencia desarrollada, de lo que pueden ser ejemplos fácilmente comprobables los de Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia. En los países de ciencia desarrollada este tipo de información es sometida, por lo demás, a una actualización rigurosa muy frecuente. No es éste, por desgracia, nuestro caso, y ello acrecienta el valor de una obra como la que reseñamos, en cuya composición se ha derrochado, como nos consta, tenacidad, paciencia y constancia, en un país tan reacio a las obras en equipo como el nuestro. Lo que cabe desear ahora es que esta obra no se convierta en un «clásico», irrepetible, que necesariamente ha de envejecer, sino que se transforme en la base de una información reverdecida con frecuencia.

Pero es también inevitable que una empresa de este tipo, incluso de la gran calidad de la presente, no responda en todos sus extremos y partes a las necesidades de conocimiento rápido que pueden presentarse en todos los ámbitos, como es inevitable también que el acopio de los materiales, su disposición, su origen, incluso, sean cosas siempre abiertas a soluciones alternativas. En lo que un comentarista de los aspectos generales de la obra, como es el caso, puede ya señalar de esas alternativas, yo querría referirme primero al tono generalmente volcado con preferencia hacia la *Historia Política* que presentan los volúmenes comentados. Así, de una Cronología que en su primera columna presenta bajo el rótulo «España» lo que son acontecimientos casi en exclusiva políticos y que equipara a ellos columnas -de información mucho más reducida- como «cultura» o «relaciones internacionales» -otro asunto político-- puede decirse sin hipérbole que tiene ese tono del que hablamos. Es cierto que una rotulación de ese tipo hace la Cronología más viable de componer, pero no la enriquece en modo alguno. Esta cronología, pues, nos secuencia asuntos bastante sesgados. Es incompleta y no está bien caracte-

rizada. Ese politicismo --empleando esta palabra con ausencia absoluta de cualquier matiz valorativo en ningún sentido-- casi exclusivo se acusa igualmente en los Mapas --en los que se representan, desde luego, fenómenos no políticos, pero en menor proporción que éstos-- y es, sin duda, el que orienta el diseño de una sección que se llama precisamente «Política: personas e instituciones». Es evidente que los aspectos histórico-culturales, sociohistóricos e, incluso, económicos están subrepresentados en la Cronología, la Cartografía y los cuadros generales institucionales y de personas.

La muy útil y completa sección de Estadísticas y Gráficos equilibra mejor la presencia de los aspectos históricos habituales en la sectorialización historiográfica; pero hay también una cuestión cuya funcionalidad es dudosa, como es la distribución adoptada de los materiales presentados. Las estadísticas y gráficos hubieran quedado más funcionalmente agrupados, a nuestro juicio, en secciones más homogéneas y diferenciadas: demográficas, económicas, sociales, jurídicas, políticas, como se hace en otras obras de este tipo, dentro de cada una de las cuales podrían haberse hecho las subdivisiones pertinentes, atendiendo a la sectorialización habitual. Así, por ejemplo, en el caso del conjunto de las estadísticas económicas. El hacer una sección de la Iglesia Católica, en particular, no deja de resultar curioso y parece producto de especializaciones de uso general restringido. La rotulación «Medios del Estado» parece también muy particular. Pero posiblemente el reparo mayor que haya de ponerse a esta parte en general es que, haciendo un uso considerable de *fuentes estadísticas* de primera mano, con más frecuencia de la deseable se recurre a elaboraciones de autores recientes. En una obra de este tipo hubiera sido de mucho agradecer un esfuerzo de acopio de fuentes y de elaboración de representaciones más de primera mano.

El volumen 7 presenta informaciones de un interés mucho más atento al especialista y al estudioso y estudiante de la Historia española. Este carácter de información más elaborada le da al último volumen un tono, digamos, menos «ingrato» que el anterior. Toda una importante parte del volumen es, en realidad, una *Guía de Fuentes*, instrumento del que en modo alguno andamos sobrados y que aquí se ha elaborado con intervención de muchos especialistas y con un criterio muy estimable de presentar análisis no sólo de las fuentes, sino de su contexto histórico. Dice Pérez Ledesma en el Prólogo del volumen que el criterio seguido es, efectivamente, el de complemen-

tariedad con las acostumbradas Guías o Catálogos de repositorios documentales, bibliotecas o hemerotecas. Que se dedique atención especial a la prensa es ya una señal de la novedosa concepción de esta parte.

Pero en lo que el criterio de presentación de las fuentes resulta más relevante es en el hecho de que, de acuerdo con los preceptos más recientes de la Archivística, aquélla se haga tomando como eje la entidad y características de los *productores de la información*. De ahí que se incluyan capítulos diferenciados para la documentación del Estado y de la Iglesia. Este criterio, no obstante, aparece amalgamado con aquel otro que atiende a la naturaleza material de las fuentes; y así, junto a las fuentes del Estado y de la Iglesia, se colocan capítulos sobre las fuentes cartográficas, las estadísticas, las bibliográficas -parece un pleno acierto que la obra considere que los libros son «fuentes» y que las bibliotecas forman parte de los repositorios de «fuentes»- y las hemerográficas. Esa falta de claridad taxonómica me parece, sin embargo, negativa y hasta desorientada. La «teoría» de las fuentes para la historia de España aparece así, a nuestro juicio, desconectada y no coordinada debidamente con lo que se presenta en otras partes de la Enciclopedia -las Estadísticas y Gráficos, por ejemplo-. No hay en la Enciclopedia, lo que hubiera sido deseable, una mínima exposición, un texto explícito, de lo que debe entenderse por fuentes de la Historia de España, y de la clasificación posible de ellas. La diferencia entre fuentes «del Estado» y «fuentes jurídicas» es todo menos clara, y en este segundo caso se ha permitido que el término «fuentes» se aplique «en la forma habitual entre los juristas», lo que, a nuestro juicio, no es apropiado.

La parte dedicada a las fuentes se presenta así como muy rica en información, que no dan, por supuesto, las colecciones fontales clásicas conocidas, pero adolece de una sistematización algo arbitraria, poco articulada y, desde luego, nada «formativa». Los propios criterios de los diversos autores acerca de lo que deben exponer como presentación de fuentes son muy divergentes y el conjunto se resiente de ello. Incluso la ordenación de los capítulos mismos parece también mejorable.

El esbozo de Historia de la Historiografía española que ofrece el profesor Morales Moya es, sin duda, interesante, pero, además, por la propia relevancia del asunto en una obra como ésta, la alusión a esta parte debería haber figurado, a nuestro entender, en el título del

volumen. El mérito mayor de esta contribución se concentra en su aporte a aquellas zonas de la historia de la historiografía española que menos han sido roturadas hasta ahora, y ello ocurre, en general, en mayor medida cuanto más nos acercamos al tiempo reciente. El capítulo acerca de la historiografía ilustrada muestra bien el trabajo previo del autor sobre el siglo XVIII. La historiografía forma parte íntegramente del proyecto ilustrado. Cuando entramos en la historiografía contemporánea española, a partir del romanticismo, el estudio de Morales puede apoyarse en general en algunas obras previas sobre el significado de la «historiografía de la contemporaneidad», que, junto al interés mismo de la época y al dominio con que el autor la trata¹ hacen esta parte de su contribución sumamente atractiva. No obstante, y como cabía esperar, sus enfoques y enjuiciamientos sobre la historiografía que podemos considerar «vigente» pueden no ser enteramente compartidos.

No es necesario insistir, en consecuencia, que la terminación de *Enciclopedia* es un logro que los profesionales y el público en general deben agradecer como la contribución más útil a la cultura instrumental que se ha hecho, al menos desde el campo de la historiografía, en el último decenio. Producto de un depurado diseño -con posibilidades alternativas, sin duda- y de un esfuerzo notable en la ejecución, la obra prestará servicios de manera insustituible. El deseo que expone al final de su Prólogo el profesor Pérez Ledesma, de que la obra sirva para que en ella el profesional encuentre la información que precise y el curioso satisfaga su curiosidad, queda sin ninguna duda plenamente alcanzado con esta empresa que refleja muy bien el trabajo y el tiempo que han sido precisos para llevarla a cabo.

Julio Aróstegui

PIQUERAS ARENAS, JOSÉ ANTONIO: *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, 848 pp.

El libro fue publicado con fecha de 1992, pero se distribuyó el pasado año, hecho que justifica su inclusión en este número monográfico. El estudio culmina una coherente línea de investigación en la que el autor optó por la alternativa teórica del materialismo histórico. Su interpretación global considera que -tras la inicial fase

«antifeudal» de la revolución burguesa- la «burguesía», identificada con el moderantismo político, defendió sus intereses de clase dominante monopolizando el nuevo Estado durante el período 1843-68 (frustrando la vía «democrática» en 1843 y 1856). La revolución de 1868 representó un cambio brusco en las tan favorables relaciones que la burguesía mantenía con el poder político: del enfrentamiento entre las «fracciones» burguesas, la burguesía moderada perdió sus canales de influencia directa sobre el Estado en beneficio de la «pequeña burguesía» (capas medias), cuyas diferentes fracciones se revelaron en el ejercicio del poder. El período 1868-74 constituyó la fase más genuina de la «revolución democrática» durante la cual se emprendió desde el Estado una serie de reformas radicales que, aun cuando profundizaban en ciertos resultados de la revolución burguesa y en la eliminación de «pervivencias feudales», representaban una amenaza —en la coyuntura del Sexenio- para los intereses económicos de la burguesía. Por otra parte, el período conoció la formación de la clase social antagónica: la «clase obrera» consciente y organizada en la Internacional, cuya acción sindical cubrió tanto la lucha económica a través de las huelgas como la lucha revolucionaria; alcanzando la «lucha de clases» su momento más relevante en la insurrección cantonal de 1873, durante la cual —en Valencia- una parte de los internacionalistas participó en la frustrada toma del poder que promovieron los republicanos intransigentes.

El objeto central de la investigación es, no obstante, la caracterización sociológica de la burguesía valenciana y la profundización en el análisis dinámico de su articulación organizativa como grupo de presión sobre los poderes del Estado durante el período 1868-1874. La burguesía para defender sus intereses (coloniales, fiscales, agrarios, etc.) movilizó sus recursos con el fin de frenar las reformas más adversas que sucesivamente promovieron desde el gobierno los progresista-demócratas, los radicales y, por último, los republicanos (éstos también desde el ayuntamiento de Valencia); es decir, la pequeña burguesía. Aunque una parte de la burguesía valenciana se integró muy pronto en el movimiento alfonsino, fue el criterio de salvaguardia de sus intereses de clase lo que la llevó, finalmente —tras ensayar ciertas aproximaciones a los monárquicos conservadores más afines, unionistas y constitucionalistas-, a conspirar y participar directamente en la trama civil del triunfante pronunciamiento de Sagunto que cerró el largo ciclo revolucionario burgués. Las traumáti-

cas experiencias de las insurrecciones de 1869 y 1873 –y sus represiones- favorecieron, igualmente, el que la burguesía valenciana reaccionase buscando garantías de orden social que sólo terminó encontrando en el proyecto de la Restauración.

Es de resaltar que el estudio es rico en hipótesis y contiene acertados análisis políticos, elaboradas argumentaciones basadas en una excelente documentación y, sobre todo, revisiones de hechos que alcanzan sus mayores logros al establecer los intereses coloniales y esclavistas de la burguesía valenciana, pero también al esclarecer aspectos sobre el movimiento obrero o la gestación del golpe de estado alfonsino.

La interpretación general del período se basa en un enfoque marxista que no ha tenido en cuenta las insuficiencias que en él han señalado otras alternativas historiográficas. La teoría adquiere en la investigación una excesiva autonomía, los resultados nunca matizan sus generalidades y sólo concretizan aquélla en la realidad histórica. Desde su hipótesis inicial («*la Restauración, objetivo en el que está interesada la burguesía española, es el resultado de la acción específica de una fracción de aquélla, la valenciana*»), la investigación acentúa las singularidades del caso particular valenciano hasta casi convertirlo –quizá sin pretenderlo- en uno especial. Realmente, el trabajo supera los límites de un «estudio de caso» –consideración que permitida generalizar algunos resultados, justamente aquellos que no son de naturaleza especial- y los de una mera aportación de elementos de historia local destinados a facilitar la comparación.

Dado que el caso valenciano está acorde con la teoría general y constituye un «modelo a contrastar con la generalidad española», me es suficiente para remitir aquí a las críticas que ha recibido el modelo de «revolución burguesa». No obstante, haré algunas consideraciones puntuales. El enfoque marxista de las clases sociales es poco útil para explicar un fenómeno político de lucha por el poder de las características de la revolución de 1868, donde los actores del cambio son grupos, con diferentes recursos e intereses, no identificables con clases sociales y que tienen como común denominador su vinculación a los partidos de oposición al régimen o, en otro orden de cosas, el ejercer un control-políticamente rentable- sobre amplias capas de la población que resultan movilizadas por su acción revolucionaria. Si pasamos al fenómeno cantonal de 1873, una vez que se admite la existencia de dos partidos republicanos, el intento de toma

del poder local por los «intransigentes» -vertebrado sobre la milicia civil- y, por último, la baja extracción social de los milicianos -consideraciones todas más que aceptables-, cabe preguntarse por el alcance de la distinción entre unos milicianos representantes de las dases asalariadas *no conscientes* (una mayoría, controlada en buena parte por los intransigentes) y otros representantes de las *conscientes* (una minoría, controlada por los dos grupos «internacionalistas»); pues, subrayada su común naturaleza social, dicha división sólo indica la existencia de dos —o, más exactamente, tres- nuevos grupos antigubernamentales de diferente ideología y esto únicamente explica fenómenos políticos como el de que los primeros estuviesen dispuestos a reprimir la insurrección internacionalista de Alcoy y los segundos no. Quizás habría que valorar los inconvenientes de la terminología marxista que implica un lenguaje de clases sociales para describir una interacción entre actores políticos.

Por último, la articulación entre las diferentes fracciones burguesas y políticas plantean algunos interrogantes que no se resuelven: el análisis sociológico de la pequeña burguesía progresista y republicana no es objeto de la investigación —tan sólo lo es una parte de su acción política- y la fracción burguesa de origen unionista queda ligada en el caso valenciano —desde el principio-- a la de la burguesía moderada (desenfocando la cierta continuidad que a nivel nacional proporcionan los elementos procedentes del unionismo entre el reinado de Isabel II, el período revolucionario y la Restauración).

Gregorio de la Fuente Monge

FORNER MUÑOZ, SALVADOR: *Canalejas y el Partido Liberal Democrático*, Ediciones Cátedra-Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Madrid, 1993, 182 pp.

El presente estudio se enmarca en el campo de la biografía política, con la confesada intención de brindar un análisis de un período de nuestra realidad histórica, tomando como eje la individualizada trayectoria de un determinado personaje. El profesor Forner reflexiona sobre los cambios acaecidos en los últimos años, y dentro de nuestra más reciente historiografía, en la actitud respecto a este género de estudios, en el que se ha registrado un radical giro desde una posición de abandono hasta el actual creciente interés por el mismo, ser-

vido no sólo por la reciente abundancia de obras al respecto (Alvarez Junco: *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, 1990; Santos Juliá, *M. Azaña. Una biografía política*, Madrid, 1990; Tusell y Calvo, *Giménez Fernández, precursor de la democracia española*, Madrid, 1990, entre otros), sino por la renovación metodológica sufrida por aquéllos, que ha permitido un nuevo tipo de biografía, distinta a la tradicional, en que sin abandonar valores ya asentados del género se trata de combinar el «enfoque estrictamente biográfico con métodos de análisis social y político», con vistas a permitir un «tratamiento narrativo y a la vez estructural en el estudio de las individualidades históricas».

El autor justifica el interés del estudio sobre Canalejas -como destacado hombre público ubicado en los intentos reformadores desde dentro del sistema de la Restauración- en el hecho, por un lado, de la significativa incompreensión que en amplios sectores políticos despertó el pensamiento y acción de dicho personaje y, por otro, por la «modernidad y sentido de oportunidad» que, a su juicio, tuvieron en el momento sus criterios, en orden a la evolución hacia una sociedad «democrática y equilibrada», cuestión de tanto más valor cuanto que sucesos históricos de nuestros días, y bien recientes, han venido a mostrar la «superioridad política y moral del Estado liberal y democrático».

El presente estudio no abarca el completo período de la singladura política de Canalejas; se ciñe al segmento 1900-1910, deteniéndose en las puertas de la actividad gubernamental liderada por el político alicantino, y trágicamente interrumpida, que se proyecta hasta 1912. El período elegido corresponde al inicio del protagonismo y maduración del pensamiento de Canalejas en el tránsito al siglo XX, sirviendo como una confesada primera aproximación a la figura del político liberal.

La obra se articula partiendo, como una referencia, de un análisis de historia comparada, en que se trata de fijar el balance obtenido en Inglaterra, Francia e Italia, en el momento del tránsito a la presente centuria, en los tres grandes desafíos con que se encontró el liberalismo en aquella crucial circunstancia: el intervencionismo social, la laicización del Estado y la democratización política. Horizonte que se utiliza tanto para introducir y enmarcar el pensamiento y acción reformista de Canalejas, como para situar, por contraste, la peculiar evolución sociopolítica de la España de la Restauración respecto de la Europa occidental.

El análisis propiamente dicho sobre la figura del político alicantino se vertebra sobre dos grandes aspectos. Por un lado, el estudio de su ideario en las siguientes vertientes: posicionamiento respecto al sistema político de la Restauración, intervencionismo estatal y «cuestión obrera», democratización política y «cuestión religiosa», con la proyección de esta última en el problema de la enseñanza. Por otro, y en el marco de la crisis del Partido Liberal tras la desaparición de Sagasta, el estudio del desarrollo de la disidencia canalejista, la experiencia del Partido Liberal Democrático y la tensión con Moret; análisis que sirve para conocer mejor la historia e ídole del fraccionamiento de los partidos turnistas tras el fallecimiento de Cánovas y Sagasta.

Más allá de estas aportaciones, este interesante, sugestivo y cuidado estudio contribuye a dejar en el lector la idea sobre la compleja capacidad del régimen de la Restauración para responder a los nuevos desafíos sociopolíticos, y las limitaciones del régimen de la Monarquía *doctrinaria* de 1876 para, más allá de la probada eficacia del sistema *turnista* en orden a pacificar a la familia liberal, responder a los nuevos retos de democratización efectiva del régimen, laicización y superación del liberalismo no intervencionista. La tensión vivida por Canalejas, atrapado en la fidelidad a la flexibilidad del sistema constitucional canovista y en las redes clientelares, y donde sus apelaciones a la movilización popular eran capitalizadas, finalmente, por las fuerzas políticas de fuera del sistema, son todo un símbolo de las efectivas limitaciones de una reforma desde dentro del régimen de la Restauración.

Juan I. Marcuello Benedicto

MARTÍN, B.: *Los problemas de La modernización. Movimiento obrero e industrialización en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, 803 pp.

La formación lenta y problemática de los sindicatos en España es, junto a su escasa representatividad institucional y las bajas cotas de afiliación, un rasgo característico del sindicalismo histórico que habitualmente se pone en relación directa con el bajo nivel de la industrialización española. A una estructura industrial débil, muy localizada y no competitiva, ya un gran predominio de las actividades agrí-

colas, con algunos de sus sectores en crisis permanente -rasgos característicos de un proceso general que no produjo transformaciones espectaculares en la estructura social-, correspondió un proceso lento de formación de la clase obrera, un notable retraso en la aparición de la sociedad urbana, arcaísmo en la mano de obra y muy poca amplitud en el mercado de trabajo. Todo ello, en su conjunto, sugiere una especie de círculo vicioso en el que la rentabilidad económica, proporcional a la poca competitividad industrial, el paro y los bajos salarios, eran elementos equidistantes del conflicto social. De ello parte Benjamín Martín en su libro para abordar el proceso difícil de modernización que recorre nuestro país desde finales del siglo pasado hasta los epílogos -así denomina el autor a un capítulo final- de la Guerra Civil y el franquismo en el que se inserta el movimiento obrero y sindical.

El libro, como síntesis voluminosa, no aporta novedades sustanciales a lo ya conocido e interpretado por la historiografía anterior; pero ofrece, en cambio, la integración de elementos de índole muy diversa que confieren solidez a la exposición. El movimiento obrero en el libro de Martín se inscribe dentro del proceso general de formación de la clase obrera en el escenario de las transformaciones económicas, políticas y de mentalidad que se producen en España desde finales del XIX hasta después de la Guerra Civil. El desarrollo de técnicas aplicadas a la producción industrial y agrícola, la integración problemática de los trabajadores en la política, la reforma social, la acción de la Iglesia, las relaciones laborales y las mentalidades y conductas que trascienden el ámbito de lo laboral, aunque no son en absoluto ajenas a él, forman parte del proceso y como tal están tratados. Sus fases de evolución están marcadas, en consecuencia, por la interacción de esos agentes, de tal manera que los inicios del sindicalismo no aparecen en relación con elementos doctrinales o de ideología, sino dependientes de una infraestructura industrial raquítica, incapaz de producir cambios y transformaciones sustanciales en los comportamientos sociales de las burguesías.

La lentitud en la formación del sindicalismo, la debilidad de su representatividad están en relación a la limitada capacidad de reivindicación y de presión de los trabajadores ante los patronos y los representantes del Estado. La orientación de las organizaciones obreras, los modelos diferentes de sindicalismo que desde finales del XIX hasta aproximadamente 1910 (como fecha emblemática de la crea-

ción de la CNf) y de ahí en adelante se fueron conformando como moderadas y radicales, respectivamente, no fueron independientes de un proceso de no integración en el que jugaron un papel importante las expectativas frustradas de las organizaciones obreras cuando el Estado, al que atribuyeron la responsabilidad de la protección, no garantizaba el arbitraje en los conflictos. A su vez, la diferente conformación de las estructuras orgánicas de UGT y CNf -tanto en lo local/provincial como en la vertebración de sus respectivos organismos nacionales- correspondía a esa orientación progresivamente distante.

Desde los gobiernos se demoraron las respuestas políticas adecuadas a la gravedad de los problemas sociales. La reforma, cuando se puso en práctica, no logró neutralizar la presión de los sectores obreros más radicalizados -sindicalmente identificados en su mayoría con la CNf- y tampoco consiguió la integración plena de otros sectores más moderados -la trayectoria de la UGT lo avala- condenando, en buena medida, al sindicalismo a los niveles de baja representatividad característicos de los años anteriores a la II República.

El fracaso de la reforma social en el marco del Estado de la Restauración fue responsabilidad compartida de todas las instancias políticas e institucionales. Los intentos de los conservadores tanto como los de los liberales por desarrollar el Derecho del trabajo en España, los proyectos de modernización en la protección y en la reglamentación laboral y de los conflictos, siendo como fueron planes de partido y de gobierno, no representaron, sin embargo, el papel de la acción del Estado en su conjunto. Toda la normativa desplegada en torno a las condiciones y a los conflictos del trabajo no reflejaba más que una parte de la necesaria acción del Estado en el espinoso asunto de la cuestión social. Aparte de aspectos específicamente normativos en relación a la coyuntura internacional (como es el caso de las normas reguladoras de jornada en 1919 y otras normas protectoras decretadas por la OIT, de la que España era miembro como firmante del Tratado de Versalles), lo cierto es que no se arbitraron los medios para que otras instancias derivadas, las encargadas de llevar a la práctica las normas o, al menos, de velar por ello, reflejasen efectivamente la acción —en este caso reformadora y protectora- del Estado en su conjunto.

Esa responsabilidad compartida de liberales y conservadores durante la Restauración es ampliable en la misma proporción a repu-

blicanos y a socialistas durante el primer bienio de la República y fue una responsabilidad política por más que la cantidad y recurrencia de los conflictos sociales obstaculizasen las vías de negociación legalmente disponibles. El esfuerzo reformador no pudo con una herencia demasiada pesada.

El hecho de que en el sindicalismo hayan predominado las estrategias del tipo que Hobsbawm denomina «de negociación colectiva por motín», de que la unidad o los pactos sindicales no hayan existido más que en coyunturas de pura emergencia política -1917, 1934, 1937- Y siempre con carácter limitado, y de que los sindicatos católicos -menos aún los libres o los «amarillos»- tuviesen un papel insignificante en el juego simbólico de ofertas y demandas intersindicales parece responder a los efectos del círculo vicioso, antes aludido.

Angeles Barrio Alonso

DI FEBO, GIULIANA, Y NATOLI, CLAUDIO (eds.): *Spagna anni Trenta: Società, cultura, istituzioni*, Franco Angeli, Milán, 1993, 421 pp.

Entre los muchos problemas estimulantes de la contemporaneidad española, sólo la Guerra Civil, con sus vínculos directos con la historia del antifascismo y del fascismo, ha suscitado en Italia un interés que va más allá del de los especialistas. También en este caso el conocimiento de la compleja realidad española estaba subordinada a un objeto político más emotivo y simplificado.

Una loable excepción la constituye este amplio volumen, que se sitúa en un reciente y prometedor filón de estudios basado en los encuentros y confrontaciones entre hispanistas de las dos penínsulas latinas. En este caso son recogidas las relaciones y comunicaciones presentadas en el congreso de 1991 promovido por el Departamento de Estudios Históricos del Medioevo a la Edad Contemporánea de la Universidad de Roma *La Sapienza* y por el Instituto Español de Cultura de Roma. La veintena de ensayos aquí publicados ofrecen una buena muestra de la historiografía sobre la Segunda República y Guerra Civil por parte especialmente de expertos italianos e ibéricos.

Las tres primeras contribuciones hacen referencia al vivo debate desarrollado en los años setenta en torno a la metodología de los estudios sobre los tormentosos años treinta en España. Claudio Natoli,

de la Universidad de Cagliari, recorre las etapas de una evolución positiva de los análisis históricos que se han ido emancipando de condicionamientos impuestos desde la memorialística, anclada en una visión rígida de los acontecimientos, y del reflejo, sobre el terreno de la investigación, de las motivaciones de los protagonistas y de las partes políticas en lucha. De esta manera han conquistado terreno los estudios sobre algunos aspectos problemáticos de España a partir de 1931: los procesos de modernización en varios sectores productivos, en particular en el agrario; las actitudes y las aspiraciones de individuos antes casi invisibles, como las mujeres; la explosión de las reivindicaciones de las fuerzas de trabajo, dentro y fuera de los sindicatos; el aumento de las peticiones de autonomía por parte de regiones cruciales como Cataluña o el País Vasco; la radicalización de los conflictos entre las alas extremas de las fuerzas político-sociales.

Sobre tales cuestiones, y sobre otras dos, para Natoli aún poco estudiadas (rol no uniforme de la Iglesia Católica, contrastes en la zona «nacional»), el volumen ofrece contribuciones de cierto relieve.

Según Gabriele Ranzato, docente de la Universidad de Pisa, conocido en España por la publicación del volumen sobre desarrollo industrial y sociedad civil en Sabadell durante el siglo XIX, es esencial, después de más de cincuenta años de estudios sobre la Guerra Civil española, reconsiderar algunos criterios metodológicos. Para él se trata sobre todo de insertar la guerra en el interior de la historia española de los siglos XIX y XX. Esto significa que los acontecimientos precedentes al 18 de julio de 1936 no pueden ser expuestos solamente como «antecedentes» de un inevitable conflicto armado surgido a partir de insalvables contrastes de naturaleza interna. En efecto, en buena parte el largo desarrollo de la guerra es el resultado de una confrontación de potencias sobre el plano internacional. Por ejemplo, la ayuda de Italia y Alemania a Franco evitó el fracaso de los golpistas.

Otra observación de Ranzato se refiere a la inclusión de la contienda española en el contexto de las guerras civiles en la Edad Contemporánea (tema de un importante congreso internacional realizado en Barcelona hace un año). Esto implica varias consideraciones sobre la coexistencia de múltiples líneas de mutua agresividad: no es fácil separar los motivos personales de aquellos políticos en los estímulos de los adversarios, sobre todo cuando se examina la dimensión local del choque en el cual las interpretaciones macropolíticas muestran sus propios límites.

Criticas

En la tercera aportación metodológica, Enric Vcelay Da Cal se compromete en un largo *excursus* con las interpretaciones del concepto de «cultura popular» antes de afrontar el sentido de esta definición en la fragua de luchas y de choques en los años treinta en España. El punto de llegada de su articulado razonamiento, influido por muchas sugerencias antropológicas, consiste en revelar las notables semejanzas entre las culturas militantes de los «rojos» y de los «nacionales», que tendían las dos a restituir la autenticidad al pueblo, mientras que eran expresión de un reducido número de intelectuales comprometidos. En este sentido viene criticado quien, como Tuñón de Lara, ha considerado la Guerra Civil como lucha entre dos modelos de cultura, porque esto significaría mantener la sacralización del intelectual, en este caso antifascista, como intérprete de la justa cultura popular.

La reducción, o la anulación, de las diferencias entre los dos adversarios puede suscitar más de una perplejidad; sin embargo, se deben considerar ciertos rasgos comunes, por ejemplo en la propaganda, generados por las exigencias militares semejantes como consecuencia del largo conflicto. Desgraciadamente, la falta de publicación por motivos editoriales de las notas sobre textos o hechos apropiados para comprobar la hipótesis interpretativa priva a este escrito «provocador» de confrontaciones positivas.

Entre los ensayos válidos sobre instituciones y movimientos políticos y sociales publicados en este volumen deben señalarse al menos tres, por la originalidad del tema y la consistencia del desarrollo.

Mary Nash considera los intentos de la «nueva moral sexual» propagada, a partir de principios de siglo, por parte de algunos sectores del anarquismo ibérico sensibles al higienismo y a la formación integral humana. Los ambiciosos objetivos del movimiento por la liberación sexual y la «desintoxicación» de los tabúes de la educación religiosa fueron, según Nash, sólo parcialmente logrados. A pesar de la larga difusión de folletos y revistas de «autoeducación», la mayoría de los militantes libertarios, obreros y campesinos, continuaba anclada en costumbres sustancialmente puritanas. Particularmente notable es el ingreso en España, por esta vía, de las teorías freudianas sobre la formación de la sexualidad en los primeros años de vida del niño.

Walther Bernecker analiza los límites de la reforma agraria de 1932, terreno de verificación de las contradicciones y de la ambigüe-

dad de la clase dirigente republicana. El desacuerdo sobre los principios fundamentales, oscilantes entre la formación de pequeñas y medianas propiedades privadas (bien vistas por los republicanos y después por los comunistas) y de haciendas colectivas (apoyadas por los socialistas y, con un sentido distinto, por los anarquistas), y también la previsible resistencia de los propietarios a la explotación (por otra parte muy limitada) acabarán por hacer fallar el experimento y por dejar mano libre, a partir de febrero de 1936, a las ocupaciones de los braceros de tierras no cultivadas, y no sólo de éstas. Son interesantes las observaciones, retomadas de los trabajos de Santos Juliá, sobre el rol del Ministerio de Trabajo que hacía las funciones de apéndice del sindicato socialista de la UCT y que se ocupaba, también en el campo, de colocar los propios socios y de aislar y debilitar el sindicato competitivo, y extrainstitucional, de la CNT.

Antonio Elorza presenta algunas personalidades y tendencias del fascismo español de 1931 a 1936, poniendo en evidencia sus raíces en la cultura nacional, como es el caso de algunos jóvenes partidarios de Ortega y Casset, y la influencia del victorioso fascismo italiano. De esta manera Ciménez Caballero alaba a Curzio Malaparte, Ramiro Ledesma Ramos exalta la disciplina y la potencia de la Italia de Mussolini (y también de la Alemania de Hitler, e incluso de la Unión Soviética de Stalin), José Antonio Primo de Rivera recurre a la cita de Giovanni Centile («La libertad es libertad en el Estado») y busca el apoyo financiero de Mussolini durante el viaje de 1933 a Italia. Otro elemento puesto en evidencia por Elorza es la constante alternancia de la fuerte nostalgia por el glorioso pasado de la España católica e imperial y los ecos de una «revolución nacional» basada en un corporativismo modernizante.

En la parte dedicada a la relación entre Iglesia y sociedad española están incluidos importantes trabajos. Entre ellos se encuentra el de José Álvarez Junco, que investiga sobre las raíces del anticlericalismo valorizando el conflicto entre la revolución liberal surgida en Cádiz y el absolutismo clerical que reaccionará duramente a los peligros reales y presuntos. Por su parte, Miguel Batllori sigue la evolución de las relaciones, durante el primer semestre de 1936, entre las izquierdas laicas y marxistas, que conquistan la mayoría en las Cortes, y el episcopado español, que, casi al completo, se alinea con el frente de la conservación social y política. Aquí se encuentra la sustanciosa contribución de Alfonso Botti, docente de la Universidad de

Urbino, que resume los aspectos centrales del reciente volumen *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España* (1881-1975), dando una visión sintética de los múltiples significados e intereses que giran en torno a la ideología y a la práctica del nacionalcatolicismo. Se señala también la amplia reseña de Renato Moro, de la Universidad de Camerino, sobre los efectos del conflicto español en los ambientes católicos en Europa y en el mundo, divididos entre el apoyo abierto a los «nacionales» y la defensa de las posiciones filo-republicanas del clero vasco y de obispos aislados.

El último conjunto de escritos gira en torno al tema de las relaciones entre intelectuales y guerra. Alicia Alted Vigil aplica un enfoque diverso, si no contrario, a aquel «homogeneizante» de Ucelay Da Cal, revelando profundas diversidades entre las dos partes, y no sólo en el plano de la finalidad global. Según esta estudiosa, incluso los dos ejércitos eran sustancialmente diversos: unificado y jerárquico, el franquista; heterogéneo, rico y diverso, el republicano. Atento a las carencias de datos disponibles se presenta José Carlos Mainer, que de todos modos pone de relieve una notable precariedad en la inserción de los intelectuales en el tejido social de la España contemporánea. En realidad, según Mainer, faltan las investigaciones sectoriales indispensables para formular una verdadera historia de la *intelligentzia* española, se sabe poco sobre la conciencia nacional española de este siglo, y también sobre los datos institucionales de la producción intelectual (de las revistas a las editoriales), así como sobre la respuesta dada por los intelectuales «españolistas» y «universalistas» a los nacionalismos periféricos. Igualmente Mainer se empeña en examinar algunas fases de la intelectualidad contemporánea en España. Así se pone en evidencia la creciente importancia de los docentes universitarios, sean humanistas o científicos, dentro de la clase política republicana: el literato Manuel Azaña es sólo un ejemplo. Una vez más no faltan las referencias a la realidad italiana, con el vínculo establecido por Giménez Caballero entre Miguel de Unamuno, entendido como inspirador de Malaparte, y las confrontaciones entre Pirandello y Baroja, D'Annunzio y Gómez de la Serna, Croce y Ortega.

De igual manera en el contexto rico de tensiones y de ilusiones de la Segunda República, Mainer entrevé la inestable coexistencia de utopía populista y pragmatismo reformista, de radicalismo socializante y liberalismo nacionalista, componentes culturales de fuerzas sociales y políticas que lucharán ásperamente entre ellas durante los tres años de guerrafratricida.

Dos hispanistas italianas de formación literaria presentan trabajos estimulantes en esta sección. Donatella Moro Pini, de la Universidad de Padua, valoriza la figura de Ramón Sender, el escritor anticonformista e incómodo que durante años sufrió el ostracismo político, acompañado de contradicciones con el aparato del Partido Comunista durante y después de la guerra. Giuliana Di Febo, de la Universidad romana *La Sapienza*, examina tres casos de memorialística de protagonistas ligadas al exilio antifranquista: la anarquista Federica Montseny, la comunista Dolores Ibárruri, la radical Clara Campoamor.

Debemos considerar también con atención las breves observaciones de Darío Puccini, uno de los más célebres hispanistas italianos, sobre las recientes polémicas entre intelectuales defensores y críticos del famoso Segundo Congreso Internacional de los escritores por la defensa de la cultura de 1937, y también el estudio de Bianca Saletti, historiadora del arte, dedicado a los manifiestos, que concuerda con Ucelay Da Cal sobre los motivos iconográficos comunes de las dos propagandas.

Supera el período de la guerra y nos lleva hasta el interior de la atmósfera restauradora del franquismo, el escrito de Luciano Casali, de la Universidad de Bolonia, que recurre de nuevo a la nutrida serie de novelas «del corazón» producida por el régimen y destinada a restituir a la mujer al rol de complemento del hombre y de vestal del hogar doméstico en la general «limpieza ética» llevada a cabo por los vencedores.

elaudio Venza

AMALRIC, JEAN PIERRE, Y AUBERT, PAUL (eds.): *Azaña el son lemps*, Casa de Velázquez, Madrid, 1993, 481 pp.

En noviembre de 1990 se celebró en la villa francesa de Montauban un coloquio internacional sobre la figura y la obra de Manuel Azaña. Como consecuencia de ello, tenemos ya una magnífica edición presentada en lengua francesa con las ponencias de aquel Coloquio de desigual interés, como ocurre en casi todas las obras con varios —en este caso más de veinte— autores. Algunos de ellos coinciden en que el Presidente de la República durante la guerra civil de 1936 ha sido un hombre singular en la historia española del siglo XX,

sumándose en algunos juicios -cincuenta años después de su muerte- al tratamiento de mito democrático que ya comenzó en los años treinta. En este sentido, es posible observar en esta edición un esfuerzo casi generalizado por reivindicar la figura de Azaña (que ya hacen muy bien en nuestros días José María Aznar y Felipe González) para contrarrestar el discurso contrario -intelectual fracasado, traidor a la patria, jefe de las fuerzas del mal, desequilibrado peligroso- de sus adversarios políticos durante los años treinta (texto de Florence Belmonte) y el franquismo.

Se analiza la figura y la obra de Azaña a través de dos facetas que constituyen, a diferencia de otros hombres públicos de su época (Paul Aubert), una amalgama social. Es decir, un político intelectual y un intelectual político. Concibió la política como un ejercicio de la virtud. Y su labor de intelectual no puede desglosarse de una preocupación por reformar la vida social. Quizá se hallen precisamente las características de la obra de Manuel Azaña en los límites de su acción política a partir solamente de un ejercicio intelectual procedente de esa especie de laboratorio político que fue para Azaña el Ateneo (Villacorta Baños).

De su capacidad intelectual se resalta en esta edición su extraordinaria dedicación a la reflexión sobre los fenómenos sociales, como la España moderna (Joseph Pérez), la estructura militar francesa, la práctica política gubernamental; su brillantez estilista y creativa, a través de los diarios y otros textos literarios, de menor o mayor alcance. Todo ello, en suma, apegado a la realidad social que vivía, y de forma muy distinta a la creación de otros intelectuales mucho más renombrados que él.

Pero Azaña quiso desbordar su quehacer exclusivamente intelectual con su integración en la vida política hasta llegar a tornar las más altas responsabilidades en la gobernabilidad del Estado. En esta faceta de político cabría mencionar que lo fue como aspirante y gestor del poder. Según algunos autores de esta edición, Azaña tenía cualidades específicas para aspirar al poder en cuanto que gran orador, es decir, movilizador moral de la gente. Pero la conclusión que puede extraerse de los escritos de otros autores es que en su labor como gestor del poder —el hombre de Estado—, el político tenía escasa preparación y limitaciones anexas que impidieron, no el ejercicio de la virtud, pero sí el mantenimiento en el poder para llevar a cabo sus proyectos políticos de Estado. Manuel Azaña, por ejemplo, no se preo-

cupó demasiado, siguiendo la tradición republicana española (Suárez Cortina), de organizar un partido político que disciplinara la opinión, diera apoyo electoral y parlamentario a su proyecto (Espín Templado). También desestimó la formación de una corriente de respaldo a su favor en la prensa de la época (Jean-Michel Desvois). En otro sentido, Carlos Barciela y Michael Alpert señalan las limitaciones de dos de las grandes reformas llevadas a cabo directa o indirectamente por Azaña. En concreto, la reforma agraria fracasó en sus primeros años de aplicación, entre otras razones, por la falta de voluntad política de la coalición y el gobierno, destacando el desinterés de Azaña por la cuestión económica en general, y campesina en particular. A pesar de tratarla, la reforma militar de Azaña tampoco logró dos de los grandes objetivos diseñados: reducir al máximo el número de oficiales y crear un ejército de reserva, de carácter similar al existente en otros países europeos.

Quizá hubiera falta de capacidad política de Manuel Azaña para este tipo de labores, pero también es verdad que existía una administración —a la que Azaña intentó reformar también— que no era demasiado competente en los aspectos tratados. Pero ¿dónde está esa administración, y en general el Estado, en los análisis de los autores que hablan de Manuel Azaña como el prototipo de hombre de Estado? («el hombre de Estado más capaz de la España del siglo XX», Julio Aróstegui). Apenas existen comentarios sobre lo que los autores entienden por hombre de Estado, por Estado y por reforma del Estado. Cuando Tuñón de Lara, Julio Aróstegui, Manuel Aragón o Paul Aubert se refieren al proyecto azañista de reformar o «modernizar» el Estado, ¿a qué se están refiriendo? Modernizar —término al que casi todos aluden— precisaría un Estado español, anterior al de los años treinta, premoderno, no moderno o no suficientemente moderno. Lo cual es algo inexacto.

Entonces es posible que el proyecto de Azaña en cuanto al Estado versara fundamentalmente en lo que señala Paul Aubert: nacionalizar el Estado. Conseguir la coincidencia de las bases políticas institucionales con la nación. Como gobernante, Azaña pretendía encontrar los apoyos necesarios para llevar a cabo sus políticas en una parte de la clase obrera y lo que se denomina clases medias, puntales ambos de lo que se considera el pueblo o la nación española, en abierta contraposición a las bases sociales oligárquicas que, a juicio de los republicanos, habían gobernado el Estado desde el siglo XIX. Y ese cam-

bio de apoyos es lo que constituía una verdadera transformación del Estado respecto a épocas anteriores. Sin embargo, quizá Azaña no intuía que permitir que los obreros y los tenderos eligieran los gobiernos a través del voto y movilizar a la multitud a través de grandes discursos no era suficiente para mantenerse en el poder. Hacía falta que supiera cómo acaparar recursos para el Estado, que supiera cómo acabar con la autonomía de acción de la que disponía el ejército, lograr la obediencia de los funcionarios civiles y... cómo conseguir dinero, mucho dinero, que hasta entonces no llegaba a las arcas del Estado. De todo ello era o no consciente Azaña, pero lo que parece que no tuvo fue la conciencia de su propia incapacidad política y de la ajena para llevar a buen término alguno de esos proyectos. Quizá entonces el concepto de la política como ejercicio de la virtud no fuera suficiente. Quizá tampoco el sufragio universal y una actividad parlamentaria fundada en la intervención puntual del discurso demoleedor.

Es posible que la figura de Manuel Azaña fuera en algún sentido singular, como otras singularidades en la España del siglo XX: se crearon —y se reproducen en el presente— imágenes (Azaña imaginado) de monstruo —en todas las apelaciones posibles— de la política.

Rafael Cruz

LAÍN ENTRALGO, PEDRO, y otros: *La Edad de Plata de la Cultura Española. 1898-1936. Identidad. Pensamiento y Vida. Hispanidad.* Historia de España. Espasa-Calpe, tomo XXXIX, Madrid, 1993, 798 págs.

Son ya muchos los trabajos publicados sobre la cultura española en los primeros treinta y seis años del siglo XX, sobre todo en lo que atañe a la creación literaria de las generaciones del 98 y 27, así como la literatura social de los años treinta. De igual forma, conocemos bastante bien la creación intelectual de los grandes pensadores de esa época. Y todo ello quizá por dos razones muy unidas entre sí. En primer lugar, este período de 1898-1936 se estudia generalmente como la etapa preparatoria del gran cataclismo de 1936. Como si la cultura de este período fuera la cultura de la confrontación o, al contrario, la cultura de la modernización frustrada. En segundo lugar, la cultura de la etapa anterior a la Guerra Civil se estudia como reverso de la cultura oficial impuesta de la etapa franquista, utilizán-

dose como antecedente y hermana mayor de la cultura antifranquista que tendrá su esplendor editorial durante la transición, en los años setenta.

Así, como etapa preparatoria de la Guerra Civil, el prólogo de Laín Entralgo y los distintos textos de este nuevo tomo de la *Historia de España* iniciada por Ramón Menéndez Pidal nos acercan al fracaso de los intelectuales españoles en la tarea de reformar la vida española. El mismo Laín Entralgo lo explicita así, pero es la idea clave de los textos de Julián Marías, Pedro Cerezo Galán, Carlos Seco Serrano, Francisco Pérez Gutiérrez, José Román Flecha Andrés y José Luis Abellán. Un enfoque completamente diferente es el de Julio Caro Baroja. y es que el principal problema son las fechas límite de este estudio: 1898, tiempo de fracaso imperial-nacional, y, al final del recorrido, 1936 -«el frenesí de la alcoholización promovida por la propaganda y la violencia» (Marías)—, tiempo de fracaso nacional, corolario del anterior. El pensamiento entonces se sitúa en clave de crisis, no de creación, sino de aceptación por parte de las élites españolas y la población en general de las propuestas intelectuales para no negar a la confrontación violenta. Mientras sigamos viendo la Guerra Civil exclusivamente como el resultado de cuarenta o quizá de trescientos años de conflicto no será extraño que todo devenga en crisis y, por qué no, en fracasos.

y el fracaso de los grandes intelectuales no obsta para que se ensalcen en este libro sus aportaciones creativas como fórmulas políticas de primer orden. Su buena voluntad fue innegable, sus diagnósticos acertados, sus comportamientos públicos ejemplares. Pero no fueron escuchados. Fueron las élites en particular, y la sociedad española en general, la que, bien por intereses partidistas, bien por el analfabetismo imperante, hizo oídos sordos a los grandes intelectuales. Los españoles no quisieron aceptar su sustancial propuesta de llevarles por el camino de la «modernización», aunque nosotros, ahora, no separamos muy bien en qué consiste eso.

Los grandes intelectuales españoles de 1898 a 1936 eran media docena. Eso dan a entender la mayoría de los textos de este trabajo. No hay más que ver las ilustraciones del tomo para ver que por sus páginas se repiten siempre los mismos retratos. Y media docena que se resume en uno: José Ortega y Gasset. Ortega político, Ortega filósofo, Ortega escritor, Ortega moralista, Ortega religioso, Ortega americanista. Si hacemos caso del subtítulo del tomo, Ortega simboliza

la identidad, el pensamiento, la vida y la hispanidad españolas del primer tercio del siglo XX.

Pero los grandes intelectuales no eran todos los intelectuales de esta época. La gente sin poder recibía un discurso político —en el amplio sentido de la palabra— de muy amplias procedencias intelectuales. Las distintas identidades colectivas se construyeron desde extensas aportaciones que no pasaron directamente por las creaciones intelectuales de los «grandes». Basta repasar los periódicos, revistas, tiradas de libros, mítines, conferencias, alerías, canciones, películas, obras de teatro y otros espectáculos, pliegos de cordel... Es decir, que mientras en los análisis no se halle unida la creación intelectual, la divulgación de esa creación y su recepción, a través de las concepciones del mundo existentes, seguramente no sabremos qué papel jugaron los intelectuales, incluso los grandes.

Un ejemplo de todo ello podría situarse en torno al interesante trabajo de Francisco Pérez Gutiérrez sobre la vida religiosa en España durante el período que nos ocupa. Todos somos conscientes que la religión ocupaba un papel destacado en las mentalidades de los ciudadanos. Pero el mismo autor nos indica que la religiosidad popular es un campo prácticamente inexplorado. Es decir, que si bien conocemos hasta cierto punto la emisión de un discurso político por parte de la Iglesia Institución —a través de su centro, no por las parroquias ni por las instituciones más alejadas de la jerarquía católica—, poco sabemos de su impacto social fuera y dentro de la Iglesia Comunitad, aunque intuimos que fue muy grande con diferentes resultados.

En otro texto que lleva por título «España ante la historia y ante sí misma», Julián Marías nos ofrece su versión sobre el fracaso de la «identidad» española en esta etapa, resumiendo sus argumentos en esta frase: «Creo que la ruptura de la concordia (*sic*) se debió mucho más a la hostilidad de unos grupos sobre otros que a entusiasmo o afirmación de una tesis propia. Lo intolerable era lo que otros decían. La retórica del adversario parecía insoportable y llevaba a la violencia. Si no se entiende esto no se comprende esa fase de la historia española.» Y la culpa del fracaso de los intelectuales en la tarea de reforma se debió a la hostilidad de los políticos hacia ellos. En concreto, Azaña hablaba con desprecio «de los que eran enormemente superiores a él». Naturalmente se está refiriendo a Ortega.

El pequeño —una lástima— trabajo de Caro Baroja sobre la cultura popular se realiza a través del estudio de algunas de sus múlti-

ples transmisiones: plástica, gráfica, no escrita, el ocio, etc. El argumento principal del texto se cierne sobre los signos que muestran los cambios en las manifestaciones de cultura popular entre los años veinte y treinta, uniéndose así este campo al conocimiento de los cambios ya estudiados en la economía y la política. Hubiera merecido la pena que trabajos como éste tuvieran más espacio en tomos de *Historia de España* como el que comentamos.

Rafael Cruz

PRESTON, PAUL: *Franco. A biography*, Harper Collins, Londres, 1993, 1.002 págs.

Por azares de la fortuna, esta magna biografía no pudo negar a las librerías en lo que hubiera sido momento más oportuno, el centenario del nacimiento del dictador. En su lugar, las mesas de novedades se llenaron, salvo excepción, de obras menores, escritas con el evidente propósito de garantizar un fácil éxito de ventas. Ahora, cuando ha pasado un año del evento, aparece en inglés y de la manera menos oportunista la que, desde este mismo momento, es la más completa, y la mejor escrita también, biografía de Franco.

En efecto, la última obra de Preston es todo lo contrario de un trabajo apresurado. Una mirada es suficiente para calibrar la enorme cantidad de lecturas que constituyen los hondos cimientos de su libro. Preston conoce y maneja con soltura todo lo que de Franco han escrito familiares y compañeros de armas, diplomáticos y políticos, investigadores y ensayistas. En un ejercicio de búsqueda y acumulación de materiales que recuerda por su vastedad los esfuerzos de documentación y conservación de piezas raras que distinguieron la obra de Southworth, nada de lo publicado en torno a la persona de Franco parece haber escapado a la mirada de Preston.

Ese dominio le permite construir, como a golpes de cincel que van dando forma a su materia, la personalidad de su biografiado. Preston no hereda una imagen de Franco, no le obliga a adaptarse a ningún molde. Tomando una actitud activa, construye, modela. Sin duda, se percibe desde los primeros golpes que conoce el destino de su biografiado y que resalta, como es lógico, aquellos rasgos de su personalidad que le parecen mas determinantes de su posterior evolución. Pero nunca ese futuro condiciona el presente, lo que da a su re-

lato el ritmo literario de un continuo hacerse: ante los ojos aparece el progresivo *making* de las distintas superficies que constituirán la cabal figura del personaje: héroe, general, conspirador, caudillo, dictador.

Hasta ese momento, cuando andamos por la página 250, la agilidad de la escritura consigue mantener sin caída la atención del lector. Franco es un niño solitario, incapaz de ganar el afecto y la estima de su padre, que por lo demás abandona a su madre: sólo aquí había ya un filón para dibujar una personalidad fría, despegada; un filón para hacer psicoanálisis *amateur*. Preston no incurre en la fácil tentación y acompaña rápidamente a ese chico solitario, de físico poco propicio para devenir héroe, en su carrera militar, porque la clave de esta biografía no es el psicoanálisis, sino el análisis de las situaciones en las que Franco actúa: la acción del sujeto en sus diferentes contextos, más que los eventuales traumas de su infancia, es lo que va configurando su personalidad.

De ahí la importancia que para el futuro tiene la práctica del mando militar en un espacio tan definido como el norte de Africa, al frente de unidades como las de la Legión, en una guerra de tipo colonial como la de Marruecos. En ese marco es donde Franco aprende a imponer su voluntad sobre hombres más fuertes, donde percibe la función ejemplar del terror y se acostumbra a la bestialidad de sus tropas. Rasgos fundamentales para edificar sobre ellos la personalidad del joven general que, si reservado, es hombre de acción, con gusto por la guerra.

Un nuevo Franco, el que se construirá una personalidad de «gallego arquetípico», de hombre lento, astuto, opaco, vendrá luego, con la República, cuando tenga que aprender a vivir en desgracia o en relativa marginación. Y es ése, el personaje cauto, resentido por su postergación, capaz de jugar a la vez todas las cartas, el que tendrá ocasión de gustar de nuevo las mieles del mando, además de militar, político, cuando, tras ganarse la voluntad de Diego Hidalgo, se encargue de la «pacificación» de Asturias. Ese será el Franco que entre en una conspiración sin que sus colegas sepan a ciencia cierta si conspira con ellos o contra ellos, si saldrá o no de su cautela: el Franquito cuquito que va a lo suyito, el Franco maestro en el arte de la duplicidad.

En su primer tercio, la biografía depende casi por completo de memorias de los testigos o de afirmaciones del --o atribuidas al-- pro-

pio personaje, 10 que puede suscitar en ocasiones la pregunta sobre la certeza de talo cual sucedido o la solidez de talo cual tesis, como, por ejemplo, el anticomunismo como motor de la sublevación o la limpieza de la retaguardia como explicación de la lentitud de la guerra. Pero desde este momento, las fuentes se amplían con varias series de papeles diplomáticos, publicados o no. La biografía sufre entonces un perceptible cambio de ritmo y de contenido: en lugar de años, cada capítulo comienza a cubrir meses. La cronología estricta y el comentario a los papeles diplomáticos comienza a imponer su ley: mes a mes, y hasta día a día, Preston sigue los tratos de Franco con Hitler, Mussolini, las potencias aliadas y sus respectivos embajadores. Aquí, si el detalle es rico, el ritmo es moroso para un libro que abarca más de ochenta años de historia. El resultado es una evidente descompensación del espacio dedicado a las distintas etapas de la vida de Franco que sólo se justifica por el tipo de fuentes, por la relevancia internacional de la acción y porque la biografía está destinada a un público más sensible a cuestiones de política internacional.

El lector podía echar en falta, a estas alturas, un capítulo titulado «The making of a politician». Preston no lo titula así, pero la última de las superficies de su personaje aparece ahora, cuando aprende, de nuevo con la práctica, el precio de cada cual y juega admirablemente con la debilidad de cada uno. Hasta aquí, el político había aparecido de manera algo esquemática: dividir y vencer, como en sus tratos con jefes de tribu. Ahora tiene que tratar a grupos políticos como Falange y los monárquicos, a instituciones como el ejército o la Iglesia. Los momentos de exaltación por el inminente triunfo del Eje, magníficamente reconstruidos y ampliados más allá del nombramiento de Jordana, se convertirán después en administración del poder, al que en ningún caso está dispuesto a renunciar. Preston culmina la construcción de la personalidad de Franco añadiendo a los rasgos anteriores la sabiduría del político que equilibra con una especie de innato conocimiento de las personas el peso de cada fracción de la coalición vencedora para asegurar su permanencia en el poder.

Construido el personaje, terminada la guerra en Europa, desvanecidos los propósitos imperiales, amansada la Falange, fiel y sometida la Iglesia, garantizada la disciplina del Ejército, la siguiente historia es la de una imperturbable resistencia a las presiones para ceder la jefatura del Estado. De nuevo, hasta 1950, la atención priori-

taria se dedica a cuestiones de índole internacional con algunas anotaciones sobre los problemas internos, que quedan muy someramente indicados. De las conferencias de Yalta y Postdam hasta la firma de los acuerdos con Estados Unidos, Preston ofrece las claves que permiten entender la supervivencia del héroe sitiado. Africa es otra vez su inspiración: hacerse fuerte y resistir el sitio; de aquí sólo saldré al cementerio; de aquí sólo me sacarán con los pies por delante. y de Africa otra vez la lección: a mal tiempo, buena cara. Los emisarios de las tres potencias se desesperan y desconciertan ante la suave sonrisa y el débil tono de voz con los que Franco les niega su pasada vinculación con el Eje y les asegura su buena disposición hacia las potencias aliadas. Con poco más que algunos refranes y una buena dosis de esa habilidad tan característica que consiste en mentir sin que tiemble ningún músculo de la cara, Franco ve pasar por encima de su cabeza todas las tormentas seguro de que escampará algún día.

Cuando por fin cesa la lluvia, la biografía adquiere una velocidad que irá en aumento hasta el punto de que a los últimos quince años de vida se dedican menos de cien páginas. Es cierto que, a estas alturas, Franco está más que hecho y que su función parece reducirse a la de un Jefe de Estado ceremonial que arbitra desde las alturas las luchas por el poder entre las distintas facciones de la coalición gobernante. Franco, dice Preston, preside desde 1960 una máquina cuyo funcionamiento interno era un misterio para él. ¡Pero aún le quedaban quince años al frente de esa máquina! Y no años cualesquiera, sino precisamente los de la gran transformación económica y social. Tal vez si hubiera dispuesto para esta parte de papeles tan numerosos como para las relaciones internacionales habría podido penetrar más en el papel personal de Franco en la vida interna del régimen.

Niño solitario; joven militar, célebre por su sangre fría; reservado, pero hombre de acción; brutal, lento, astuto, opaco; intoxicado por el gusto del poder; conspirador que se guarda las espaldas; estrategia colonial en una guerra civil; entusiasta de nazis y fascistas; artista en el arte de la duplicidad; capaz de resistir todos los sitios, de disolver todas las conjuras; maestro en el conocimiento del precio de los hombres: un retrato de Franco hostil, sin duda, pero en modo alguno sumario ni esquemático. Preston ha sabido penetrar en los entresijos de una personalidad compleja y explorar las cambiantes cir-

cunstancias que le permitieron mantenerse para siempre en la jefatura del Estado.

Santos Juliá

RUIZ, DAVID (dir.): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Siglo XXI, Madrid, 1993, pp. 540.

Los estudios que han pretendido analizar el fenómeno del cambio político operado en España desde 1975 han puesto de manifiesto diversas interpretaciones sobre el mismo, en parte derivadas de la diferente consideración acerca del papel desempeñado por las condiciones económicas y sociales en el devenir del proceso.

Una vez ultimada la transición política a partir del inicio mismo del desarrollo de la consolidación democrática, arrancando de planteamientos cercanos a presupuestos funcionalistas, hemos ido conociendo varios trabajos, que con claras motivaciones políticas enfatizan el desarrollo económico como factor decisivo del cambio político, llegando a insinuar en algunos casos que los tecnócratas de la dictadura acabaron siendo los verdaderos artífices de la democracia. En sentido contrario, rebajan considerablemente la importancia de los distintos agentes sociales y políticos que ayudaron a agudizar la crisis del franquismo y a alumbrar el nuevo régimen. Olvidan que la coexistencia de determinados factores de tipo económico, social y político en la sociedad española de los años setenta no implicaba necesariamente que se diera entre ellos una relación causal genética.

Así las cosas, no puede admitirse tampoco una explicación de carácter unilateral que haga pilotar el análisis del cambio político, casi en exclusiva, sobre la lucha de la oposición antifranquista; pero parece claro para un amplio sector de estudiosos que ella contribuyó de forma relevante a dinamizar tal proceso y en alguna medida a dotarle de contenido, a pesar de que no fuera capaz de dirigirlo directamente.

Profundizando en esta línea explicativa, la reciente publicación de la obra colectiva, dirigida por el profesor David Ruiz, *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)* parece una oportuna y apreciable novedad editorial. Salvo los dos primeros estudios no relacionados directamente con la central, pero que le sirven de marco de referencia, centrados en el examen del sindicalismo oficial (Sánchez López y Ni-

colás Marfín) y en los problemas de articulación de un movimiento obrero en las dos décadas posbélicas (Ruiz), y el último texto, en el que se plantea una visión general sobre el sindicato en los años de transición y la consolidación democráticas (Soto Carmona), en el resto del libro se aborda el análisis de Comisiones Obreras hasta 1978 con trabajos situados en ámbitos territoriales en su mayor parte localizados en diversas comunidades autónomas: Cataluña (Molinero, Tébar y Ysas), Euskadi (Ibarra Cüell y Carcía Marroquín), Asturias (Carcía Piñeiro y Erice Sebares), Madrid (Babiano y de Mingo), Andalucía (Morales Ruiz y Bernal), Galicia (Cómez Alén), País Valenciano (Soler y Saz), Zaragoza (Forcadell y Montero), Castilla y León (Carantona Alvarez y del Pozo), Castilla-La Mancha (Ortiz Heras y Sánchez Sánchez), Extremadura (Sánchez Marroyo) y Baleares (Cinard i Ferón).

El libro aborda un tema de gran trascendencia para comprender el período en el que se fija, dado el peso alcanzado por Comisiones Obreras en la sociedad española. Hay que tener presente, como indican Forcadell y Montero, que la emergencia de Comisiones Obreras a partir de finales de los cincuenta al compás del desarrollo económico se produce en el marco de la formación de la clase obrera española como clase nacional. Comisiones Obreras, que nace como movimiento reivindicativo, adquiere muy pronto dimensión política dado el carácter represivo del franquismo y se convierte en un movimiento sociopolítico plural, en el que comunistas y cristianos tienen una presencia destacada, que con el transcurrir del tiempo se decanta a favor de los primeros, alcanzando un mayor protagonismo en los órganos de dirección. Comisiones Obreras llegará a ser el movimiento de masas más fuerte en la lucha contra la dictadura, propiciando la incipiente reconstrucción de la sociedad civil, y será el sindicato más votado en las primeras elecciones sindicales de 1978, una vez que su proyecto de creación de una Central Sindical Unitaria se vengano abajo en los momentos iniciales de la transición política. Aunque en algunas elecciones posteriores fue superado por UCT, siguió siendo la organización con mayor capacidad de movilización social.

La tardía, lenta y flexible articulación interna de Comisiones Obreras hasta mediados de 1976 no excluyó la formación, aunque con dificultades, de una dinámica general para toda España basada en una estrategia relativamente común, al tiempo que se generaban procesos autónomos en espacios más reducidos. La lectura del libro

permite conocer ambos niveles de desarrollo del sindicato, aunque el examen de su dimensión nacional hasta la fecha indicada queda menos perfilada, respondiendo en cierta medida a lo que fue su realidad cotidiana en esos años. Con todo, la incorporación de un nuevo trabajo que atendiera a la evolución global de Comisiones Obreras hasta el momento en que se estudia su historia en la transición y la consolidación democráticas hubiera permitido presentar una panorámica más completa. En contrapartida, el análisis regional muestra satisfactoriamente la gran riqueza que contenía este movimiento sociopolítico y la variedad de elementos y situaciones que en él se conjuntaron.

Este libro puede considerarse hasta el momento como la aportación de conjunto más notable para la comprensión de la historia de Comisiones Obreras y, sin duda, será marco de referencia obligado para futuras investigaciones. Incorpora anteriores trabajos de historiadores, en algunos casos autores de esta obra, profesionales del Derecho del trabajo y sociólogos y se fundamenta además en numerosas fuentes internas generadas por el sindicato y depositadas en el Archivo Histórico de Comisiones Obreras, de la Fundación Primero de Mayo de Madrid o en la red de archivos históricos de la central ubicados en diversas ciudades españolas. Será, no obstante, necesario recuperar otras muchas fuentes que permitan avanzar en la reconstrucción de la evolución del sindicato, sin abandonar la profundización en los problemas que su propia dinámica genera. En especial, debe ahondarse en el conocimiento de su compleja relación con el Sindicato Vertical y en el papel jugado en la creación y afianzamiento del nuevo sistema de relaciones laborales.

Manuel Redero San Román

CARDESÍN, JOSÉ MARÍA: *Tierra, trabajo y reproducción social en una aldea gallega (siglos XVIII-XX): Muerte de unos, vida de otros*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1992, 374 pp.

En el año de los «grandes acontecimientos» está fechado este libro, que sin embargo ha llegado a las librerías en el 93. Lo último lo convierte en una novedad reciente. Lo primero está más de acuerdo con su valor, porque de acontecimiento cabe calificar la elaboración por un español de un trabajo de antropología social, en el que la his-

toria es algo más que una introducción ritual, o de un trabajo de historia que aplica los métodos y determinadas redes conceptuales de la antropología, de una obra, en suma, que más allá de los estrechos límites disciplinares, combina un estudio microhistórico riguroso con la ambición teórica de las ciencias sociales. Combinación y no yuxtaposición, puesto que Cardesín se plantea como cuestión central el despliegue de las dificultades que presenta la conciliación de los conceptos estáticos, estructurales, con la práctica social, con el cambio histórico. La «modernización» o la «crisis de la sociedad tradicional», procesos que van hacia una estructura final o vienen de una estructura original, no se acomodan a una realidad en constante evolución, que podemos aprehender pero no sustituir por medio de nuestros artefactos conceptuales.

Como el propio autor señala, el lugar de su investigación —no su objeto— es la parroquia de San Martiño, en el municipio gallego de Castro de Rei. En ese espacio se parte del análisis de las estructuras productivas actuales, para ir hacia atrás en el tiempo, identificando su desarrollo desde otras estructuras sociales y económicas, las creadas a partir de la revolución liberal, sobre la base de la transformación de la agricultura local a finales del Antiguo Régimen. Los ejes temporales son la actualidad entendida en sentido amplio, la segunda mitad del XVIII y la segunda mitad del XIX (prolongada en algunos aspectos hasta el siglo XX anterior a la Guerra Civil). Estos momentos son los ejes de la organización de *Tierra, trabajo y reproducción...* en tres bloques.

El primero está dedicado a los recursos y estrategias de la producción en el San Martiño de 1988, estrategias que se consideran subordinadas a la global de reproducción de las casas campesinas, y en concreto al momento del ciclo de desarrollo en que se encuentren las familias que las administran. Las transformaciones globales de la estructura agraria y de las técnicas empleadas, condicionadas unas y otras por los efectivos demográficos de la parroquia, y el abandono o auge de las casas, son analizados desde el prisma del punto de llegada. Hay un uso utilitario de procesos significativos de la posguerra, pero no un estudio sistemático que desemboque en el presente.

El segundo bloque analiza la estructura agraria y la organización de la comunidad a finales del siglo XIX y a mediados del XVIII, para desvelar desde esos dos cortes las grandes tendencias de cambio: la evolución de la producción agropecuaria y los usos del terrazgo y del

monte, y los conflictos surgidos alrededor de las mismas. Una revisión final de lo ocurrido con los distintos espacios productivos tras la Guerra Civil precede a la presentación de la tesis del elevado grado de autonomía de los grupos agrarios locales en el terreno de la apropiación y gestión del espacio rural a lo largo de los siglos XIX y XX: no hay «una evolución lineal orientada a su categorización como propiedad privada individual y absoluta, evolución dirigida por fuerzas exteriores a la comunidad campesina». Las medidas políticas plasmadas en la «cultura letrada» –la desamortización, la supresión de las derrotas...– ofrecen las vías para dar forma a los distintos proyectos, enfrentados entre sí, de cada «casa». Son, por tanto, un recurso dentro de la estrategia de las casas, distribuido desigualmente entre miembros desiguales de una colectividad. Es, por último, esa colectividad, definida como comunidad y como sujeto desde fuera de la misma, la que se convierte en objeto de reflexión por parte de Cardesín. Desigualdad y transformación dinámica, no lineal, son las notas que, de hecho, caracterizan a las «comunidades empíricas», al sistema de relaciones sociales desarrollado sobre un espacio. El significante permanece constante pero no su significado, como ocurre con la propiedad y con otros conceptos jurídicos: de ahí que no se pueda hablar de un comportamiento de la comunidad campesina frente a determinadas fenómenos globales, sino de comportamientos, tantos como correlaciones de fuerzas entre los proyectos reproductivos definidos ante su presencia.

El tercer bloque estudia la propiedad, la renta y la estructura social de San Martiño a mediados del XVIII y sus alteraciones a lo largo del siglo XIX, en buena medida asociadas a la explotación de las posibilidades y limitaciones que impone el nuevo Estado liberal. El estudio de la propiedad y los contratos de cesión de tierras revela la extensión del foro en sustitución de los arrendamientos en la primera mitad del siglo XIX, solución que a su vez traduce la fuerza de la posición de los vecinos frente a los perceptores de rentas foráneas. El aforamiento es el primer paso hacia la liberación del campesinado de la renta y el inicio del fin de la *fidalgua*. Paralelamente se asiste a una progresiva reordenación social de las casas, en la que el patrimonio acumulado y la posición en las redes de relaciones locales y supralocales (unas veces el primero como base de las segundas; en otras, a la inversa) son los elementos decisivos de promoción y conservación de posiciones de los campesinos medios, los labradores. Evi-

tar la fragmentación del patrimonio, legándose al hijo que «casa en casa», es la regla crítica, que asegura la supervivencia de la casa, pero que al tiempo alimenta a los grupos sociales de *caseiros* (colonos) y al de *camareiras* (madres solteras), y pone en marcha la emigración.

Por último, un amplio capítulo de conclusiones sistematiza las aportaciones teóricas del libro, que, como el autor pretende, desborda sin extrapolaciones forzadas su *locus*. En primer lugar la revisión de la naturaleza de la adaptación de los campesinos a los cambios en el mercado y en la política estatal, a los que se hallan subordinados, tanto en el plano material y jurídico cuanto en el de los conocimientos. La adaptación supone en muchos casos innovación y, por tanto, movilidad social en función de la capacidad de ser innovador (a su vez dependiente de la situación coyuntural de cada grupo doméstico, de sus recursos y de sus estrategias), y en otros, reinterpretación de los conceptos y reclasificación de las relaciones sociales existentes, para lograr su supervivencia en el nuevo orden de cosas. Ahora bien, el vino viejo que entra en los odres nuevos lo hace de forma colectiva, heterogénea y desigual, y por ende su trasvase no puede dejar de afectarle.

Rico en reflexión y generoso en sus referencias teóricas, el libro de Cardesín ofrece un amplio material para el debate sobre toda una amplia gama de temas centrales en la historia agraria y en los estudios rurales. Y, de lo general a lo específico, su seguimiento de las relaciones sociales de San Martiño proporciona ilustraciones concretas a la vez que claves nuevas para la historia de la Galicia contemporánea.

En el pasivo de la obra de Cardesín no se pueden contar tantos elementos. Uno es la desigual profundidad y amplitud con la que se trata cada período. La jerarquización de los contenidos exige el abandono de la exhaustividad en beneficio de la relevancia, pero no creo que queden plenamente justificadas las lagunas: en concreto el primer bloque (la historia inmediata) es ostensiblemente menos rico en información e interpretación que los siguientes. El segundo elemento del pasivo es, dede mi perspectiva, una cierta tendencia al empleo excesivo de neologismos —no todos ineludibles—, que sobrecargan algunas partes del libro y dificultan su lectura. No ayuda a hacerla más accesible la falta de traducción de las citas en francés y en gallego. Por último, no estoy totalmente seguro de que la inversión del orden cronológico sea útil para la exposición y, por tanto, para sus destina-

tarios. En cualquier caso, este simbólico escoramiento hacia la antropología no obsta para que *Tierra, trabajo y reproducción en una aldea gallega* sea un gran libro de historia.

Juan Pan-Montujo

BRADING, DAVID A.: *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867*, F. C. E., México, 1992, 770 pp.

El autor estaba considerado como un especialista de la historia del México colonial, con alguna incursión hacia planteamientos que abarcaban toda América Latina. Su obra *Mineros y comerciantes en el México borbónico* ha sido, desde 1975, una referencia obligada para todos aquellos que se ocupaban del siglo XVIII latinoamericano. Su nuevo libro, *Orbe indiano*, es una obra excepcional: no sólo porque ofrece, como reza en la solapa del libro, «un gran mural» que muestra la búsqueda, por más de trescientos años, de una tradición y una voluntad de legitimar una identidad nacional, sino porque lo hace de otra manera, apartándose de un sistema analítico-descriptivo, buscando al personaje y su texto, encontrando los nudos que le permiten urdir el relato. En lugar de una historia tradicional por siglos o una narración fría y ordenada de sujetos históricos dignos de ser referidos como las instituciones o los grupos sociales, Brading ha elegido otra forma, que con una falta de rigor sólo aparente le permite una exposición mucho más viva y le posibilita introducir cuestiones que con otra dinámica se le escaparían. La elección de los nudos en torno a los cuales ha montado su relato es otro de los muchos aciertos que se pueden señalar en este libro; desde nuestro punto de vista, nada realmente importante ha quedado por contar, sin que ello signifique que cada una de las tesis suscitadas han sido agotadas.

Formalmente la obra está dividida en tres partes, cuyos límites son hitos en la evolución del pensamiento criollo. Cada una de ellas se compone de una serie de capítulos a modo de incisivos ensayos sobre todos los grandes cronistas y pensadores de la América colonial hispana. Esta estructura permite al lector una doble entrada, la búsqueda de un autor concreto, de cuya obra contextualizada encontrará un fino análisis, y, por otra parte, le ofrece la evolución de un pensamiento que, aun formando parte de la cultura de la Monarquía católica y presentando, por tanto, de forma trabada con ella a perso-

najes y acontecimientos, sin embargo acabó por generar «una tradición intelectual que, por razón de su compromiso con la experiencia histórica y la realidad contemporánea de América, fue original, idiosincrásica, compleja y totalmente distinta de todo modelo europeo» (p. 15).

«Conquista e Imperio», primera parte de la obra, es un recorrido por los textos de los autores más relevantes del siglo XVI y principios del XVII. A través de ellos el autor pone de relieve los grandes debates que suscitó el desubrimiento del Nuevo Mundo: la condición jurídica del indio y la reflexión antropológica que la precedió, la justicia de la conquista y la distribución de la encomienda. Sin embargo, para el autor, en el debate entre Las Casas y Sepúlveda lo que estaba en juego no era la justificación de la conquista, sino algo más profundo. El tema crucial era el replanteamiento de las tesis aristotélicas. Cronistas y conquistadores, con sus diferentes puntos de vista, desfilaron ante nuestra mirada, destacando sobre todos ellos, como contrapunto, la figura y obra del Padre Las Casas. La aportación más interesante de Brading en esta primera parte es el análisis del origen y afianzamiento de una tradición imperial en el modo de contar la historia del Nuevo Mundo y los mitos que la sustentaban: el papel providencial de la Monarquía católica y la tiranía ejercida por los Imperios azteca e inca. Dicha tradición conoció un amplio desarrollo durante la época del Virrey Toledo. El Padre Acosta y Juan de Solórzano se cuentan entre sus exponentes, y a ellos dedica el autor excelentes capítulos. El punto culminante de esta escuela imperial, según el autor, lo representan las *Décadas* de Herrera, que acaban por asumir en ella al propio Las Casas al marcar diferencias entre el papel de los conquistadores y el de la Corona.

Con el sugerente título de «Peregrinos en su propia tierra», y partiendo de la obra del inca Garcilaso, Brading despliega ante nosotros y analiza la obra de una serie de autores, la mayor parte de ellos criollos, cuyo nexo de unión es la reivindicación de su patria. Dos temas habían provocado, ya en la segunda mitad del siglo XVI, una serie de reflexiones sobre la sociedad colonial y el papel de los criollos en ella: la perpetuidad de las encomiendas y las posibilidades que la Iglesia ofrecía a los descendientes de los conquistadores. Pero fue a principios del siglo XVII cuando surgió el patriotismo criollo, tema central de la obra. Los españoles nacidos en América, que se consideraban relegados por la Corona y por la Iglesia, articularon sus quejas y fue-

ron capaces de elaborar un pensamiento cada vez más autóctono, reafirmandose frente a los peninsulares recién llegados. Sus derechos nacían de la conquista y, para contrarrestar los mitos de la escuela imperial, recurrieron a la exaltación del pasado aborigen de forma no siempre coherente. Brading remarca las diferencias apreciables entre México y Perú, señalando una evolución distinta que evidencia experiencias diferentes. Las obras de Torquemada, Calancha, Fray Buenaventura de Salinas y Córdova, Sigüenza y Góngora y otros muchos generaron nuevos mitos; pero mientras los surgidos en México, como el de la Virgen de Guadalupe, tenían un contenido patriótico, las élites peruanas fueron incapaces de recrear imágenes que pudieran expresar su identidad.

Para el autor, el siglo XVIII representa el punto álgido en la elaboración de una tradición patriótica. La respuesta criolla a los ataques conjuntos de la dinastía borbónica, con su afán de «reconquistar» América, y a las interpretaciones de filósofos e historiadores ilustrados merece atención especial. La contextulización de las obras de W. Robertson y G. T. Raynal ofrecen un brillante resultado. «Reconquista y Revolución» le sirve de título para enmarcar los acontecimientos resultantes de la aceleración del ritmo reformador por Carlos III y el papel jugado por los criollos ante la crisis constitucional de la Monarquía. Lo más interesante, a nuestro entender, es cómo a través de los textos el autor nos presenta las secuencias que van desde la ruptura, por los propios ilustrados españoles, de los lazos que la Monarquía católica había establecido con sus Reinos de Indias hasta el nacimiento de la insurgencia en nombre de aquellas viejas ideas, ahora al servicio de los patriotas y recuperando el pasado aborigen como fuente de legitimación.

El capítulo dedicado al «héroe republicano» es la exposición del alcance y límites del republicanismo bolivariano. Bolívar en su *Carta de Jamaica* «marcó el momento en que los temas habituales del patriotismo criollo se convirtieron en una afirmación de republicanismo clásico»; un concepto de republicanismo basado en la virtud y la moral cívicas, en lugar de un discurso apoyado en los derechos (p. 657). Esta perspectiva republicana difería de otras reformulaciones del patriotismo criollo y marcaba una profunda diferencia con la insurgencia mexicana, aunque, según el autor, fue en la Nueva España donde el patriotismo criollo se convirtió en ideología política.

Alcanzado este punto y convocados estos temas, el libro no deja de rememorar en el lector una identificable tradición historiográfica

y ciertos materiales de la llamada «Escuela de Cambridge», algunos de cuyos componentes son citados por el autor en el Prólogo. Nos referimos a *The Machiavellian Moment*, de I. G. A. Pocock (1975), y a *The Foundations of Modern Political Thought*, de Q. Skinner. También si de recordatorio se trata, la obra conecta en cierta manera con los trabajos de A. Pagden. *Orbe indiano* será, en nuestra opinión, un jalón de referencia obligada en la historiografía del mundo hispánico para cualquier interesado en los principios de la vida intelectual hispanoamericana.

María Pilar Pérez Cantó

TORRES RIVAS, EDELBERTO; CARMACK, ROBERT M.; PINTO S., JULIO CÉSAR; PÉREZ BRIGNOLI, HÉCTOR, y ACUÑA O., VÍCTOR HUGO (editores): *Historia General de Centroamérica*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sociedad Estatal Quinto Centenario' Comunidades Europeas, 6 vols., Madrid, 1993.

La insistencia de los editores en considerar esta obra colectiva como un «compendio global», una «síntesis», «una reflexión general» o «una historia de Centroamérica y no un estudio yuxtapuesto del pasado de cinco países» es significativa. Primero, porque se recuerda que no hay una obra similar desde hace un siglo, aunque hubo algunas de alcance modesto. Segundo, y más importante aún, es que la obra se pensó como una historia de la región.

El problema no es sencillo, pues obliga a la síntesis regional, la cual diluye en gran medida las intenciones nacionales. Tampoco se reduce a la simple óptica de los países desarrollados que organizan su visión mundial en función de sistemas de bloques y regiones, a despecho de la heterogeneidad que pueden presentar. En definitiva, es posible retomar la centralidad de la región, tanto en la visión de su pasado, en su presente y, por qué no, en la elaboración de un discurso posible para el futuro.

La obra está dividida en seis tomos, cada uno de los cuales corresponde a un período particular que, partiendo de una amplitud temporal, se va reduciendo según se delimitan procesos y tiempos con mayor propiedad. La misma fue elaborada por 34 especialistas, tanto centroamericanos como de fuera de la región. Temporalmente abarca desde la historia antigua con sus tiempos imprecisos hasta

1990-91, años que quizás representen un corte en la historia de la región. Aunque los editores insistieron en ese marco **regional**, no pretendieron imponer uniformidad en el texto. Como obra colectiva presenta acuerdos generales; sin embargo, los métodos, las hipótesis y los enfoques son **plurales**, lo que evidencia un interesante estado de la cuestión de la historia centroamericana. Tal decisión aumenta su importancia.

Tras los volúmenes I y II, dedicados a la historia antigua y al régimen colonial, el tomo III (*De la Ilustración al liberalismo, 1750-1870*) se basa en el supuesto de una continuidad en el período, a pesar del cúmulo de cambios. En efecto, se inicia con las reformas borbónicas, los constantes cambios del mercado internacional, la influencia externa en la ruptura de la independencia, la espiral de conflictos internos en búsqueda y rechazo de la construcción de un orden, el reconocimiento de los imperativos geoestratégicos. Pero en el maremágnum de tales procesos hubo más «adaptaciones y regresiones que verdaderas revoluciones». En definitiva, es ese nuevo y contradictorio paso hacia la fuerza centrípeta de la mundialización del capitalismo y hacia la secularización de las concepciones de vida.

En este período la influencia externa busca imponer una nueva racionalidad, pero en el interior de Centroamérica ese proceso necesariamente es lento y difícil, pues expresa con claridad la brecha entre los ideales retóricos de los que piensan transformar, el conocimiento de la causa tradicional de quienes prefieren la moderación y la vida de una sociedad que aún no imagina la modernidad. En el marco de esa continuidad, la sociedad se transforma en el predominio del mundo ladino, y de la colonia se pasa a la construcción de los Estados, primero unidos y luego fragmentados.

Del ímpetu borbónico a la independencia, y más allá a la guerra civil y la dificultad de representar la «nación» centroamericana, se retorna al ritmo de la adaptación conservadora que, como dos autores con sentido polémico esbozan, fue no necesariamente regresiva.

El período analizado en el tomo IV (*Las repúblicas agroexportadoras, 1870-1945*) ha sido el predilecto de la historiografía centroamericana. No es para menos cuando ha estado ligado a la formación de la idea de la «nación». Los principales héroes y procesos nacionales fueron ritualizados sobre la base del triunfo liberal. Asimismo, fue el período de consolidación del Estado y, sobre todo, del vínculo definitivo de las economías en el mercado mundial. Los paí-

ses centroamericanos sellaron la bifurcación de sus propias vidas.

Los autores subdividen el período en dos momentos. El primero es exitoso (1870-1930) y al que propiamente podemos llamar liberal. Este supuso el triunfo de la transformación agrícola con base en los dos productos mágicos: el café y el banano. Los sistemas políticos y el Estado liberal caudillista, reñido con la retórica democrática-a excepción de Costa Rica-, expresan las intenciones de su propia consolidación. La influencia externa se hace sentir como presión y está inmersa en la definición progresiva de dominio del coloso del norte, Estados Unidos. Pero esa determinación externa y las consolidaciones internas motivan no sólo una adaptación de las sociedades a los cambios que se producen, sino también al juego de los países de la región en el mundo de las relaciones internacionales e intercentromericanas.

El segundo período (1930-1945) es de crisis, de dictaduras y de constricción de unas fuerzas exportadoras que ya habían perdido su vitalidad. Pero el período también señala la presencia de masas y la búsqueda de alternativas. El rechazo del liberalismo como política y la antesala del reformismo.

Los autores del tomo V (*De la posguerra a la crisis, 1945-1979*) señalan que en este período el crecimiento económico selectivo y la exclusión política caminaron de la mano. El crecimiento se apoyó en un esfuerzo por modernizar la infraestructura, diversificar las actividades económicas y formar un nuevo empresario. El interés por ese crecimiento fue motivado por el nuevo papel intervencionista otorgado al Estado, quien dividió el marco de la sustitución de importaciones apoyado en el proceso de industrialización y en el mercado común centroamericano.

Años después fue posible ver cómo habían crecido las clases medias y se había abierto una puerta a los sectores subalternos en el consumo, pero a costa de que la transformación productiva se hizo constriñendo el desarrollo social. Los beneficios al conjunto de la sociedad sólo llegaron por vías intermedias. La modernización se hizo postergando el sueño del período anterior: la necesaria reforma y la democratización. La presencia hegemónica de Estados Unidos impuso, con el anticomunismo, un estrecho margen al campo de acción de las reformas: y la vieja práctica de exclusión política amplió aún más esas restricciones.

El sueño del crecimiento pronto presentó sus límites y la década de los setenta señaló el inicio de una crisis que estalló por su punto

más débil: la política. Una época de guerras y conflictos sociales cubrió a la región, de nuevo con la excepción de Costa Rica. El período culmina con el triunfo sandinista y la caída del dictador Somoza. Se abrían así nuevas esperanzas a contrapelo de cortar los hilos de la estabilidad norteamericana. Mas en el fondo también se había abierto otra disensión social, que no está ligada sólo a la falta de participación política, sino a una exclusión secular y multidimensional: la del indígena.

Por fin, el período que abarca el tomo VI y último (*Historia inmediata*, 1979-1991) no ha sido un período feliz. La guerra y la crisis se convirtieron en el signo de los tiempos. Para los autores, la evaluación de esa época es aún imprecisa y está marcada por cierta visión negativa que la considera una década perdida.

La esperanza de cambios sociales pronto presentó sus límites. Tanto el peso de la presión norteamericana, quien puso a la región en la agenda de un conflicto de dimensiones que no le competían, como los límites internos señalaron que el rango de lo posible no había sido bien calculado. Al final, la estrechez de las exclusiones políticas ha venido siendo acortada por una mayor participación bajo una vía conservadora que se supone democrática: las elecciones y la búsqueda de la legalización, bajo pactos políticos débiles, y en algunos casos inconclusos o que claramente señalan la incomodidad por admitir la participación de fuerzas sociales y políticas consideradas tradicionalmente inaceptables.

Al mismo tiempo, las tendencias económicas y sociales implican nuevas exclusiones. Hoy día, la orientación económica retoma la vieja estrategia de integración en el mercado mundial: pero el Estado ya no puede jugar el papel motriz y la región se integra, más obligada que por voluntad, con un sentido pragmático en fortalecer su capacidad de exportación. Lo cierto es que la sociedad centroamericana es bastante distinta de la del período inmediato anterior. ¿Pero lo es así al compararla con mayores espacios temporales? En todo caso, los autores no cierran la puerta a las esperanzas.

Luis Pedro Taracena

Noticias

MONTANARI, MASSIMO, y otros: *Problemas actuales de la historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993, 259 pp. ANDRÉS GALLEGO, JOSÉ (dir.): *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*, Actas, Madrid, 1993, 245 pp. ESCANDELL BONET, BARTOLOMÉ: *Teoría del Discurso Historiográfico*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1993, 306 pp. BALDÓ LACOMBA, MARC: *Introducció a la historia*, Universitat de Valencia, Valencia, 1992, 241 pp. VILAR, PIERRE: *Reflexions d'un historiador*, Universitat de Valencia, Valencia, 1992, 145 pp. CABEZA-SÁNCHEZ ALBORNOZ, SONSOLES: *Semblanza histórico-política de Claudio Sánchez Albornoz*, Fundación Universitaria Española-Diputación Provincial de León, Madrid, 1992.

Los libros aquí reunidos -salta a la vista sólo con reparar en los títulos y autores- van guiados por distinta intención y no persiguen idéntico objeto. Incluso alguno de ellos vio la luz a caballo entre los años 1992 y 1993, por lo cual debería quedar fuera de un balance anual como es éste. He querido, no obstante, someterlos a un rápido ejercicio crítico conjuntamente, por dos razones. La primera, porque suponen una importante contribución, en bloque, a un campo entre nosotros poco cultivado, aunque de creciente interés: el de la reflexión de los profesionales de la historia sobre su propio oficio. La segunda, porque sólo en contraste unos con otros parece posible valorar, tam-

bién de manera conjunta, lo mucho que queda por hacer y las limitaciones de lo que hasta aquí se ha hecho.

Los dos primeros títulos, los que contienen textos presentados, poco antes, en la Universidad de Salamanca, y en los cursos de verano de El Escorial (introducidos por Redero y por Andrés Gallego, respectivamente), constituyen obras de distintos autores y, como tales, proporcionan materiales de diversa índole y desigual valor. Hay en cualquiera de ellos trabajos de indudable interés, más volcado el primero a proporcionar instrumentos metodológicamente útiles a estudiantes y estudiosos, más pendiente el segundo de las alteraciones recientes en la producción historiográfica, en especial por lo que hace a su trasfondo ideológico y a sus implicaciones éticas.

Hay en ambas recopilaciones, pues, balances sobre la trayectoria -más o menos reciente- de la historiografía francesa, entendiéndose por tal, invariablemente, las derivaciones de los *Annales*. Totalmente recomendable, a mi modo de ver, es el escrito de Olábarri, muestra de un conocimiento real, nada superficial o periférico a propósito de los significados de la *nouvelle histoire* y el debate científico que, en lengua inglesa, convirtió a algunos de sus cultivadores -junto con un puñado de autores anglosajones- en materia viva de la *new history*. (El lector interesado podrá hallar este largo y bien trabado texto al frente del volumen que coordina Andrés Gallego.) No siempre, sin embargo, los voluntariosos comentaristas de los desarrollos historiográficos que, posiblemente, más han venido a influir sobre los nuestros propios -la escuela francesa- demuestran tener claros los conceptos, los problemas y las relaciones más elementales. El texto de Carlos Barros sobre «historia de las mentalidades», entre los editados por Salamanca, es seguramente ejemplo poco afortunado de uno de los caminos más confusos e inciertos, de una de las menos aclaratorias lecturas que es posible obtener.

La edición salmantina, por otra parte, presta interés a las historias sectoriales, abordadas desde distintos ángulos, lo que resulta especialmente útil. Posiblemente no sean los artículos que más información aporten, pero merece la pena subrayar, por su penetración interpretativa o su capacidad de sugerencia, los escritos de Montanari y Clavero, a propósito de la historia de la alimentación y la de las instituciones, respectivamente. Sobre la historia económica puede obtenerse provecho de la lectura comparada de los artículos de Fernández de Pinedo y de Martín Aceña, con informaciones complementa-

Noticias

rias también en los de Gelman y Fisher, ambos sobre historiografía americanista.

En el texto de Salamanca, todavía, la única contribución que se dedica a las nuevas modas en historiografía –si se me permite llamarlo así, sin connotación peyorativa por mi parte–, es la de A. Morales, sobre biografía y narración. Del mismo autor, de manera muy ceñida a lo publicado anteriormente en *Ayer* (1992), es el trabajo «Posmodernismo e historia», recogido esta vez en *New HistOly, Nouvelle Histoire*. La abundantísima información que proporciona este artículo hubiera resultado seguramente mucho más aprovechable para el lector español de acompañarse, de manera particularizada, de una valoración crítica de los muy diversos muestrarios historiográficos que allí se citan. A mi modo de ver, no todos ellos pueden calificarse verdaderamente de posmodernos, con lo que el término implica filosófica y epistemológicamente. (Algo a propósito de esto mismo averiguará el lector, en cambio, leyendo los trabajos de Hexter y de Rüsén –más en este segundo caso que en el primero–, recopilados en esta ocasión en la edición de El Escorial.)

Los libros de Baldó y Escandell, a pesar de su distinta factura y espíritu, tienen un destacado punto en común: la ambición de la teoría. Vaya de entrada mi respeto para quienes, desde ópticas supraempíricas, emprenden la tarea de convencer a un gremio descreído en general (el de los historiadores), de la convergencia que se supone existente –y necesaria– entre las disciplinas cuyo estatus se considera «científico» y la escurridiza materia de la historia (mejor llamada historiografía). B. Escandelllo intenta desde el convencimiento lejano (ya destinó al proyecto un artículo en 1984) de que las modificaciones teóricas de la física en el siglo XX (Heisenberg, Bohr) proporcionan suficiente fundamentación epistemológica a la disciplina de la historia. El problema principal es que –moviéndose el autor en conexiones y enlaces lógicos que no pasan, precisamente, por planteamientos pospositivistas– no llegamos nunca, verdaderamente, a saber cómo.

Siendo loable la intención, qué duda cabe, parece aquél por el momento un ejercicio imposible, abordado desde la práctica concreta del historiador. A no ser que se transite previamente por el campo (los campos, más exactamente) de las ciencias sociales. Sin olvidar los ataques y avatares que al estatuto científico de dichas disciplinas (entendido dicho estatuto en sentido fuerte, como «obtención de leyes»)

ha venido sufriendo. En el caso del libro de Escandell —ejemplo sorprendente, por otra parte, de incorporación de elementos diversos—, se comprende mal esta ausencia de referencias a los problemas de método en las disciplinas propiamente llamadas sociales, siendo así que el autor comparte con alguno de los miembros más ilustres de la escuela francesa (y así lo dice alguna vez) aquello de que la historia es «síntesis retrospectiva de las ciencias sociales». Especial fragilidad demuestra aún, a mi juicio, aquella parte de esta bienintencionada *Teoría del discurso historiográfico* que aborda los aspectos prácticos del oficio de historiador de manera normativa, así como cuando se adentra el autor —sin bagaje aparente que recuerde los recientes debates sobre el «giro lingüístico»— por la espinosa senda de la formalización del relato historiográfico.

Resolver todas estas cuestiones en solitario no parece cosa fácil. Pero alegra comprobar que se intenta desde distintos frentes, también por estos lares. Pérez Ledesma, en un trabajo publicado en la recopilación de Salamanca, propone, a mi modo de ver, una salida operativa en la tarea de relacionar 10 particular y 10 general. El autor realiza, a la vez, un recorrido por el análisis plural de los movimientos sociales (le llamen como le llamen sus cultivadores, y provengan de las disciplinas que provengan) y una propuesta de actuación, dirigida ésta a los historiadores: hacerse, cada vez más intensa y hondamente, con las herramientas conceptuales proporcionadas por sociólogos y politólogos. Pérez Ledesma no niega en ningún momento la exigencia de una fundamentación teórica y conceptual para la disciplina de la historia. Pero la forma suave por la que se inclina —la «colaboración» llega a decir, el «trato entre iguales»— no exige necesariamente la «construcción» de dicha teoría por parte de los mismos historiadores. Sino que se trataría más bien de la adaptación, de la «traducción» conceptual en virtud de las exigencias respectivas de los objetos de análisis y los enfoques adoptados. Los historiadores también tendríamos algo que ofrecer en ese trato: la consideración específica del factor tiempo, la sensibilidad para captarlo e interpretarlo. No creo yo a mi vez que sea posible ya, a estas alturas, que el historiador y la historiadora del presente ignoren las trayectorias disciplinares que les son más próximas. Pero mantener esta postura con tranquilidad, sin hacerse eco alarmista en ningún momento de los más o menos fundados temores de disolución de la propia historia, me parece muy saludable.

La defensa a ultranza de la teoría (la historia como disciplina científica) es de nuevo inspiración central en el libro de M. Baldó, presentado como una introducción al estudio de la historia para los estudiantes, a los cuales va dedicado. No quedan así descuidados por el autor los distintos aspectos que, pedagógicamente, deben ser abordados según las convenciones, tácitas o explícitas, que dominan las universidades españolas. El libro puede resultar sin duda útil, por esto, al público al que va dirigido, máxime en cuanto que está excelentemente escrito. Cabría objetarle, no obstante, la ligereza con la que se emplea en el texto -probablemente por la defensa ortodoxa del materialismo histórico como guía teórica- un supuesto binomio (*ecLecticismelfuncionalisme*), con el que liquida apresuradamente, de manera indiferenciada, un conjunto amplio y diverso de corrientes del pensamiento occidental. No obstante, el término *interacció* es utilizado sin más aclaraciones de contexto por Baldó.

La Universidad de Valencia ha editado también, con palabras preliminares de Ruiz Torres, unos cuantos textos de Pierre Vilar, de distinta fecha y oportunidad, algunos de ellos poco accesibles hasta aquí, pero sólo uno inédito. Nunca vienen mal, sino todo lo contrario, estas *Reflexions d'un historiador*, sobre todo si el historiador es de la talla, intelectual y humana, del francés Vilar. El texto más interesante, desde el punto de vista del oficio, es a mi juicio precisamente el que permanecía inédito, «Pensar històricament», leído en la Fundación Sánchez Albornoz de Avila en el verano de 1987. Posiblemente pueda escapar a algunos -sobre todo a algunos de los más rígidos, en cuanto a defender el peso de las estructuras en la Historia- el valor central de la anécdota con la que comienza el texto, una en la que Vilar recuerda con mucha viveza cómo Poulantzas, en una discusión nocturna y ateniense de los años sesenta, le acusó de haber caído en el historicismo.

¿Cómo que haber caído?, protesta Vilar; más bien nadar, vivir, respirar en el agua de la historia, como un pez... La imposibilidad de «pensar al margen de la historia», ésa parece ser a estas alturas nuestra razón de ser más valiosa, de ningún modo nuestra servidumbre. y ésa la razón por la que el propio historiador marxista recuerda en ese mismo texto, breve pero cálidamente, algún encuentro rápido con Claudio Sánchez Albornoz sin negar sus ideas discrepantes sobre método historiográfico, pero reconociendo los vínculos anudados por el hecho común de *pensar històricament* («Així, descobriem com dos

historiadors de vocació, d'ofici, podien divergir amplament sobre els mètodes i, fins i tot, sobre el principi de la seua disciplina i, tanmateix, sentir-se solidaris, parents proxims... »).

El no haber abordado cuestiones de esta índole a pesar del título es, precisamente, lo que más se echa de menos, a su vez, en el libro de Sonsoles Cabeza-Sánchez Albornoz sobre su abuelo Claudio. La reconstrucción de su trayectoria política en el exilio ha sido en este caso el eje privilegiado de una recuperación documental, sin lugar a dudas importante, valiosa y necesaria. Cabría entonces pedirle, quizá, a la autora que reposara el conjunto para asomarse en el futuro a la vertiente del análisis historiográfico.

Al contrario que quienes opinan que las cosas van mal -**mu**y mal- para la disciplina de la historia, pienso que no ganamos nada enfocando las cosas de esta manera, pues la cuestión es otra. Yaunque probablemente el ánimo de la mayoría de los desanimados (nada diré de los que se alegran, en cambio, del sufrimiento ajeno, pues me preocupan poco) no lograría enderezarse más que tras procederse a una «refundación científica» de la historiografía, se me antoja que sobre la base de los viejos conflictos epistemológicos y la vieja polémica de métodos nada habrá de resolverse ya. Eso es lo que parece desprenderse de las evoluciones recientes de la filosofía de la ciencia y la floración de lógicas diversas, alguna de ellas destinada a expresar y codificar no ya lo probabilístico, sino lo impreciso, lo aproximado. Quizá en un futuro próximo herramientas de este tipo puedan ayudarnos a unos y a otros; especialmente, y con mayor urgencia, a quienes manifiestan más intensamente esa querencia unificadora y explicativa que subyace en la defensa a ultranza de la teoría. Pero entre tanto la fragmentación es un hecho real, por mucho que tratemos de negarlo o esconderlo. No me atrevo siquiera a pedir que el que pueda disfrute de la variedad. Pero sí quiero agradecer a quienes se atreven a diseccionarla -y a opinar- su nada despreciable esfuerzo.

Elena Hernández Sandoica

MILES, ANDREW, y VINCENT, DAVID (eds.): *Building European society. Occupational change and social mobility in Europe, 1840-1940*, Manchester University Press, Manchester, 1993, 244 pp.

Los once artículos que componen este libro colectivo tienen en común una temática y una metodología. La temática es la de la movilidad social y la formación de la sociedad de clases durante el proceso histórico de la industrialización europea; y la metodología empleada para esclarecer esas cuestiones es la de la sociología histórica, esto es, la aplicación a períodos históricos de conceptos, modelos y teorías procedentes de la sociología actual. El libro contiene dos artículos sobre la movilidad social en la Inglaterra victoriana (de Andrew Miles y de David Mitch), uno sobre la Francia de comienzos de la industrialización (Ivan K. Fukumoto y David B. Grusky), otro sobre Alemania (Reinhard Schüren) y otro sobre Suecia (Tom Ericsson); dos monografías locales se refieren a los casos de Lyon (Jean-Luc Pinol) y Poznan (Krzysztof Makowski). Las tres últimas aportaciones tienen un carácter más especializado: Heinz-Gerhard Haupt realiza un estudio comparativo sobre los tenderos y maestros artesanos de Francia y de Alemania a finales del siglo XIX y comienzos del XX, intentando aprehender el escurridizo concepto de *pequeña burguesía*; Michael Savage se centra en el análisis de los empleados de banca británicos como prototipo de la *clase media baja*; y David Vincent, en fin, introduce en este panorama al Estado, preguntándose por la interacción entre burocracia y estratificación social en la Gran Bretaña de principios de siglo.

Del conjunto del libro resulta una imagen sugerente de las sociedades industriales «clásicas», en las que se detecta una movilidad más amplia y diversa que la que estamos acostumbrados a reconocer: la movilidad aparece como una experiencia individual y colectiva, y no sólo como una constatación estadística. La cuestión de la movilidad ocupacional se hace más compleja al cruzarla con la consideración del género, del proceso de urbanización de las poblaciones, y del papel de las instituciones en la estructuración social. El declinante papel de la familia se complementa con los avances del *credencialismo*. Las clases medias, y en especial las *nuevas clases medias* que se desarrollan en una fase avanzada de la industrialización, pasan a ocupar un

primer plano en la explicación de la estructura social del mundo contemporáneo.

Hay, pues, que saludar la aparición de este libro como una buena noticia, por cuanto el estudio de las clases medias es una de las lagunas más evidentes de la historia social del período contemporáneo. La historia social tradicional estuvo centrada durante mucho tiempo en el estudio de los grupos inferiores; en tiempos más recientes, el sofisticado instrumental de la historia social se ha aplicado también al estudio de los grupos con poder, constituyendo en especialidad reconocida la historia de las élites; pero entre ambos extremos existe aún esa franja poco conocida que son las clases medias, esenciales para entender la dinámica social, política y económica de la Europa contemporánea, pero difíciles de explorar dado su carácter indefinido, cambiante y esencialmente móvil.

Juan Pro Ruiz

PUGH, MARTIN: *Women and the Women's Movement in Britain, 1914-1959*, Paragon House, Nueva York, 1993, XIII + 347 pp.

Según declara Martin Pugh en el prefacio de su trabajo, el propósito de éste es triple: estudiar, en Gran Bretaña entre 1914 y 1959, «las relaciones existentes entre tres esferas de la sociedad del siglo XX, esto es, las organizaciones femeninas, la experiencia de la mayoría de las mujeres de la época (que no participaron en las mencionadas asociaciones) y el *establishment* político, en el que los hombres ocupaban un lugar preponderante» (p. xi). Puede afirmarse que estos objetivos se cumplen de manera satisfactoria en este trabajo. Así, el autor examina los tres grandes temas ya citados, combinando acertadamente la descripción exhaustiva y pormenorizada de los fenómenos históricos, con pertinentes explicaciones de los mismos. Por lo que se refiere a estas últimas, es de destacar el reconocimiento sincero por parte del historiador de que, en algunas ocasiones, las respuestas que pueden proporcionar los científicos sociales a determinados interrogantes son únicamente aproximativas. Este es el caso, por ejemplo, de las razones por las que desde el siglo XIX las parejas comenzaron en Gran Bretaña a controlar su natalidad (pp. 251-257).

En cuanto a las fuentes utilizadas, también en el prefacio manifiesta el autor que una historia equilibrada de las mujeres ha de ela-

borarse necesariamente trabajando con otros testimonios, además de con los legados por la minoría feminista más influyente, tarea nada fácil si tenemos en cuenta que ha sido precisamente esta minoría la que ha dejado un mayor número de escritos, tanto oficiales como personales (p. xi). De este modo, Martin Pugh, además de basarse en la bibliografía existente sobre la mujer en Gran Bretaña, notoriamente extensa en comparación con las investigaciones existentes en España, examina a fondo ciertas fuentes primarias: con exhaustividad, las revistas femeninas para el estudio de las vivencias de la mayoría de la población, y otras con menos profundidad, tales como los anuncios publicitarios, los libros de cocina, los mensajes oficiales exhortando a las mujeres al ahorro y al consumo racional en tiempos de guerra, la propaganda electoral de los distintos partidos políticos o diversas encuestas de la época.

Un último propósito del trabajo expresado por el autor consiste en demostrar, «como ya se ha hecho para algunos aspectos de la historia del período victoriano, que numerosos de los interrogantes planteados tradicionalmente por los historiadores no pueden ser respondidos adecuadamente sin el reconocimiento previo de la importancia de la historia de la mujer» (p. xi). Este objetivo se cumple en esta investigación sólo en algunas ocasiones: por ejemplo, al explicar ciertas reformas electorales (pp. 34-42), los resultados de determinados comicios (pp. 145-153), o las vivencias de los hombres que, después de haber combatido en alguna de las dos guerras mundiales, regresaban a Gran Bretaña para reiniciar una vida «normal», experimentando algunos de ellos un profundo resentimiento hacia los sectores de la población que no habían arriesgado sus vidas en combate (entre los que se encontraban las mujeres). En otros casos, sin embargo, al concentrar el autor su atención en el estudio de la historia de las mujeres, no logra mostrar cómo sus hallazgos pueden contribuir a mejorar la investigación de otros grupos sociales. No obstante lo anterior, en beneficio de esta investigación debe añadirse que el propósito formulado por Jane Hendall de que «la historia de las mujeres necesita no ser confinada a un área disciplinar propia, sino que los temas que trata deben iluminar no sólo la historia de la población femenina, sino también de la de los hombres», no suele alcanzarse en numerosos trabajos que tratan de estas cuestiones, por lo que es hoy día un objetivo aún pendiente en muchos de ellos.

Posiblemente la principal carencia del libro que nos ocupa sea la ausencia de un marco comparativo. En ocasiones se echan en falta

referencias a lo que sucedía en otras naciones en la época estudiada, a fin de clarificar qué tuvo de particular la experiencia histórica británica, y qué desarrollos fueron comunes a otros países y por qué. Hubiera sido útil, además, recurrir con mayor frecuencia a otro tipo de comparación, no ya solamente entre países, sino entre las experiencias de los distintos sectores sociales de Gran Bretaña. Por ejemplo, el estudio del modo de ascender las mujeres a la élite política se hubiera enriquecido con una comparación más en profundidad del mismo proceso por parte de los hombres. Todo ello, unido a un índice de materias no muy exhaustivo, que impide al lector interesado únicamente en aspectos determinados del libro el máximo aprovechamiento de éste, constituyen los puntos débiles de esta investigación, lo que no obsta para que su lectura sea recomendable por su calidad, rigor, exhaustividad, y ordenada y clara redacción.

Celia Valiente Fernández

SANCHEZ RON, JOSÉ MANUEL: *El Poder de la Ciencia. Historia socioeconómica de la Física (siglo XX)*, Alianza Editorial, Madrid, 1992. CANTOR, GEOFFREY: *Michael Faraday, Sandemanian and Scientist*, The Macmillan Press, Londres, 1991. MERLEAU-PONTY, JACQUES: *Einstein*, Flammarion, París, 1993. BENSUADE-VINCENT, BERNARDETTE: *Lavoisier*, Flammarion, París, 1993.

La aparición de libros sobre temas clásicos de historia de la ciencia se ha enmarcado en dos direcciones preferentes. En primer lugar, en la de los estudios que ofrecen panorámicas del desarrollo de teorías científicas encuadradas en su contexto institucional y social. Con ellos se pretende dar una dimensión de la ciencia más amplia y comprensiva, que evite confundir la actividad científica histórica con la reconstrucción posterior de la génesis de las teorías científicas. Dentro de esta perspectiva cabe encuadrar el libro de José Manuel Sánchez Ron *El Poder de la Ciencia*.

En segundo lugar, se sigue cultivando el género de la biografía del científico, algo explicable dada la importancia que para este tipo de tratamiento de la historia tienen las oportunidades que brindan las conmemoraciones de las onomásticas y defunciones de los grandes científicos. La novedad de las biografías que ahora se publican reside en que, cada vez con más frecuencia, la seducción del héroe

ha dejado paso a un tipo de relato más explicativo desde el que se intenta combatir los clichés y tópicos heredados de la hagiografía; aunque no todas hayan logrado su objetivo con igual perfección. Cantor, en *Michael Faraday, Sandemanian and Scientist*, y Bensaude-Vincent, en *Lavoisier*, han ofrecido perspectivas renovadoras de dos científicos clásicos, algo que no ha conseguido I. Merlau-Ponty en su monografía *Einstein*.

El Poder de la Ciencia es un gran fresco donde se intenta representar el desarrollo de la física apoyándose en una serie de escenarios que ayuden a hacer comprensible su influencia, su prestigio y su fama de conocimiento a la vez fundamental y temible. José María Sánchez Ron, su autor, aprovecha su experiencia y sus trabajos como historiador de la física para hablar de una ciencia que ha dado lugar tanto a discusiones sutiles sobre los fundamentos de la materia como a desarrollos de tecnología militar y civil que hoy forman parte de nuestra vida cotidiana.

Como sugiere el epígrafe que sigue al título, *Historia socioeconómica de la Física del siglo XX*, la elaboración de este trabajo parece estar alentada por la audiencia. El autor asume el riesgo de tratar de entender de una forma global el papel que ha tenido la física en nuestro siglo. Para ello, además de apoyarse en el trípode —el desarrollo de las teorías físicas y de la investigación, su relación con los procesos industriales y la interacción ciencia-sociedad a través de las instituciones científicas—, no renuncia a marcos de interpretación como son el estético o el sociopolítico; elementos todos que nos dan idea de lo ambicioso del proyecto.

Partiendo de estas premisas, el autor plantea siete escenas ejemplares que comienzan con la institucionalización de las ciencias físico-químicas en el siglo XIX. Un punto de arranque con el que se resuelve el espinoso problema de la periodización de la historia. Sin embargo, la elección de estas escenas no reside en una visión exclusivamente longitudinal del período que se estudia. Para dar profundidad al análisis, algunas de ellas constituyen cortes transversales, de manera que sociedad y ciencia aparezcan como realidades más cercanas entre sí. El capítulo cuarto, en el que se aborda la actividad de la mujer en la profesión de científico, es un ejemplo de ello.

Otro apartado determinante de la ciencia de nuestro siglo está recogido en el capítulo séptimo, donde el autor se adentra en el tema del obligado exilio científico durante el período nazi y en las modifi-

caciones que provocó la llegada de Hitler al poder en las relaciones entre las comunidades científicas. En los capítulos restantes se tratan problemas más característicos de la constitución de la física de nuestro siglo, como son el desarrollo de las teorías relativistas, de las teorías cuánticas y de la militarización de la ciencia tras la Segunda Guerra Mundial.

Faraday representó en su época la imagen más acabada de científico victoriano. Sus biógrafos, desde Tyndall a Williams, ya destacaron su talante de *descubridor* de hechos físicos singulares, como las corrientes inducidas o el efecto magneto-óptico, y de *popularizador* de su propia actividad científica en las célebres sesiones públicas que ofrecía los viernes en la Royal Institution, y a las que asistían con frecuencia miembros de la familia real. Ahora bien, estos dos rasgos están relacionados con la dimensión pública de Faraday. Cantor en su biografía *Faraday, Sandemanian and Scientist* desea penetrar en la vida privada del científico para, desde ella, encontrar una forma más adecuada de entender su proyección pública.

La vida privada de Faraday estuvo dominada por su pertenencia a una pequeña secta cristiana llamada Sandemaniana, que adoptaba una interpretación muy literal de la Biblia. Así, la vida pública, institucional y científica de Faraday se interpreta en la obra de Cantor desde la perspectiva de su pertenencia a esa iglesia, con la que mantenía un contacto diario. Una cuarta parte del libro está dedicado a describir esa secta y explicar sus relaciones con la actividad de Faraday.

Los sandemanianos estuvieron presentes en toda la urdimbe de actividades institucionales y científicas de Faraday. La lectura de extensos pasajes de su *Diary* (varios volúmenes que dan cuenta de su actividad cotidiana en su laboratorio) muestra, según Cantor, la influencia del sentido providencialista de la acción de Dios en la naturaleza para la solución a problemas experimentales en los que la materia parecía manifestársele de forma dinámica y unitaria. Así, los capítulos centrales del libro están dedicados a explicar la conexión entre su *Teología de la naturaleza*, el *método científico* y sus *investigaciones científicas*.

Es ciertamente arriesgado situar una obra científica tan extensa como la de Faraday bajo la inspiración exclusiva de su adhesión religiosa. Pero no cabe duda de que este riesgo que asume Cantor se ve recompensado al poder explicar aspectos públicos de la vida del

científico, como son sus opiniones y silencios -sobre todo en el debate sobre las ideas evolucionistas que se discutieron durante las últimas décadas de su vida. Aunque también aclara cuestiones que siempre han preocupado a los historiadores, como su conexión con algunas ideas metafísicas de Bosovich o con las de la *Naturphilosophie* alemana, que aparece de forma más comprensible e integrada en su discurso científico. Se entiende, entre otras cosas, su negativa a aceptar el principio de la conservación de la energía, ya que concebía una naturaleza en permanente dependencia de la voluntad divina. Es ésta una nueva y seductora visión de uno de los filósofos experimentales más notables de su época.

La editorial Flammarion ha continuado este año la edición de biografías de científicos con dos nuevos títulos, *Einstein* y *Lavoisier*. Los dos introducen a un lector no especialista en la vida, obra y contexto de ambos científicos, aunque en cada caso lo hagan con diferente fortuna.

En el primero, Merleau-Ponty escribe una historia introductoria que pretende salirse de las exposiciones populares al uso, que limitan la obra de Einstein a una presentación de la teoría de la relatividad. Merleau-Ponty divide la obra en tres partes, dedicadas a la vida, la obra y el pensamiento de Einstein. En la primera describe la vida viajera del científico, tanto en lo que se refiere a sus estancias en diversas universidades, como Berlín y Princeton, como a sus itinerarios ideológicos al margen de la ciencia: sus preocupaciones pacifistas y sus relaciones con el movimiento sionista. En la segunda hace un somero recorrido por toda su obra científica, desde sus estudios sobre el movimiento browniano y la física cuántica hasta las formulaciones de la teoría de la relatividad. No olvida Merleau-Ponty en este apartado presentar los debates entre Bohr y Einstein en las conferencias Solvay. Finalmente, la tercera parte está dedicada fundamentalmente a la epistemología de Einstein y a su *religión cósmica*. En definitiva, una obra pulcra y bien escrita, que sólo aporta a la extensa bibliografía de Einstein su completud y que evita cuidadosamente entrar en polémica sobre cualquiera de los muchos problemas que ofrece la obra del científico.

Frente a esta prudencia destaca la osadía de Bensaude-Vincent a la hora de abordar su biografía de Lavoisier. Figura estigmatizada por los tópicos historiográficos, utilizada por el nacionalismo francés para convertir la química en una ciencia francesa y en arma arroja-

diza de la derecha francesa contra la revolución que guillotiné a uno de los científicos más importantes del siglo. Esta biografía es un adelanto de los numerosos trabajos que sin duda nos ofrecerá la historia de la ciencia el año 1994. Aunque éste es un trabajo que no desea ser complaciente con ninguno de los tópicos del pasado, y eso explica que no haya sido del agrado de la Academia. La profesora Bensau-de-Vincent organiza el libro en cuatro partes dedicadas a analizar la noción misma de revolución química, de estilo de investigación, de método y de escuela científica. Todo ello para explicar que detrás de la figura histórica de Lavoisier se desarrolla el debate sobre qué significa el acto fundacional de una teoría científica.

La autora sustituye el icono de la guillotina, que actuó contra el más odiado de los recaudadores de impuestos del *Ancien Regime*, por la balanza, objeto más apropiado para describir la actividad de un científico-empresario. La grandeza de Lavoisier, precisamente, residió en poner en marcha una empresa científica que pudieron continuar sus discípulos. Su importancia social se basó en el uso que la sociedad francesa hizo de él como símbolo de éxito nacional. El relato ofrecido por esta biografía rescata a Lavoisier del altar del héroe y ayuda a entender el proceso de la constitución de un mito.

Javier Ordóñez

VALLESPÍN, FERNANDO (ed.): *Historia de la Teoría Política* (5), Alianza, Madrid, 1993, 492 pp.

Este quinto y penúltimo volumen de la serie, cuyo subtítulo reza *Rechazo y desconfianza en el proyecto ilustrado*, está dedicado a exponer la vertiente doctrinal reaccionaria/conservadora opuesta a la Ilustración. Se compone, además de una breve introducción rubricada por el editor, de un total de nueve aportaciones: «Reacciones ante la Revolución Francesa (Edmund Burke, los pensadores alemanes y De Maistre y De Bonald)», de Joaquín Abellán; «Friedrich Nietzsche», de Julián Sauquillo; «La teoría de las élites», de María Luz Morán; «Los fascismos», de Rafael del Aguila; «Carl Schmitt y el decisionismo político», de Germán Gómez Orfanel; «El pensamiento conservador español en el siglo XIX: de Cádiz a la Restauración», de Carmen López Alonso; «El populismo en Latinoamérica», de Silvina Funes y Damián Saint-Mezard; «La vuelta a la tradición clásica: Leo

Strauss, E. Voegelin», del propio Fernando Vallespín, y «Neoconservadurismo», de Alberto ùliet Palá.

Resulta desacostumbrado pormenorizar cada aportación de una obra colectiva; pero aquí creo justificada la licencia para evitar que el lector crea encontrarse ante un texto de exposición puntual y cronológica de los distintos postulados que constituyeron la base del pensamiento reaccionario y/o conservador tras la Revolución Francesa. En este caso se ha optado -como se hizo también en los volúmenes antecedentes- por un conjunto de cuestiones o autores, de lo que resulta el inconveniente de que entre un capítulo y otro no existe una línea argumental que los una, y sí sólo una complementariedad confiada a la selección de las cuestiones a tratar. Esa selección no ha sido, a nuestro juicio, afortunada en todos los casos, en cuanto que algunos apartados no parecen guardar más que una relación tangencial con el propósito temático del libro. En tal sentido, parece algo desmesurada la inclusión de un personaje como Nietzsche, pues su filosofía del «poder ser» sólo converge con el pensamiento ilustrado de un modo esporádico a partir de su admiración por la figura de Voltaire. Idéntica duda nos asalta con el apartado dedicado a las élites -estudio de las capas superiores de la sociedad, grupo minoritario de una colectividad que va a ejercer el poder en sus variadas modalidades, y que introdujo en la sociología Pareto--, pues se nos escapa la conexión que pueda existir entre un análisis reduccionista sobre una parte de la sociedad y el pensamiento político antiilustrado.

Del mismo modo, la inclusión del populismo latinoamericano es poco acertada e impropia, cuando menos por el confusionismo que encierra el término, un concepto tan ambiguo y resbaladizo que todos los intentos realizados por dotarlo de un contenido general definitorio válido han resultado vanos, pudiendo hacer referencia desde el radicalismo rural del oeste y sur norteamericanos del último cuarto del siglo XIX hasta ciertos movimientos africanos actuales. Además, en el caso latinoamericano el populismo es una forma de hacer política basada fundamentalmente en el carisma de un líder y en las lealtades que éste despierta, con lo que deberíamos referirnos más que al populismo a gobiernos personalistas que, desde esta interpretación, sí que conservan alguna similitud con la doctrina fascista.

Rafael Flaquer

COURBIN, ALAIN: *El territorio del vacío. Occidente y la construcción de la playa (1750-1840)*, Mondadori, Madrid, 1993, 383 pp.

Desde el mismo título de su obra, *El territorio del vacío*, Alain Courbain se alinea con los historiadores preocupados por el surgimiento de los objetos en el seno de una *episteme*. Los objetos en sí no son dados, sino que son producto de una construcción. Como afirma Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, el propio «hombre es una invención cuya reciente fecha es fácilmente mostrada por la arqueología de nuestro pensamiento». Esta perspectiva, unida a la riqueza y variedad de fuentes que el autor utiliza, le permite construir un apasionante texto.

Para su análisis Courbin elige un objeto ejemplar. El mar aparentemente ha estado ahí desde siempre y, sin embargo, tiene una historia: existe una construcción del objeto mar. El mar hasta mediados del siglo XVIII, no era otra cosa para Occidente que lo establecido en los escritos bíblicos. «Gran abismo -nos recuerda Courbin—, lugar de insondables misterios, masa líquida, sin puntos de referencia, imagen de lo infinito, lo inasible.» Pero esa masa informe, ese «territorio del vacío» sin otro significado que el de la repulsión, será limitado, contenido por un borde: el litoral. Nombrarlo, limitar el mar es lo que supone la construcción de la playa como lugar de ocio y de equilibrio.

El «anhelo de riberas» no fue precedido de una total ceguera. Ya en el siglo XVII algunos hechos pronostican el cambio que se avecina. Los avances en la oceanografía que se producen en Inglaterra entre 1660 y 1665 resuelven algunos de los «misterios» del mar. Poetas barrocos franceses se atreven a cantar como lo hacía Tristán l'Hermitte: «ningún placer es para mí comparable con el de tenderme sobre el césped de un acantilado... y puedo dejar volar mi imaginación sobre el majestuoso mar». A comienzos del siglo XVIII, la teología natural invita a la admiración del espectáculo brindado por la naturaleza. Contribuirá todavía más al cambio en la apreciación del mar la inclusión en el «Grand Tour» realizado por jóvenes aristócratas ingleses y franceses de países volcados hacia las actividades marítimas, como eran Holanda o el sur de Italia. Pero todavía, sin embargo, estas actividades se hacían con temor. Sus protagonistas utilizan un sistema de representaciones que corresponde a la *episteme* clásica. Mu-

chos de los viajeros franceses mostraban su miedo frente a los avances técnicos utilizados por los holandeses para contener el mar. «No obstante, en este país -se extrañaba Diderot- la gente duerme.»

Es a partir de 1750 cuando el mar aparece limitado. Y no sólo eso, el mar adquiere un carácter catártico: purifica, reanima, sana. A sus riberas acudirán las clases ociosas buscando equilibrio. A sus orillas irán los científicos en busca de respuestas. También los románticos buscarán allí el remedio a su *spleen*. Estas son las páginas más brillantes de *El territorio del vacío*. Pero su lectura sugiere que hay un límite que el autor no atraviesa, los Alpes y los Pirineos. Quizás le ocurra a Courbin como a aquel viajero rescatado por Eugenio Trías en *Lo bello y lo siniestro*, que «se lamentaba condenado a atravesar la cordillera alpina por razones de negocio, “esas formas caóticas carentes de gracia y de belleza, ese compendio de horrores y fealdades que son los Alpes con sus repugnantes extensiones nevadas, malformaciones irregulares y glaciares”. Por supuesto el viajero cerraba la cortina y la ventanilla para no ver tales espantos». Cerrar la *ventanilla* frente a territorios tan volcados hacia el océano como las penínsulas Ibérica e Itálica y el resto del sur de Europa, que, desde luego, algo tuvieron que ver en la nueva concepción del mar, nos parece como poco un límite arbitrario.

Carmen de la Guardia

PASSERINI, LrnSA (ed.): *Memory and Totalitarianism. International Yearbook of Oral History and Life Stories*, Oxford University Press, Nueva York, 1992.

Esta entrega del *International Yearbook of Oral History and Life Stories* representa el primer volumen de una colección que pretende reunir, bajo un mismo título, las investigaciones con fuentes orales sobre un tema de carácter monográfico realizadas en diferentes países y por diferentes investigadores. En este caso, Luisa Passerini ha reunido bajo el título *Memoria y Totalitarismo* varios trabajos sobre los regímenes totalitarios existentes en Europa durante el período que transcurre entre 1917 y 1989.

El interés, la singularidad de este tipo de trabajos estriba precisamente en el tratamiento que se da a algunos de los aspectos de la realidad histórica poco o nada estudiados hasta el momento y que ha

sido posible analizar gracias a la recuperación de los hechos, de los sentimientos, de las realidades a través de la memoria. Los trabajos hacen referencia a diferentes países y a diferentes realidades: estalinismo en Rusia y en los países del Este, nazismo en Alemania, fascismo en Italia, franquismo en España, como es el caso del trabajo de Martha Ackelsberg sobre la organización «Mujeres Libres». Permiten, por ello, establecer las diferencias y las similitudes de los diferentes regímenes totalitarios en Europa a partir de las diferentes percepciones que de cada uno de ellos poseen las personas que refieren hoy sus recuerdos.

El trabajo de Frank Stern nos ayuda a reflexionar sobre la dimensión judía del período posterior a la Segunda Guerra Mundial y los sentimientos contradictorios que se producen entre la comunidad alemana y la comunidad judía durante estos años. Vergüenza, ocultamiento de la memoria histórica, silencio colectivo, deseo de olvidar los gestos de complicidad ante el genocidio judío, dominan a unos; incapacidad para vivir con plenitud el sentimiento de libertad al finalizar la Segunda Guerra Mundial dominan a otros; en ambos casos prevalece el deseo de redefinir la memoria, de filtrar los recuerdos que incapacitan para recuperar el sentido vital. Sentimientos y vivencias similares se expresan en el trabajo de Dorothee Wierling sobre la generación alemana de la reconstrucción. Los silencios, las resistencias a admitir los hechos de los crímenes nazis, la sensación de colapso de la identidad alemana definen la trayectoria vital de los informantes, que en muchos casos a lo largo de su existencia se identifican sucesivamente con los ideales del nacionalsocialismo y posteriormente con los del comunismo en la República Democrática Alemana. Por último, cabe destacar una interesante conclusión de este capítulo: el recuerdo -común en los informantes de más edad- de la República de Weimar como un período de permanente crisis política y social, al tiempo que se recuerda, especialmente entre los trabajadores, como un período de importantes mejoras sociales. En este mismo sentido, los testimonios que se plasman en el trabajo de Selma Leydersdorff sobre la comunidad judía en Amsterdam reflejan la ocultación sistemática de que ha sido objeto el proceso de exterminio de esta comunidad.

La historia oral se articula igualmente, y así queda reflejado en esta obra, como un excelente instrumento de trabajo para conocer la reciente historia de Rusia. La recuperación de la memoria colectiva

a través de los testimonios orales posee un valor incalculable en un país como la antigua Unión Soviética en el que, como afirma Irina Sherbakova, la historia ha sido reescrita mil veces en función de los diferentes cambios políticos, cambios políticos que han hecho posible que muchos hombres y mujeres desempeñen un papel diferente y contradictorio en cada uno de los momentos históricos por los que ha atravesado el país: lucha contra el ejército blanco durante la guerra civil, participación en el levantamiento de Kronstadt, lucha contra el trostkismo, participación en los planes de colectivización, y conversión en víctimas de la represión ellos mismos durante los años treinta y cuarenta. La similitud entre las campañas de represión y el envío de disidentes a los campos de trabajos forzados de la Unión Soviética y los campos de exterminio nazis es otro de los aspectos que quedan reflejados en estos trabajos.

La historia oral en Rusia, que hoy cuenta con numerosos colectivos y grupos de investigación, ha servido igualmente para poner en cuestión temas como el voluntariado de las tropas que lucharon en España durante la Guerra Civil, en las que parece probada una intencionalidad de vigilancia sobre la «ortodoxia» de los planteamientos republicanos. Pero quizás lo que deba resaltarse entre las aportaciones realizadas por la historia oral a la historia de la Unión Soviética son algunas de las conclusiones de Daria Khubova, Andrei Ivankiev y Tania Sharova, que realizan un inteligente análisis sobre la cambiante identidad del sistema de creencias de la población rusa al socaire de la cambiante realidad histórica de los últimos setenta y cinco años de la historia de la Unión Soviética: el sentimiento, profundamente interiorizado en la sociedad rusa en el período anterior a 1917, de Dios como máximo hacedor y garante del bienestar y la seguridad se traslada durante los años posteriores a la Revolución al Partido Comunista y posteriormente, tras la Perestroika, al capitalismo como sistema económico que puede resolver definitivamente los acuciantes problemas que afectan al pueblo ruso.

En síntesis, este primer volumen del *International Yearbook of Oral History and Life Stories* nos permite realizar una inusual aproximación, desde una óptica multidisciplinar y a partir de fuentes y temáticas poco habituales en la investigación historiográfica, a la historia de la Europa de entreguerras y la Guerra Fría.

Pilar Folguera

VOVELLE, MICHEL: *La découverte de la politiqueo Géopolitique de la révolution française*, Ed. La Découverte, París, 1993, 363 pp.

La revolución de 1789 marca un cambio total y global en la historia de los franceses. A partir de esta fecha Francia entró en la era de la modernidad y los franceses empezaron a concebir las cosas de distinta manera. *La découverte de la politique* muestra cómo se produce la organización del espacio nacional francés en la toma de conciencia colectiva que se explica por la entrada en otro universo mental e ideológico.

Michel Vovelle aborda lo político, como un fenómeno implicado en su dimensión social, demográfica, antropológica, cultural y religiosa. ¿Qué móviles fueron los determinantes para que los cambios tuvieran lugar? Una combinatoria de diferentes elementos es la única manera de entenderlos.

El gran interés de este libro está vinculado a su subtítulo. Alrededor de 300 mapas, gráficos y cuadros permiten comprobar cómo es el contexto de los distintos hechos revolucionarios el espacio francés no responde de forma unánime. El autor ha elaborado, a partir de estudios publicados sobre el tema y de sus propias investigaciones, una geografía de las revueltas campesinas; de la Grand Peur; de las revueltas urbanas –de enorme contraste con las campesinas–; del estado de las comunicaciones –cuya disparidad hizo que no en toda la Francia de la época circularan del mismo modo las noticias–; del factor religioso, poniendo el acento en las resistencias a la Revolución, lo que le revaloriza como elemento fundamental del fracaso de aquélla entre las masas populares en algunas partes del territorio francés; de los diversos enfrentamientos electorales, etc. Es decir, de todos aquellos sucesos que tuvieron lugar en la Revolución, midiendo el impacto de los mismos y observando cómo finalmente todos contribuyeron a la politización de Francia.

Varias Francias aparecen en el estudio de Vovelle, dependiendo de su participación en los acontecimientos revolucionarios. Bajo el sugestivo título «Battre les cartes» (capítulo 8), el entrecruzamiento de mapas obliga a admitir la diversidad. ¿Una Francia central, más bien parisina, frente a la Francia periférica?: no, según lo muestran los índices económicos y políticos. ¿Una Francia del litoral frente a una Francia interior replegada en sí misma?: no, según los mapas de 10-

calización girondina y jacobina. ¿Una Francia del Norte, desarrollada, culta, bien comunicada, urbanizada, rica, frente a una Francia del Sur?: tampoco. Las biparticiones empobrecen el hecho revolucionario, y tal tipología es demasiado reduccionista. Por el contrario, la caracterización del autor es más «impresionista», pero más próxima a las distintas realidades. Vovelle propone una docena de Francias diferentes: *France de l'ordre des plaines de grande culture; Le conformisme du Nord-Est; France en centre: le réduit jacobin; L'anti-Révolution de la France profonde; Midi rouge ou Midi blanc; Le monde Alpin: montagnes patriotes ou silence de cimes?; Les mysteres de l'Ouest*. Asistimos en este libro a un estudio global de la Revolución, que se aleja de la visión social y de la explicación de la misma a partir exclusivamente de los condicionantes socioeconómicos a que tan habituados nos tienen la historiografía francesa sobre este tema.

Dada la naturaleza de su obra -tener que recurrir a variadísimas fuentes-, el autor señala campos aún desconocidos, que pueden ser abordados por los investigadores; estudios que matizarían el cuadro de la Francia que vivió la Revolución, contraponiéndola a aquella que vivió bajo la Revolución o al margen de la misma. Una Francia profunda que va más allá de la clase política tal y como se manifestó a través de la toma de posición oficialista.

Otro excelente libro del profesor Michel Vovelle, como no podía ser menos. Y en mi opinión, además, con una interesantísima aportación bibliográfica, que abarca los campos histórico, antropológico, económico y sociológico; necesarios todos ellos para el conocimiento global de cualquier hecho histórico.

Maria Isabel Cabrera

PROCACCI, GIOVANNA: *Gouverner la misère. La question social en France, 1789-1848*, Seuil, París, 1993, 358 pp.

Si empleamos el vocablo en el sentido más estricto, este libro de Giovanna Procacci no es un libro de Historia. La autora no estudia ni interpreta un acontecimiento histórico. *Gouverner la misère* es un excelente trabajo donde se desarrolla toda una reflexión sobre las distintas formas de afrontar la pobreza, según se la plantearon los clásicos de la economía política, tanto franceses como ingleses. Es un

análisis de la percepción sobre la miseria en la Francia de 1789 a 1848, tal como reza el subtítulo.

Con un excelente método, la autora divide su libro en cuatro apartados que nos llevan a conocer el cambio en la concepción de la miseria del Antiguo Régimen a la Revolución, hasta los intentos de elaboración de una política social a partir de 1848. El inevitable planteamiento de una nueva forma de enfrentar la miseria en la segunda mitad del siglo XIX resultó de un problema no resuelto, como consecuencia de haber vinculado la pobreza a la cuestión del trabajo. Era necesario salir de los saberes propios de la economía clásica si no se quería correr el riesgo de una ruptura del cuerpo social.

Si en el Antiguo Régimen la pobreza era entendida como un destino individual, después de la Revolución estalla como un fenómeno social; pero el fin de los privilegios no supuso que los pobres accedieran al mundo del Derecho. Por tanto, había que administrar la miseria, y de ahí surgen las teorías de los economistas clásicos y la de modestos filántropos sobre economía social. Este nuevo concepto es revisado por la autora a través de las múltiples ideas que desarrollan: desde la puramente economicista, que insiste en sustituir la cultura de la pobreza por una cultura del trabajo, hasta la visión funcionalista, incapaz de integrar a la miseria por carecer ésta de una función social, ¹⁰ que hace del pobre un sujeto sin derechos.

Sería con la socialización de la miseria cuando los pobres aparecen en el centro de la escena política, y eso tendría lugar a partir de 1848. El marco cambió bruscamente. Había que repensar la «cuestión económica» teniendo presente la «cuestión social», y, por tanto, las exigencias de reparto y participación que la nueva organización implicaba. La moral social-política que era una constante del pensamiento liberal- y las leyes de pobres asistieron a la miseria, pero era una asistencia imbuida de caridad y de sentimiento religioso de ayudar a los que sufren. En la segunda mitad del siglo XIX se trataba de derechos, era la democracia frente al liberalismo.

Gouverner La misère no estudia, pues, las formas como la Francia de 1789 a 1848 resolvió en la práctica el problema de la miseria. Se trata, más bien, de un libro de historia de las ideas, tal como señala en el prólogo Michel Perrot.

WINOCK, MICHEL (dir.): *Histoire de l'extrême droite en France*, Ed. Seuil, París, 1993, 328 pp.

Las facciones más extremas de la derecha francesa cuentan, desde principios de 1993, con un nuevo estudio. La *Histoire de l'extrême droite en France*, dirigida por Michel Winock, vio la luz casi al mismo tiempo que el número especial de la revista *L'Histoire* dedicado a «La droite, 1789-1993» (núm. 162, enero de 1993), y poco después que la ambiciosa obra colectiva dirigida por Jean-François Sirinelli con el título *Histoire des droites en France* (1992), en la que se lleva a cabo un análisis multidireccional -política, culturas y sensibilidades encabezan, respectivamente, los tres volúmenes de que consta- de las derechas francesas entre 1815 y 1992. Y, aparte de estas síntesis, podrían traerse a colación un buen número de trabajos puntuales publicados entre 1992 y 1993 que, en su conjunto, convierten el campo de estudio conformado por las derechas en uno de los más fértiles de la historia de la política en Francia. Michel Winock (recuérdese de este prolífico autor, entre muchas otras obras, la recopilación de artículos publicada en 1982, *Edouard Drumont et Cie. Antisémitisme et fascisme en France*), así pues, coordina un equipo formado por cinco historiadores, un sociólogo y un politólogo que a lo largo de ocho capítulos, una introducción y una conclusión ofrecen una interesante visión del desarrollo y la evolución de la extrema derecha francesa desde la Revolución Francesa hasta el apogeo del Front National de Jean-Marie Le Pen, que ha sabido fundir en un mismo movimiento «*l'extrême droite des grands-pères et l'extrême droite des freluquets*».

En la introducción, Winock distingue entre dos tradiciones: una primera, la de la derecha contrarrevolucionaria, emblematicada como anti-89, que decae tras el *grand refus* del conde de Chambord y sufre un proceso de revitalización con la síntesis «contrarrevolución más nacionalismo» de Action française; la segunda es la de la derecha popular, hija de la era de masas y activa desde los años ochenta del siglo XIX hasta la actualidad. Sobre la base de esta pareja de tradiciones, confundidas en más de una ocasión en la galaxia de la extrema derecha francesa, se articulan los diferentes ensayos del libro. El propio director del volumen analiza en los capítulos primero y cuarto, dedicados, respectivamente, a la herencia contrarrevolucionaria y a

Action française, la tradición más remota de la extrema derecha. Christophe Prochasson se ocupa de los años del boulangismo que, junto a la irrupción en escena del general Boulanger, conllevaron la de las ligas y el antisemitismo, dos fenómenos acaparadores de un espacio de primera línea en la arena política, social y cultural francesa en la etapa del *affaire* Dreyfus, cuyos entresijos constituyen la materia de estudio de Pierre Birnbaum -director de la obra colectiva *La France de L'affaire Dreyfus*, editada en enero de 1994- en el capítulo tercero de la obra. La ultraderecha de los años treinta -La Roque y los Croix-de-Fer, los *francistes* de Bucard, la *Cagoule*, Doriot o Drieu de la Rochelle- y la de la posguerra, marcada por el pujadismo y Argelia, son tratadas por Pierro Milza y Jean-Pierre Rioux. Entre un momento y el otro los «años negros» -Vichy, Pétain y el colaboracionismo-, analizados por Jean-Pierre Azéma. Vichy constituye, sin lugar a dudas, uno de los principales lugares de memoria franceses. El último y más extenso capítulo del volumen, escrito por Pascal Perrineau, tiene como objeto el Front National, desde su fundación en octubre de 1972 hasta las elecciones regionales de marzo de 1992, símbolo de sus éxitos y de sus limitaciones. La «vampirización» de los diferentes electorados tradicionales, el asalto al espacio político-cultural desocupado tras las crisis del Partido Comunista y de la Iglesia católica, el cultivo de las inquietudes provocadas por la inmigración y la delincuencia, o bien la implantación geográfica del Front National constituyen los principales pilares de ensayo de Perrineau. La importancia del partido de Le Pen en el panorama político francés avala este tratamiento y, sin duda, justifica también una reflexión histórica global sobre la extrema derecha, desde el presente hacia el pasado y del pasado al presente.

Jordi Canal i Morell

ZANGHERI, RENATO: *Storia del socialismo italiano*. Vol. I, *Dalla Rivoluzione francese a Andrea Costa*, Einudi, Torino, 1993, 577 pp.

El primero de los tres volúmenes sobre la historia del socialismo en Italia aparece en las librerías en un momento de auténtica *débâcle* moral y política para la tradicional estructura partidaria socialista, envuelta por hechos escandalosos y reducida, en tan sólo un par de años, a entidad marginal y casi sin seguidores ni futuro. También

el socialismo realizado en los Estados europeos orientales parece haberse disuelto por una caída vertical del consenso popular y de la fuerza institucional. Mientras que «el sol del porvenir» parece encaminarse hacia un oscurecimiento triste y desconfortante, Renato Zangheri es consciente del trágico fracaso de la teoría y de la práctica del socialismo, pero opina que el movimiento y el pensamiento socialistas han sido tan importantes que nadie podría escribir una historia italiana o europea sin dedicarle una considerable atención.

El autor fue durante mucho tiempo uno de los representantes más destacados del Partido Comunista y ocupó en años cruciales el cargo de alcalde de Bolonia, es decir, de la ciudad más «roja» de Italia. En la introducción él recuerda esta época como una experiencia del pasado, una etapa concluida en que se «mezcló en muchas esperanzas y errores de su tiempo». Ahora Zangheri, vuelto historiador, se dedica a los temas queridos de su juventud, a los argumentos de su tesis de licenciatura y de las primeras investigaciones en los años cincuenta.

Los años transcurridos aconsejaron al historiador rechazar categorías interpretativas esquemáticas y apresuradas, «muy frecuentemente deudoras de la política cotidiana y de las tradiciones de bando». Así, al afrontar el amplio y complejo tema del socialismo, él quiso superar una impostación muy difundida en los especialistas marxistas, y no sólo entre ellos; es decir, la idea de una finalidad justificativa que conllevaba el querer demostrar a través del tiempo la superioridad de un partido o de una tendencia con respecto a las otras. Ahora la zangheriana *Storia del socialismo italiano* quiere dejar de lado cualquier tipo de preconcepción y pretende analizar a la vez a todas las tendencias: libertaria y autoritaria, maximalista y reformista, socialista liberal y comunista.

En lo metodológico, el autor se orienta hacia un tipo de historia esencialmente política y cultural, por opinar que es muy difícil, si no imposible, afrontar dos siglos de socialismo en Italia en sus múltiples y a menudo poco documentados aspectos sociales o socialmente relevantes (hábitos, sociabilidad, valores éticos, etc.). La clave de su obra es entonces la «del ingreso en la política y de la transformación de la política por parte de las masas».

Desde esta perspectiva, la raíz de este proceso de politización se debe a los sectores militantes más cercanos a la Gran Revolución: Filippo Buonarroti es el puente entre lo que de igualitario existía en la

Revolución Francesa y los primeros gérmenes de un movimiento socialista más acá de los Alpes. Además, Zangheri nos recuerda que es de Buonarroti la intuición de que en Italia «la verdadera revolución empezará bajo el clima ardiente del Vesuvio», afirmación que anticipa las esperanzas bakuninianas, a partir del 1865, en la juventud intelectual y rebelde napolitana.

Efectivamente la vía de la conspiración y de la «propaganda por el hecho», a través de las sociedades secretas, recorre casi un siglo y establece además un lazo estrecho entre las luchas del *Risorgimento* y las de la Revolución Social. De Mazzini a Pisacane, al joven Malatesta, habría elementos que se perpetúan más allá de las polémicas y del nuevo parámetro organizativo ofrecido por la Primera Internacional.

Según Zangheri, las acciones revolucionarias promovidas por los antiautoritarios en 1874 (Bologna) y en 1877 (banda del Matese) se colocan dentro de un movimiento vivido por hombres totalmente entregados a la causa y cuyo deber es encender la mecha revolucionaria despertando de una vez todas las adormecidas potencialidades populares. El verdadero salto de cualidad se produciría con el giro de Andrea Costa, que de estrecho colaborador de Bakunin, Cafiero y Malatesta, en pocos años pasa a formar las bases de un partido regional socialista, que establece provechosas relaciones, incluso electorales, con los ambientes republicanos y demócrata-radicales. Su elección al Parlamento en 1882 y su juramento de fidelidad al Reino Sabauo ratifican la conclusión de la hostilidad entre una parte cada vez más preponderante del movimiento obrero y el sistema institucional italiano. En 1882 es el año en que Zangheri elige terminar su primer volumen, el mismo año en que desaparece Garibaldi en el lejano escollo de Carrera. Junto a él termina una época romántica, de batallas e ideológicamente contradictoria de la historia *risorgimentale* confundidamente socialista.

Entre las raras referencias a las relaciones italo-españolas se destacan las alusiones dedicadas a los intentos, luego detenidos por Garibaldi, de grupos de internacionalistas italianos de partir hacia la cercana península para solidarizarse con los motines sociales producidos durante la República de 1873.

Claudio Venza

DE CHAZIA, VICTÜHIA: *How Fascism Ruled Women: Italy, 1922-194.5*, University of California Press, Berkeley y los Angeles, 1993, 350 pp.

El trabajo de Victoria de Crazia constituye, por varias razones, una aportación fundamental en el conocimiento de la relación entre el fascismo italiano y las mujeres. En primer lugar, De Crazia ha realizado un estudio exhaustivo de las políticas mussolinianas y de su impacto sobre la vida de las italianas y, además, de las reacciones de éstas hacia las reglamentaciones concretas y respecto al régimen en general. Hasta la publicación de esta investigación, prácticamente nadie había examinado *a la vez* ambas cuestiones en profundidad; de este modo, la mayor parte de los estudios existentes sobre el fascismo y la población femenina en Italia habían tratado bien el ámbito de la toma de decisiones políticas (los menos), bien las condiciones de vida de las mujeres en el período de entreguerras, sin prestar demasiada atención a la relación entre ambas esferas.

En cuanto a la temática de la investigación que nos ocupa, ésta abarca prácticamente todos los aspectos de la vida de las mujeres afectadas por el régimen fascista. Así, junto a las dimensiones frecuentemente investigadas en otros trabajos como la regulación de la maternidad y del trabajo femenino o la política familiar, De Crazia estudia con rigor otras que han recibido tradicionalmente menos atención. Caben citarse, a modo de ejemplo, el debilitamiento de la influencia política ejercida desde las tertulias organizadas en los salones regidos por mujeres, las nuevas percepciones existentes en la Italia de los años veinte y treinta acerca de lo que significaba la adolescencia femenina para las madres y para las hijas de diferentes medios sociales, para las autoridades fascistas y para la Iglesia católica, la transmisión de nuevos modelos de conducta de las jóvenes a través de las películas de cine (mayoritariamente norteamericanas en la época), de los programas de radio y de las revistas y novelas; o los orígenes de la construcción del Estado de bienestar italiano y el papel de las mujeres como voluntarias, como personal asalariado en estas instituciones y como receptoras de sus servicios.

Por lo que respecta al ámbito geográfico de la investigación, es de destacar que si bien ésta se centra en el estudio en profundidad del caso italiano, se utilizan como marco comparativo otros países oc-

cidentales (Alemania, Suecia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia) con el fin de ponderar qué fue peculiar en el tratamiento de las mujeres por parte del fascismo, y qué desarrollos comunes tuvieron lugar en Italia y en las mencionadas naciones (con diferentes regímenes políticos) en el período de entreguerras.

Por lo que se refiere a las fuentes utilizadas, además de la consulta de la bibliografía existente sobre el tema, la autora ha prestado especial atención a la búsqueda de aquéllas que permitieran investigar la toma de decisiones políticas por parte de las autoridades, pero también las reacciones, complejas y variadas, de las mujeres ante las políticas mussolinianas. Así, De Grazia, reconociendo que «las voces de las mujeres resonaron (principalmente) en las fuentes públicas, en los patios, en la puerta de las escuelas o en los puestos de los mercados al aire libre» (p. 115), ha intentado buscarlas allí donde pudieran haber quedado registradas: por ejemplo, en las memorias de un pediatra que recoge las conversaciones que mantuvo con las madres de los niños que atendía, en las novelas escritas por literatas de la época, en las historias orales relatadas a diversos historiadores, quienes luego basaron en ellas sus investigaciones, en las secciones de correspondencia de las revistas femeninas, en los testimonios de las asistentes sociales de la época acerca de su clientela femenina publicadas en revistas del régimen, en los manuales sobre el gobierno de la casa y las tareas hogareñas, en las cartas que algunas italianas enviaron al *Duce*, o en algunas encuestas de la época.

En lo concerniente a la redacción del libro, ésta es muy cuidada y combina la exposición de aspectos generales y teóricos del fascismo en su gobierno sobre las mujeres, con anécdotas, ejemplos y relatos que clarifican las afirmaciones generales, y que convierten la lectura de este texto en una tarea agradable.

Celia Valiente Fernández

VALENTE, VASCO PULIDO: *(Os) Devoristas. A Revolução Liberal 1834-1836*, Quetzal Editores, Lisboa, 1993, 236 pp.

«Devorista», literalmente quiere decir tragón. Pero su significado dentro del contexto de las luchas políticas desencadenadas desde 1822 entre partidarios del Antiguo Régimen o «miguelistas» -que tomaban su nombre de D. Miguel, rey absoluto de Portugal entre 1828

y 1834 e hijo de João VI- y los seguidores de su hermano D. Pedro, llamados «pedreiros-livres», hacía mención a la voracidad, pero no de alimentos. Se referían a aquellos que se suponía aprovechaban los fondos públicos solicitando y cobrando indemnizaciones por los sacrificios pecuniarios que habían hecho por la causa liberal, o bien se beneficiaban de la venta de los Bienes Nacionales en provecho propio.

Los adversarios políticos del «moderantismo» liberal -bien fueran «miguelistas» o «vintistas» (ala radical del liberalismo lusitano, partidarios de la Constitución de 1822)- aplicaban este calificativo al círculo restringido de los políticos liberales (Palmela, Mouzinho da Silveira, Silva Carvalho), así como a sus acólitos y protegidos. Todos eran reformistas moderados y partidarios de la Carta Constitucional otorgada por D. Pedro a los portugueses en 1826 (por lo que también eran conocidos como «cartistas»). Rodearon a Pedro IV -rey de Portugal en 1826, año en que abdica en su hija, y primer emperador de Brasil hasta 1831- durante el transcurso de la guerra civil y minoridad de su hija Maria da Glória (1832-1834) y formaron parte de los sucesivos gobiernos nombrados por el Regente hasta su muerte acaecida en esa última fecha. Precisamente fue durante estos años cuando se produce el primer asalto reformador, protagonizado por estos ministros «devoristas» (también conocidos popularmente como «chamorros») en varios frentes: abolición de los pequeños mayorazgos, extinción de los impuestos del dízimo (diezmo) y sisas (similar a la alcabala castellana); supresión de los foros, censos y *rações*, reorganización de la Deuda Pública y del sistema tributario, juntamente con la modernización y adaptación del aparato judicial a las nuevas condiciones y la división administrativa del territorio en distritos.

Cuando la guerra civil terminó tras la Convención de Evora-Monte más de 150.000 personas, principalmente combatientes de la Guardia Nacional y de adscripción política radical, emergían a la vida política. Pero la Carta Constitucional no les reconocía derecho político alguno; tan sólo el de morir por la Patria o sobrevivir. Esta será la levadura sobre la que se asentará la pugna política entre conservadores liberales «cartistas» y «vintistas» que acabará con las sucesivas fusiones de los gabinetes de Palmela, Silva Carvalho y Passos de Rodrigo (1834-1835), que el autor analiza con detenimiento. Entre bastidores, sectores radicales del Ejército y la Guardia Nacional conspiran. La conspiración se tradujo finalmente en la instauración del pri-

mer gobierno radical que fracasa rotundamente en el plano hacendístico y financiero y cae para dar paso a otro gabinete de «cartistas». Pero es esta breve experiencia en el gobierno lo que posibilita el nacimiento del «setembrismo», radicalismo moderado. Tras el breve paréntesis de la revolución setembrista y el gobierno de Passos Manuel (1836-1837), que abole la Carta y pone en vigor la Constitución de 1822, la opción radical es derribada mediante un pronunciamiento, ahora protagonizado por militares leales a la Carta (Revue de los Mariscales).

La vuelta de los «devoristas», ahora ya convertidos en *baroes* (terratenientes, financieros), marcará la larguísima preeminencia en el poder de una opción liberal, fuertemente conservadora, que regirá los destinos del país hasta la proclamación de la República en 1910. Quizás la trayectoria constitucional portuguesa impidió la cristalización de una opción progresista; circunstancia que, aunque no esté ni siquiera apuntada por el autor, podría desprenderse de la combinación de factores y situaciones políticas que se imbrican durante el proceso estudiado.

Pulido Valente estudia y analiza esta época llena de posibilidades y entusiasmos, de fallos y carencias, tomando como referencia los *Diarios* del Gobierno, los *Diarios de Sesiones* de las Cámaras de Diputados y Pares, así como la *Colección de la Legislación Portuguesa*. Emplea asimismo la correspondencia epistolar, y memorias y biografías, que son material relativamente abundante para el siglo XIX, a diferencia de lo que ocurre en España.

Se echa en falta, por lo demás, un mayor grado de profundización en el conocimiento de los hechos, lo que se traduce en una descripción histórica en la que se nota un cierto exceso en la adjetivación de grupos o situaciones, impidiendo con ello un análisis más preciso y rico en matizaciones sobre período tan crucial.

Joaquín del Moral Ruiz

SÁNCHEZ CERVELLÓ, JOSEP: *A Revolução Portuguesa e a sua influencia na Transição Espanhola* (1961-1976), Assirio Alvim-Josep Sánchez Cervelló, Lisboa, 1993, 437 pp.

Fruto de una tesis doctoral dirigida por Hipólito de la Torre, el libro de Sánchez Cervelló debe ser saludado, en primer lugar, como el brillante resultado de un esfuerzo más de superación del maníaco

desconocimiento español de la historia portuguesa y, en segundo término, como una gratificante muestra de hispanismo al revés.

Pese a su título, el libro que comentamos es fundamentalmente una minuciosa reconstrucción del ciclo revolucionario abierto en 1974 en Portugal como consecuencia de la debilidad y contradicciones del reformismo caetanista, del fracaso en la guerra colonial y de la culminación de una actividad opositora siempre viva y que logró finalmente el derrocamiento del régimen a través del movimiento militar de abril.

Tan complejo cúmulo de asuntos, Sánchez Cervelló los ordena, describe y analiza en profundidad, sirviéndose con rigor de los materiales al uso en toda buena historia política, acudiendo además a conversaciones directas con un amplísimo elenco de protagonistas de primera fila de los acontecimientos, lo que da al trabajo un interés suplementario.

Respecto al problema de la *influencia* de la Revolución Portuguesa en la Transición española, la verdad es que la obra de Sánchez Cervelló no es del todo convincente. Que tal influencia existió, nadie lo duda. Incluso el autor la documenta y demuestra en algunos casos. En otros, sin embargo, pese a la buena voluntad desplegada, no se va más allá de apuntes o afirmaciones sugerentes. Quizá el problema está en el enfoque general de la cuestión; a partir de los años setenta ha habido un número considerable de quiebras de sistemas dictatoriales de diverso tipo, seguidas del establecimiento de nuevos regímenes democráticos; lo interesante quizá no sea establecer las dependencias causales de unos sobre otros, sino meramente determinar el modelo a que se ajusta cada caso, para proceder después a un análisis comparativo.

Ciertamente, la revolución portuguesa alertó al franquismo decadente -que incluso prestó cobertura a la subversión antigonçalvистa- tanto, por lo menos, como alentó a las fuerzas de oposición democrática en España. También la derrota lusa en la guerra colonial pudo servir de escarmiento a las veleidades que ciertos sectores españoles pudieran tener en torno al Sahara. Pero pretender que el peculiar modelo español de Transición política a la democracia fue casi prioritariamente el resultado de una voluntad de evitar la repetición en España de un ciclo revolucionario parecido al de Portugal, es algo excesivo. Pura y simplemente porque, como se decía entonces, no existían las condiciones objetivas para ello.

Tomás Pérez Delgado

NADAL, JORDI: *Bautismos, desposorios y entierros. Estudios de historia demográfica*, Ariel, Barcelona, 1992, XVII + 266 pp. Del mismo autor: *Moler} tejer y fundir. Estudios de historia industrial*} Ariel, Barcelona, 1993, XIV + 334 pp.

Los dos volúmenes que comentamos recogen artículos hasta ahora dispersos del profesor Nadal sobre las que han sido sus dos grandes líneas de investigación, la historia demográfica y la historia industrial.

Bautismos, desposorios y entierros es un libro con trabajos breves sobre historia demográfica, la primera línea investigadora del autor. Con ellos demostró que, a pesar de la falta de censos, era posible reconstruir la historia de la población del Antiguo Régimen, utilizando los registros parroquiales.

Los artículos corresponden a prólogos de libros, ensayos, trabajos monográficos, de divulgación..., en general poco difundidos, y que, aunque en algunos casos han quedado un tanto desfasados, en el momento en que se escribieron tuvieron el doble valor de resaltar la importancia que tenía el conocimiento de la población, de su evolución y sus crisis, para la historia en general, y el de señalar las fuentes donde recoger los datos ante la falta de censos.

El contenido y la aportación de los artículos es muy desigual. Algunos son muy detallados y científicos, y posiblemente sirvieron para perfilar la que dentro de este campo sería su obra más destacada: *La población española* (1966); mientras que otros tienen un carácter más divulgativo y general.

Los dos primeros bloques son trabajos sobre Cataluña, región en la que Nadal centró sus estudios. A través de seis artículos, perfectamente estructurados, se muestran al lector las claves de la evolución de la población catalana. El primero es un ensayo metodológico: partiendo de la premisa de que la demografía es una ciencia empírica, para revista a las posibles fuentes, explicando las ventajas y problemas de cada una y destacando la importancia que hasta el siglo XIX tendrán las de carácter local y parroquial.

Son interesantes los artículos dedicados al pensamiento demográfico. A raíz del desastre del 98, que evidencia la inferioridad numérica y económica de España, toma forma la idea de que la población es el alma de las nacionalidades y de que su disminución tiene efec-

tos negativos sobre la riqueza, fuerza e independencia de una nación. La obra más relevante en este sentido fue la de Vandellós: *Catalunya poblé decadent* (1933), reeditada en 1985 con un prólogo del profesor Nadal (incluido en este volumen) en el que considera que la tesis de Vandellós, al lamentar que la suerte de la población catalana se hallase en manos de una corriente inmigratoria, es una secuela directa de la obra de Spengler: *La decadencia de Occidente*, que tuvo gran influencia en el siglo XIX, al potenciar que en el mundo occidental se tomaran medidas encaminadas a reducir los flujos de entrada, temiendo que otras razas superaran a la blanca. No obstante, Nadal aprovecha el prólogo para señalar los problemas que en el presente están provocando la llegada de inmigrantes de zonas subdesarrolladas, con una propuesta radical y poco realista: política cesarista encaminada al fomento de la natalidad.

Por su parte, en *Moler, tejer y fundir* se recoge una serie de artículos sobre la historia de la industrialización española, publicados, a excepción de uno, con posterioridad a la aparición en 1975 de su obra capital, *El fracaso de la revolución industrial en España* (1814-1913).

El libro se articula en tres bloques. El primero, con un contenido regional, se centra en las tres áreas que fueron la cuna de la industria en España: Andalucía, Cataluña y Asturias. Destaca cómo la región andaluza, minera por excelencia, sufrió dos abortos en su camino hacia la modernización. El primero en la zona gaditana, dotada de un subsuelo rico, sobre todo en plomo y piritas, y que había contado con la ventaja de la exclusividad del mercado americano durante dos siglos. Pero la pérdida de los dominios de ultramar acabaron, al poco de nacer, con las perspectivas industriales de la Bética. El segundo aborto se produjo en Málaga, provincia que desde el siglo XVIII se presentaba como un emporio textil, pero incapaz de competir con los enclaves catalanes de Tarrasa y Sabadell. En Asturias ocurrió algo similar: en fechas tempranas había arraigado un sector alimenticio, un incipiente sector textil y, sobre todo, una industria siderúrgica por la abundancia de carbón en la zona. Sin embargo, quedaron estancados en favor de otras zonas como Vizcaya o Cataluña.

En estos artículos, muy descriptivos, se echa en falta una explicación más sistemática de las causas que llevaron a la detención del proceso industrializador que, sin lugar a dudas, el profesor Nadal tiene. No obstante, tales textos contribuyeron a despertar el interés por

los estudios de la industrialización en nuestro país, fomentando una línea de investigación que en la última década ha ganado un importante terreno, como demuestran los numerosos certámenes y congresos que dedican sus sesiones a los problemas de las transformaciones económicas en España.

En contraste con estas regiones, Nadal presenta a Cataluña como la fábrica de la península. Una zona con su propia vía de industrialización y que sólo sigue en parte el modelo inglés; pues desprovista de carbón autóctono (y de petróleo más adelante) y con pocas posibilidades de importarlo, se verá obligada a prolongar el uso de la energía hidráulica hasta finales del siglo XIX, y poner el énfasis en la hidroeléctrica en el XX.

La segunda parte del libro responde a un apéndice. Bajo el epígrafe «Empresas y empresarios» se describe el desarrollo de dos grandes empresas: la fábrica de algodón de la Rambla de Vilanova y la fábrica de plomo de Peñarroya, que extendida por Africa, Europa y América es la primera empresa española con carácter internacional. El bloque termina con un análisis de la saga Bonoplata, tres generaciones de industriales catalanes que instalaron sus empresas en diferentes puntos de España, resaltando el espíritu empresarial catalán frente al del resto de los españoles. Es interesante la aportación de datos psicológicos, culturales y sociales, más que propiamente económicos, que ayudan a explicar por qué Cataluña –y no otras regiones en principio mejor dotadas, como Andalucía– se puso a la cabeza de la industrialización.

La última parte del libro plantea la necesidad de revisar y, sobre todo, matizar y completar la tesis de *El fracaso...*, algo que el profesor Nadal ya viene haciendo en sus últimas obras.

Pilar Toboso

TRUJILLANO SÁNCHEZ, JOSÉ MANUEL (ed.): *Jornadas Historia y Fuentes Orales. «Memoria y Sociedad en la España Contemporánea»*, Fundación Cultural Santa Teresa, Avila, 1993, 366 pp.

Resultado de la espléndida labor que viene realizando el Seminario de Fuentes Orales son estas *Actas* de las III Jornadas celebradas en Avila, en abril de 1992, y publicadas con el título *Historia y Fuentes Orales. «Memoria y Sociedad en la España Contemporánea»*.

El Seminario de Fuentes Orales comenzó su andadura en 1984, bajo el impulso y dirección de María Carmen Garda-Nieto París, Profesora Titular en el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Su objetivo era claro: estudiar, analizar y potenciar la utilización de las fuentes orales para la investigación de la historia del tiempo presente con una fundamentación teórica y metodológica; y también, **paralelamente**, poner en relación a los distintos investigadores e investigadoras del Estado español.

El primer Seminario sobre *Historia y Fuentes Orales* --cuya sede reside en el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid-- tuvo lugar en 1988 en dicha Facultad, y sus resultados aparecieron en un breve folleto. Posteriormente, el Seminario entra en contacto con el Centro Asociado de la Uned y la Fundación Cultural Santa Teresa de Avila. Y es a partir de ese momento cuando comienzan a organizarse Jornadas con carácter **periódico**, en las que participan prácticamente investigadores e investigadoras de todas las Autonomías del Estado.

Hasta el momento han tenido lugar tres Jornadas. Los temas en torno a los cuales se han realizado cada una de ellas, obviamente, han sido distintos, si bien guardan entre sí una estrecha relación. Las primeras Jornadas (1989) reflexionan sobre *Fuentes Orales y Didáctica*; las segundas (1990) sobre *Técnicas y Métodos de Investigación con Fuentes Orales*; las terceras (1992) que han sido, seguramente, las más importantes, son las únicas publicadas hasta el momento.

Estas Jornadas, cuyo resultado es el libro que estamos comentando, tuvieron como principal objetivo reflexionar sobre los problemas teóricos y metodológicos que plantea la investigación contemporánea de la historia del tiempo presente, utilizando fuentes orales; y también, presentar algunos resultados de las investigaciones realizadas con estas fuentes. El contenido del libro se puede dividir en dos partes de desigual extensión: una primera de carácter teórico y metodológico, que se corresponde con las cuatro ponencias presentadas, y otra, articulada en cuatro secciones: *Metodología, Cambio Social, Vida Política y Emigración y Trabajo*.

En el primer artículo, *El tiempo presente, la memoria y el mito*, el profesor Bédarida, del Instituto de Historia del Tiempo Presente de París, hace un lúcido análisis entre historia, mito y memoria como

elementos complementarios, no antagónicos o excluyentes para la interpretación del tiempo presente.

En el segundo artículo, *Cuatro generaciones de mujeres obreras: transmisión y cambio social*, la profesora Cristina Borderías, de la Universidad de Barcelona, abre perspectivas metodológicas y líneas de investigación para la comprensión de la historia del tiempo presente, a partir de una visión más rica y globalizante que las normales al uso. Su trabajo desborda el punto de vista económico y masculino, y presenta a las mujeres como agentes activos de un conjunto de cambios sociales que subyacen a la transformación de las sociedades rurales en sociedades industriales y urbanas.

En el tercer artículo, *VioLencia, imaginación y memoria en un episodio de La guerra partisana*, el profesor Alessandro Portelli, de la Universidad «La Sapienza» de Roma, lleva a cabo, a partir de estos tres conceptos que conforman el recuerdo, una interpretación histórica de la resistencia como «una guerra patriótica, una guerra civil y una guerra de clases en las que la violencia fue un elemento importante» (M. C. Carda-Nieto).

El profesor Philippe Joutard, de la Universidad de Toulouse, en el cuarto artículo, *Papel de La imagen en La construcción y difusión de La memoria oral*, sobre la base de un vídeo, señala el poder evocador de la imagen, como elemento estructurador de la memoria y como elemento de gran poder en la comunicación de unas experiencias vividas.

Tras estos cuatro artículos, el lector encontrará, como ya he señalado, el resultado de unas investigaciones que se articulan en torno a los temas anteriormente indicados. La lectura de estos estudios, fruto en algunos casos de un trabajo en equipo, resulta muy interesante, tanto porque incorporan nuevos elementos metodológicos: la fuente oral, la imagen, la memoria; como porque abren el campo de la investigación al tratar nuevos temas —analfabetismo, fracaso escolar, ocio, relaciones de poder, violencia...—, y estudiar problemas en sectores de población poco frecuentados por los historiadores —juventud, mujeres, campesinos...—, que se revelan, sin embargo, como objetos imprescindibles del conocimiento científico.

GuadaLupe Gómez-Ferrer Morant

BARÓ PAZOS, JUAN: *La Codificación del Derecho Civil en España (1808-1889)*, Universidad de Cantabria, Santander, 1993, 320 pp.

La historiografía sobre la Codificación española ha experimentado en los últimos años una expansión notable, al amparo de los actos conmemorativos del Centenario de la aprobación del Código Civil. A los trabajos de Petit, De los Mozos, Tomás y Valiente, Alejandro, Clavero, Scholz, Figueras Pamies... se suma el de Juan Baró en el que nos ofrece una panorámica general sobre el proceso codificador entre 1808 y 1889.

El libro de Baró centra su atención en el análisis de la codificación, entendida en su sentido más amplio: como un fenómeno de carácter cultural, político y jurídico; como un rasgo distintivo de una época que se caracteriza por la implantación del Estado liberal burgués, bajo las premisas del nacionalismo y del racionalismo. A partir de una correlación entre constitucionalismo y codificación, Baró recorre con detenimiento los avatares del proceso codificador en la España del siglo XIX: sus diferentes etapas, los elementos políticos y extrapolíticos que condicionan sucesivamente su aprobación, las dificultades para la elaboración de una doctrina codificadora propia, el peso de la tradición uniformizadora francesa, la rica historiografía que se ha producido desde fines del siglo XVIII, etc.

La Codificación del Derecho Civil no es, ni por su objeto, método y estructura, un libro original, pero proporciona a partir del manejo generoso de fuentes primarias y secundarias un riguroso estudio del proceso codificador en España de gran interés. Escrito con pulcritud y rigor, permite un recorrido por los vericuetos sinuosos de la compleja unificación del Derecho Civil en la España del siglo XIX: de forma especial, los elementos jurídicos y extrajurídicos que explican la asimetría entre Constitución y Codificación. El lector podrá conocer con detalle las líneas maestras de un proceso que, arrancando a finales del siglo XVIII, experimentó un debate sostenido a lo largo de décadas, con numerosos proyectos que van desde los elaborados en los años veinte y treinta, pasando por el de Carcía Coyena en 1851, hasta la etapa final de la Ley de Bases de Alonso Martínez y la aprobación del Código Civil en 1889.

Manuel Suárez Cortina

TERUEL GREGORIO DE TEJADA, MANUEL: *Vocabulario básico de la historia de la Iglesia*, Crítica, Barcelona, 1993, 433 pp.

El interés por la historia de la Iglesia no es nuevo. Factores como una visión más íntegra y múltiple de la historia, una mayor interdisciplinaridad, así como una cierta renovación en la teología de la Iglesia católica han determinado y hecho posible el renacimiento de temas eclesiásticos y eclesiales en Universidades y Congresos.

Este creciente interés por la historia general ha generado que temas hasta hace poco tratados por historiadores eclesiásticos –es decir, miembros de la Iglesia y de las Ordenes religiosas– sean estudiados ahora desde perspectivas distintas por otros historiadores. En este sentido, temas olvidados o menospreciados han adquirido carta de naturaleza. Con todo, queda mucho por hacer. El libro de Manuel Teruel, *Vocabulario básico de la historia de la Iglesia*, en línea y en conexión con otros vocabularios básicos editados por Crítica, quiere ser ante todo un intento para favorecer la familiarización con el lenguaje histórico-eclesiástico para los que se inician en estos temas, y también para los no especialistas.

Como en los otros diccionarios citados, en los que dice haberse inspirado, se presentan cincuenta voces. Su tratamiento, en terminología del autor, es «transecular», es decir, el contenido de cada una de las voces comprende la totalidad de lo acontecido durante el tiempo que estuvo vigente la institución o la estructura que se analiza.

Las cincuenta voces seleccionadas, ordenadas alfabéticamente, se pueden agrupar, a su vez, en tres campos: económico, estructural y social. La palma se la llevan las económicas. Le siguen las que estudian aspectos organizativos de la Iglesia, y las que se ocupan de los ministerios o aspectos vocacionales de la Iglesia y de los eclesiásticos. Quedan, por último, un tanto relegadas al olvido las que estudian aspectos sociales, asistenciales, religiosos propiamente dichos y doctrinales.

El tratamiento «transecular» del que ha hecho gala el autor le ha llevado a una excesiva generalización, que provoca cierta confusión. Adviértese, por otra parte, en muchos de los términos analizados una excesiva dependencia del *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, así como un total olvido, por contraste, del *Diccionario de Derecho Canónico*, editado por Carlos Corral y José María Urteaga, pro-

fesores ambos en la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Pontificia de Comillas (Tecnos, Madrid, 1989), que hubiese completado sin duda el contenido de los términos jurídicos y estructurales.

La justificación del autor para no tratar temas que él mismo llama asistenciales y religiosos hace que este vocabulario básico quede empobrecido al faltarle voces tan importantes y trascendentales para los estudiosos de la historia de la Iglesia como breves, bulas, devociones, fraternidades, herejías, órdenes religiosas, misiones, teocracia, teología, universidades.

La bibliografía utilizada es abundante en aquellos temas que el estudioso más o menos conoce, y que, por tanto, no necesitaría, y escasa, en cambio, en aquellos que desconoce. Los repertorios bibliográficos que el autor conoce son demasiado generales y economicistas, olvidándose de la abundantísima bibliografía italiana y de las ricas aportaciones de los ingleses.

Estas críticas no desmerecen los méritos de este *Vocabulario básico*. En líneas generales, creemos que el autor ha conseguido sus objetivos: familiarizar al estudioso con el lenguaje histórico-eclesiástico. Aunque, a decir verdad, la imagen que de la iglesia y de los eclesiásticos resulta es parcialmente económica y economicista.

Alfredo Verdoy

ROMEO MATEO, MARÍA CRUZ: *Entre el Orden y la Revolución. La formación de la burguesía liberal en la crisis de la monarquía absoluta (1814-1833)*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante, 1933, 255 pp.

Detectar y argumentar la inicial colaboración prestada por la emergente burguesía liberal al régimen de monarquía absoluta y constatar el resquebrajamiento de tal apoyo a lo largo del primer tercio del siglo XIX, es la labor realizada por la autora a partir del estudio particularizado de la burguesía valenciana.

Nos era ya conocida la temprana implicación de la burguesía de esta zona en la actividad comercial y empresarial, así como su diversificación inversionista justificada por la necesidad de multiplicar capital; pero poco sabíamos, por el contrario, sobre los circuitos y mecanismos de que se servía y las consecuencias políticas que iban a derivarse de su acción.

La incertidumbre económica del momento, agudizada por un estrangulamiento del comercio, cuando no por una paralización del mismo a causa de la desafortunada política de alianzas bélicas de finales del siglo XVIII, induce a esta burguesía a reforzar su prudencia, o lo que es lo mismo, a practicar una política inversionista cada vez más diversificada siguiendo el ritmo participativo de los ámbitos en que interviene. Pero estos deseos burgueses encuentran una seria dificultad y un impedimento insalvable en el propio régimen absolutista, nada proclive a ofrecer, bien por falta de voluntad o bien por temor político, una movilidad en la propiedad de la tierra sacándola al mercado -frente a la vinculación laica o eclesiástica, la desvinculación-, lo que minaba en sus cimientos los intereses de esa burguesía aspirante a la titularidad agraria con el fin de alcanzar un determinado *status* social y, por ende, unas ciertas cuotas de poder.

La plasmación de tales aspiraciones sólo iba a ser posible, enterrada ya la experiencia gaditana, a través de la ruptura política y la revolución. El alejamiento entre burguesía y monarquía absoluta comienza a manifestarse a finales del primer decenio del siglo XIX como consecuencia de la inadecuada política gubernamental desplegada con respecto al conflicto emancipador americano que afecta a los intereses de esta burguesía comercial y empresarial. Pero las expectativas abiertas por el Trienio Constitucional, que sitúa la acción reivindicativa más allá de las pretensiones liberal-burguesas, recompone ese inicial divorcio de momento y colabora en la reimplantación del absolutismo monárquico, quebrándose finalmente la alianza tras la muerte de Fernando VII en 1833. Pues en ese tiempo no se habían materializado ninguna de las exigencias liberales, en tanto que el período que ahora se abría podía encerrar grandes esperanzas, basadas en la presencia de una madre regente que tiene que defender la corona para su hija niña, amenazada además por una acción reivindicativa que presagiaba el estallido de una guerra civil.

La conjunción, en un análisis de carácter amplio como el que realiza la autora, a través del estudio de la coyuntura política y económica del momento, nos sitúa en el camino de comprender de qué manera y por qué la burguesía valenciana adquiere conciencia revolucionaria. Pero si ello puede quedar claro para el caso valenciano, resulta inadecuado extrapolar tales resultados al resto del Estado, en tanto que la historiografía no nos ofrezca mayores muestras particulares que avalen tal proyección. La misma presencia de una burgue-

sía comercial y empresarial no se da en todas partes, ni la burguesía tiene las mismas prioridades reivindicativas, ni lucha con igual ahínco, etc. En definitiva, y como afirma el profesor Ruiz Torres en su prólogo, la autora ha «llegado muy lejos en la problemática de la revolución»; si bien a nuestro juicio no ha tenido en cuenta la existencia de diferentes *burguesías* ni otra serie de factores de desencanto, y valga como botón de muestra en este caso lo que les pudo representar las continuas *devaluaciones de los vales reales*.

Rafael Flaquer

BULDATN JACA, BLANCA ESTHER: *Las elecciones de 1820. La época y su publicística*, Ministerio del Interior, Madrid, 1993, 514 pp.

Sin duda alguna, la autora ha entrado ya a estas alturas a formar parte de ese escogido y reducido grupo de especialistas en la historia del Trienio Constitucional, mérito acreditado tiempo atrás cuando en 1988 publicó su tesis doctoral bajo el título *Régimen político y preparación de Cortes en 1820*, y que ha redoblado posteriormente a través de una serie de artículos aparecidos en diversas revistas especializadas.

En esta ocasión nos ofrece un compendio de textos: pastorales, sermones, folletos de carácter civil debidos a las inquietudes mostradas por los americanos residentes en Madrid ante las elecciones y, como nota curiosa y desenfadada, un elenco de diputados en tono festivo y jocosamente debido a la pluma del representante sevillano Gregorio González Azaola.

Esta compilación viene precedida de un estudio introductorio que aunque breve -60 páginas- resulta suficiente para el carácter de la obra, pues sitúa al lector en el conocimiento general del período histórico correspondiente y en los prolegómenos de las elecciones de 1820. Así, aborda las distintas dificultades que hubieron de ser salvadas para materializar la convocatoria en un espacio tan corto de tiempo -desde el éxito del pronunciamiento hasta el acto solemne de apertura de las Cortes sólo transcurren algo más de seis meses-; el mecanismo formal que debía seguirse para asegurar la representación parlamentaria de los territorios ultramarinos; y, finalmente, la elección del lugar físico en que debían reunirse tales Cortes y la por-

menorización de las tareas que asumió la preceptiva junta preparatoria.

Ahora bien, no cabe duda de que la selección de unos textos es el resultado de la decisión discrecional de un autor entre distintas posibilidades, y, en este caso, la autora ha optado por presentar los que a su juicio respondían mejor no tanto al título de la obra como a su subtítulo: «La época y su publicística». Pero entiendo que su tarea recopiladora podría haberse enriquecido mucho más y haber cubierto un espectro más amplio de lectores si tales textos hubiesen respondido a las correspondientes disposiciones legales y oficiales expedidas para llevar a cabo el mencionado proceso electoral. Aunque en su mayoría conocidos, no es necesario subrayar la utilidad que se hubiera derivado de tenerlos reunidos en una publicación.

Rafael Flaquer

CANAL, JORDI (coord.): *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, L'Avenç-SCEH, Barcelona, 1993, 211 pp.

El crecimiento exponencial de las publicaciones historiográficas en la última década, ha tenido uno de sus centros en la historia del carlismo, en especial del carlismo decimonónico y, más en concreto, de sus orígenes en el contexto de la revolución liberal. El número de libros y artículos aparecidos, a menudo en editoriales y revistas de difusión limitada, hace difícil la localización y necesaria selección del material existente para cualquiera que se acerque a él. Tanto más cuanto que en este ámbito, a diferencia de lo que sucede en otros, han tenido y tienen una presencia desproporcionada obras de intención política inmediata y escaso rigor interpretativo.

Jordi Canal nos ofrece con este librito corto pero denso un estado de la cuestión, a la vez que reedita los seis artículos —en su opinión— «fundamentales», aparecidos entre 1976 y 1991. La selección de estos últimos está guiada por criterios subjetivos, no podría ser de otra manera, pero sensatos: no hace falta recurrir al análisis cuantitativo de las citas, para descubrir la relevancia teórica para el análisis del carlismo de los trabajos de Aróstegui (*El carlismo en la dinámica de los movimientos liberales españoles. Formulación de un modelo*, 1976), Jaume Torras (*¿Contrarrevolución burguesa?*, 1976), Fontana (*Crisi camperola i revolta carlina*, 1980), Agirreazkuenaga y Or-

tiz de Orruño (*Algunas puntualizaciones sobre la insurrección carlista en el País Vasco: la actitud de los notables rurales*, 1990), Anguera (*Sobre las limitaciones historiográficas del primer carlismo*, 1991) Y Millán (*Contrerevolució i mobilització a l'Espanya contemporània*, 1991). Como suele ocurrir en estos casos, son más discutibles las ausencias que las presencias, pero la exhaustividad está fuera de lugar en una recopilación de textos.

Pese a las divergencias de enfoque y conclusiones, los trabajos incluidos no resultan, desde mi punto de vista, teóricamente incompatibles, entre otras razones porque se mueven en esferas diferentes y porque tienen un alcance geográfico y temporal no siempre coincidente. Ahora bien, la jerarquización de las causas del movimiento o movimientos legitimistas y la identificación de las invarianzas y cambios del carlismo a lo largo del siglo que va de 1833 a 1936, son y seguirán siendo campos abiertos al quehacer historiográfico, en los que los denominadores comunes y las diferencias de los «seis», y de otros muchos, deben ocupar un lugar preferente.

En cualquier caso, la valoración y síntesis de las interpretaciones del carlismo contenidas en estos artículos, no constituye la misión de estas líneas de comentario. Tampoco lo es de *El carlisme. Notes per a un anàlisi de la producció historiogràfica del darrer quart de segle* (1967-1992), estudio de Jordi Canal que abre el libro y en el que se presenta una bibliografía muy completa de la historiografía del carlismo.

Se incluyen además en este capítulo dos apartados en los que se da cuenta, respectivamente, de la producción historiográfica vinculada al carlismo renovador (cuya principal figura es Josep Caries Clemente) y de la respaldada editorial y financieramente por los personajes centrales de la CTC -Comunió Tradicionalista Carlista- (que tiene sus autores más destacados en Bullón de Mendoza y Asín), calificada por Canal de «neotradicionalista». Este clarificador ejercicio de contextualización y descripción de una cierta literatura política, pone el broche a un libro que ha de ser la guía introductoria por excelencia para todo aquel que quiera adentrarse en un campo de estudio tan fructífero como el carlismo.

Juan Pan-Montojo

SUEIRO SEÜANE, SUSANA: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión Marroquí» (1923-1930)*, UNED, Madrid, 1993, 432 pp.

El estudio de la actuación española en Marruecos durante los años de la dictadura primorriverista --origen, planteamiento, estrategias y proceso de resolución al hilo de la guerra hispano-rifeña-- centra el análisis de una cuestión absolutamente clave en la política exterior española del momento, y con indudables repercusiones en la vida nacional. La aportación de la profesora Sueiro constituye, sin duda, un auténtico giro en las investigaciones hasta ahora realizadas, tanto por el análisis metodológico y las fuentes consultadas como por las conclusiones alcanzadas.

En primer lugar, una de las principales aportaciones de la investigación estriba en estudiar el tema no sólo en un ámbito puramente bilateral (hispano-francés), sino multilateral; es decir, teniendo presente el papel de otros actores mediterráneos, como Italia o Gran Bretaña. Este enfoque permite completar y superar las conclusiones que estudios anteriores habían realizado hasta la fecha. Desde esta misma perspectiva, el estudio pormenorizado de la política de franceses, italianos y británicos sirve para conocer cuáles eran las posibilidades y opciones que a España, como potencia de segundo orden en el marco mediterráneo, se le ofrecían. En segundo lugar, y consecuencia en buena medida de lo anterior, resulta especialmente interesante la actitud de Primo de Rivera.

La colaboración hispano-francesa para el sometimiento de Abdel-Krim, los intentos para reafirmar el peso de España en el contexto internacional, y más específicamente en el Mediterráneo, tras las victorias de Alhucemas y Axdir, así como el acercamiento a la Italia de Mussolini y, por último, la imperiosa necesidad de seguir las pautas de franceses y británicos marcan las fases de la política de Primo de Rivera, que si en ocasiones adoptó posiciones desafiantes, al final acabó tomando posturas más realistas y ajustándose a la situación internacional del momento.

Pedro Martínez Lillo

REDONDO, GONZALO: *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*. Tomo I, *La Segunda República* (1931-1936). Tomo II, *La Cuera Civil* (1936-1939), Rialp, Madrid, 1993, 558 Y 671 pp.

Gonzalo Redondo nos ofrece en dos amplios volúmenes una visión panorámica de la historia de la Iglesia española durante la Segunda República y la Guerra Civil. Los materiales empleados en uno y otro son fundamentalmente bibliográficos, con dependencia quizá excesiva en el primero del Arxiu Vidal i Barraquer y en el segundo de De la Cierva, Rodríguez Aisa, Hilari Ragué, Marquina Barrio, Cárcel Ortí y los comentaristas de la obra del Cardenal Isidro Gomá y Tomás. El uso y abuso de estas y otras fuentes de igual naturaleza hacen que la obra que ahora comentamos tenga un perfil sesgado en el que quedan fuera elementos que hubiesen resultado interesantes para una mejor comprensión y análisis de esta parte de nuestra historia.

Salvado este obstáculo del que nadie puede librarse, esta nueva entrega de Redondo debe recibirse agradecidamente porque viene a llenar un hueco y a completar estudios particulares y parciales del devenir de la Iglesia española en la década de los treinta.

En el primer volumen, el dedicado a la Segunda República, el autor, dejándose llevar por su condición sacerdotal y por su peculiar modo de entender la historia, nos ofrece una larguísima introducción (pp. 15-127) bajo el título: «Iglesia, Estado y sociedad en el mundo moderno». En dicha introducción, en la que el autor busca un doble objetivo -situar al lector ante el cuadro amplio de la Historia y advertirle, desde la crisis de la cultura de la modernidad, de la naturaleza singular de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, asistida de forma constante por el Espíritu Santo y a la que para nada afectan en su esencia las alteraciones inevitables de las culturas humanas-, se hace un repaso, bastante singular por cierto, de la modernidad y de los progresos de la libertad. Analiza la Reforma Protestante, los avances de la secularización en España, la aparición de la masonería como ideología de la modernidad, el progreso como secularización de la providencia, la democracia y los sistemas democráticos, el Opus Dei como solución posible de la crisis cultural actual, para terminar con un estudio del pontificado de Pío XI.

En el resto del volumen, dividido en cinco capítulos, se hace un recorrido de la Iglesia española durante la Segunda República. En el

primero se estudia la República y la Iglesia; en el segundo y tercero, las diferentes actitudes que los católicos tradicionalistas y liberales o modernistas tuvieron ante la República; y en el cuarto, bajo un expresivo título: «La amenaza de una revolución comunista», se pasa revista al segundo bienio republicano; terminándose con unas pocas páginas en las que se ofrece un magro balance de estos cinco años.

Echamos en falta que Redondo haya pasado de largo por el casi año y medio que va desde la dejación del gobierno por Primo de Rivera a la proclamación de la República. Hubiese sido mejor haber estudiado los graves problemas sociales, políticos, económicos y de orden público, con el problema religioso de fondo, durante los gobiernos de Aznar y Berenguer que haber presentado el largo capítulo introductorio al que hemos hecho referencia líneas arriba. Fue en este tiempo y en los años de la dictadura primorriveristas cuando cuajaron y se perfilaron las actitudes en contra de la Iglesia. Actitudes que, al fin y al cabo, marcarían el rumbo y devenir de la Iglesia española y también de la República.

Excesiva nos parece la atención prestada a asuntos que aunque tienen cabida dentro de este período, como el papel de «Acción Española», «El peculiar fascismo español», «La carrera militar del general de División Francisco Franco Bahamonde», «La destitución de Alcalá Zamora» y «La conspiración militar anticomunista», dejan en la sombra la vida cristiana del pueblo, los esfuerzos de las órdenes religiosas para adaptarse a una nueva situación, los problemas económicos de los sacerdotes y de sus familias, las discusiones parlamentarias y sus repercusiones en la división del pueblo español, especialmente la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas.

En el segundo volumen se hace todavía más evidente la singular visión que Redondo tiene de la historia en general, y de la historia de la Iglesia en España en particular. La mayor parte del volumen está dedicada al estudio de las siempre difíciles y delicadas relaciones de la Iglesia española con el Vaticano. Siendo éste un problema muy importante y mereciendo atención y cuidado, nos parece exagerado, cuando otros lo han hecho, que el autor le dedique los tres capítulos más largos y enjundiosos de los siete que constituyen el volumen. Olvidándose de la vivencia de la guerra por el pueblo cristiano fiel, de la suerte de las órdenes y congregaciones religiosas, de la labor de los eclesiásticos en los frentes y en las retaguardias, del devenir del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia, de los deseos

de paz de muchos cristianos de a pie y de las manifestaciones religiosas o antirreligiosas de gran parte del pueblo español.

Nos parece que Redondo, siguiendo los planteamientos del prólogo, ha escrito una historia demasiado eclesiástica, en la que el protagonismo lo siguen teniendo los eclesiásticos y sus adláteres; una historia en la que a través de sus páginas -todo el prólogo, los comienzos y finales de cada capítulo, y tramos como el contenido en las páginas 401-404 del primer volumen y abundantes notas- se adivina cierta indoctrinación en la que el autor cae siempre que se olvida del análisis frío y desapasionado de los hechos.

A pesar de las críticas vertidas creemos que la obra de Redondo viene a rellenar, con todas las precauciones necesarias, un hueco con el que hasta ahora nadie se había atrevido. Su aparato crítico, su abundante y bien seleccionada bibliografía, sus interesantes y acertadas ilustraciones, su impecable impresión (excepto el índice general del segundo tomo), la avalan como una obra a tener en cuenta.

Alfredo Verdoy

ORDOVÁS, JOSÉ MANUEL: *Historia de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas. De la Dictadura a la Segunda República, 1923-1936*; MONTERO, MERCEDES: *Historia de la Asociación Nacional de Propagandistas. La construcción del Estado Confesional, 1936-1945*, EUNSA, Pamplona, 1993, 335 Y 386 pp.

Todos hubiéramos deseado que la historia de la Asociación (ACN de P) abarcara sus momentos fundacionales (1908), tal como surgió de la mente organizativa de su fundador, el padre jesuita Angel Ayala. Ahora bien, estos dos volúmenes, prologados por el doctor Gonzalo Redondo, sólo nos presentan, de una manera excesivamente sintética, la historia de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas desde 1923.

Tanto el tomo escrito por José Manuel Ordovás como el redactado por Mercedes Montero no pasan de ser una glosa y una ampliación del *Boletín* de la Asociación. El uso del mismo es excesivo. En muchos momentos, uno tiene la impresión de estar leyendo directamente el *Boletín*; perdiéndose y diluyéndose, en consecuencia, la historia real de la ACN de P. Lo que los dos libros nos ofrecen no dejan de ser pequeñas noticias, referencias indirectas, alusiones personales

y políticas, documentos pontificios y episcopales que ocultan la verdadera historia de los Propagandistas.

Nos extraña mucho que tanto Ordovás como Montero no se hayan servido de los archivos particulares de los propagandistas, ni tampoco de los archivos, que ciertamente existen y funcionan bien, de las instituciones relacionadas con la ACN de P (como la Compañía de Jesús, la Acción Católica en sus diversas etapas, *El Debate*, *Ya*, *Efesia*, el CEU y el Colegio Mayor de San Pablo, etc.). De haberlos utilizado, el resultado de sus investigaciones hubiese sido muy otro. Hoy conoceríamos mucho mejor la ACN de P, no tendríamos que seguir dependiendo a la fuerza de la tendenciosa obra de José Luis Simón Tobalina (1973) Y complementaríamos las excelentemente informadas y redactadas de José María Carda Escudero.

Todo lo que se diga a continuación, por importante que sea, no deja de ser accidental. Nuestro desconocimiento de la ACN de P apenas si se ha colmado. El estudioso tiene graves dificultades para conocer las entrañas y la intrahistoria de este movimiento.

Alfredo Verdoy

TUSELL, JAVIER, YQUEIPO DE LLANO, CENOVEVA: *El catolicismo mundial y la guerra civil de España*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1993, 384 pp.

En situación de guerra las matizaciones desaparecen, dado que las posturas de los protagonistas tienden a polarizarse y, por tanto, a desplazarse a posiciones extremas. Esta norma es aún más acusada si se trata de una guerra civil. Lo fácil es encontrar planteamientos, que abandonando los puntos de coincidencia, incidan sobre todo en propuestas encontradas. El principal mérito del libro que comentamos es precisamente la búsqueda de opiniones matizadas, que nos dibujen un panorama de «angustias» personales, dada la violencia con que se produjo el enfrentamiento.

Si bien es evidente que al final de la contienda la inmensa mayoría de los católicos se alinearon con el nuevo Régimen, no es tan evidente que todos los católicos tuviesen la misma valoración sobre el sentido de la guerra, ni sobre las «barbaridades» que en la misma se venían produciendo.

Una serie de hechos fueron señalando la progresiva toma de postura de la mayoría de los católicos a favor de Franco. Así, de la confusión inicial se pasó a un creciente alineamiento con el bando sublevado, marcado por la existencia de «persecuciones» contra el clero y todo aquello que tuviese algo que ver con el mundo católico. No obstante, tanto el tema de los sacerdotes vascos como el bombardeo de Guernica o los bombardeos sobre objetivos civiles supusieron frenos hacia esa toma de postura, atormentando numerosas conciencias. Buen ejemplo de ello es el caso del novelista francés Georges Bernanos que, inscrito dentro de la extrema derecha, no pudo soportar la represión realizada por los sublevados en Mallorca y, sobre todo, la utilización -no sé si sería más correcto hablar de justificación- del «instrumento eclesiástico» en la misma.

Otro dato a tener en cuenta en este sentido es la *Carta Colectiva* de los obispos españoles (no suscrita por Vidal i Barraquer, Múgica e Irastorza), que tiene su origen en «una conversación entre el primado y Franco». Pese a que los autores muestran que el auditorio al que iba destinada era el mundo católico de fuera de España, el negar su influencia en el interior de España, dada su limitada difusión, no nos parece del todo acertado.

Los países sobre los que se ha realizado la investigación son Francia, Italia, Gran Bretaña y los Estados Unidos. La selección, sin lugar a dudas, es acertada y sobre todo representativa, siendo especialmente interesante el caso de Francia. De dicho estudio se pueden obtener algunas conclusiones; las más importantes, a nuestro entender, se refieren a la pluralidad de posturas existentes y las aportaciones teóricas de Jacques Maritain y de Luigi Sturzo.

En cuanto a la pluralidad de posturas, excepto en el caso italiano (que se explica por el régimen político), muestra la vitalidad del pensamiento católico en sociedades democráticas, donde las opiniones difieren en función de la base social a la que pertenecen los feligreses, a la correlación de fuerzas con otras religiones (en minoría en Gran Bretaña y Estados Unidos), e incluso a la orden religiosa a la que se pertenece; en este sentido llama la atención el papel jugado por los dominicos.

Por lo que respecta a las aportaciones teóricas, la parte de mayor interés del libro, la más importante y debatida a lo largo del conflicto fue la de Maritain. Refiriéndose a la guerra civil, Maritain condenó la idea de «guerra santa» o de «cruzada», insistiendo en que la

misma era un acontecimiento de carácter político y social más que religioso. Junto a dicha condena buscó la consecución de la paz sin vencedores ni vencidos, participando activamente en el *Comité por la paz civil y religiosa en España*. Para llegar a la paz era necesaria la mediación, a través de una acción internacional concertada que abandonase la política de la no intervención. Dicha postura suponía que frente a la guerra la única solución era la democracia, y por ella era necesario hacer todos los esfuerzos posibles, en los que el Vaticano no podía estar ausente. El caso de Sturzo fue también significativo: para él la guerra no era una solución, ni el papel de la Iglesia junto a los vencedores de la misma se podía considerar como positivo, dada la hipoteca que ello iba a suponer en el futuro. La Iglesia no podía supeditar sus intereses a los de los sublevados y debía de jugar en España un papel pacificador.

Es evidente que con el tiempo ambas posturas demostraron su solidez. Pero también es evidente que no fueron acogidas en su momento, constituyendo tan sólo un punto de referencia para algunos católicos que veían en la democracia el futuro.

Alvaro Soto Carmona

BLANCO RODRÍGUEZ, JUAN ANDRÉS: *El Quinto Regimiento en la Política Militar del PCE en la Guerra Civil*, UNED, Madrid, 1993, 437 pp.

El libro que reseñamos constituye, a mi juicio, un trabajo sólido y riguroso sobre el Quinto Regimiento como elemento fundamental de la política de guerra del PCE durante el conflicto civil de 1936-1939 en España.

El profesor Juan Andrés Blanco analiza, a través del estudio del fenómeno miliciano, tanto la política militar del Partido Comunista de España en relación con la sublevación antirrepublicana, como el papel de los comunistas españoles en la guerra civil. Desde estos dos ángulos contribuye con una aportación muy novedosa al conocimiento de un conflicto y un Partido, necesitados de un mayor rigor científico, alejado del sesgo ideológico que ha venido confundiendo el período de 1936 a 1939. Según su autor, el Quinto Regimiento obedeció a unos planteamientos militares del PCE de carácter moderado que hacían hincapié en el reforzamiento de las instituciones republicanas

frente a los nuevos órganos de poder revolucionario, intentando vincular a las clases medias y a las masas campesinas al esfuerzo militar republicano. Para demostrar ese aserto, el profesor Blanco Rodríguez lleva a cabo un importantísimo estudio social, profesional y sociográfico de las milicias y milicianos que formaron parte del Quinto Regimiento, mediante el cual conocemos su composición, fundamentalmente campesina, sobre todo de jornaleros; por supuesto, están presentes obreros industriales, pero anotamos también un porcentaje significativo de funcionarios, profesiones liberales, estudiantes e incluso empresarios; resalta, asimismo, la juventud de sus miembros -veinticinco años- y la importante presencia de mujeres -amas de casa- en su seno.

El Quinto Regimiento, como reflejo de la voluntad comunista de resistencia frente a la sublevación, no fue únicamente una unidad de milicias al estilo del resto de las milicias republicanas, sino que expresa la idea de poner las bases de un nuevo tipo de ejército popular, con jefes capaces, políticamente seguros, adaptado a las nuevas condiciones de la guerra y a la pluralidad política del Frente Popular. Para el PCE, frente a un enemigo organizado era necesario mantener una política de unidad y defensa del Frente Popular, posponiendo cualquier veleidad revolucionaria.

Miguel Angel Perfecto

TUSELL, JAVIER: *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 1993, 478 pp.

La lectura del libro de Javier Tusell deja clara la influencia de Carrero en las actuaciones de Franco desde fechas muy tempranas. En el mismo no aparecen señaladas otras influencias, ni tampoco se hace referencia a las decisiones propias de Franco, que por la naturaleza del régimen debían de ser las más numerosas y decisivas. En todo caso parece claro que no sólo Carrero, sino también otros asesores, ministros o personas participantes en el Movimiento, enviaron sus «recomendaciones» o «consejos» a Franco con la obvia intención de que se tuvieran en cuenta. Y no es descartable que una parte de ellas fueron posteriormente concretadas en acciones de gobierno.

Lo que más llamó la atención en el caso de Carrero es su *continuidad* y su interés por la *institucionalización* del régimen, que de-

bemos de recordar que no se concreta legalmente hasta 1967 con la *Ley Orgánica del Estado* y, de hecho, hasta 1969 con el nombramiento de Juan Carlos de Borbón como «sucesor». Con lo cual, pese a la influencia, sus proyectos más decisivos se hicieron esperar.

Existe un primer nivel en el pensamiento de Carrero, que podríamos denominar teórico, que se sitúa dentro de las corrientes tradicionalistas y que se mantiene firme durante toda su vida. Dicho pensamiento se explicita en diversos documentos que llegan hasta 1973, poco antes de su asesinato. Sus principios son inamovibles: monarquía antiliberal, catolicismo integrista, negación de los partidos políticos, anticomunismo, nacionalismo, militarismo y absoluta confianza en la misión providencial del «Caudillo» en España.

En ellos es evidente que se contiene una defensa con cierto nivel de desarrollo intelectual, aunque con argumentos que en ocasiones caen en simplificaciones; no obstante, el hecho de no sufrir variación los convierte en «inmovilistas» y supone un lastre en su actuación política. Es sumamente expresivo en tal sentido que en 1973 siga pensando que los peligros que amenazan a España son los mismos de 1939 (p. 429), siendo la receta para afrontarlos la de siempre: represión. Y no deja de ser significativo, aunque pueda parecer anecdótico, que piense en 1973 que el baile, la música, los «melenudos», el cine, la televisión, los libros, etc., conducen a la decadencia de España.

Existe un segundo nivel, referido a su actuación política, que sin lugar a dudas es el más interesante, y que en ciertos casos entra en contradicción con los principios enunciados. Son estas actuaciones las que le permiten primero criticar, y luego evitar la constitución de un partido único; o le llevan a favorecer la creación de una administración moderna e independiente, e incluso a aplaudir e impulsar el cambio de rumbo de la política económica, más acorde con los principios del mercado; o, en el plano internacional, a alentar la alianza con los Estados Unidos, pese a lo «infantil» que es dicho país.

En este caso sus actuaciones, entendiéndolas como positivas, se explican más, a nuestro entender, por la necesidad de conseguir una mejora en el bienestar de los españoles que permita una mayor duración del régimen, que en un íntimo convencimiento personal. Lo importante para Carrero era mantener el régimen surgido con la Guerra Civil. Con ello cabía la esperanza de que la sociedad se adaptase a los principios por él defendidos y no al contrario, es decir, dar

la palabra a la sociedad para que diseñase el régimen que estimase conveniente.

Las convicciones monárquicas fueron una constante en su vida. No era partidario de una monarquía liberal que conduciría, según su opinión, al comunismo; sino de una monarquía tradicional *instaurada* por la victoria en la Guerra Civil. Ello le llevó a apostar decididamente tanto en 1947 como en 1967-1969, primero, por una concreta definición del régimen, y después por una «definitiva» institucionalización del mismo. La monarquía, que sin duda posibilitó la transición, no fue la querida por Carrero, ya que la concepción que él tenía estaba muy lejos de la monarquía parlamentaria. Toda especulación en el sentido de que Carrero facilitó la transición resulta estéril.

Cada vez resulta más evidente que es difícil mantener como una constante para todo el período (1939-1975) la existencia de las «familias políticas» dentro del régimen de Franco. Si bien es verdad que dicho esquema es útil para las dos primeras décadas del régimen, resulta altamente dudoso desde 1957, siendo necesario definir a partir de dicho año los conflictos intrarrégimen en función de «posturas» políticas y no de «familias». En tal sentido la institucionalización del mismo no implica una forma de aperturismo, sino de consolidación.

El libro de Javier Tusell viene a enriquecer el panorama historiográfico sobre unos años decisivos de nuestra historia reciente. No obstante, no es una obra definitiva, a diferencia de otros trabajos del autor. Los documentos aportados como novedad no implica un replanteamiento de los estudios que se venían realizando. En cierta forma, las expectativas levantadas por este libro son mayores de las que del mismo se derivan.

Alvaro Soto Carmona

SATRÚSTEGUI, JOAQUÍN, y otros, *Cuando la Transición se hizo posible. El «Contubernio de Munich»*, Tecnos, Madrid, 1993, 329 pp.

El XXV aniversario del llamado «Contubernio de Munich», en junio de 1962, fue aprovechado por el Consejo General Español del Movimiento Europeo para celebrar en junio de 1987 unas jornadas sobre el significado histórico de aquel acontecimiento. La presente publicación recoge el resultado de ese coloquio, que quedó dividido en

dos bloques: el primero dedicado al estudio del acto de Munich mediante las ponencias de diversos especialistas (Charles Powell, Javier Tusell, Paul Preston y Antonio Truyol); y el segundo, con los testimonios de los participantes en el Congreso de Munich (Joaquín Sarrústegui, José Vidal-Beneyto, Jaime Miralles, Enrique Gironella, José Federico de Carvajal.). El libro se completa con un amplio apéndice documental con textos, obtenidos tanto de archivos públicos como privados, relacionados con la reunión de Munich y la consiguiente reacción de la dictadura.

El encuentro en Munich del antifranquismo del interior con el del exilio dio una dimensión completamente diferente a la oposición al sentar las bases, como se vería en la década de los setenta, para la posterior transición pacífica de la dictadura a la democracia. Dos elementos están en la base de esa proyección: por una parte, el hecho de que monárquicos y republicanos cedieran en la cuestión fundamental de la forma del Estado, obstáculo que hasta entonces alejaba cualquier posibilidad de acuerdo entre ambos sectores. Por otra, la declaración de Rodolfo Llopis a Sarrústegui en el sentido de que el PSOE defendería la solución republicana, pero respaldaría la Monarquía si ésta facilitaba la llegada de la democracia. La Guerra Civil, en palabras de Salvador de Madariaga, terminaba en la ciudad alemana el 6 de junio de 1962.

La reacción de la dictadura, violenta y difamadora (suspensión del Fuero de los Españoles, confinamiento en las Islas Canarias a los participantes del interior, ataques insultantes desde la prensa), se explica, en opinión del profesor Tusell, no tanto por el ambiente de agitación social que se vivía por entonces, ni por la actitud de los círculos del «europeísmo oficial», sino por la aparición de una nueva oposición que no era exclusivamente la oposición exiliada, y que además había tenido éxito. Una oposición interior mucho más joven, agrupada en torno a la idea de Europa.

En esta misma dimensión, Munich reveló, en opinión de Preston, tres elementos básicos: la fuerza creciente de todos los grupos antifranquistas y su voluntad de actuar públicamente y al unísono; la existencia de una oposición moderada y democrática que podía relacionarse con la izquierda y establecer un diálogo que mostrara una salida no sangrienta para España; y, finalmente, las falsas pretensiones europeístas del régimen, que en febrero de ese año había intentado la asociación a la Europa comunitaria.

El espíritu de Munich contribuyó, en conclusión, a superar la división entre los españoles, entre vencidos y vencedores en 1939 y creó, al rechazarse una solución violenta para el término de la dictadura, el germen del consenso que posibilitaría la transición, la Constitución de 1978 y el ingreso en Europa.

Pedro Martínez Lillo

MATEOS, ABDÓN: *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español 1953-1974*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 1993, 502 pp.

Una de las características principales de *El PSOE contra Franco...* es el uso abundante y concienzudo de fuentes documentales -incluida una amplia lista de testimonios personales- sobre el que descansa. Sólo así se ha podido dar cuenta de más de dos décadas de historia de las organizaciones socialistas -aunque el título puede sugerir otra cosa se ha seguido asimismo la trayectoria de la UGT- de una manera particularmente minuciosa. Además, aunque la producción historiográfica sobre el socialismo español no es precisamente exigua, las décadas de los años cincuenta y sesenta todavía no habían sido abordadas con suficiente profundidad. En este sentido, este libro viene a cubrir un importante vacío.

Nuestro autor, por otra parte, trata de refutar la extendida imagen sobre las organizaciones socialistas durante el período franquista, según la cual el fraccionalismo y las querellas internas, además de las rupturas históricas, habían sido rasgo distintivo de tales organizaciones. De este modo se defiende la hipótesis que insiste en la superación de las divisiones que habían marcado al socialismo español en los años treinta y en la continuidad orgánica (*vid.* p. XXIII). Pero esta polémica, que ya había sido enunciada por el autor (en *Ayer* núm. 6, 1992, pp. 139-146) resulta, a mi juicio, un tanto falsa. Porque a lo largo del medio millar de páginas de *El PSOE contra Franco...* queda claro que la continuidad orgánica, garantizada sobre todo en el exilio, se llevó a efecto. De ese modo, el Partido Socialista se configuró como un polo de referencia, de alternativa democrática, al franquismo. Ahora bien, leyendo esas mismas páginas, pueden entresacarse no pocas desavenencias. Unas veces, la línea de fractura se situó entre el exilio y el interior; otras, entre la militancia más ve-

terana y los nuevos grupos que fueron incorporándose al área del socialismo.

Del mismo modo, el libro aborda los cambios operados a partir del final de los años sesenta en el partido y en la VGT. Cambios que resultaron capitales en el camino hacia los resultados electorales de octubre de 1982. Que esos cambios se denominen o no ruptura me parece una cuestión menor, que reduce el anunciado debate a una polémica terminológica. Así pues, lo relevante de este libro no es el debate que se nos anuncia en sus primeras páginas, sino la abundante información que proporciona sobre el socialismo español durante la dictadura franquista.

José Babiano

BOTREL, JEAN FRANÇOIS: *Libros, Prensa y Lectura en la España del siglo XIX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1993, 682 pp.

Debemos felicitar a la Fundación Germán Sánchez Ruipérez por la iniciativa de recopilar en un solo volumen dieciséis de los numerosos trabajos que Jean François Botrel ha dedicado a «la historia del libro y la lectura» en la España del siglo XIX. Es una manera de acceder a sus aportaciones, dispersas en diversas publicaciones, y sobre todo de valorarlas.

Primero fueron los ciegos, parece decirnos el profesor Botrel con los tres artículos que abren el volumen. Desde mediados del siglo XIV en muchas villas y lugares castellanos se crearon hermandades de ciegos «con fines de devoción y ayuda mutua». Estas hermandades, sin embargo, pronto trascendieron sus primeros cometidos y se convirtieron en organizaciones gremiales que pretendían reglamentar las actividades que entonces realizaban los ciegos: rezar acompañados de instrumentos musicales y vender los papeles públicos. En la Villa y Corte la Hermandad de Ciegos se creó más tarde. En 1851 tres ciegos gallegos fundaron la Hermandad de Nuestra Señora de la Visitación y Animas del Purgatorio, que controló la difusión cultural a través de impresos de cuatro o menos hojas sobre los que obtuvo privilegios. «Las gacetas, las relaciones, los almanagues, los calendarios, las novenas, los romances de reos de muerte, los romances de ciegos y demás papeles de diversión y devoción» eran vendidos por los

miembros de la Hermandad. Desde mediados del siglo XVIII el peso de la hermandad de ciegos decayó en la Corte. El desarrollo de la prensa moderna, unido a las normas liberalizadoras promulgadas por los gabinetes reformistas terminaron con su monopolio. Como señala Botrel, «la decisión de 1836 de disolver la Hermandad es la señal tanto de una filosofía opuesta a los gremios como de que otras formas de información han sustituido a los papeles sueltos».

A lo largo del siglo XIX y principios del XX se produjo una verdadera «revolución» en los medios de comunicación escritos. Así entre 1868 y 1914 se multiplicó por tres el número de títulos publicados. Como nos recuerda el autor, este cambio no puede explicarse sin atender a las transformaciones producidas en el aspecto material de la producción del impreso. La fabricación de papel continuo, gracias a la mecanización de la industria papelera española y la evolución de las máquinas y de las técnicas impresoras, posibilitaron la producción de impresos. Pero también era necesario un incremento en la demanda que sólo la aparición de lectores podía producir. Aunque los progresos en la alfabetización fueron sorprendentes —en 1860, sólo un 20 por 100 de la población total sabía leer y escribir; en 1920, el porcentaje era de un 46,31 por 100— todavía no había muchos lectores. Las tiradas editoriales eran muy pequeñas, lo que demuestra que «para comprender la comunicación impresa es preciso que intervengan otros factores como pueden ser los niveles de escolarización, los niveles económicos y culturales, los hábitos del consumo cultural, etc.».

Era imprescindible, para concluir este «viaje» a través de los libros y los lectores de la España decimonónica, afrontar el estudio de la empresa editorial y las relaciones entre autores y editores. Las excelentes páginas dedicadas a una de las editoriales educativas más prestigiosas: la Casa Hernando de Madrid, así como las centradas en las relaciones entre Clarín y su editor, y las de Juan Valera con *El Centenario*, sirven para recordarnos una carencia de la historiografía: está por hacer la historia de la edición española. Sin embargo, «carencias» más graves debían tener las librerías madrileñas del siglo XIX. El éxito de los libreros franceses asentados en Madrid, y de sus «gabinetes de lectura», muestran las deficiencias de los libreros españoles. El propio Galdós, nos recuerda Botrel, alude en *España Trágica* al importante papel que librerías francesas, como la de Casimiro Monier, jugaron en la vida intelectual madrileña. «Era una es-

pecie de aduana intelectual por donde recibíamos la importación de la cultura europea»; y continúa humilde Galdós, «han entrado por ella... el cúmulo de ideas que, embaladas en las masas de papel, han pasado de los grandes cerebros del siglo a la fácil asimilación de nuestras ávidas entendederas».

Carmen de la Guardia

BOTTI, ALFONSO: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, 182 pp.

Más que un fenómeno expresión y causa del atraso y contradictorio con el desarrollo, el nacionalcatolicismo sería, en palabras del propio autor, «una ideología que ha intentado garantizar las condiciones, en el marco de las cuales el desarrollo capitalista del país pudiera realizarse al margen de los peligros -revolución y secularización- implícitos en la modernización capitalista. Una ideología, por consiguiente, no arcaizante ni antimoderna, sino preocupada por filtrar los aspectos evaluados como compatibles con la modernidad y en diálogo constante con ella» (p. 20).

La hipótesis de partida resulta, desde luego, interesante, aunque no del todo nueva. En efecto, ya fue ensayada por Jeffrey Herf en *El modernismo reaccionario* [México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1990 (ed. orig. inglesa, 1984)] en relación a la cultura e ideología política alemanas durante la República de Weimar y el Tercer Reich.

Así pues, con el supuesto inicial ya señalado, en *Cielo y dinero* se pasa revista al pensamiento católico español (o mejor aún: a sus intelectuales), indicando el repertorio de ideas presentes a lo largo de su trayectoria y que de un modo u otro han sido señalados por la historiografía: nacionalismo, identidad entre nación y religión, panhispanismo y rechazo del liberalismo político y de la filosofía de la Ilustración. Pero, al mismo tiempo, Botti entresaca de este pensamiento el encuentro entre catolicismo y capitalismo. De este modo llama la atención sobre la defensa del proteccionismo económico en Menéndez Pelayo; la valoración positiva del dinero en Ramiro de Maeztu; la defensa de la organización corporativa del Estado capitalista en Calvo Sotelo; el diseño de las relaciones entre el capital privado y el Estado en Areilza o Castiella; y, por citar un último caso, la compa-

tibilidad entre modernidad tecnológica y catolicismo, defendida por los intelectuales agrupados en torno a la *Revista de Estudios Políticos* y a *Escorial*.

Todo ello se presenta de manera sintética, añadiendo el autor un comentario final sobre la bibliografía existente que, por su puesta al día, resultará de evidente interés para el lector.

Sin embargo, dada la envergadura de la hipótesis inicial, ya comentada, y su posterior desarrollo, al concluir la lectura queda la impresión de que algunas cuestiones de relevancia han quedado por resolver o al menos sin enunciar. De este modo, el hecho de que el nacionalcatolicismo haya permanecido sustancialmente invariable en sus formulaciones, a pesar de los cambios económicos operados, hubiera merecido una argumentación más amplia. Algo parecido sucede con otro aspecto no menos importante; nada se nos aclara sobre los mecanismos mediante los cuales el nacionalcatolicismo resultó operativo. Dicho de otra forma: no se nos explica de qué modo esta ideología logró generar un amplio consentimiento durante tanto tiempo.

José Babiano

FOLGUERA, PILAR (comp.): *Otras visiones de España*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 1993, 277 pp.

Los trabajos reunidos en este volumen nos ofrecen nuevos aspectos de nuestro pasado que hasta ahora habían sido poco o nada tratados por los historiadores españoles. Como escribe Pilar Folguera en el prólogo, lo que unifica estos trabajos es el estudio de las relaciones existentes entre el ámbito de lo privado, es decir, el mundo del hogar, la mujer y la familia, y lo público, monopolizado hasta fechas muy recientes por los hombres. Hay un segundo aspecto implícito en las siete colaboraciones, aunque éste no sea tan visible: de forma indirecta lo que están haciendo es mostrarnos cómo se construyen las identidades sociales y el reparto de papeles, bien sea de las mujeres, de los hombres o de las propias clases sociales y de sus relaciones entre sí. Los estudios firmados por Michelle Perrot, Guadalupe Gómez-Ferrer, Daniele Bussy Genevois y Pilar Folguera analizan las conexiones entre los cambios político-sociales y el ámbito de lo privado, que es lo mismo que hacerlo del papel adjudicado a la mujer y sus rela-

ciones con los hombres. La primera consecuencia que sacamos de estos textos es que no existe ningún espacio de la vida ni tampoco de la identidad individual que sea impermeable al propio tiempo histórico; y en esto hay que incluir los aspectos más íntimos y privados. Repitiendo lo dicho de muchas formas, y desde diferentes disciplinas, la historia cumple su función genealógica y nos muestra que no existe una naturaleza humana ni una biología que explique el lugar de la mujer y sus relaciones con los hombres, sino una sucesión de discursos científicos, prácticas sociales, legales y políticas que definen, objetivan y convierten en sujetos morales que nos hacen ser lo que somos en cada período histórico. Esto es lo que hacen estas monografías con el seguimiento de los elementos que definen el horizonte del mundo de la mujer española contemporánea, y de cómo asumen un sistema de valores y comportamientos como exclusivos y propios.

Si estos estudios centran su interés en la evolución del papel de la mujer y las relaciones que existen con los ritmos modernizadores y regresiones arcaizantes del conjunto de la sociedad española, el trabajo de Pérez Ledesma nos introduce en la conciencia privada de la burguesía y, a través de ella, en la visión que tienen de las clases populares, y en los miedos y temores que determinan su comportamiento; hasta el punto de que, si no contamos con ellos, no se pueden comprender actitudes defensivas que los propios acontecimientos no justifican. La incorporación del miedo como una variable en el comportamiento social y la percepción que se tiene del otro, en este caso de las clases populares en la época de la Restauración, supone incorporar nuevos elementos imprescindibles para explicar la conflictividad social de esos años.

Con Alberto Reig entramos en otra parcela de lo privado. Pero en este caso se trata de acceder a la intimidad de los hombres en los momentos en los cuales tiene la sospecha o la certeza de que va a morir en un plazo corto o inmediato de tiempo. Adentrarse en un instante tan crucial en la condición humana es hacerlo también a los momentos en los cuales el hombre puede mostrar sus aspectos más singulares y reveladores. Aprovechando la correspondencia y diversos testimonios autobiográficos, Reig Tapia nos extrae los instantes más significativos y emocionantes de los condenados a muerte durante la guerra civil y la posguerra, y las humillaciones que vivieron los derrotados durante esos años. El último trabajo, de María Angeles Durán,

no es histórico, sino estrictamente sociológico. Nos sitúa en el cierre de todas las historias anteriores, pues nos muestra cuáles son las expectativas, las necesidades y deseos de los españoles en un año, el de 1991, que desde la perspectiva histórica podemos considerar como optimista: los españoles miraban con cierta confianza hacia el futuro, y los valores que presidían sus vidas eran los propios de una sociedad europea consumista moderna y tolerante. Trabajo que necesita la dimensión histórica que tienen los anteriores para alcanzar su verdadero sentido.

Pedro Trinidad

MILLER, STEPHEN: *Del Realismo/Naturalismo al Modernismo: Galdós, Zola, Revilla y Clarín (1870-1901)*, Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1993, 218 pp.

Gracias a la investigación del profesor de la A&M University de Kansas Stephen Miller, quien continúa la línea abierta con anterioridad por Yvan Lissorgues en el Congreso que sobre el naturalismo español de la segunda mitad del siglo XIX tuvo lugar el año 1987 en Toulouse, y por el artículo de este mismo autor «Crisis del Realismo», incluido en el libro de Salaün y Serrano *1900 en España*, sabemos que el paso del naturalismo al modernismo acaeció de manera diferente a como se había pensado durante muchos años. La constatación viene dada en estas páginas gracias a un análisis documentado y riguroso de la crítica literaria y su evolución durante el último tercio del pasado siglo, tal y como la ejercieron Manuel de la Revilla y «Clarín» teniendo la novela de Galdós como referencia. En este sentido el libro completa anteriores estudios de Barrón sobre Revilla y de Besser sobre «Clarín»; pero al poner en contacto a los tres escritores permite analizar las relaciones entre ellos y la evolución de su pensamiento (sobre todo en lo que a Galdós y «Clarín» concierne, puesto que Revilla muere en 1881), al tiempo que muestra cómo la crisis del realismo/naturalismo no se produjo con el advenimiento del modernismo, sino en el propio seno de la estética realista y coincidiendo con su culminación hacia mediados de los ochenta. Adquiere así este libro mayor interés al mostrar el enorme dinamismo de los autores que habían alcanzado la mayoría de edad alrededor del 68 y su sensibilidad para adecuar estéticas al hilo de la propia evolución

cultural y social de la sociedad española, sin dejar de mirar lo que en Francia sucedía, y nos deja ver que la articulación de estos autores con la generación de finales de siglo no se produjo tal y como estos últimos nos habían presentado. Es la Generación del 68 quien, en gran medida y por desenvolvimiento, trae la estética que representan los noventayochistas y modernistas, no éstos quienes crean *ex novo* frente a aquéllos. Esta autopercepción, que tuvieron también escritores de las generaciones anteriores a la Guerra y que les llevó a repudiar a autores como Galdós y «Clarín», debe ser revisada en profundidad a la vista del estudio del profesor Miller.

Así pues, el interés del libro supera el ámbito de lo literario y supone una importante contribución para completar la historia de la cultura española de un período que cada vez se nos aparece como más importante. Quizá podrían haberse matizado algunas ambigüedades si se hubieran tenido en cuenta aspectos contextualizadores extraídos del pensamiento filosófico y otros ámbitos. Igualmente, aun pareciéndome la organización del libro muy correcta, pues se atiende escrupulosamente a la cronología de los textos, podría haber suavizado la densidad en aras de no oscurecer el hilo conductor. Mas esto no significa nada respecto de la aportación de fondo que el libro realiza y que está señalada con anterioridad.

José Luis Mora

MACÍAS PICAVEA, R.: *El problema nacional*, Colección «Biblioteca Regeneracionista», Fundación del Banco Exterior, Madrid, 1993, 344 pp.

A comienzos de 1993 la Fundación del Banco Exterior publicó una reedición de *El problema nacional*, de Ricardo Macías Picavea, volumen que hace el número 11 de la colección «Biblioteca Regeneracionista», dirigida por José Esteban. El libro lleva un prólogo de Carlos Serrano, breve, pero muy certero, que ayuda eficazmente al lector a contextualizar el tema y a centrar el significado de la figura de Picavea. La presente publicación es oportuna, pues las dos ediciones anteriores de la obra, realizadas en la posguerra, la de Seminarios y Ediciones del año 72 --que además no era íntegra-- y la del Instituto de Estudios de la Administración Local del 79, estaban desde hace tiempo agotadas. Y no menos encomiable es la tarea emprendida.

didada desde 1986 por la Fundación con la puesta en marcha de la citada colección. Anteriores al libro de Macías Picavea han sido publicados los siguientes: *Discursos forenses*, de Meléndez Valdés; *Historia de la economía política española*, de Colmeiro; *El credo de una religión nueva*, de S. Alvarez; la *Memoria*, de I. Olavarría; *El atraso de España*, de Ciménez Valdivieso; *Las desdichas de la patria*, de V. Fité; *La ciudad castellana*, de Senador Cómez; *Regeneración económica*, de Pando y Valle; *Cartas*, de F. CabaITÚs, y *Los males de la patria*, de Lucas Mallada.

Esta recuperación del legado regeneracionista me parece valiosa y acertada. Pienso que el regeneracionismo ha sido víctima de ciertos enfoques inadecuados y de perversas utilizaciones políticas. Por un lado, se ha practicado con él un doble reduccionismo, uno temático y otro cronológico. Es bien sabido que a partir de 1960 se produjo una verdadera avalancha bibliográfica sobre Costa, y esto, con ser positivo, ha generado a veces una simplificación; si bien Costa fue regeneracionista, no todo el regeneracionismo fue costista. Asimismo, si partimos de la consideración del regeneracionismo como una línea de pensamiento que arranca de la Ilustración y continúa de modo coherente con el positivismo, no se puede agotar su estudio en el movimiento de fin de siglo. Este fenómeno, al que en más de una ocasión he definido como «urgencia reformista más positivismo», no sería otra cosa que la culminación teórico-práctica de esa trayectoria aludida: Fenómeno que, además, tiene unos antecedentes inmediatos en la etapa positivista de la *Renaixença catalana -España tal como es* (1886), de Almirall; *Ensayos de crítica inductiva sobre asuntos españoles* (1887), de Cener, etc.- y en los positivistas castellanos de los años setenta y ochenta.

Por otro lado, el regeneracionismo ha padecido también un frecuente tratamiento ideológico. El ejemplo más flagrante en este sentido fue la instrumentalización que de él hicieron pensadores y políticos de las dos dictaduras. Como eficaz testimonio en el caso de la primera tenemos el libro de Dionisio Pérez *El enigma de Joaquín Costa. ¿Revolucionario? ¿Oligarquista?* (Madrid, 1930). Luego vendría el artículo de E. Ciménez Caballero «Joaquín Costa y Alfredo Oriani», en *La conquista del Estado* (2,21 de marzo de 1931). Más tarde, en la dictadura franquista, se inicia en los años cincuenta un intento de aprovechamiento y domesticación de Costa, hecho que se acentúa con la irrupción de un pensamiento oficial de signo tecno-

crático, a tono con los Planes de Desarrollo. Tal vez influido por estas circunstancias, publica en 1961 Tierno Calván su libro *Costa y el regeneracionismo*. Creo que Tierno, a pesar de su valía intelectual, no estuvo afortunado en este trabajo: entre otras cosas, confunde costismo con regeneracionismo y no hay manejo alguno de fuentes primarias.

Precisamente, Macías Picavea ha sido uno de los autores regeneracionistas más castigados por estas interpretaciones ideológicas. En 1947 aparece en Valladolid el libro de Oscar Pérez Solís *Macías Picavea*. y luego el propio Tierno le dedicaría un ensayo de rótulo bien expresivo: *El prefascismo de Macías Picavea*. Pero de nuevo nos topamos con la ausencia de investigaciones rigurosas. Se desconoce, por ejemplo, la labor de Picavea en el periódico *La Libertad* y su prolongada militancia republicana, siendo éstos datos fundamentales para entender el auténtico significado de su obra. Está claro que estos hombres no eran ni revolucionarios ni prefascistas, y es preciso acercarse con detenimiento a la situación española de la época para enjuiciar debidamente el repertorio de sus actitudes políticas, fruto muchas veces de la pura desesperación e impotencia.

Bienvenida sea, pues, esta edición de *El problema nacional*, de Ricardo Macías Picavea. Constituye sin duda un buen soporte para conocer una línea de pensamiento que en gran medida sigue siendo válida hoy día y que, desde luego, resulta más eficaz y operativa de cara a la modernización de España que otras corrientes intelectuales de índole metafísica y estetizante, que nos ofrecen una visión esencialista de los problemas nacionales y que suelen practicar un nacionalismo añejo y de corto alcance. El regeneracionismo, en cambio, a la par que sus afanes reformistas, realizó importantes contribuciones al conocimiento científico de la realidad natural y social hispana, y trató de racionalizar la actividad política en un sentido estrictamente positivo, esto es, fundamentándola en instancias científicas.

Diego Núñez

UNAMUNO, MIGUEL DE: *Artículos en «Las Noticias», de Barcelona (1899-1902)* (compilación y estudio preliminar de Ignacio Sotelo Vázquez), Lumen, Barcelona, 1993, 430 pp.

Poco a poco se van sentando las bases para una buena edición de obras completas de Unamuno. Las que tenemos hasta ahora, fruto de la labor de Manuel Carcía Blanco, son muy incompletas (a pesar

de que Carcía Blanco dedicó a su recopilación buena parte de su vida) y, además, están brutalmente censuradas, como es normal, por otro lado, en los libros aparecidos en España durante el franquismo. Bienvenida sea, pues, esta recopilación de artículos de Unamuno aparecidos en el periódico *Las Noticias*, de Barcelona, durante los años 1899-1902. Son en total noventa artículos, de los que sólo dieciocho habían sido recogidos en las obras completas.

En la introducción nos advierte el compilador, Alfonso Sotelo Vázquez, que el libro tiene su origen en su tesis doctoral *Investigaciones sobre el regeneracionismo liberal en las letras españolas (1860-1905)*, leída en Barcelona en 1987. Partiendo de esta investigación escribe las interesantes observaciones que forman las páginas introductorias (pp. 7-110).

Creo que es muy acertada la valoración que Sotelo Vázquez efectúa de *En torno al casticismo* y de los artículos de *Ciencia Social* (la revista dirigida por Anselmo Lorenzo) como núcleo en el que cristaliza el pensamiento básico del joven Unamuno, aunque probablemente Sotelo hubiese matizado algo más esta idea si hubiese tenido en cuenta la importantísima producción periodística de Unamuno en *Eco de Bilbao*, en *El Nervión* y en *La Lucha de Clases*.

Sin duda, lo más interesante de la introducción de Sotelo Vázquez es el análisis de la recepción de Unamuno en Cataluña, de su relación con autores catalanes y de su visión de Cataluña, tanto desde el plano político como lingüístico y cultural en general. Considero bien apuntada la diferencia de Cataluña cuando Unamuno se refiere al «pantano nacional de aguas estancadas» (p. 32), frente al cual podía el modernismo barcelonés ser un acicate de la «actividad espiritual» (véase p. 33). Igualmente está bien apuntada la reacción posterior de Unamuno frente al nacionalismo. Por lo que se refiere a los artículos de Unamuno, se nos ofrecen aquí temas que son prolongación de consideraciones hechas por el vasco en su producción de los años noventa. «La marmota», por ejemplo, artículo del 6 de abril de 1899, es toda una diatriba contra el estancamiento y la cerrazón de la España inquisitorial y dogmática: «España, viviendo de su tradición, es la marmota de la campana, respira sus propias expiraciones» (p. 130). Pero también encontramos ecos del mensaje pedagógico de Ciner, como el artículo «De exámenes» (pp. 151-153), que resulta tan actual como chocante a la práctica habitual de nuestras aulas.

No faltan las bufonadas irónicas, a las que Unamuno acude de cuando en cuando para mostrar las debilidades del sentido común y

de los tópicos aceptados. Tal ocurre, por ejemplo, en «El lío del siglo». En resumen, un magnífico pretexto para volver al Unamuno más lúcido.

Pedro Ribas

BELLIDO NAVARRO, PILAR: *Literatura e ideología en la prensa socialista* (1885-1917), Alfar, Sevilla, 1993, 290 pp.

Hasta el último tercio del siglo XIX se pueden dividir las producciones culturales en dos categorías fundamentales: una es generada por las capas ilustradas, dirigida a los grupos sociales alfabetizados y que tienen unas herramientas conceptuales que les permite establecer un diálogo activo con esas creaciones; por otro lado se encuentra la cultura popular, con contenidos, formas de expresión y vehículos de difusión propios. Las fronteras entre ambas culturas no están perfectamente definidas, pero son claramente identificables. El trabajo que aquí comentamos estudia los nuevos contenidos y expresiones literarias que surgen con la aparición de ideologías formalizadas de carácter revolucionario elaboradas desde fuera de aquellos a los que van dirigidos y que asumen los sectores más conscientes y comprometidos de las clases trabajadoras. El uso que se pretende hacer de la literatura y el arte es el de difundir las ideas fundamentales de estas ideologías, lo que da lugar a unas creaciones fronterizas entre la cultura popular a la que se dirige, pero utilizando las herramientas formales de la culta. Esta literatura es específica del tiempo histórico que se inaugura en toda Europa en las últimas décadas del siglo XIX, y que se prolongará al mismo tiempo que lo hagan las ideologías revolucionarias y los conflictos sociales de los cuales son expresión. Igual que se ha hecho para la abundante literatura anarquista, en este libro se estudian las funciones atribuidas a la literatura y el arte comprometido con el proyecto de transformación de la sociedad que tenían los socialistas españoles durante el período anterior a la revolución rusa.

Elabora el trabajo a partir de la poesía publicada en la prensa y revistas socialistas, de las obras de teatro representadas en los centros obreros y de las novelas publicadas, primero como folletines y después en forma de libros. Estas obras, que en la mayoría de los casos proceden de escritores no profesionales, tienen una función pe-

dagógica y pretenden expresar las condiciones de vida de las clases populares y difundir unos principios ideológicos, apelando no a la razón, como hace el ensayo o el texto de divulgación periodístico, sino buscando zonas más profundas del ser humano a través del sentimiento. Para conseguir este fin repiten el esquema ya desarrollado a niveles ideológicos en esta primera etapa, en la que el partido socialista mantiene unos planteamientos revolucionarios intransigentes. En todos los escritos se repite la misma división maniquea del mundo: por una parte, había uno cruel, injusto, pervertido, con responsables identificables; frente a éste se abre otro nuevo que es, como en toda visión utópica, el envés del existente. La miseria de la vida presente es sólo un tránsito hacia un futuro solidario y pleno, donde los hombres recuperan la Edad de Oro perdida.

De toda la larga relación de autores citados en el apéndice del libro muy pocos han pasado a la historia de la literatura y casi ninguno soporta una lectura que no sea la meramente instrumental con fines investigadores. Esto nos lleva a una pregunta que no está formulada en el libro, pero que es necesario hacer: se trata de saber cuál fue el grado de efectividad y seguimiento de estos escritos en su momento histórico, y si responden a las necesidades y anhelos de amplios grupos sociales. Porque quizás resulte que ya en su momento ocupaban un lugar bastante residual en los intereses de las clases populares, con una cultura propia que pasaba por la taberna y el folletín, y unas clases ilustradas ajenas a esas expresiones literarias. Detrás de las posibles limitaciones de estas creaciones literarias también se encuentran las de ese proletariado ilustrado en sus análisis de la realidad española del momento y en la estrategia política seguida. Sería de gran interés conocer el diálogo entre la cultura del obrero «consciente» con la popular; porque es seguro que existía una fisura que no llegaron a franquear o tuvieron que esperar a los años posteriores a la revolución rusa. Igualmente es importante tratar de evaluar el grado de difusión entre los diferentes grupos sociales, y cómo era recibido el teatro, la poesía y la novela entre las capas populares que podían sentirse representados en esas obras. Es probable que una mirada sobre el presente sea bastante reveladora y desconcertante respecto a lo que denominamos cultura popular.

Pedro Trinidad

CARCÍA DELGADO, JOSÉ LUIS (ed.): *Los orígenes culturales de la II República*, Siglo XXI, Madrid, 1993, 369 pp. CAUDET, FRANCISCO: *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años treinta*, Ed. De la Torre, Madrid, 1993, 571 pp.

Tanto el libro de Caudet como el que recoge el IX Coloquio de Historia Contemporánea, celebrado en 1992 y dirigido por Manuel Tuñón de Lara, hablan de los intelectuales y los discursos políticos antes y durante la II República. En el libro compilado por Carcía Delgado observamos diferentes definiciones de intelectual, pero en casi todos los textos se le concede una importancia inusitada, reflejada en la frase de Paul Aubert: «¿Qué son los intelectuales en España? Pues lo son todo. Son quienes escriben la historia.» Los intelectuales escogidos en los diversos trabajos son aquellos que buscaron la esencia y nacionalización de España a través de cualquier medio de investigación o método (Velarde Fuertes sobre Buylla y Flores de Lemus; Javier Varela sobre el trémulo Centro de Estudios Históricos; Tuñón de Lara sobre los institucionalistas; 1. Pérez-Villanueva Tovar sobre «la alta empresa nacional» de la Residencia de Estudiantes). Nacionalización del Estado y de la sociedad en España por medio del populismo y el anticlericalismo (José A. Junco sobre el republicanismismo histórico), o a través del compromiso genérico en política (Paul Aubert sobre los que trajeron la idea de la República que no fue su República). Son también aquellos que perdieron el control del mundo simbólico por ellos creado – a partir de la figura de Pablo Iglesias – en las organizaciones socialistas (Pérez Ledesma), o que perdieron la iniciativa política frente a la primera verdadera movilización de masas que había conocido Madrid en los tiempos inmediatamente anteriores a la República (Santos Juliá). Y, finalmente, algo fuera del contexto temporal del conjunto de la obra, pero con hipótesis relevantes, un estudio de la oferta y demanda culturales – tanto en castellano como en catalán – en la Barcelona del cambio de siglo. En resumen, diversas aportaciones bastante interesantes – lejos de malgastar papel con los mismos argumentos de siempre – sobre los intelectuales españoles en el primer tercio del siglo XX.

Algo más concreto es el texto de Francisco Caudet, que gira fundamentalmente en torno a artículos ya publicados y otros inéditos sobre los intelectuales (literatos, en este caso) y los medios periodísti-

cos de los años treinta en España. Quizá su máxima virtud radique en considerar el decenio como un solo período, sin poner fin al estudio en 1936 debido al comienzo de la guerra. Esta, según el autor, supuso la posibilidad de plasmar en la práctica toda la teoría cultural que había sido esbozada en tiempos de paz, durante la República.

Desde 1936 y durante la guerra, la investigación sobre fuentes periodísticas permite dilucidar dos fases en la creación literaria: una primera, en la zona republicana por lo menos, al cantar la epopeya que se está llevando a cabo, transmitiendo una inmensa fe en el futuro; una segunda, desde 1937, en la que se destaca, por las dificultades de la victoria sobre Franco, el carácter de la guerra como una larga noche y el anhelo de tiempos de paz. Nunca fueron los intelectuales tan deudores del transcurrir rápidamente cambiante del tiempo vivido. Sin embargo, el estudio sobre la poesía en la zona nacionalista durante la guerra carece de similares parámetros a los utilizados para la zona republicana. Si en ésta es lógico pensar que la literatura, y en concreto la poesía, se concebía como parte del discurso político para lograr la movilización a favor de determinados objetivos, Caudet señala despectivamente las características de la poesía en la zona nacionalista como carentes de contenido, exclusivamente dirigidas al estímulo de las emociones más belicosas, potenciadoras del odio y las mistificaciones. Sin embargo, aunque nos hayan dicho que en la zona de Burgos se daban mueras a la cultura, la producción literaria tenía los mismos objetivos que en la zona contraria: difundir un discurso político ---con mayor o menor éxito estético--- que aglutinara a la gente en torno a unas cuantas ideas matrices: en este caso, liderazgo, sacrificio, tradición, lucha del Bien contra el Mal, etc., con el fin último de ganar la guerra en el frente y en la retaguardia.

Rafael Cruz

DE MATEO AVILÉS, ELÍAS: *La emigración andaluza a América (1850-1936)*, Arguval, Málaga, 1993, 331 pp.

Impulsada probablemente por la fecha conmemorativa del Quinto Centenario se ha producido la aparición de una obra sobre la emigración andaluza a América, como han aparecido también otros sobre la emigración extremeña o la emigración a los Estados Unidos. Uno de los grandes temas pendientes de la historia social contempo-

ránea de Andalucía era el de la emigración. Así como se han publicado numerosos trabajos sobre la emigración de otros españoles a América durante los siglos XIX y XX, eran muy escasos y localizados los existentes sobre el éxodo de los andaluces durante esta etapa. De Mateo Avilés ha tenido la valentía de lanzarse al estudio general de esta emigración a América a lo largo del período comprendido entre 1850 y 1936, y para ello no ha mostrado inconveniente en limitar su investigación a aquellos aspectos que le permitían las estadísticas, la documentación y los trabajos que ha tenido a su alcance. El resultado es una obra estimable y clarificadora.

El libro de De Mateo Avilés aborda el marco legal de la emigración, las causas que motivaron el éxodo andaluz hacia América, el perfil sociológico del emigrante, los cauces que utilizó y sus destinos finales. Es decir, todos aquellos aspectos que forman parte de un fenómeno tan complejo como variado. Tal empresa requería la utilización de fuentes, tanto en origen como en destino, de esa emigración. Aparte de los anuarios y las estadísticas nacionales, que han sido tratados de una forma rigurosa y sistemática por el autor de esta obra, hubiese sido de desear la consulta de otras fuentes regionales, además del periódico *La Unión Mercantil*, de Málaga. Es evidente que el puerto de Málaga fue uno de los puntos de salida más importantes de los andaluces que salían hacia América, pero también lo fue el puerto de Cádiz, y sólo se da una referencia indirecta de la emigración que partía de él, pues no se ha consultado la prensa de aquella ciudad que también recogía datos e informaciones sobre el fenómeno migratorio. Los informes diplomáticos de nuestros agentes en América, tanto embajadores como cónsules, ofrecen también noticias interesantes a pesar de sus limitaciones, y no digamos los rastros que esta emigración dejó en los países americanos a través de sus actividades' sus centros o a través de las relaciones que establecieron en aquellas tierras.

El estudio de todas estas cuestiones queda apuntado con acierto en este trabajo de De Mateo Avilés, cuyo mérito principal consiste en haber sabido presentar con orden y con atractivo una aproximación global a este tema de tanto interés y que se convertirá, a buen seguro, en una obra de referencia para todo aquel que quiera profundizar en él.

Rafael Sánchez Montero

ALVAREZ REY, LEANDRO: *La derecha en la II República: Sevilla, 1931-1936*, Universidad de Sevilla-Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 1993, 478 pp.

El microcosmos político sevillano encierra una muestra, tal vez única, de lo que fue la II República española. Si ya existía un estudio sobre las izquierdas en esta ciudad, en el que se analizaron las relaciones entre anarquistas, socialistas y comunistas, el presente libro del profesor Alvarez Rey aborda brillantemente el conocimiento de las derechas. El aparato documental utilizado no sólo es amplísimo, sino en gran medida inédito, pues el uso concienzudo que hace de los archivos de Giménez Fernández, de la Compañía Tradicionalista, de Burgos y Mazo, del Palacio Arzobispal, etc., aportan una información que le permite ser riguroso y original.

Derecha en Sevilla que el autor entiende nacida de la ruptura política con el mundo de Borbolla, Ybarra o Rojas Marcos, y que llegaría a tener su continuación cultural en los hombres del IPS, la Liga Católica y la poco consistente Unión Patriótica. Y distingo cultural y político, porque cuando llegue la República lo que las derechas sevillanas intentarían recomponer, con gran esfuerzo, sería la unión política de todas, a la que estaban llamadas por el mundo cultural que las unía. «Unas afinidades basadas en la defensa militante de unos principios o valores considerados tradicionales, inmutables, intocables e inherentes al “verdadero” ser y esencia del alma en España. La existencia y permanencia de aquel universo, perfectamente arquitrabado y donde todo tenía su sentido, su lugar y explicación, no admitía, por definición, el más mínimo retoque, la más leve modificación.» No había duda: «para muchos españoles de los años treinta ser “de derecha” implicaba algo así como la adopción de un código de identidad del cual se sentían profundamente orgullosos». A partir de aquí lo que sí existieron fueron tácticas diversas, estrategias distintas que diferenciaban la acción política de, por ejemplo, Fal Conde, Giménez Fernández, el conde de Bustillo o de Jesús Pabón y Suárez de Urbina. y todas, a su vez, distanciándose de la derecha republicana que quiso aglutinar otro conocido sevillano, Martínez Barrio. La acción política de los tradicionalistas, de los integristas, de Renovación Española y de Falange -llenas todas estas fuerzas de nombres importantes que rebasaban el marco local- son puestas en re-

lación con los intereses patronales, que heredaron de la Dictadura una vocación por la política total, y con la moderada templanza del cardenal Illundain, que se vio en más de una ocasión desbordado por su derecha por las fuerzas recién citadas. Todo lo que, a su vez, es contrapunto de los radicales de Martínez Barrio y de la desmitificación que Alvarez Rey hace de la influencia de la masonería.

Pero si algo interesa sobremanera al autor de este libro es Acción Popular. Sus conclusiones sobre ella, sobre la CEDA, aportan un punto de vista nuevo y original. Las interpretaciones conocidas --las de Seco, Robinson, Tusell, Preston o Montero-- son matizadas en este libro, e incluso corregidas. Alvarez Rey no encuentra en la CEDA sevillana fascistización, pero tampoco un componente demócrata-cristiano, anulado por la laminación que sufrió Giménez Fernández. Lo que hay en la derecha sevillana, en general, es una actitud reaccionaria ante cualquier cambio, que, tras el levantamiento de Sanjurjo, la llevó a «ir elevando un sólido dique defensivo en todos aquellos frentes en que sus convicciones, intereses o creencias» creía que estaban amenazados. Así nacieron, o se reactivaron, un considerable número de organizaciones de todo tipo: políticas, religiosas, económicas o culturales, con un rasgo definitivo: todas estaban controladas por un mismo y reducido grupo de personas. Cuando la CEDA llegó a ser en 1934 el partido triunfador de las derechas sevillanas, dadas esas confluencias de todo tipo que acabo de citar, su actuación «consistió fundamentalmente en intentar recomponer a marchas forzadas el organigrama y el entramado caciquil tan característico de la Restauración». «Quizás la explicación de este proceso radique en el peso que alcanzaría durante el segundo bienio la Patronal Agraria y los llamados ""intereses tradicionales" en la dirección provincial de la CEDA, cuyos efectos resultarían, a la postre, francamente demoleedores para la propia credibilidad del principal partido de la derecha.» Conclusión que, en mi opinión, abre perspectivas originales para entender mejor la II República, pues si lo que la CEDA procuraba era reeditar un marco de dominio social y político que venía del pasado, tendremos que revisar obligatoriamente las discusiones al uso sobre el sentido que tuvo para las derechas el fascismo, la dictadura y el corporativismo. En definitiva, lo que Alvarez Rey nos está sugiriendo es que hay que plantearse de una vez por todas el conocimiento real de la cultura política que esas derechas han introducido en nuestra historia contemporánea, y que en este libro queda expuesta de ma-

nera que incluso se convierte en una hipótesis fructífera más allá de la coyuntura de los años treinta.

José Manuel Macarro

VICENTE VILLANUEVA, LAURA: *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993, 216 pp.

Hoyes larga y densa la saga de discutidos y matizables pero muy enriquecedores precedentes sobre esta época crucial de la España contemporánea (se le llame «sexenio bolchevique» o de otras muchas formas). Baste citar los grandes panoramas sobre el mundo sindical y su entorno ideológico/político de Tuñón, Elorza, Alvarez Junco, Pérez Ledesma, Forcadell, los hermanos Juan José y Santiago Carrillo o Antonio Bar y, desde luego, al siempre estimulante Gerald Meaker.

En cuanto a monografías circunscritas a un área más restringida que la española (que casi siempre se reduce en un 80 por 100 a Madrid y sus cuatro esquinas, dicho sea de paso), las de Balcells (Cataluña) Fusi (País Vasco), Calero (Granada), Tuñón (Jaén), Barrio (Cantabria) y no mucho más etcétera (salvo algunas cosas aragonesas en que seleccionar me sería difícil, pero haylas), al menos en mi recuerdo.

A ese gran bagaje general, e incorporándose al escaso de las monografías, se une con todo derecho este libro, resumen de tesis doctoral bien laureada. Utiliza la autora a conciencia abundantes fuentes hemerográficas y bibliográficas primarias, amén de anuarios, repertorios estadísticos y el resto del instrumental, pero sobre todo esa nueva mentalidad, esa conceptualización que desecha la hagiografía y busca porqués más hondos. Se interroga sobre los conflictos y prácticas de clase, el origen, represión y consecuencias de la conflictividad extrema de esos años, en una ciudad que fue, tras Barcelona, la de mayor difusión del anarquismo cenetista español. Los dos grandes modelos de sindicalismo (el de gestión y el radical, aunque éste se lleva la parte del león en el estudio, con mucha lógica) aparecen configurados en sus ideas, tácticas y objetivos, superándose así el personalismo de los viejos y queridos héroes, o la imagen simplificadora del activismo que casi parece explicarse como *violencia versus violencia*.

La Zaragoza de la época, entonces mucho más que ahora visitada y *trabajada* por muchos de los primeros espadas del sindicalismo, es un marco descrito de forma breve, pero más que discretamente. Su capitalidad temporal del cenetismo, en torno al Congreso de 1922, sus antecedentes obreristas a raíz, sobre todo, del notable proceso de industrialización vivido desde comienzos del siglo XX, la radicalización del conflicto con la patronal (objeto éste de trabajos excelentes de Cabrera y Del Rey), la enorme incidencia del movimiento huelguístico -**que** alcanza en Zaragoza cotas máximas en días/obrero «perdidos» en alguno de estos años-, la violencia, en fin, que se deriva de un sistema herméticamente cerrado a la negociación, el reconocimiento de la realidad social, la aceptación de reglas del juego democrático sin reservarse tramposas cartas bajo la manga.

Junto a las virtudes enunciadas, el rigor conceptual y la casi exhaustiva información (aunque, como toda tesis, la escritura es algo agarrotada y la autora no tiene toda la audacia que, esperemos, le dará el tiempo y la experiencia para futuros trabajos), me atrevería a destacar -**no** sé si como virtud heroica o defecto por demasiada austeridad- el poco partido que se saca a cuestiones zaragozanas de gran eco entonces y después, como la sublevación del Cuartel del Carmen en 1920 (tan bien descrita literariamente por Ramón I. Sender), la trascendencia más allá de su ámbito de grandes figuras aragonesas del izquierdismo radical y sindicalista, como Ramón Acín, Felipe Alaiz, Joaquín Maurín, Angel Samblancat, etc., o el asesinato del Cardenal Soldevila en junio de 1923, tan comprensible tras este trabajo y tan útil e inmediata coartada para el golpe militar de Primo de Rivera.

Eloy Fernández Clemente

BENITO DEL POZO, CARMEN: *La clase obrera asturiana durante el franquismo. Empleo, condiciones de trabajo y conflicto (1940-1975)*, Siglo XXI, Madrid, 1993, 470 pp.

Cuando los últimos trabajos históricos sobre la época de Franco venían centrándose en aspectos políticos o se trataba de biografías del general, el libro de Carmen Benito nos recuerda que no es ocioso todavía tratar de dilucidar facetas de la historia social de ese período. En esta ocasión, y como el propio título indica, el objeto de es-

tudio no es otro que el del mundo del trabajo en el caso de la región asturiana. Y es que, a pesar del carácter fuertemente centralista del régimen, las aproximaciones a la clase obrera durante el franquismo en España continúan realizándose desde enfoques de tipo regional. Sin duda, la necesidad de apoyarse en archivos de empresa o de los escalones locales de la Organización Sindical, a la hora de investigar las condiciones laborales, incide en una gran dispersión documental que repercute en la sucesión de los citados enfoques regionales.

Más allá de la perspectiva regional, en *La clase obrera asturiana durante el franquismo* se establece una deliberada opción por el sector secundario, y más concretamente por la minería, la siderometalurgia y la construcción. Es evidente que la actividad minera resulta clave en la economía asturiana, especialmente por lo que se refiere a la fuerza de trabajo. Pero no es menos cierto que una opción como la que acaba de señalarse coloca fuera de perspectiva a más de la mitad de la población activa de la región.

Por otra parte, son varios los aspectos que merecen subrayarse en este libro. De un lado, resulta de gran interés el análisis de la peculiar trayectoria de los sectores hullero y siderometalúrgico, en los que la Administración pública acabará jugando un papel decisivo en la época. En segundo lugar, dentro del examen de las condiciones laborales (sustentado documentalmente en las Reglamentaciones de Trabajo, sobre todo) y de la política laboral franquista, es muy esclarecedor el sistemático repaso que se hace de la fragmentaria serie de seguros sociales que se sucedieron desde 1939 hasta la aparición del sistema de Seguridad Social, en 1963. En tercer lugar, destaca en este libro el modo de abordar el conflicto laboral (individual y colectivo). En efecto, a tal objeto se ha realizado una indagación masiva de la documentación generada por las Magistraturas de Trabajo. Se trata de una fuente que, abarcando el conjunto de la etapa franquista, no había sido apreciada convenientemente por los historiadores.

En fin, *La clase obrera asturiana durante el franquismo* contempla cronológicamente la totalidad de la dictadura de Franco y esto significa un evidente esfuerzo por comprender la historia del trabajo y de los trabajadores desde una perspectiva de largo plazo.

José Babiano

SUÁREZ CORTINA, MANUEL (ed.): *El perfil de «La Montaña». Economía, Sociedad y Política en la Cantabria contemporánea*, Calima, Santander, 1993, 470 pp.

A diferencia de otras Comunidades Autónomas, en las que la conciencia nacional o regional ha dado lugar a una abundante producción historiográfica al margen de las instituciones académicas, en el caso de Cantabria fue la creación de la Universidad a comienzos de la década de 1970, y sobre todo su consolidación en los años ochenta el factor fundamental en el desarrollo de la historia regional. No quiere esto decir que hasta esas fechas no existiera en la región un pequeño núcleo de eruditos locales, o incluso que no mereciera la atención de algunos investigadores académicos radicados en otras zonas del país. Pero sí significa que no existía una tradición historiográfica totalmente definida con la que los nuevos investigadores tuvieran que medirse, bien fuera para continuarla o para enfrentarse con ella. Supone también que frente a la escasa producción del período anterior, en los quince últimos años el salto cuantitativo ha sido espectacular.

Estos dos aspectos complementarios quedan perfectamente reflejados en el volumen dirigido por Manuel Suárez Cortina, objeto de esta nota. No sólo hay en él una completa descripción de las líneas de investigación en marcha en el mundo académico, y una abundante información bibliográfica que pone de relieve el crecimiento exponencial de las publicaciones en la década de 1980. También se observa en la mayoría de los estudios un tono muy similar, que resume a la perfección las virtudes, y también algunas limitaciones, de la historiografía académica española de nuestros días. Entre las virtudes se encuentra, por supuesto, la atención al análisis de la evolución económica, centrada en este caso en el estudio del protagonismo de la burguesía mercantil urbana desde el final del Antiguo Régimen; así como el examen detenido de las prácticas políticas, en el período de la Restauración o durante la Segunda República; o el recurso, éste menos frecuente, a otras disciplinas cuya utilidad para el conocimiento histórico es cada vez más reconocida. (Si nos guiamos por los resultados que refleja esta obra, parece mayor la utilidad de la «mirada interpretativa» del antropólogo que la del análisis politológico. Este último, más enumerativo que explicativo, no consigue ofrecer las claves para entender lo que con un eufemismo se acaba definiendo

do como un «resultado no todo lo satisfactorio que era de esperar» del gobierno autónomo de Cantabria. Cualquier lector de periódicos lo diría con menos ambigüedades.)

Vayamos, en todo caso, a las limitaciones. Se echa de menos un examen más amplio de las relaciones y prácticas sociales, más allá del estricto análisis económico. Llama igualmente la atención el escaso espacio dedicado a lo que, de acuerdo con una denominación bien conocida, se suele definir como «el tercer nivel» (terreno éste que aún sigue en manos de algún ilustre erudito, sin que la investigación académica haya penetrado en él con fuerza). Ambos aspectos merecerían un tratamiento más detallado en una obra como la presente, destinada a convertirse, con todo merecimiento, en el libro de referencia para quien quiera adentrarse en el pasado de Cantabria.

Manuel Pérez Ledesma

Hoyo APARICIO, ANDRÉS: *Todo Mudó de Repente. El Horizonte Económico de la Burguesía Mercantil en Santander, 1820-1874*, Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, Santander, 1993, 342 pp.

La burguesía mercantil santanderina ha sido, de forma directa o indirecta, el principal objeto de atención por parte de la historiografía reciente sobre la Cantabria contemporánea. A los trabajos de Tomás Martínez Vara (1983), Vicente Fernández (1987) y Ramón Maruri (1990) se suma ahora el de Andrés Hoyo Aparicio. En *Todo Mudó de Repente*, Hoyo Aparicio, desde la historia económica, lleva a cabo un análisis en profundidad de la actuación de la burguesía mercantil. Su objetivo ha sido el de estudiar las estrategias inversoras de un grupo social que pudo rentabilizar en su beneficio las excepcionales circunstancias propiciadas por la configuración de un mercado «cautivo» de cereales entre la Península y las Antillas a través del puerto de Santander. Desde este punto de partida, Hoyo, adoptando una perspectiva de análisis regional (North), ha centrado su atención en el estudio de la formación del capital, las estrategias de inversión, los mecanismos de transformación y financiación de los diferentes sectores y, finalmente, los distintos factores, legislativos, productivos y coyunturales, que explican la consolidación de la burguesía mercantil santanderina.

Aunque la investigación se enmarca dentro de la historia económica, no obstante *Todo Mudó de Repente* va mucho más allá del análisis del comportamiento de los factores productivos, para adentrarse en el estudio de la sociedad, de las relaciones sociales. De esta manera nos ofrece un más que interesante análisis de la estrategia social que la burguesía mercantil de Santander ha desarrollado a partir de una endogamia matrimonial que permite observar hasta qué punto estrategia económica, inversión y tejido familiar constituyen un todo coherente.

El resultado final es un libro rigurosamente elaborado, escrito con claridad y que proporciona un considerable avance en el conocimiento de la dinámica social y la evolución económica de una región que, al amparo de las especiales circunstancias ofrecidas por la existencia de un mercado protegido, conoció un período de cerca de un siglo de esplendor socioeconómico, para adaptarse, a veces con dificultad, a una coyuntura sin protección más tarde. El proceso de acumulación de la burguesía mercantil, que según estimaciones de Hoyo representó, a precios de 1874, los 5.157 millones de reales, muestra a todas luces la importancia socioeconómica de un grupo social que en el período estudiado alcanzó su momento de mayor apogeo.

Manuel Suárez Cortina

SERRANO CARCÍA, RAFAEL: *La Revolución de 1868 en Castilla y León*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1993, 361 pp.

El interés de Rafael Serrano por el Sexenio Democrático viene de lejos y tiene poco que ver con la receptividad del mercado editorial y las preferencias coyunturales del quehacer historiográfico. En 1986 publicó con la ayuda de la Junta de Castilla y León su Memoria de licenciatura bajo el título *El Sexenio Revolucionario en Valladolid. Cuestiones sociales (1868-1874)*, y ahora presenta de la mano de otra institución, la Universidad vallisoletana, esta apretada síntesis de su Tesis doctoral. Por el camino quedan varios trabajos en torno al despuntar del federalismo en Castilla, las siempre polémicas quintas o el impuesto de consumos. Semejante celo y constancia merecen destacarse, máxime si tenemos en cuenta el vacío historiográfico regional que atenaza esta etapa histórica, apenas subsanado con la mo-

nografía de Soledad Iglesias sobre el caso de Soria, editada por la Universidad Complutense en 1989. Precisamente desde tales carencias habría que animar al autor a verificar algunas de las sugerentes hipótesis aquí esbozadas ampliando la investigación regional a todo el marco cronológico del Sexenio, interrumpido en este trabajo para desaliento del lector en las vísperas republicanas. Rodaje sobra, y estudios hoy en la calle —como los de Sánchez Marroyo, Piqueras o Sebastián, entre otros de muy reciente factura— permiten enriquecer el ángulo de análisis y la confrontación desde una perspectiva comparada.

Muchos son los logros de un libro cuyo autor tiene la habilidad desde las primeras páginas de conectar la consabida crisis agrícola y de subsistencias precedente a la revolución de 1868 con el agotamiento, en este caso concreto y tras el hundimiento de las incipientes estructuras financieras e industriales, de un pretendido modelo de crecimiento regional basado en el capitalismo agrario. A partir de aquí estamos en condiciones de entender la trama principal de los capítulos restantes, que gira, a mi juicio, en torno a dos cuestiones: la diversidad inicial de la respuesta revolucionaria perceptible en este dilatado enclave de la España del interior y, en segundo término, el paulatino acercamiento de posiciones hasta desembocar incluso desde planteamientos contrapuestos en un abatimiento social generalizado.

Con rigor metodológico y amenidad desgrana Serrano las expectativas de cambio generadas por la revolución entre las clases populares rurales y urbanas, en pleno proceso de politización, y su contraste inmediato con la atonía de las Juntas castellanas inmersas tras el pronunciamiento, salvo casos aislados de Salamanca o Valladolid, en estériles luchas intestinas de poder local. Una dualidad que desaparecerá en cuanto constate el campesinado la mínima o nula satisfacción a sus demandas proveniente tanto de las altas esferas como, fracasado el impuesto personal, de las insolventes haciendas locales. Su progresivo decaimiento apenas desentona con la pasividad de una burguesía agraria victimista y desarticulada, incapaz de adaptarse a las nuevas reglas del juego y a las variaciones de la política arancelaria de Figuerola. Sólo algunas lúcidas y disonantes voces constituyen la excepción que confirma la regla al expresar, quizá sin darse cuenta, la encrucijada que atraviesa esta burguesía ligada mayoritariamente al cultivo triguero y a la fabricación de harinas e invalidada para impulsar un modelo de crecimiento alternativo en una re-

glOn abocada, en palabras de Sánchez Albornoz, al neoarcaísmo agrano.

Elena Maza Zorrilla

PALOMARES IBÁÑEZ, JESÚS MARÍA: *Nuevos políticos para un nuevo caciquismo. La dictadura de Primo de Rivera en Valladolid*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, Valladolid, 1993, 173 pp.

Los estudios generales sobre la dictadura de Primo de Rivera suscitaron un creciente interés en la historiografía a lo largo de la década de los ochenta, fruto del cual son las obras publicadas por Ben Ami, González Calbet o Gómez Navarro. Sin embargo, análisis más particulares sobre la implantación del régimen y su evolución en los ámbitos provinciales y regionales continúan escaseando todavía hoy en día, si exceptuamos los libros de Alvarez Rey para Sevilla o Pérez Romero para Soria.

Es posible que las razones para explicar este vacío deban buscarse, en primer lugar, en la vasta producción historiográfica sobre la Segunda República y la Restauración, espacios cronológicos que indudablemente han interesado mucho más a los investigadores. En segundo término, la dispersión cuando no escasez de fuentes escritas --evidenciada en repetidas ocasiones por los autores que se han preocupado de la dictadura-- siempre resulta enojosa cuando se trata de encarar un trabajo de campo.

El profesor Palomares había iniciado hace ya algunos años una aproximación a esta etapa en su libro *Valladolid, 1900-1931* (Ateneo, Valladolid, 1981); si bien ahora el enorme esfuerzo de expurgo y sistematización de la documentación existente (desde el Archivo Histórico Nacional o el Archivo General de la Administración a los archivos provinciales), complementado con las fuentes hemerográficas, ha dado como resultado una sobresaliente obra comprensiva de la vida política vallisoletana durante los años de la dictadura de Primo de Rivera. Esta, por la importancia de la ciudad del Pisuerga en aquella época, arroja luz sobre los comportamientos políticos castellanos y sirve de modelo para futuras investigaciones.

El rigor analítico y la capacidad sintética a partir del abundante *corpus* documental utilizado se refleja en la configuración de la obra,

articulada a nuestro juicio en torno a dos ejes básicos. El primero ofrece un panorama exhaustivo de las instituciones locales (Ayuntamiento, Gobierno Civil y Diputación), en donde se atiende especialmente a la incidencia en el ámbito vallisoletano que tiene el nuevo régimen en la forma de hacer política; el segundo, un estudio de las organizaciones creadas o fomentadas desde el poder para la autojustificación y consolidación del mismo. En este sentido es muy relevante el caso de la Unión Patriótica, amago del partido único primorriverista que precisamente nació en estas tierras. Como nexo de unión de ambos ejes, el autor pone de manifiesto los avatares de la clase política provincial, su relación con las fuerzas que ejercían el poder durante los años previos y, en especial, el ascenso de una nueva élite, diferenciada con nitidez, de la cual el profesor Palomares hace un perfecto seguimiento. Esperamos que en un futuro próximo, tal como nos anuncia el autor, podamos conocer la trayectoria de este grupo y su influencia tanto en la política vallisoletana como en la nacional hasta los primeros años del franquismo.

Ricardo M. Martín de la Guardia

LORENTE TOLEDO, LUIS: *Agitación urbana y crisis económica durante la guerra de la Independencia*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1993, 183 pp., y *Revolución liberal y municipalidad. Toledo, 1820-1823*, IPIET, Toledo, 1993, 189 pp.

Con estos dos libros el autor define su particular interés investigador: la ciudad de Toledo en la transición del Antiguo al Nuevo Régimen. Ambos desarrollan un análisis del conjunto de problemas por los que pasó la ciudad entre 1808 y 1823.

En el primero (1808-1814), y por las circunstancias concretas, Toledo acumuló todos los resultados provocados por una «economía de guerra», entendida ésta como la puesta en marcha de diversos recursos extraordinarios destinados a la financiación y sostenimiento de la pugna.

Tales recursos fueron requeridos primero por la Junta Central en retirada —«la Contribución Extraordinaria de Guerra»- y luego por el gobierno de ocupación —«la Exacción en granos y especies» y «la Contribución rural»-. El pueblo resistió con la ocultación y morosidad en los pagos porque tanto el gobierno español como el francés

exigieron el cumplimiento de las medidas de forma perentoria.

Esta realidad, que se repitió en muchos lugares de la geografía española como van poniendo de relieve los recientes estudios, la presenta Lorente con una gran precisión de datos que van más allá de los distintos montos exigidos por las diferentes contribuciones. A propósito de los impuestos ofrece una visión cuasi-fotográfica de la ciudad: número de casas que tenían los distritos parroquiales, quiénes eran los mayores contribuyentes, en qué distritos se concentraban los gremios, la detallada descripción de las diferentes entregas...

Así que cuando llegó el efímero Proyecto de las Cortes de Cádiz (1813-1814) para implantar la Unica Contribución se encontró, aparte de la perenne carencia de estadísticas fiables, con la falta de respuesta por parte del vecindario, que si siempre se había manifestado en contra de las regulaciones, ahora estaba resabiado tras haber pasado por los mariscales franceses que habían utilizado «medios directos y violentos», siempre a cuenta de sus planes generales de contribución.

En el segundo libro (1820-1823), los problemas planteados son distintos porque diferente era la situación. El más relevante resulta el de la relación de la ciudad con sus montes. La negada de los liberales trajo de nuevo la suspensión de los señoríos jurisdiccionales en favor de la nueva propiedad liberal, tal y como años antes se había dictado en Cádiz; y repercutió en la ciudad, que era propietaria y señora jurisdiccional de la gran extensión titulada «Montes de Toledo».

Lorente explica con fuentes variadas el asunto y, en concreto, el movimiento campesino suscitado y que se manifestó en la negativa a pagar las cuotas señoriales (el dozavo y otras de menos entidad) y en querer apropiarse de las tierras para roturarlas.

La ciudad seguía siendo propietaria, aunque ya no señora –La Dirección General de Hacienda Pública dio la razón a tal propiedad-, y se dispuso a repartir tierras a censo enfiteútico puesto que sus montes eran Propios. La vuelta de Fernando VII con plenos poderes traería, otra vez, los señoríos; pero permaneció la idea de la necesidad del reparto, ahora desde la perspectiva ilustrada de realizarlo para aumentar la productividad de las tierras. La ciudad dio términos municipales a sus poblaciones y repartió dichas tierras de Propios entre los vecinos en 1827.

En resumen, dos libros con cuestiones diferentes, posiblemente las más importantes que tuvo la ciudad en esos años, y que están sus-

tentadas en los magníficos fondos del Archivo Municipal. El autor las trata con soltura y calidad como corresponde a quien está especializado en estos asuntos de la transición del Antiguo al Nuevo Régimen.

Javier M. Donézar

SECURA, ANTÜNI: *Burguesia i propietat de la terra a Catalunya en el segle XIX. Les comarques barcelonines*, Curial, Barcelona, 1993, 374 pp.

Este libro es un compendio de la labor investigadora que, desde la presentación de su tesis doctoral en 1980, Antoni Segura ha dedicado al estudio de la evolución de la estructura de la propiedad de la tierra en Cataluña hasta mediados del siglo XIX. Presenta dos partes bien diferenciadas: la primera resume trabajos anteriores y constituye una aproximación global a la evolución de la estructura de la propiedad de la tierra en Cataluña desde los inicios del siglo XVIII a mediados del siglo XIX; la segunda parte ofrece los primeros resultados de un proyecto de investigación del Centro de Estudios de Historia Rural de la Universidad de Barcelona y analiza la estructura de la propiedad en las comarcas barcelonesas a la luz de una fuente documental inédita, el Repartimiento individual de la riqueza territorial de 1852 publicado en el *Boletín Oficial de la Provincia de Barcelona*. Ambos estudios se basan en la aplicación de métodos estadísticos sobre una documentación de carácter fiscal, metodología sobre la cual el autor ha reflexionado en distintos trabajos.

El análisis de la evolución de la propiedad se basa fundamentalmente en la comparación de los coeficientes de Gini (una medida estadística, sin embargo, que el propio autor ha admitido que puede reflejar situaciones muy distintas) que le permite detectar un aumento considerable del grado de concentración de la propiedad entre 1716-1760 y la segunda mitad del siglo XIX, un proceso paralelo al de la mayor parte de localidades españolas (aunque en Cataluña los coeficientes de Gini tuvieran en general unos valores inferiores) y que supondría la fragmentación progresiva de la pequeña propiedad. Otra constatación importante es la importancia creciente que va tomando el capital urbano entre los propietarios de tierras, lo que no hace más que traducir el ascenso de determinadas profesiones y actividades características de la Cataluña industrial de mediados del siglo XIX.

La segunda parte del libro se centra, como hemos dicho, en el análisis de un caso específico, el de las comarcas barcelonesas, que, sin embargo, a mediados del siglo XIX representaban el 43 por 100 de la población catalana y una cuarta parte de la superficie total de Cataluña. El análisis del «Repartimiento» de 1852 sirve al autor para confirmar algunas de las conclusiones señaladas en la primera parte del libro, esto es, la concentración de la propiedad y la penetración del capital urbano en el campo. Sin embargo, la metodología utilizada, aunque tiene la ventaja de ofrecer una visión exhaustiva, no le permite ir más allá de una primera aproximación a las características de los principales propietarios. En el último capítulo, el autor intentará compensar estas limitaciones con información de carácter cualitativo respecto a los mayores contribuyentes de las comarcas barcelonesas.

Jordi Planas Maresma

CABANA, FRANCESC: *Fabriques i empresaris. Els protagonistes de la Revolució Industrial a Catalunya*, vol. II: *Cotoners*, Enciclopedia Catalana, Barcelona, 1993, 451 pp.

Con la afirmación de que los algodoneros representan el éxito más evidente de la Revolución Industrial en Cataluña inicia Cabana una obra de carácter histórico-económico que tiene como protagonista el complejo mundo de los empresarios y fábricas algodoneras catalanas desde el XVIII hasta el actual siglo XX. El principal hilo conductor utilizado por el autor es un estudio paralelo sobre la evolución de una determinada empresa y de la biografía de su o sus propietarios. En 1992, y en esta misma línea, Cabana publicó una investigación similar centrada en las empresas y empresarios metalúrgicos y químicos.

Las empresas cuya historia económico-industrial aborda la obra son aquellas que, a criterio del autor, han aportado por algún motivo innovaciones a la industria algodonera catalana, o bien han facilitado el desarrollo industrial de una comarca. La tarea emprendida por Cabana es realmente difícil, debido al vacío bibliográfico que rodea el tema, lo que le ha obligado a manejar documentación, libros y revistas de la época descrita. Como resultado la obra aporta una gran cantidad de documentación y una interesante descripción del nacimiento y evolución de la industria algodonera en Cataluña y de cómo

se fueron introduciendo las diferentes innovaciones tecnológicas en la misma, tanto en la hilatura como en el tejido y la estampación. Todo ello al tiempo que nos va presentando las biografías empresariales de las principales figuras de un sector que fue clave en la Revolución Industrial en Cataluña.

El libro resulta atractivo, incluso para aquellos lectores y lectoras no avezados en temas históricos. A ello contribuye su presentación -adornada con ilustraciones y documentos de la época referentes a empresas, personajes y temática de la obra-, la distribución de su contenido -ordenado y sugerente- y, por último, el tipo de discurso descriptivo utilizado. Descriptivo, pues, y poco analítico, es el método por el que ha apostado el autor. Esta elección le ha permitido realizar un estudio ágil y ameno, aunque inevitablemente sujeto a ciertas limitaciones que se traducen en carencias analíticas y críticas, principalmente en el apartado dedicado a las biografías.

Soledad Bengoechea

LÓPEZ SÁNCHEZ, PERE: *Un verano con miljulios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de julio de 1909*, Siglo XXI, Madrid, 1993, 286 pp.

Seguramente, el lector usual de historia no podrá evitar ciertas dosis de extrañeza ante esta obra. Está acostumbrado a fijarse en los subtítulos (más que en los títulos) para tener un primer indicio de la temática de un libro. Y en este caso quizás ello puede llevarle a engaño si espera encontrar alguna explicación algo detallada y concreta sobre la capital catalana a principios de siglo. Normalmente, por otra parte, ha de hojear atentamente muchas páginas para encontrar aquí y allá, muy de tanto en tanto, análisis teóricos y reflexiones generalizadoras. En el libro de Pere López, muy al contrario, se verá inmerso desde el primer párrafo en un amplio discurso metodológico, en el que el «caso de Barcelona» actúa sólo como pretexto.

El autor, docente del departamento de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona, intenta un análisis de geografía social y política del fenómeno urbano que, más allá del contraste entre hipotéticos pensamientos urbanísticos alternativos burgueses y populares, sitúe en un primer plano la realidad de la apropiación y defensa antagonica de un determinado uso del espacio de la ciudad. Con este

punto de partida, y el uso abundante de reflexiones y conceptos procedentes de la sociología histórica y de otras ciencias sociales, el libro va desgranando distintas propuestas interpretativas sobre el significado de los cambios que afectan al Estado liberal y los sectores populares urbanos a principios del siglo XX. Concede así una especial importancia al paso del Estado-providencia al Estado-tutelar, a las relaciones entre clase obrera y marginalidad, a las redefiniciones del concepto de pobreza, al sistema disciplinar que necesita y pretende imponer el capitalismo, a la noción de fábrica social o ciudad-fábrica (noción que le permite ampliar el territorio donde actúa el modelo social capitalista, fuera del estricto recinto productivo), etc. Algo más específicamente, el autor constata en el caso español la persistencia de las formas de organización y relación horizontales en la clase obrera y de ahí deduce la gran importancia de la comunidad del barrio como forma de defensa popular ante la precariedad económica. En este contexto, las huelgas de 1902 y de 1909 en Barcelona aparecen como dos momentos extraordinarios y claves para el análisis de la apropiación del espacio de la ciudad por el proletariado urbano.

La bibliografía referencial usada es ciertamente abundante, aunque el entramado interpretativo procede quizás fundamentalmente de Foucault, Negri y Castoriadis. Mucho menor peso tiene la cita e influencia precisa de textos de historia. Sin duda presentista y militante, partidario de «ficcional», en el sentido foucaultiano del término, la historia, el autor define su actitud en el epílogo con la siguiente apostilla a una cita de Agustín Carcía Calvo: «El pasado puede ser reconfortante sólo a quien cree haber vencido. Y en nuestros años de invierno el paisaje es desolado, sin más bártulos que un desapacible frío que replica a cualquier intento de pausa y aconseja machaconamente seguir andando.»

Esta cita textual, el mismo título (que para Vázquez Montalbán, prologuista, «más parece título de poemario de artista adolescente»), el simple repaso del índice, permiten constatar que el autor ha apostado por un lenguaje ambicioso donde la metáfora y la literaturización tienen un lugar destacado. Se trata, en el fondo, de un lenguaje algo difícil que pretende ser coherente con las pautas fundamentales del discurso argumental y la metodología adoptada.

Como puede verse, los retos del libro son múltiples, y no el menor el de incidir, con un notable nivel de abstracción y desde su peculiar bagaje como geógrafo, sobre la práctica de la historia urbana

contemporánea en España, una práctica a la que los historiadores se han incorporado sólo en tiempos relativamente recientes.

Pere Gabriel

BORDERÍAS, CRISTINA: *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea. La Compañía Telefónica. 1924-1980*, Icaria, Barcelona, 1993, 350 pp.

En torno a la historia de una empresa tan emblemática como la Compañía Telefónica y en torno a los hechos más significativos de la Historia de nuestro siglo, Cristina Borderías articula un relato cuyo objetivo es analizar algunos aspectos del trabajo femenino en España durante el período 1924-1980. El estudio se realiza en este caso utilizando diversas fuentes, entre las que deben destacarse las fuentes estadísticas y las fuentes orales. Es notable el análisis crítico que se hace de las Encuestas de Población Activa, de los Censos de Población y las propias Estadísticas de Personal de la CTNE. En cuanto a las fuentes orales, la autora utiliza básicamente 42 entrevistas realizadas a trabajadoras de la Compañía Telefónica.

La autora refleja los recuerdos que con toda nitidez refieren las informantes sobre el período estudiado: las ligeras mejoras que se implantaron a partir del Seguro de Maternidad durante la II República y las medidas que a partir del Fuero del Trabajo forzaron las excedencias por maternidad y establecieron la prohibición expresa de contratar mujeres casadas, lo que no impidió que tras unos años, el propio Régimen considerara el incremento de trabajo asalariado entre las mujeres casadas como una tendencia social irreversible, tendencia que se confirmaría durante la década de desarrollo económico de los sesenta.

El libro refleja además un aspecto de especial relevancia en estos momentos para los historiadores orales, como se ha reflejado recientemente en trabajos de autores como Franco Ferrarotti y Pietro Crespi, sobre el proceso de industrialización en Italia en los últimos cien años, o los de John J. Fox sobre el trabajo de las mujeres en una Compañía de Seguros creada en 1843 en Nueva Inglaterra. En todos ellos se analiza la relación existente entre la esfera pública y la privada, relación que en este caso se explicita en el análisis de la trayectoria familiar y profesional de las personas entrevistadas, que expresan re-

petidamente la dicotomía, el antagonismo, rara vez la complementariedad, de los espacios públicos y privados.

El seguimiento de las trayectorias vitales de las informantes permite, con bastante riqueza de matices, acercarse a elementos de análisis interesantes en la historia del desarrollo social en nuestro país. Las aspiraciones sociales de algunas de las mujeres entrevistadas; el sentimiento repetidamente expresado «siempre me ha gustado progresar»; la posibilidad de una cierta autonomía e independencia personal a partir de la realización de un trabajo remunerado; el desarrollo de estrategias femeninas para alcanzar la emancipación; la posibilidad que se brinda a un sector de mujeres de la clase media de incorporarse a un trabajo remunerado; las trabas con las que se encuentran las propias mujeres para el ascenso profesional; las propias redes de solidaridad femenina que se establecen en la empresa; y en fin, un ajustado análisis del proceso de cambio social que se produce en España durante estos años son algunas de las acertadas conclusiones a las que lleva la lectura de este libro.

Pilar Folguera

MELÓN JIMÉNEZ, MIGUEL ANGEL: *Los orígenes del capital comercial y financiero en Extremadura. Compañías de Comercio, comerciantesybanqueros de Cáceres (1773-1836)*, Diputación Provincial, Badajoz, 1992, 187 pp.

Obra de Historia Económica y, también, Social, pionera de este tipo de trabajos en el ámbito extremeño, que permite disponer de un elemento de comparación con lo sucedido en otros marcos espaciales más dinámicos. El resultado del esfuerzo investigador es un análisis valioso tanto por lo que muestra (el desarrollo de una burguesía comercial en un marco periférico) como por lo que deja intuir, consecuencia de la modestia de las realizaciones económicas de este grupo, el hecho de que en Extremadura la única burguesía realmente sólida es la agraria. La obra hay que circunscribirla en el horizonte mental de la reflexión sobre las causas del peculiar atraso de un ámbito regional en el contexto de la España que transita del Antiguo Régimen a la sociedad contemporánea.

La investigación tiene su apoyatura básica, a falta de contabilidades privadas, en los protocolos notariales, cuyas inmensas poten-

cialidades son sagazmente puestas de nuevo de manifiesto por el autor, gran conocedor, como modernista, del Antiguo Régimen y, especialmente, de su fase final.

El objetivo del libro es estudiar un proceso de acumulación de capital en una sociedad profundamente rural a través de actividades no directamente agrarias. Se analizan éstas (mercado lanero, actividades crediticias) y se individualiza a sus protagonistas. En este sentido, no deja de ser significativo que el sector más dinámico de la economía regional (dinámico en tanto que menos ligado a la actividad agraria estricta) es controlado por elementos foráneos, catalanes (Segura, Calff, Busquets) y cameranos (Carda-Carrasco, Samaniego y De la Riva). Son hombres de fuera, «empresarios» procedentes de esa «emigración selectiva» de que habla el autor, los que protagonizan las actividades financieras.

Pero los «burgueses» que aparecen en el libro (comerciantes y banqueros) no representan una ruptura en las prácticas económicas y sociales, sino una adaptación posibilista a las circunstancias dominantes en la Extremadura de la época. No hay, como no podía ser de otra forma, burguesía taumatúrgica capaz de transformar, o si se quiere emplear otra terminología más actual, de modernizar la vida regional. Lo que hay es un esfuerzo por controlar un mercado de productos derivados de la actividad agraria. Esfuerzo que acaba en el fracaso final de estos sectores comerciales autóctonos, que terminarán integrándose de manera definitiva, aprovechando las posibilidades que ofrece el despliegue de la Reforma Agraria Liberal, en la burguesía agraria.

Fernando Sánchez Marroyo

SÁNCJIEZ MARROYO, FERNANDO: *Dehesas y terratenientes en Extremadura. La propiedad de la tierra en la provincia de Cáceres en los siglos XIX y XX*, Asamblea de Extremadura, Mérida, 1993, 483 pp.

Tomando como eje la propiedad de la tierra, Sánchez Marroyo aborda en su último libro el estudio de la estructura social y económica del campo cacereño durante la Restauración. Completa así el ciclo de sus obras anteriores centradas en el mismo ámbito geográfico durante el reinado de Isabel II (*El proceso de formación de una clase*

dirigente. La oligarquía agraria en Extremadura a mediados del siglo XIX, 1991) Y el Sexenio Revolucionario (*Movimientos populares y reforma agraria. Tensiones sociales en el campo extremeño durante el Sexenio Democrático, 1868-1873*, 1992).

La principal originalidad de la obra reside en romper con la idea de uniformidad que la región extremeña podría ofrecer desde fuera, para mostrar la gran diversidad de situaciones que se daban en las nueve comarcas en que divide la provincia de Cáceres. El análisis es extremadamente minucioso y rico en detalles e informaciones sobre cada uno de los aspectos que trata: el parcelado, las formas de propiedad, la distribución de la riqueza, la ganadería, cultivos, rendimientos, salarios, faenas agrícolas, formas de cesión de la tierra, las dificultades de las economías campesinas, el crédito en el mundo rural...

Este recorrido culmina en el capítulo final, dedicado al análisis de las grandes fortunas rústicas de la provincia; una por una, reconstruye la historia patrimonial de 30 familias aristocráticas y 30 burguesas, trazando un completísimo panorama de las élites de Cáceres, al que sólo cabría objetar la ausencia de una recapitulación final a modo de conclusiones o síntesis de tan vasto conjunto de datos. Sea como sea, la lectura de la obra destruye muchos tópicos sobre una región tan mal conocida como Extremadura, poniendo en primer plano elementos a tener en cuenta en cualquier interpretación de datos estadísticos provinciales, como la extensión que alcanzaban formas peculiares de propiedad colectiva e indivisa.

Juan Pro Ruiz

ACUIRREAZKUENAGA, JOSEBA; SERRANO, SUSANA; URQUI TO GOITIA, JOSÉ RAMÓN, y URQUUO GOITIA, MIKEL: *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1808-1876)*, Parlamento Vasco, Vitoria, 1993, 1.080 pp.

El presente trabajo se enmarca dentro del campo de los estudios de historia del parlamentarismo que en nuestro país, y desde distintas perspectivas, se vienen potenciando recientemente, en orden a cubrir un vacío, tanto más sorprendente cuanto la institución representativa de Cortes es pieza central en la vertebración de los sistemas constitucionales de nuestra contemporaneidad. Sobre este vacío es

bien elocuente la justificación que los autores hacen de esta obra: un necesario paso previo a un originario proyecto de investigación sobre la historia de las elecciones a las Cortes españolas en los territorios de las Provincias Vascongadas y Navarra, dictado por la ausencia de obras de referencia del tipo concreto de un Diccionario biográfico, que aportaran la información material precisa para un análisis sociológico de los representantes parlamentarios.

Partiendo del referente de la obra británica *The History Of Parliament* (Londres, 1964), como modelo considerado por los autores el más adecuado de análisis electoral, la confección de este Diccionario se presenta, por tanto, como la primera entrega de un proyecto más ambicioso, que dentro de un esquema tripolar ofrece la próxima publicación de un segundo volumen, en preparación, comprensivo de un Atlas con la cartografía de los distritos, el cuerpo y las estadísticas electorales, y que se cerraría con una tercera entrega dedicada al estudio del efectivo procedimiento electoral y de los partidos políticos concurrentes en las consultas.

En cuanto a la estructura de esta obra se presenta la misma como un trabajo de investigación, en que las biografías de los parlamentarios se basan en un amplio elenco de fuentes archivísticas, no utilizadas sistemáticamente hasta el presente en los estudios biográficos disponibles.

Parece especialmente correcta la opción de los autores de no limitarse a la estricta singladura parlamentaria de los personajes reseñados, apuntando a una biografía completa de éstos, no sólo en el tiempo, más allá de sus concretos períodos como diputados, sino, también, detallando la completa evolución de su vida política, profesional, de sus escritos, de las demás facetas sociales en que pudieron destacar en su caso, y de los avatares de sus relaciones sociales y familiares, junto con la evolución de su economía familiar; datos estos dos últimos bien a tener presentes para una comprensión global del personaje, que junto con los antecedentes familiares, sirven para corregir las ubicaciones a veces erráticas que se pueden hacer bajo una exclusiva catalogación «política». Es de agradecer, finalmente, la omisión de valoraciones, el ceñimiento a una perspectiva escueta y estrictamente informativa, como debe ser la de un Diccionario.

Juan I. Marcuello Benedicto

SÁNCHEZ-PRieto, JUAN MARÍA: *El Imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo, 1833-1876*, EUNSA, Barcelona, 1993, XVII + 969 pp.

A la búsqueda del Imaginario vasco durante un período (1833-1876) hasta ahora muy poco estudiado en Vasconia desde el punto de vista tanto de la historia intelectual como de la política (*El linaje de Aitor*, de I. Juaristi, constituye la única excepción importante), el autor pone en marcha una poco habitual y -como lo demuestran los resultados- potente aproximación metodológica, que va más allá de la renovación de la historia de la historiografía propuesta, desde los años setenta, entre otros autores, por el profesor Carbonell, prologuista del libro.

El libro de Sánchez-Prieto se estructura en tres partes, precedidas de una introducción que define la «problemática» que le ha movido a lo largo de toda la investigación: el llamado «problema vasco» y el modo de abordar de forma más fecunda el estudio de la historiografía. En «La lógica de los números», la estadística le permite, con la ayuda inestimable del ordenador, determinar el *corpus* de historia y de historiadores sobre el que se trabaja, con una especial atención a los ritmos de producción y a la sucesión de generaciones (los «predecesores», los «coetáneos», los «sucesores»).

También «La prosopografía» continúa sirviéndose de técnicas similares para analizar los entornos socioprofesionales de los historiadores interesados por «lo vasco», pero no faltan importantes capítulos sobre sus compromisos políticos, sobre los soportes institucionales que les permiten trabajar y publicar y, sobre todo, sobre la red de relaciones que une a los historiadores vascos y a los no vascos (que publican en Madrid, París y Londres): a quienes -a caballo entre los mitos tradicionales y un evidente protonacionalismo- bucean en busca de su identidad y a quienes se mueven atraídos por lo exótico o se acercan en calidad de vecinos.

«La lógica de los números» le lleva de este modo a Sánchez-Prieto a analizar las obras -los textos- que participan por derecho propio en la construcción del Imaginario vasco en las décadas centrales del siglo pasado: un Imaginario que cambia sin cesar y en el que se encuentran las más insólitas -y a veces las más actuales- imágenes del mundo vasco: «Hacer una confederación independiente y neutral,

Noticias

una Suiza de los Pirineos», decían algunos durante la primera guerra carlista; «España está enferma, los Fueros pueden curarla», decían otros entre 1841 y 1868; «Antes rusos, turcos, negros o judíos con fueros, que españoles sin ellos», se escribía a las alturas de 1876.

En definitiva, un libro difícil, por su extensión, por el barroquismo del estilo, porque se adentra en terrenos poco conocidos por senderos de montaña; un libro que apenas ha podido apoyarse en libros anteriores, pero que generará muchas nuevas investigaciones; y, probablemente también -como ocurre habitualmente con las obras pioneras-, un libro tan discutido como atractivo.

Ignacio Olábarri Gortázar

FERNÁNDEZ DE PINEDO, EMILIANO: *La emigración vasca a América, siglos XIX y XX*, Ediciones Júcar, Colombres (Asturias), 1993, 232 pp.

La conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América ha generado una avalancha de publicaciones sobre las relaciones entre España y América, así como entre sus diversas regiones y el Nuevo Mundo. En esto el País Vasco no ha sido una excepción. En el último lustro han visto a la luz numerosas obras gracias al programa del Gobierno autónomo «América y los vascos», o debido a iniciativas editoriales privadas. Aun siendo de valor muy desigual han venido a paliar el olvido historiográfico anterior sobre este tema, con la salvedad de la obra básica de William Douglass y Jon Bilbao *Amerikanuak. Basques in the New World* (1975) y del libro -con valiosa aportación documental- de María Pilar Pildain *Ir a América. La emigración vasca a América. Guipúzcoa, 1840-1870* (1984).

Entre los trabajos recientes sobresale el de Emiliano Fernández de Pinedo acerca de la emigración vasca al continente americano en la Edad Contemporánea, incluido en una colección dirigida por los profesores Nadal, Maluquer de Motes y Macías y promovida por la Fundación Archivo de Indianos (Asturias), en la cual han aparecido ya varias obras importantes sobre la emigración española a América. El libro que reseñamos proporciona una buena síntesis de un tema amplio y poco investigado desde una perspectiva histórica tanto económica como demográfica. A lo largo de sus páginas queda patente el gran conocimiento del autor no sólo de la historia vasca, sino tam-

bién de la situación económica de Iberoamérica en el siglo XIX.

Frente a la conocida imagen del País Vasco como zona de inmigración desde la Revolución Industrial vizcaína, a finales del siglo XIX, hasta los años setenta de la centuria actual, la realidad histórica anterior era todo lo contrario: desde el siglo XVI, por la relativa pobreza de su agricultura y una cierta superpoblación, era tradicional la emigración de los vascos a América, en especial a las zonas mineras de Perú y México.

La obra de este catedrático de Historia Económica de la Universidad del País Vasco se centra en el período que se extiende entre 1830 y 1936, distinguiéndose dos etapas. En la primera (1830-1880), la gran mayoría de los numerosos emigrantes vascos de ambas vertientes pirenaicas eran campesinos y se dirigían hacia las plantaciones azucareras de Cuba y las estancias ganaderas de los países del Río de la Plata. Entre ambas regiones existía una peculiar relación comercial, pues los ganaderos sudamericanos vendían cecina para la alimentación de los esclavos negros de las Antillas, la principal mano de obra de los ingenios cubanos.

En la segunda etapa, de 1880 a 1936, la emigración vasca perdió entidad como consecuencia del intenso proceso industrializador de Vizcaya y Guipúzcoa y se modificó su composición socioprofesional: el grupo más numeroso ya no estaba formado por labradores, sino por industriales y artesanos, comerciantes y profesionales liberales. Y es que, en lugar de «hacer las Américas», muchos campesinos de pocos recursos marcharon a trabajar a las minas y fábricas del *hinterland* de Bilbao, en número superior al que se ha señalado tradicionalmente (según recientes investigaciones, hasta 1900 más del 50 por 100 de los obreros de esa zona procedían de la propia Euskadi). Los emigrantes vascos a América continuaron concentrándose principalmente en Cuba y Argentina, si bien al final de la etapa estudiada, en los años de la II República, este último destino decayó y fue sustituido por México. En cuanto a la emigración a Estados Unidos, fue muy reducida y, para Fernández de Pinedo, tuvo más importancia la de pescadores a California -apenas conocida- que la de los famosos pastores afincados en Nevada o Idaho.

En vísperas de la Guerra Civil era muy débil la corriente emigratoria vasca a América, concluye el autor. El resultado del conflicto bélico dio origen a una nueva emigración, muy diferente de la anterior, pues no obedecía a motivos económicos, sino de índole política:

muchos nacionalistas e izquierdistas se refugiaron en Venezuela, Argentina, México y otros países durante la Dictadura franquista. De esta última etapa ya no trata este libro, pero sí varios publicados recientemente sobre el exilio vasco en América.

José Luis de la Granja Sainz

PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, PILAR: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína: 1877-1913*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, 301 pp.

En los últimos años, la historiografía internacional, y después la española, se han visto enriquecidas con la utilización de una nueva metodología, que tiene al género como recurso analítico central y que permite ampliar el campo de relaciones sociales objeto del análisis histórico. La historiografía vasca ha incorporado también esta metodología, que ha sido utilizada ya en varias tesis doctorales recientemente publicadas por la Universidad del País Vasco. Una de ellas es la que comentamos aquí sobre la primera industrialización vizcaína.

El campo de estudio elegido ha sido San Salvador del VaBe, uno de los pueblos más representativos de la minería vizcaína, motor esta última del desarrollo industrial vasco. El impacto demográfico inmigrante, al incidir sobre las características geográficas de este municipio, dio lugar a la creación en él de dos comunidades diferentes, enclavadas en dos espacios geográficos separados: la comunidad minera, cuya vida giraba en torno a las minas, y la comunidad autóctona, cuya vida se dividía entre el trabajo rural en torno al caserío y el trabajo en las industrias cercanas. Esta especial configuración social y geográfica ha permitido a la autora contar con un campo de pruebas adecuado para investigar comparativamente sobre las repercusiones de la primera industrialización en la vida de las dos comunidades, y sobre las diferentes respuestas que sus integrantes dieron el cambio, anunciadoras de la diversidad de repercusiones y respuestas que pueden encontrarse en un examen semejante de otras zonas de Vizcaya.

El estudio muestra los distintos mecanismos o estrategias de supervivencia utilizados por las familias de las dos comunidades de San Salvador del Valle, subrayando la gran rentabilidad que para el desarrollo capitalista tuvo la estrategia utilizada por las familias de la

comunidad minera, y la estrecha relación que se estableció entre los intereses del sistema capitalista y los del sistema de género.

Como dice la misma autora en sus configuraciones finales, las conclusiones de esta investigación no pueden hacerse extensivas al conjunto de la población vizcaína, pero constituyen una aportación muy importante -tanto desde el punto de vista demográfico como de la perspectiva de género- al estudio de la industrialización de Vizcaya, cuya historia podrá ser reconstruida en la complejidad de sus distintas facetas, cuando, además de los importantes estudios ya realizados, y por realizar, desde otros puntos de vista (incluidos el ideológico y el político) contemos con suficientes monografías que sigan el camino elegido por ésta, y que, como ella, pongan en relación en el análisis el ámbito público y el privado, el trabajo doméstico y el mercantil, las relaciones de clase y las relaciones de género, aspectos todos ellos que, como aquí se pone en evidencia, están estrechamente trabados entre sí en la realidad, formando un tejido en el que no puede tirarse de uno de sus hilos sin que esto repercuta también en los demás.

Mercedes Ugalde Solano

UCALDE SOLANO, MERCEDES: *Mujeres y nacionalismo vasco. Génesis y desarrollo de Emakume Abertzale Batza. 1906-1936*, Universidad del País Vasco-Emakunde, Bilbao, 1993, 628 pp.

Entre las nuevas historias que se han desarrollado en los últimos tiempos sobresale la historia de la mujer, un campo de estudio apenas abordado hasta las dos últimas décadas. Una prueba de su auge reciente es el éxito alcanzado por la *Historia de las mujeres*, dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot.

En el País Vasco existen pocos trabajos al respecto y el tema de la mujer ha sido analizado más desde la antropología que desde la historia. A llenar una parte de este vacío ha venido el excelente libro de la historiadora Mercedes Ugalde sobre *Mujeres y nacionalismo vasco*, cuyo origen fue una tesis doctoral leída en la Universidad Complutense de Madrid. Se trata de una sólida y documentada investigación sobre el proceso histórico de incorporación de las mujeres vascas a la vida pública y, en especial, al movimiento nacionalista desde comienzos de siglo hasta la Guerra Civil. A pesar de las trabas y la

lentitud del proceso, éste culminó en los años de la II República con una pujante organización: *Emakume Abertzale Batza*, agrupando a decenas de miles de afiliadas, que en 1933 lograron la igualdad de derechos en el seno del PNV. Ejercieron por vez primera el derecho de sufragio. Este gran crecimiento y su importante papel simbólico en torno a la *madre vasca* no impidieron su carácter subordinado dentro de dicho partido: «la dirección política, sindical y cultural estaba en manos de los hombres. Las mujeres desempeñaban la función de madres de la comunidad, encargadas de transmitir y ser las guardianas de la raza, la cultura, las costumbres y la ideología nacionalista», escribe Mercedes Ugalde.

Como conclusión a su estudio, esta historiadora señala que el acceso de las mujeres nacionalistas a la vida pública fue impulsado por el desarrollo socioeconómico, las circunstancias políticas del primer tercio del siglo XX y la presión indirecta del movimiento feminista internacional. El PNV, en su afán de integrar a todos los sectores de la sociedad vasca en la comunidad nacionalista, incorporó también a las mujeres a través de EAB, con gran éxito electoral y de militancia, pero mantuvo claramente el predominio masculino tanto en sus órganos directivos como en sus cargos públicos más relevantes (diputados a Cortes), en los cuales las mujeres brillaron por su ausencia.

Este libro es una contribución destacada a la historia del nacionalismo vasco en el siglo XX, continúa una importante corriente historiográfica que surge a mediados de los años setenta y constituye un trabajo modélico sobre uno de los principales organismos sectoriales de la amplia comunidad nacionalista, nucleada en torno al PNV y al sindicato STV, en la Euskadi de la preguerra. Además, es la mejor obra que existe hasta ahora sobre la historia de la mujer en Euskadi, examinada desde el marco teórico del sistema de género. En este terreno se trata de un estudio pionero dentro de la historiografía vasca y representativo de la nueva historia de la mujer que se hace actualmente en España y en otros países.

José Luis de la Granja Sainz

DÍAZ FREIRE, JOSÉ JAVIER: *La República y el porvenir. Culturas políticas en Vizcaya durante la Segunda República*, Kriselu, San Sebastián, 1993, 399 pp.

La Segunda República sigue siendo objeto de numerosos estudios por parte de los investigadores. El libro de José Javier Díaz Freire -resumen de su tesis doctoral- aborda el período de los años treinta desde una perspectiva en buena medida novedosa, a caballo entre la historia social, la historia política y el estudio de las mentalidades colectivas. Díaz Freire -que ya había publicado otros estudios sobre el mundo obrero en la Vizcaya de la Segunda República- parte de un análisis de lo social apoyado en un concepto semiótico de la cultura, siguiendo el modelo de Stedman Jones. Analiza así el lenguaje y la simbología de cada cultura y su capacidad para conectar con la realidad social.

En los tres primeros capítulos del libro se estudian -a partir de fuentes hemerográficas y bibliográficas- las principales culturas políticas vizcaínas de los años treinta: la cultura de la izquierda, la derechista y la del nacionalismo vasco, en parte común con la visión de la derecha, aunque con algunas características peculiares. El cuarto capítulo, titulado «El triunfo de la izquierda», analiza la situación en Vizcaya tras la Revolución de octubre de 1934. Aunque la estructura del libro es coherente, quizá no termina de explicarse el porqué de hacer un estudio de cada una de las culturas hasta 1934, pasando a partir de esa fecha a un análisis casi cronológico del período comprendido entre esta fecha y julio de 1936. A lo largo del libro va apareciendo la visión que cada una de las culturas políticas tenía de diferentes problemas: la República, el Estatuto Vasco, el paro obrero, la crisis económica, la cultura vasca, la vida cotidiana, el mundo de la mujer, etc. Quizá hay puntos que pudieran ser discutibles, como la división en tres culturas -que probablemente no fueran en la práctica tan compactas internamente ni tan impermeables entre sí como pueda parecer- o el fracaso absoluto de la cultura de la derecha -que habría que relativizar si incluimos en ella, como hace el autor, el nacionalismo vasco-, pero ello no quita mérito alguno a este excelente libro sobre la conciencia colectiva vizcaína en los años treinta.

En resumen, Díaz Freire lleva a cabo una interesante investigación, analizando de forma bastante completa la visión del mundo so-

cial que proponían los diversos grupos políticos del ámbito vizcaíno. De esta forma, construye una historia de las ideas que trata de mostrar los puntales teóricos que justificaron la actuación política de los diversos partidos durante la Segunda República en el País Vasco.

Santiago de Pablo

IMBULUZQUETA ALCASENA, G.: *Periódicos navarros en el siglo XIX*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1993, 401 pp.

En los últimos años la historia del periodismo navarro ha experimentado un gran avance. Contamos ya con algunas tesis doctorales sobre periódicos diarios, tales como el conservador *Diario de Navarra* o el filonacionalista vasco *La Voz de Navarra*. Asimismo, siquiera sumariamente, se ha dado cuenta de las distintas publicaciones aparecidas en los dos últimos siglos y se han escrito artículos o presentado comunicaciones sobre algunas de ellas en diferentes Congresos, Jornadas, etc. A todo ello se añade la elaboración de un *Catálogo de las publicaciones periódicas impresas en Navarra* (Gobierno de Navarra, Pamplona, 1990) conservadas en los fondos hemerográficos de los Archivos y Bibliotecas públicas de la provincia.

Con todo, en este panorama se echaban de menos obras de conjunto y para grandes períodos que proporcionasen noticias concretas sobre cada uno de los títulos: las características y la ideología, en su caso, los contenidos y la trayectoria vital de los individuos que los hicieron posibles, etc. Este es precisamente el hueco que ha venido a llenar el libro de G. Imbuluzqueta. Gracias a sus pacientes y laboriosas investigaciones, este periodista ha recogido un total de 206 publicaciones periódicas, que seguramente suponen la inmensa mayoría de las editadas en Navarra a lo largo de la pasada centuria, aunque, como es lógico, alguna haya pasado inadvertida (por ejemplo, el *Boletín de Estadística y Mercados de Navarra* o la *Semana Euskara*).

Las más numerosas de entre estos dos centenares largos de cabezas son las de carácter político (84), seguidas por las informativas (35) y las que se podrían calificar de profesionales (29). Por lo que atañe al primer grupo, importa destacar que la ideología a la que se vincularon el mayor número de periódicos fue la liberal (19), seguida por la carlista, la republicana y la independiente (con 11 títulos

cada una), lo que puede resultar bastante sorprendente, dada la creencia generalizada de que Navarra era entonces una provincia unánimemente carlista. También puede parecer extraño que sólo cuatro publicaciones se presentaran como fundamentalmente fueristas, en un siglo -como el XIX- de profundos avatares para el sistema foral, o que únicamente tres se proclamasen integristas. De otro lado, llama también la atención la gran actividad periodística registrada en Tudela (62 publicaciones frente a las 125 de Pamplona).

Angel Sarcia-Sanz Marcotegui

GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, ANGEL: *La Navarra de «La Gamazada» y Luis Morote*, Imprenta CraphyCems-Morentin, Pamplona, 1993, 203 pp.

Carcía-Sanz reúne y edita unos artículos sobre Navarra, firmados por el republicano valenciano Luis Morote y publicados en el periódico *El Liberal* de Madrid, entre octubre y noviembre de 1894. La reedición está acompañada de un largo estudio preliminar de 117 páginas, de las que 71 están dedicadas a analizar el contexto del viaje y de las crónicas de Morote: la situación política y socioeconómica de la Navarra de 1894.

Dos contenciosos muy similares, los provocados por el intento del Ministro de Hacienda Germán Camazo, y de su sucesor Amós Salvador, de acabar con el régimen fiscal excepcional de la provincia, ocasionaron un intenso movimiento de respuesta en Navarra entre mayo de 1893 y 1895. A la presentación de dichos acontecimientos -la «gamazada» y la «salvadorada»-, que fueron las que dieron lugar al viaje y a las crónicas de Morote, y del significado del fuerismo finisecular, añade García-Sanz una panorámica de las condiciones coyunturales de la economía navarra -sumida en la fase final de la crisis agrícola y pecuaria- y sus efectos en términos de conflictividad social.

Una corta biografía política de Morote, con especial énfasis en sus relaciones con Navarra, y la introducción de sus crónicas de viaje cierran por último el sintético, claro y bien documentado estudio preliminar. Después vienen las páginas de Morote que, teñidas de un paradójico fuerismo y de un no menos insólito navarrismo, no dejan de ofrecer algunos relatos interesantes sobre la Navarra de la década

de 1890. Quizá su mayor valor esté, con todo, en retratar a su autor y, con él, a una generación de republicanos moderados de la Restauración.

Juan Pan-Montojo

PAREDES ALONSO, JAVIER: *Félix Huarte. Fuentes históricas*, Rialp, Madrid, 1993, 1103 pp.

Como es sobradamente conocido, la publicación de fondos documentales de archivos privados es sumamente infrecuente, lo que hurta a los historiadores la posibilidad de conocer la existencia de fuentes que pueden enriquecer sus trabajos. Por ello hay que saludar la aparición de obras como las que aquí se reseña, ya que recoge la documentación de un archivo, el de Félix Huarte Goñi, de enorme importancia para la historia contemporánea de Navarra, y aun de España.

Este pamplonés (1896-1971) fue un hombre de empresa e industrial hecho a sí mismo, cuyas actividades, desde la etapa republicana, rebasaron el marco navarro y, después, también el español. Además, en la última etapa de su vida se dedicó a la política activa, ocupando desde 1964 la vicepresidencia (la presidencia recaía en el gobernador) de la Diputación Foral de Navarra, desde la que impulsó el proceso industrializador de su tierra natal que había promovido ya con sus empresas privadas. Por tanto, parece evidente que su documentación (correspondencia, proyectos, discursos, etc.) -la propia de un hombre de negocios de dilatada y amplia trayectoria, y a la par protagonista de excepción de varios años cruciales del tardofranquismo- tiene que ser no sólo interesante, sino apasionante.

El libro que la describe, y en parte reproduce, es una obra de gran formato y más de mil páginas, lo que da idea del volumen de información que ofrece, considerando que se trata de un archivo privado. Una prueba del extraordinario valor de este fondo es el índice onomástico y temático, que contiene no menos de 12.000 entradas. Además del gran número de las relativas a conceptos como Ingresos, Gastos, Industrias, Empresa, Negocios, Obras, Convenio, Financiación, Inversión y otras similares, hay otras muchas sobre instituciones (Diputación Foral de Navarra, unas 400; Estado, más de un cen-

tenar; Gobierno, unas 80; Iglesia, otras tantas), diversos personajes (56 a Franco, 17 al Caudillo), etc.

Angel GarGía-Sanz Marcotegui

BOSCH, A.; CERVERA, A. M.; COMES, V., Y GIRONA, A.: *Estudios sobre la Segunda República*, Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 306 pp.

El balance de la historiografía valenciana contemporánea de las últimas décadas muestra cómo se han modificado las preocupaciones de buena parte de los investigadores. El interés casi exclusivo poco tiempo atrás por el análisis de la evolución de la economía y por el primer siglo de esta época y sus orígenes se ha ampliado temática y cronológicamente. Ello se ha plasmado en una progresiva y creciente preferencia por el estudio de nuevos problemas sociales y políticos, de igualo incluso mayor alcance colectivo que los centrados en la base productiva y sus cambios; abordados con nuevos enfoques, de no menor rigor y capacidad explicativa (las técnicas de la historia oral y los supuestos de la modernización y de la democratización) y ubicados en el siglo XX, aunque sus antecedentes se sitúen ya en las décadas finales de la centuria anterior.

La obra coordinada por la profesora Bosch, enmarcándose en esta renovación, aborda algunas de las vertientes hasta ahora menos conocidas del alcance de la transformación de la sociedad valenciana durante la segunda y la tercera década de este siglo. Las distintas aportaciones se articulan en torno a un doble eje común. En primer lugar, cómo influye el poder político y sus cambios en el desarrollo y en la actuación de los partidos, sindicatos y grupos económicos de presión. Y en segundo lugar, cómo ello repercute sobre el sistema político y sus representantes.

Es un conjunto de estudios pormenorizados tanto de la élite política y económica como del movimiento campesino durante la transición de la Dictadura de Primo de Rivera a la Segunda República, y también durante los años de esta breve experiencia democrática. Y sus resultados globales son, a mi juicio, sugerentes. De entre ellos me interesa resaltar especialmente dos muy relacionados. Por un lado, se constata desde los años veinte un acelerado crecimiento de la movilización de sectores sociales amplios, canalizada a través de numero-

sas organizaciones con unos objetivos y apoyos diferenciados, que darán respuesta a demandas comunes de muy diversa procedencia. Y, por otro lado, se pone de manifiesto cómo el éxito de buena parte de estas diversas formaciones responde a una doble capacidad de adaptación: al régimen republicano, pero también a la específica configuración económica y social del País Valenciano.

La plasmación política de este intenso proceso de socialización, protagonizado en parte por la derecha, la analizan A. M. Cervera y V. Comes. Se trata de la distinta evolución experimentada respectivamente por la élite dinástica tradicional, heredera del conservadurismo de los últimos años de la Restauración, y por el nuevo partido de masas, Derecha Regional Valenciana, deudor en no escasa medida de la experiencia organizativa y del liderazgo de la Asociación Regional de Acción Católica durante la etapa final de la Monarquía Parlamentaria.

Las manifestaciones del avance de la modernización de la sociedad valenciana son, sin embargo, más amplias. Se concretan, como argumenta de manera pormenorizada A. Girona, en un intenso proceso de articulación de los grupos económicos más representativos de la diversificada base productiva. Esta aglutinación de la burguesía se produce en torno a cuatro entidades significativas: la Federación Industrial, Mercantil y Agrícola del Reino de Valencia; la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Valencia; la Cámara Agrícola de la Provincia de Valencia, y el Centro de Estudios Económicos Valencianos. Por medio de estas plataformas, como precisa el autor, la élite de las principales actividades va delimitando entre la última década del siglo XIX y los comienzos de los años treinta la defensa de sus intereses, inicialmente sectoriales y posteriormente colectivos.

Paralelamente, las beneficiosas iniciativas para los trabajadores del primer bienio republicano tendrán, como pone de relieve en su trabajo la profesora Bosch, un efecto positivo sobre el clima social. A diferencia de lo ocurrido en otras zonas del campo español tras la instauración del régimen republicano, no se producirá en el País Valenciano la extensión generalizada y creciente de tensiones. Entre las diversas causas analizadas en su trabajo para explicar este hecho hay algunas que me interesa destacar. Me refiero al predominio de la pequeña y mediana propiedad; y sobre todo a la elevada rentabilidad de buena parte de estas explotaciones especializadas en productos de

exportación. A lo cual puede añadirse la posible influencia de este doble fenómeno en el mayor arraigo entre los campesinos del sindicalismo ugetista frente al cenetista, partidario a ultranza de la acción directa.

El análisis de la coyuntura social, recogido en el artículo de A. Bosch, no puede desligarse en última instancia de la conclusión más amplia desarrollada por cada una de las contribuciones de este libro: la profundización de la transformación socioeconómica y de la democratización, de la modernización en una palabra, a lo largo del primer tercio del siglo XX y, de manera destacada, durante los años treinta.

Teresa Carnero Arbat

GABARDA CEBELLAN, VICENT: *Els Afusellaments al País Valencià (1938-1956)*, Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1993, 468 pp.

Cualquier cifra es difícil de precisar en la Guerra Civil Española, pero la referida al número de muertes violentas durante y después de la contienda es una de las más controvertidas, pues durante muchos años dependían más de la ideología del evaluador que de una investigación histórica pormenorizada, por otra parte difícil de realizar sin poder acceder a las fuentes adecuadas. Esta circunstancia nos ha dado -en el caso concreto de la represión franquista- cifras tan dispares como las 200.000 de G. Jackson o las 150.000 de Heine, frente a las 8.000 de Ricardo de la Cierva y las 16.763 de Salas Larrazábal.

El paso del tiempo y el sistema democrático han permitido a una nueva generación de historiadores acceder a las fuentes documentales y comenzar a plasmar los resultados de sus investigaciones en una serie de estudios locales, regionales y provinciales pormenorizados, que analizan con más precisión y distancia las circunstancias y el número de muertes de la represión franquista, mientras que va mucho más rezagada la investigación sobre la represión republicana durante la contienda bélica. Entre estos estudios referidos a la represión franquista durante y/o después de la guerra en La Rioja, Soria, Córdoba, León, Salamanca, Zamora, Pamplona, Asturias, Aragón, Cataluña, se encuentra el libro de Vicent Gabarda.

Las circunstancias particulares del País Valenciano ¹⁰ colocan en una situación inmejorable para estudiar la represión franquista posbélica. No hubo frente de guerra y sus tres provincias permanecieron en la retaguardia republicana hasta la primavera de 1938, cuando las tropas de Franco ocuparon buena parte de la provincia de Castellón; pero la mayoría del País Valenciano permaneció con la República hasta el mismo final de la guerra, que tuvo como escenario límite el puerto de Alicante. Esto hace que la represión realizada en medio del conflicto bélico fuera inapreciable respecto a la llevada a cabo en la «normalidad» política de posguerra.

El objetivo del libro es fijar con exactitud las circunstancias de esta represión de 1938 a 1956 (desde la toma de Castellón hasta el final de las ejecuciones relacionadas con la guerra), atendiendo a las muertes violentas documentadas -ejecuciones principalmente-. El libro se divide en dos partes bien diferenciadas. En la primera se analizan todas las circunstancias que rodearon a la organización de la represión, desde sus distintas etapas cronológicas hasta la materialización de ésta en las ejecuciones y muertes en prisión, así como la identificación más precisa posible de los ejecutados a partir de la edad, estado civil, filiación política, cargos públicos, profesión... Como es habitual en estos estudios, la segunda parte está compuesta por distintos apéndices, que tratan de restituir la identidad a los ejecutados y localizar sus muertes en el tiempo y el espacio. Para conseguir este objetivo primario el autor no sólo ha recurrido a las fuentes más accesibles, como la causa general o los registros civiles, sino que ha tenido que recorrer las zonas que fueron campos de concentración y bastantes cementerios a lo largo de toda la geografía valenciana.

Gracias a este ingente trabajo sabemos hoy que el 2,34 por 1.000 (6.087 personas) de la población valenciana murió violentamente en el período estudiado. La mayoría, 4.714 personas, fueron ejecutadas, principalmente en los dos años posteriores al final de la guerra. Como señala el autor, las cifras del País Valenciano son sensiblemente superiores a las catalanas para el mismo período (1,2 por 1.000), pues mientras la población catalana pudo intentar escapar por la frontera francesa, en Alicante y Valencia el mar resultó la única escapatoria posible y fallida para la población y todos los restos del ejército y la resistencia republicana. Por otro lado, la mayoría de los ejecutados eran hombres jóvenes, en ¹⁰ mejor de la edad activa, casados, mayoritariamente campesinos o trabajadores agrícolas, que en muchos ca-

sos habían tenido algún tipo de responsabilidad política y económica durante la República y la Guerra.

Hubiera mejorado el exhaustivo trabajo de Vicent Gabarda una redacción más elaborada y sintética de la primera parte, que uniera el análisis a la descripción para explicar las repercusiones del ambiente de opresión y terror que rodeaba a las ejecuciones no sólo sobre las familias, sino sobre las comunidades donde éstas fueron más numerosas, o en las localidades como Paterna, que fueron el escenario de la mayoría de las ejecuciones. Incluso aunque esto no hubiera sido posible, y puede suponer casi otra investigación, al menos hubiera sido necesario elaborar un estado de la cuestión para toda España y una mínima comparación regional, en particular con Cataluña. Por otro lado, creo que es metodológicamente erróneo analizar conjuntamente las ejecuciones llevadas a cabo cuando la guerra civil aún no ha finalizado, aunque lo haya hecho en un territorio concreto, que las realizadas tras finalizar ésta, pues los contextos no son comparables. Estas apreciaciones, sin embargo, no desmerecen la aportación central de un libro que era necesario en la historiografía valenciana del período.

Aurora Bosch

PRADOS DE LA ESCOSURA, LEANDRO, Y AMARAL, SAMUEL (eds.): *La independencia americana: consecuencias económicas*, Alianza, Madrid, 1993, 329 pp.

Este libro, compuesto por diez ensayos de distintos autores, es, junto a su introducción, una novedosa aportación a las interpretaciones, ya clásicas, con respecto a las consecuencias económicas de la Independencia americana. El resultado es la formulación de una serie de hipótesis, sumamente sugerentes y atractivas, a partir de las cuales se abre todo un campo de investigación.

Así, al examinar en conjunto los diversos ensayos que conforman este libro, una de las conclusiones a las que podemos llegar es la distinción que es preciso realizar ante los resultados o consecuencias económicas de la Independencia *a largo y a corto plazo*. Hasta ahora se ha venido afirmando que la Independencia fue un rotundo fracaso en el terreno económico. Y efectivamente la conclusión de todos los ensayos ha sido que en la década de los años veinte la situación de

los países latinoamericanos era peor, si se compara con la de los últimos decenios del período colonial. Sin embargo, según Leandro Prados, aquella afirmación requiere una importante matización, ya que se han venido confundiendo los costes de lograr la Independencia -que supondrían las devastadoras consecuencias materiales y desestabilizadoras que las guerras son capaces de provocar- y los costes y beneficios de la propia Independencia, que significó la liberalización del monopolio español y de sus cargas fiscales. Y, en segundo lugar, tampoco se consideraría la relación existente entre Independencia y modernización institucional, que en contraposición con el viejo orden hizo posible, a largo plazo, un crecimiento económico.

A pesar de las diferencias en el tiempo y en las formas, estas consecuencias se manifestarían por igual en todos los países: desde el caso peruano, el más significativo ejemplo de resistencia al cambio institucional, a México y Centroamérica, en los que se percibe una mayor receptividad a los mismos, ante la oportunidad que el mercado exterior ofrecía. Pero sin duda es en Argentina, a pesar de las diferencias entre Buenos Aires y el interior, donde más rápidamente se observaría el proceso de transición.

De igual manera, los casos de Brasil y Cuba no podían ser obviados: en ellos, si bien la postergación de su Independencia les garantizaría la suficiente estabilidad para desarrollar fructíferas economías de exportación, a largo plazo esta demora vendría a significar mayores costes.

La última y sugerente hipótesis que podemos encontrar en el libro es la referente a las consecuencias que dicha Independencia tendría en las metrópolis: no parece que pueda responsabilizarse a este acontecimiento del atraso económico de las mismas, sino más bien a factores estructurales internos.

Sonia Alda Mejías

CAYUELA FERNÁNDEZ, I. G.: *Bahía de Ultramar. España y Cuba en el siglo XIX. El control de las relaciones coloniales*, Siglo XXI, Madrid, 1993, 288 pp.

El autor de esta obra, José Gregorio Cayuela Fernández, es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Castilla-La Mancha. Ha publicado varios trabajos sobre las Provincias de Ultra-

mar y más concretamente sobre sus élites durante el siglo XIX: entre ellos, junto a A. Bahamonde, *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, importante para conocer algunas claves de nuestra historia en el citado siglo. Estamos, por tanto, ante un investigador que conoce bien las fuentes y las maneja con aprovechamiento. El subtítulo de la obra nos introduce ya en la finalidad de la misma, si bien, a nuestro modo de entender, induce a error desde el punto de vista cronológico. Se trata en realidad del análisis de las relaciones entre España y Cuba en un breve período del siglo XIX (1854-1859), con incursiones al período inmediatamente anterior y posterior al lustro citado, y, sobre todo, de mostrar, en palabras del autor, «las claves sociopolíticas» que explican dichas relaciones.

La brevedad del período escogido para el estudio, el del segundo mandato de don José Gutiérrez de la Concha como Capitán General de la Isla, no supone un demérito para la obra, sino que, por el contrario, ha permitido al autor profundizar en una etapa que fue de gran importancia para Cuba por las decisiones administrativas que se llevaron a cabo y las relaciones de fuerza a la que éstas dieron lugar. Tomando como base los documentos generados por la máxima autoridad ultramarina, el autor nos presenta, en un primer capítulo de su obra, la sociedad colonial y los diferentes grupos de presión que en ella actúan, poniendo de relieve los intereses que los enfrentan y aquellos otros que, como la defensa de la institución esclavista, les unen. Al mostrarnos la sociedad colonial deja preparada la urdimbre sobre la que las actuaciones del Capitán General irán tejiendo los compromisos y pactos que a la postre acabarán por configurar un tejido social con predominio del grupo al que el autor denomina «pro-peninsular», que perdurará hasta 1898.

Su hipótesis de trabajo parte de la afirmación de que no existía una coordinación, ni política ni económica, entre la metrópoli y su colonia, lo cual, a su entender, resultaba grave, dadas las interdependencias hacendística y militar de ambas.

Para restablecer la armonía será nombrado el Capitán General José Gutiérrez de la Concha, perteneciente a un grupo de influyentes militares con conexiones en la Isla e intereses comunes con el grupo «pro-peninsular». Su política se encaminó, por tanto, a fortalecer el estatus colonial de la provincia ultramarina, evitando, por un lado, el fortalecimiento del grupo que buscaba en la anexión a los Estados Unidos su poder, y, por otro, relegando a las viejas familias que ha-

bían dejado de estar presentes en los sectores punteros de la economía. Las reformas llevadas a cabo por el Capitán General pivotaron en torno a dos grandes ejes: la Hacienda y el Ejército.

La primera parte de la obra está dedicada a un estudio exhaustivo de la Hacienda cubana y las reformas introducidas por la máxima autoridad insular para hacerla eficaz y excedentaria en beneficio de la metrópoli. Estas innovaciones lesionaban intereses y gravaban fiscalmente y de forma regular a las élites antillanas. La complicidad que se estableció con la élite «propeninsular» fue, según el autor, la clave del éxito de la política reformadora de Gutiérrez de la Concha, encaminada no tanto a conseguir una Cuba próspera como a que la Isla fuese rentable para España.

Desde nuestro punto de vista, esta primera parte es la más ágil e interesante. El autor despliega ante nosotros, y lo hace de forma muy acertada, la red de intereses económicos que vinculaba a parte de las élites de ambos lados del Atlántico y de la que no estaban ausentes algunos responsables políticos, e incluso la propia Reina Regente.

La segunda parte de la obra está dedicada casi en su totalidad a las reformas introducidas en el Ejército. No hay que olvidar, y así lo señala el autor, que el control de la Hacienda y del resto de la Administración pasaba por el fortalecimiento y expansión del poder militar. Los dos últimos capítulos, como no podía ser de otra forma, se dedican a diferentes aspectos de la institución esclavista. Para el autor, el nombramiento de Gutiérrez de la Concha como Capitán General obedeció, en gran parte, al intento de relajar la presión sobre dicha institución ejercida por su antecesor, y de hacerlo de tal forma que no violentase en exceso los tratados firmados con Inglaterra a principios de siglo. Si comparamos esta segunda parte con la primera nos parece más farragosa: quizá buscando una mayor claridad en la exposición, el autor ha compartimentado los temas y se ha visto obligado a reiterar argumentos en diferentes epígrafes. Este modo de presentar los problemas a dilucidar a lo largo de la obra hace que el índice de materias nos parezca muy logrado y, sin embargo, que la lectura de parte de la obra resulte poco ágil.

Finalmente, nos gustaría resaltar su aportación al estudio de las élites, y en especial al modo en que ha sabido poner de relieve las conexiones, la defensa de privilegios y de intereses que a esta y aquella orilla del Atlántico eran comunes para los grupos más cercanos al poder.

Maria Pilar Pérez Cantó

RODRÍGUEZ, JAIME E. (ed.): *The evolution Of the mexican political system*, A Scholarly Resources Inc. Imprint, Wilmington, Delaware, 1993, 322 pp.

El presente volumen reúne las ponencias que fueron presentadas en el coloquio que tuvo lugar en la Universidad de California, Irvine del 28 al 29 de abril de 1990. El propósito explícito de la reunión fue doble. Por una parte, se subrayó la necesidad de que para entender la complejidad de los problemas actuales de México, hay que estudiar la evolución de su sistema político de forma secuencial, ya que no es posible extraer conclusiones válidas de la simple comparación, pongamos por caso, entre el período inmediato posterior a la independencia y el actual, puesto que ello nos induciría a establecer una relación directa entre el comienzo del siglo XIX y el final del XX que dejaría en un cono de sombra a los períodos intermedios. Por otra parte, se pretendió recordar la urgencia de ampliar el estado de conocimiento del sistema político mexicano, y en particular de su historia electoral, grupos de poder, instituciones políticas nacionales y regionales, etc.

El libro está compuesto por seis ensayos relacionados con el siglo XIX, cuatro con el siglo XX y dos comentarios generales que sirven de colofón al volumen. Christon I. Archer examina de qué forma el ejército se convirtió en la fuerza más poderosa del México postindependentista. Virginia Guedea analiza el significado que la Constitución de Cádiz de 1812 introdujo en el sistema político al posibilitar la participación política de sectores sociales antes alejados de la toma de decisiones. Para ello, examina la primera elección popular que tuvo lugar en la ciudad de México en 1812-1813. Jaime E. Rodríguez prolonga el estudio hasta la constitución de 1824, poniendo de relieve de qué forma se fue expandiendo el sentimiento nacionalista. Al mismo tiempo, pone el acento en las continuidades entre la Constitución de Cádiz de 1812 y la mexicana de 1824. Barbara A. Tenenbaum observa que aunque las regiones del norte (Provincias Internas) desarrollaron sus propias estructuras económicas, militares y políticas entre 1776 y 1846, deliberadamente prefirieron formar parte de la nación mexicana, aun teniendo las condiciones para independizarse del centro, como lo demuestra su notable contribución al sostenimiento de las arcas federales. Elisabetta Bertola, Marceno Car-

magnani y Paolo Riguzzi demuestran que se dieron dos fases en el liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX: en una primera se dio un equilibrio entre el gobierno nacional (presidente y Congreso) y los intereses locales [élites o «notables» (como se autodenominaban) y gobiernos regionales]; y en la segunda (1890-1910), Porfirio Díaz amplió su radio de influencia centralizadora con la consiguiente disminución en la misma proporción de las autonomías regionales. Explican de esta forma cómo aquellos sectores sociales relegados del escenario de la toma de decisiones (universitarios, comerciantes, hacendados' profesores), pasaron a formar parte de las filas antireeleccionistas lideradas por Francisco I. Madero. Romana Falcón examina el cambio de naturaleza de los jefes políticos en el estado de Coahuila durante el siglo XIX, poniendo de manifiesto que jugaron un papel significativo en tanto que mediadores entre el poder central y los del estado, por una parte, y entre los intereses locales, por otra.

En relación al siglo XX, Alvaro Matute subraya que la creación del Partido Nacional Revolucionario en 1929 fue de vital importancia para la formación del estado moderno, al ayudar a reducir la atomización política regional heredada de la revolución de 1910. Alicia Hernández pone el acento en el papel que jugó el intervencionismo político en la economía, impulsado por Lázaro Cárdenas, para la modernización e institucionalización política del sistema. Arturo Sánchez Gutiérrez nos recuerda que el gobierno de Adolfo Ruíz Cortines todavía tuvo que luchar para consolidar el poder político y alcanzar un mayor consenso e integración nacionales, debido a que algunos caudillos revolucionarios aún imponían a mediados de siglo su autoridad en algunos estados. Roderic Ai Camp atribuye la pérdida de poder del **PRI** de la década de 1980 a los sucesos de 1968, al haber quedado su capacidad de mediación con la imposición de su autoridad por la fuerza de las armas.

A modo de conclusión, Paul I. Vanderwood nos recuerda que es arriesgado realizar cualquier generalización debido a la profunda diversidad de la realidad mexicana. Por ello, señala que mientras no tengamos un número más elevado de análisis de casos regionales, es dudoso sostener -como algunos de los ensayos precedentes sugieren- que el nivel de politización de la sociedad mexicana fuera más alto del que tradicionalmente se le había concedido. Por último, Steven C. Topik nos recuerda que se debe comenzar a rechazar la imagen de un siglo XIX medieval-sombrío y un siglo XX triunfante-moderno.

En definitiva, se trata de un buen libro que nos recuerda la variedad y vastedad de los campos que aún nos quedan por investigar. Su lectura evidencia la urgencia de dedicar esfuerzos y recursos para tratar de dilucidar los comportamientos políticos regionales y locales en la historia de México. La bibliografía que incluye el volumen es una buena base de partida que facilita la realización de esta labor.

Pedro Pérez Herrero

WICKHAM-CROWLEY, TIMONII D.: *Guerrillas and Revolution in Latinamerica*, Princeton University Press, 1993, 423, pp.

La obra de Wickham-Crowley es un estudio sobre los movimientos revolucionarios en América Latina, desde 1952, desde una perspectiva histórico-estructural. El autor no entra en el análisis en profundidad de los orígenes de la revolución, pero sí de las causas que la provocan. Refuta las hipótesis de Wolf y otros autores sobre la existencia de una clase social llamada a realizar la revolución, y se suma a la tesis de Skocpol de que la causa prioritaria del estallido revolucionario está en relación con la debilidad estructural interna de ciertos regímenes y con la vulnerabilidad del tipo de Estado existente en el período prerrevolucionario.

El autor plantea la necesidad de acudir al método histórico-comparativo para analizar los movimientos revolucionarios latinoamericanos, debido a que las dos variables mencionadas anteriormente no son suficientes para explicar el éxito o el fracaso de las guerrillas en América Latina, puesto que existe una gama de países en los que, contando con el apoyo del campesinado y poseyendo Estados muy débiles, los movimientos revolucionarios no han triunfado. Su hipótesis combina, por ello, tres variables necesarias para que se produzca una revolución social: el apoyo del campesinado, la preparación y poder militar de la guerrilla y la debilidad estructural del antiguo régimen y su incapacidad de generar nuevas alianzas que aislen al movimiento revolucionario. Cuando estos tres hechos convergen, la revolución social generalmente tiene éxito.

Otro de los factores novedosos, introducidos por Wickham-Crowley en su análisis, es el hecho de tener en cuenta no sólo la incidencia del ámbito nacional e internacional en los triunfos revolucionarios, como lo hacen Paige, Skocpol o Goldkrank, sino la importancia que

Noticias

adquiere el factor regional para el análisis de los mismos. América Central es un buen ejemplo de ello.

El autor divide el libro en dos períodos definidos a los que denomina olas revolucionarias. La primera ola va de 1956 a 1970 y comprende aquellos movimientos revolucionarios que han tenido lugar en los distintos países en contra de las dictaduras y en algunos casos, como Nicaragua, en contra de la presencia norteamericana. Wickham-Crowley analiza los casos de Cuba, Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú y Bolivia. La segunda ola la sitúa en torno a 1966, con la muerte de Che Guevara y el resurgimiento de la actividad guerrillera en 1970. Partiendo del triunfo de la revolución nicaragüense hace un análisis comparativo de otros movimientos guerrilleros contemporáneos, que han sido más o menos exitosos en las décadas de 1970 y 1980. Analiza comparativamente los casos de El Salvador, Guatemala, Colombia y Perú.

En ambos períodos Wickham-Crowley estudia las causas socioeconómicas que sirvieron de caldo de cultivo para el surgimiento de la guerrilla, el tipo de estructuras que configuraron el Estado preinsurreccional, así como los orígenes sociales y políticos de los líderes guerrilleros, haciendo un estudio pormenorizado de su edad, sexo, extracción de clase, rango, formación ideológica y pertenencia étnica de sus componentes. Pasa después a un análisis detallado de varios aspectos de cada movimiento guerrillero, las condiciones sociales, los aspectos económicos, políticos e ideológicos y las debilidades estructurales del Estado.

El vasto y complejo estudio de Wickham-Crowley es una de las mejores aportaciones al estudio histórico social de los movimientos revolucionarios en América Latina. No obstante, como todo análisis macro' lo que gana en generalizaciones y análisis comparativos se pierde en profundidad, existiendo ciertos aspectos coyunturales y específicos de cada movimiento revolucionario que no son tenidos en cuenta y que constituyen elementos históricos determinantes y desencadenantes de las revoluciones sociales. Las coyunturas histórico-políticas que produjeron el estallido, el planteamiento ideológico-político de cada movimiento revolucionario, el factor religioso y nacionalista, así como la estructura organizativa de cada movimiento no son tenidas en cuenta, y constituyen en algunos casos elementos decisivos para el triunfo o derrota de las guerrillas.

Marta Elena Casaús Arzú

FRAGA, ROSENDO: *El general Justo*, Emecé, Buenos Aires, 1993, 490 pp.; FRANZÉ, JAVIER: *El concepto de política en Juan B. Justo*, 2 vols., Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993, 214 pp.; MCGEE DEUTSCH, SANDRA; H. DOLKART, RONALD (eds.): *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins. 1910 to the Present*, Sr. Books, Wilmington, Delaware, 1993, 205 pp.; REIN, RAANAN: *The Franco-Perón Alliance. Relations Between Spain & Argentina, 1946-1955*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1993, 329 pp.; ROCK, DAVID: *Authoritarian Argentina. The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1993, 320 pp.; SERRAFERO, MARIO D.: *Momentos institucionales y modelos constitucionales. Estudios sobre la Constitución Nacional*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993, 156 pp.; SIDICARO, RICARDO: *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1993, 545 pp.; SZUSTERMAN, CELIA: *Frondizi and the Politics of Developmentalism in Argentina, 1955-62*, Sto Antony's Macmillan, Oxford, 1993, 316 pp.

La historia política argentina reciente, ocupada del siglo XX, ha estado durante mucho tiempo o bien en manos de ensayistas o bien en manos de aficionados, condicionados con fuertes prejuicios partidistas, que hacían que la mayor parte de la literatura producida se asemejara más a un panfleto que a una obra con alguna pretensión científica. Este hecho se agravaba por el escaso trabajo con fuentes primarias que se había realizado, de modo que en numerosas ocasiones las opiniones se imponían sobre los hechos. Muchos de los trabajos sobre el radicalismo, el peronismo y la izquierda pecan de estos problemas. En fechas recientes algunos politólogos animados por los estudios sobre la transición comenzaron a ocuparse de estas cuestiones, pero otra vez los hechos fueron preteridos, esta vez por los modelos y las teorías.

Sin embargo, hay que felicitar de que 1993 haya producido una buena cosecha historiográfica, con algunos títulos francamente importantes y otros no tanto, que todavía permanecen fieles al antiguo estilo. De todos modos, se observa un fuerte renacer de la historia política, acompañado de importantes avances en el terreno de las relaciones internacionales y de la historia social.

Los peligros de los sesgos ideológicos aún perduran en un ambiente todavía impregnado por cierto canibalismo intelectual. En algunos casos son producto de una clara toma de postura por una línea determinada, y en otros la pervivencia de antiguas modas. La obra de Fraga sobre el presidente Justo puede enmarcarse claramente en el primer grupo. Desde hace tres años este autor ha venido abogando por una «interpretación conservadora de la historia argentina contemporánea», una visión conservadora que contraponer a las visiones marxista, nacionalista, peronista, antiimperialista o a cualquier otra que no coincida con la suya propia. En realidad, de lo que no se ha dado cuenta Fraga es que su actitud lo único que logra es devaluar la historia y especialmente los mejores logros de su propia corriente, como es esta biografía de Justo.

Pese a sus esfuerzos por construir una obra partidaria, Fraga logra una excelente biografía del presidente Justo (gobernó entre 1932 y 1938), lo que habla del renacer del género biográfico en la historia argentina. La consulta de numeroso material de archivo, especialmente el archivo del propio Justo, y el buen conocimiento de la historia militar argentina han permitido a Fraga presentarnos una visión medida de este controvertido personaje que ocupó un papel central en la década de 1930, entre la revolución de tintes fascistoideas y corporativistas liderada por Uriburu en 1930 y la posterior experiencia populista de Perón, comenzada con el golpe militar de 1943.

Lo curioso de este renacer de la historia política es su preocupación por la derecha y el conservadurismo, un tema que hasta ahora había sido bastante dejado de lado por la mayor parte de los historiadores enrolados en los «ismos» antes mencionados. Intentando dar respuesta al «delirio semántico» provocado por la Junta Militar que entre 1976 y 1982 gobernó Argentina, con sus miles de desaparecidos, sus torturas y asesinatos. David Rock penetra en su *Authoritarian Argentina*, en las raíces del nacionalismo argentino y busca afanosamente las líneas de continuidad existentes entre el nacionalismo fascistoide desarrollado a partir de los años treinta, pasando por la experiencia peronista.

El mismo Rock es el autor del primer ensayo de los seis presentados por Sandra McGee Deutsch y Ronald Dolkart, *The Argentine Right* (los restantes pertenecen a los editores y a Richard Walter, Leonardo Senkman y Paul Lewis). La falta de estudios sobre la derecha y las fuerzas conservadoras en la historia argentina hace que el vo-

cablo «derecha» no tenga una definición precisa y que, por lo general, cuente con una carga peyorativa considerable. De modo que la derecha se suele asociar con la extrema derecha, el nacionalismo y el autoritarismo antidemocrático y se presta menos atención a los conservadores, a los liberales o a cualquier otra expresión democrática moderada o inclinada más hacia el centro del espectro político. Quizá éste sea el principal defecto de un libro que presenta un buen panorama de la evolución del nacionalismo argentino. Como señala el título, los ensayos se centran más en las cuestiones ideológicas ligadas a los orígenes intelectuales de la derecha (y del nacionalismo) que en la organización político-partidaria de las fuerzas conservadoras y su comportamiento electoral.

Ricardo Sidicaro ha hecho un monumental esfuerzo en su estudio sobre el diario *La Nación*, un periódico generalmente presentado como el vocero tradicional de la oligarquía agroexportadora. Siguiendo los editoriales de *La Nación* entre 1909 y 1989, Sidicaro nos presenta una realidad más compleja y matizada de la generalmente recogida por la historiografía sobre los conservadores y el periódico; como, por ejemplo, la temprana preocupación por la cuestión social o por la democracia. De forma prolija, Sidicaro da cuenta del modo en que se confeccionaba el periódico, de la gran diversidad ideológica y política de sus columnistas y también de las tomas de postura del periódico frente a la democracia, al fraude, al intervencionismo económico y frente a los regímenes militares, un tema central en las últimas décadas.

Mario Serrafiero aborda algunas cuestiones de tipo institucional y constitucional, bastante abandonadas en tiempos recientes por los historiadores. La oportunidad del libro se relaciona directamente con el debate sobre la reforma constitucional y la reelección presidencial que en estos últimos meses se ha desarrollado en la Argentina. El tema central del trabajo de Serrafiero gira en torno a los atributos presidencialistas del sistema político argentino y a los intentos de aumentar el control parlamentario del ejecutivo, desde la sanción de la Constitución de 1853 a la fecha. De gran interés es el capítulo dedicado a la reforma constitucional impulsada en 1949 por el régimen peronista, cuyo principal objetivo fue lograr, como efectivamente ocurrió, la reelección de Juan D. Perón. El libro es una buena síntesis de la tesis doctoral del autor, presentada en el Instituto Universitario Ortega y Gasset en 1992.

Franzé, desde la perspectiva de la ciencia política, se ocupa del pensamiento del fundador del Partido Socialista argentino, Juan B. Justo, intentando explicar cómo el positivismo, el liberalismo y el marxismo influyeron profundamente sobre el primer traductor de *El Capital* al castellano. La preocupación de Franzé por lo «político» hace que su profunda y sistemática lectura de la obra de Juan B. Justo se desentienda en más de una ocasión de la realidad histórica que provocaba un determinado discurso para centrarse únicamente en el análisis del texto.

Rein y Szusterman se ocupan de temas más novedosos y menos explorados por la historiografía argentina. Rein, tras una labor sistemática en los archivos españoles y argentinos, nos presenta un amplio panorama de cómo funcionaron las complejas relaciones entre Perón y Franco a lo largo de las dos primeras presidencias del militar argentino (1946 a 1955) y cómo éstas fueron evolucionando desde una elocuente luna de miel motivada por razones de mutua necesidad a un progresivo enfriamiento provocado por el mayor alineamiento del régimen de Franco con los Estados Unidos, especialmente notable a partir de 1950. Por ello, el período 1946-1949 es el que ocupa la mayor atención del autor, en perjuicio del período 1950-1955.

El «desarrollismo» había recibido mayor atención que el gobierno de Frondizi y el comportamiento de las fuerzas políticas que hicieron posible su triunfo electoral. En este sentido, las pugnas en el interior del radicalismo, acabadas con su división, y el apoyo otorgado por Perón a Frondizi, que permitieron el triunfo de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) frente a la balbinista Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), son algunas de las cuestiones abordadas en profundidad por Celia Szusterman, en una obra que aborda en profundidad el comportamiento del gobierno frondizista. La cuestión militar y el comportamiento del peronismo en unos años vitales para la consolidación del moderno sistema político argentino son otros temas particularmente tratados.

Carlos D. Malamud

VILAR, JUAN BAUTISTA: *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Marruecos (s. XVI-XX)*, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1992, 604 pp. MORALES LEZCANO, VÍCTOR (coordinador): *Presencia cultural de España en el Magreb*, Editorial MAPFRE, colección «Magreb», Madrid, 1993, 283 pp. MARQUINA, ANTONIO; ECHEVARRÍA, CARLOS, Y SAINZ DE LA PEÑA, JOSÉ ANTONIO: *El Magreb: concertación, cooperación y desafíos*, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1993, 445 pp. LISBONA, JOSÉ ANTONIO: *Retorno a Sefarad. La política de España hacia sus judíos en el siglo XX*, Riopiedras-Sefarad 92, Barcelona, 1993, 396 pp. RUIZ BRAVO-VILLASANTE, CARMEN: *Un testigo árabe del siglo XX: Amin al-Rihiini en Marruecos y en España (1939)*, 2 vol.: 1, *Introducción-Estudios*; 11, *Traducción de Al-Magrib al-aqsà y Nür al-Andalus*, Editorial Cantarabia, Madrid, 1993, CVIII + 683 pp.

En contra de lo que ocurre en otros contextos europeos, en España no hay sino una muy limitada tradición de edición de obras sobre la historia contemporánea del mundo árabe e islámico. Lo explica en cierto modo lo exiguo de la presencia española en dicho mundo, tanto en el tiempo como en el espacio, circunscrita a veinte mil kilómetros cuadrados del norte de Marruecos, al enclave de Hni y al Sáhara Occidental. Lo justifica menos la larga permanencia histórica de nuestra tierra en el seno de la civilización árabe-islámica que sólo ha dejado huella en la labor de arabistas y medievalistas que han acabado por ocupar casi todo el campo de estudio. El mundo árabe se ha convertido así en objeto de arqueología, limitándose su contemporaneidad a motivo de análisis de una muy reducida nómina de estudiosos de su historia, sociedad o literatura.

Otra razón de la escasa actividad de edición en el dominio de la historia árabe de los dos últimos siglos se debe sin duda a la ausencia de público lector especializado. Si en un país como Francia la existencia de viejas colecciones dedicadas a las ciencias sociales sobre este mundo en editoriales como Seuil o Maspero ha tenido continuidad en la incesante actividad de Sindbad, L'Harmattan y Karthala entre otras, no lo es sólo porque la nómina es sensiblemente superior a la de España, sino porque a un mercado nacional muy vertido a las realidades del exterior se suma el mercado de las propias sociedades que

formaron parte del imperio francés, entre cuyas élites se conserva su lengua como vínculo de cultura e intercambio.

Dicho esto, si el panorama de edición en España en 10 que a este campo de estudio se refiere dista mucho de ser tan productivo, presenta en la actualidad síntomas de desarrollo, enriqueciéndose en los últimos años con algunos ejemplos de una producción local que, no obstante, prima todavía el aspecto de las relaciones de España con ese mundo. Y hay que citar, en primer lugar, la labor de una colección creada por la Editorial MAPFRE al calor del proyecto de la Fundación MAPFRE-América para conmemorar en 1992 los distintos acontecimientos históricos que se asociaban a dicha fecha. De la colección «AI-Andalus» creada al efecto se desgajó la que con el nombre «Magreb» ha logrado tener una continuidad. En el proyecto trazado por la colección se ha buscado dar un repaso a las relaciones hispano-magrebíes desde la Edad Media hasta hoy y varios libros ya aparecidos recogen período a período más de un milenio de contactos. Especialistas como María Jesús Viguera, Mercedes Carcía Arenal, Julio Samsó, Míkel de Epalza o Manuela Marín han publicado sendos volúmenes, mientras el mundo contemporáneo ha sido abordado por José Fermín Bonmatí (*Españoles en el Magreb, siglos XX y XXI*), Ramón Salas Larrazabal (*EL Protectorado de España en Marruecos*). Víctor Morales Lezcano (coord.) (*Presencia cultural de España en el Magreb*) o Bernabé López Carcía (coord.) (*España-Magreb, siglo XXI: el porvenir de una vecindad*).

El libro de Bonmatí continúa la labor de análisis de las migraciones españolas al Norte de Africa (en especial el Oranesado) iniciada por Juan Bautista Vilar hace ya dos décadas, ampliando el estudio con algunas pinceladas sobre migraciones y exilios hispanos a Marruecos y Túnez. La obra de Salas Larrazabal traza un bosquejo general histórico de los procesos de ocupación y descolonización que tiene la habilidad de ser globalizadora, no circunscribiéndose a la zona norte, y concluye con el «balance de una gestión» que tiene la utilidad de reactualizar trabajos como los de Carcía Figueras o Valderrama treinta años después. En lo que se refiere al trabajo coordinado por Morales Lezcano aporta un recorrido por la bibliografía africanista reciente española y efectúa en repaso a aquellos campos (bibliotecas, educación, hispanismo, prensa) en los que la *presencia*, aunque modesta, ha dejado huellas que permitirán establecer unos lazos nuevos sobre los que construir el futuro de las relaciones.

Dentro de la misma colección Ramón Lourido ha publicado en 1993 la obra *El cristianismo en el Norte de Africa*, obra colectiva en la que se aborda por especialistas en la historia de la Iglesia o del Islam el papel desempeñado por órdenes como la franciscana en Marruecos, se analizan figuras señeras de la historia política y cultural como el arabista padre Lerchundi o se estudian las complejas relaciones históricas entre las civilizaciones cristiana y musulmana. En un plano pluridisciplinar, Bernabé López Carda ha coordinado también en la colección «Magreb» el libro *La inmigración magrebi en España: el retorno de los moriscos*, que es, a la vez, estudio histórico del desarrollo en España del colectivo magrebí, estudio sociológico de la colonia marroquí e investigación antropológica sobre las condiciones de vida y trabajo de la comunidad extranjera más numerosa en nuestro país. Por último, y también en la misma colección, *Argelia entre el desierto y el mar* es una inmersión histórica y cultural en la realidad argelina que Emilio Sola ha redactado a caballo entre la obra de erudición y el libro de viajes.

La nómina de autores especializados en temas árabes y orientales es reducida y es obligatorio repetir algunos de ellos como en el caso de Víctor Morales Lezcano, sobre todo en un año tan prolífico en su caso como 1993. Autor también de *España y Mundo Árabe. Imágenes cruzadas*, recopilación de ensayos históricos desperdigados en revistas y libros de actas. De más envergadura y con un prólogo de Bernard Lewis es su libro *España y la cuestión de Oriente*, centrada en el espacio de la Turquía moderna y contemporánea, en la que arranca de la vieja hostilidad en el Mediterráneo entre los imperios hispano y otomano para llegar a la percepción española de la cuestión de Oriente, tras señalar en la ideología y letras españolas del XVIII y principios del XIX un «cambio de percepción». Por otra parte, otras dos obras del autor hay que reseñar, una dentro de su proyecto sobre «Fuentes orales», en colaboración con Marcelino Bondjale, Malika Embarek y Teresa Pereira, *Inmigración africana en Madrid: marroquíes y guineanos (1975-1990)*, y una segunda, *La UMA entre el Oriente Medio y la CE*.

Aparte de la traducción de alguna vieja obra de pensadores como Muhammad Arkoun o Abdallah Laroui, aparecidas en editoriales españolas en los últimos años, las relaciones hispano-magrebíes constituyen el centro de la producción de carácter historiográfico. Es el caso de la obra de Antonio Marquina realizada en colaboración con

Carlos Echevarría Jesús y José Antonio Sainz de la Peña, *El Magreb: concertación, cooperación y desafíos*, y que analiza en sendos estudios el proceso de construcción de la Unión del Magreb Árabe, el origen, evolución y perspectivas de la cooperación entre la Comunidad Europea y la UCMA y el papel de los movimientos islamistas en la región. Menos analítico es el libro de Edouard Moha *Las relaciones hispano-marroquíes* que supone un repaso oficialista desde el ángulo marroquí de las relaciones entre ambos países vecinos. Dentro de esta temática debe señalarse la obra de Enrique Carabaza y Máximo de Santos *Melilla y Ceuta. Las últimas colonias*, que supone, frente a la anterior obra y a pesar de su elevada carga ideológica, una investigación histórica sobre dichas ciudades desde el pasado, pero sobre todo en el período crucial a partir de la transición española.

Obra de gran envergadura es la de Juan Bautista Vilar *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Marruecos (siglos XI-XX)*, cierre de un proyecto del ICMA que ha contado con una entrega similar sobre Túnez (1991) y otra anterior sobre Argelia (1988, realizada ésta en colaboración con Mikel de Epalza). La obra bilingüe (español y francés), prologada por José Antonio Calderón Quijano, consta de una extensa introducción y del catálogo de los fondos extraídos de la Biblioteca del Palacio Real, Archivo Histórico Militar, Servicio Geográfico del Ejército, Museo Naval, Biblioteca Nacional, Biblioteca B. March Servera de Palma de Mallorca, Museo Marítimo de Barcelona, Archivo Histórico Nacional, Academia de la Historia y otros muchos centros españoles o extranjeros, tanto europeos como norteafricanos. Un repertorio de 842 piezas, de las cuales 510 mapas, 207 planos y una adenda de 125 piezas más, catalogadas cronológicamente, primero las generales, seguidas de las sectoriales y las temáticas, centradas éstas en episodios como la guerra de Africa, la declaración del Protectorado o los itinerarios. La obra está ilustrada con doscientas reproducciones de mapas y planos en color y blanco y negro que aportan interés a la detallada descripción de tan voluminoso corpus.

Dentro del género de memorias debe señalarse la edición por Carmen Ruiz Bravo-Villasante de *Un testigo árabe del siglo XX: Amīn al-Rihānī en Marruecos y en España* (1939), biografía, encuadre histórico y análisis (primer volumen) de las memorias de viaje *Al-Magrib al-aqsa* y *Nūr al-Andalus* (traducidas por la editora en el segundo volumen) del escritor libanés y periodista Amin al-Rihani

(1876-1940). La obra, rica en comentarios sobre la sociedad norteamericana y española de los años treinta, aporta datos extensos de utilidad sobre el nacionalismo marroquí y árabe de la época, así como de la entrevista que mantuvo en Burgos con el General Franco en 1939 a propósito de la labor cultural, política y económica que la España franquista proyectaba en su Protectorado marroquí.

Por último deben reseñarse dos obras alejadas de la temática magrebí dominante: una de historia y sociología literaria, la editada por Mercedes del Amo, *Realidad y fantasía en Naguib Mahfuz*, que se adentra en la sociedad e historia egipcias contemporáneas; otra, la de José Antonio Lisbona, *Retorno a Sefarad. La política de España hacia sus judíos en el siglo XX*, obra que combina «la doble perspectiva metodológica de la historiografía y el periodismo de investigación» aplicada al estudio de las relaciones hispano-judías que va mucho más allá de la «crónica de un proceso de normalización» de la que el autor habla en la introducción.

Bernabé López Garda